

ANGIE SAGE

SEPTIMUS

Y EL HECHIZO
IMPOSIBLE

www.freeLibros.org

montena



Ha transcurrido casi un año desde que Septimus descubrió quién era. Ahora, ya como aprendiz de la Maga Extraordinaria, Marcia Overstrand, practica todo tipo de conjuros y hechizos, mientras su hermana Jenna se acostumbra poco a poco a su nueva vida de princesa. Sin embargo, tras este escenario tan maravilloso se esconde una seria amenaza: Simon, el hermano mayor de los Heap, que en la primera parte traicionó a su familia para poder convertirse en aprendiz del mago extraordinario, no acepta a Septimus y quiere ocupar su lugar. En todo este tiempo, ha estado practicando la magia negra y ha conseguido un hechizo único: el Flyte, que le permite volar a una velocidad y con un poder inmensos, y que según toda la comunidad mágica, había desaparecido porque el último alquimista lo había arrojado al horno. ¿Quiere esto decir que el hechizo no se quemó? Si es así, ¿por qué lo ha conseguido Simon?



Angie Sage

Septimus y el hechizo imposible

Septimus 2

ePUB v1.0

Alasoo 03.01.12

más libros en epubgratis.net

www.freelibros.org

Para Laurie, proveedora de Magogs.
Este es para ti, con amor

www.freelibros.org

1. ARAÑAS.

Septimus Heap metió seis arañas dentro de un frasco, enroscó fuerte la tapa y lo dejó al otro lado de la puerta. Luego cogió la escoba y continuó barriendo la biblioteca de la Pirámide.

La biblioteca era estrecha y oscura. Estaba alumbrada por unas velas gruesas que crepitaban y chisporroteaban y olían muy raro, a una mezcla de incienso, papel y cuero rancios. A Septimus le encantaba. Era un lugar mágico, encaramado a la cima de la Torre del Mago y oculto en lo más profundo de la Pirámide dorada que coronaba la torre. Fuera, el oro repujado de la Pirámide resplandecía al sol de la mañana.

Cuando Septimus hubo acabado de barrer, caminó despacio junto a las estanterías, canturreando feliz para sus adentros mientras clasificaba los libros, pergaminos y hechizos mágicos que la maga extraordinaria, Marcia Overstrand, había dejado desordenados, como era habitual en ella. La mayoría de los chicos de once años y medio habrían preferido estar jugando fuera en la radiante mañana de verano, pero Septimus estaba donde quería estar. Había pasado ya bastantes mañanas de verano a la intemperie —y también de invierno— durante los diez primeros años de su vida, cuando era soldado del ejército joven, el Muchacho 412.

El trabajo de Septimus, como aprendiz de la maga extraordinaria, era ordenar y limpiar la librería por las mañanas. Y cada mañana, Septimus encontraba algo nuevo y emocionante. Solía ser algo que Marcia había dejado especialmente para él: tal vez un conjuro que había encontrado a última hora de la noche y que pensaba que podía interesarle, o algún viejo y manoseado libro de hechizos que había sacado de las estanterías ocultas. Pero aquel día, Septimus consideraba que había descubierto algo por sí solo: estaba pegado debajo de un pesado candelabro de bronce y tenía el aspecto de algo desagradable, no era el tipo de cosas con las que Marcia Overstrand hubiera deseado mancharse las manos. Con mucho cuidado arrancó el cuadrado pegajoso de la base del candelabro y se lo puso en la palma de la mano. Septimus examinó su hallazgo y se emocionó; estaba seguro de que era un amuleto de sabor. La tableta, gruesa y marrón parecía una vieja pastilla de chocolate; olía como una vieja pastilla de chocolate y estaba casi seguro de que también sabría como una vieja pastilla de chocolate, aunque no pensaba probarla. Cabía la posibilidad de que fuera un amuleto venenoso que se hubiera caído de la gran caja que ponía: toxinas, venenos y pesadillas básicas, que tintineaba, inestable, en la estantería superior.

Septimus sacó una pequeña lupa de su cinturón de aprendiz y leyó la delgada caligrafía blanca que serpenteaba por la superficie del cuadrado. Decía así:

Cógeme, sacúdeme,

y para ti haré: Tchocolatl de Quetzacoatl.

Septimus sonrió. Tenía razón; solía tenerla cuando se trataba de Magia: era un amuleto de sabor, aún mejor, era un amuleto de sabor de chocolate. Septimus sabía muy bien a quién quería dárselo. Sonriendo para sí, se metió el amuleto en el bolsillo.

Septimus casi había acabado su trabajo en la biblioteca. Subió por la escalera para limpiar la última estantería, y de repente se topó con la araña más grande y peluda que jamás hubiera visto. Septimus tragó saliva; si Marcia no le hubiera insistido en que retirara hasta la última araña de la biblioteca, la habría dejado en paz. Estaba seguro de que sus ocho ojos redondos y brillantes como cuentas, que lo miraban fijamente, le desafiaban a que apartara la mirada, y tampoco le gustaban en absoluto sus patas largas y peludas. De hecho, parecía como si sus ocho patas planeasen subirsele por la manga si antes no la cogía él.

En un instante, Septimus tuvo la araña en la mano. La criatura buscaba furiosa con sus patas sorprendentemente poderosas entre sus dedos llenos de polvo para obligarle a abrirlos, pero Septimus los tenía fuertemente cerrados. Bajó a toda prisa la escalera pasando por delante de la pequeña trampilla que conducía al tejado dorado de la Pirámide. Cuando llegó al pie de la escalera, la araña le picó en el pulgar.

—¡Aaay! —gritó Septimus.

Cogió el tarro de las arañas, lo destapó con la mano que tenía libre y metió la criatura, para disgusto de las otras seis arañas que estaban dentro. Aunque le empezaba a doler el pulgar, Septimus tapó el frasco de nuevo con todas sus fuerzas. Con cuidado de que no se le cayera el

frasco, donde seis pequeñas arañas empezaban a ser perseguidas por la recién llegada grande y peluda, Septimus salió rápidamente por la serpenteante y estrecha escalera de piedra que iba desde la biblioteca hasta los aposentos de la maga extraordinaria, la señora Marcia Overstrand.

Septimus pasó corriendo ante la puerta cerrada, de color púrpura y oro, del dormitorio de Marcia, cruzó su propia habitación y bajó unos peldaños más y se dirigió a la pequeña sala de las pociones que estaba junto al estudio de Marcia. Dejó el tarro de las arañas y se miró el pulgar. No tenía buena pinta; se había puesto de un rojo enardecido y empezaban a aparecerle unas manchas azules en la mano. Y le dolía. Septimus abrió el cofre de las medicinas con la mano buena y cogió un tubo de bálsamo de araña, lo apretó y extendió su contenido sobre el pulgar. No pareció surtir ningún efecto. En realidad, parecía empeorar. Septimus se miró el pulgar, que se le estaba hinchando como una pelotita a punto de explotar.

Tras su triunfal regreso a la Torre del Mago —después de derrocar al nigromante, DomDaniel, de su breve segundo mandato como mago extraordinario—, Marcia Overstrand, de quien Septimus llevaba casi un año y medio siendo su aprendiz, había descubierto que las arañas la estaban aguardando. Marcia había limpiado a conciencia la Torre de Magia negra devolviendo la Magia a la Torre del Mago, pero no conseguía librarse de las arañas. Este asunto preocupaba a Marcia, pues sabía que las arañas eran un signo inequívoco de que la Magia negra todavía persistía en la torre.

Al principio, cuando Marcia regresó a la torre, estaba demasiado ocupada para notar que había algo que iba mal, aparte de las arañas. Por primera vez tenía a su cargo un aprendiz; tenía a los Heap —que ahora vivían en el Palacio— con los que tratar y un grupo de magos ordinarios a los que organizar y volver a instalar en la torre. Pero mientras Septimus pasaba su primer verano en la Torre del Mago, Marcia había empezado a notar, por el rabillo del ojo, que la seguía una especie de oscuridad. Al principio había creído que eran imaginaciones suyas, pues cada vez que se daba media vuelta para mirar de soslayo, no había nada que ver. Hasta que Alther Mella, el fantasma del viejo tutor de Marcia y ex mago extraordinario, le dijo que él también veía algo, y entonces Marcia supo que no era producto de su imaginación: la seguía una sombra oscura.

Y por eso, desde el año anterior, pieza a pieza, Marcia había estado construyendo un salvasombras que tenía casi acabado. Estaba en un rincón de la habitación: una maraña de resplandecientes varillas y barrotes negros hechos de una amalgama especial del profesor Weasal van Klampff. Una extraña neblina negra revoloteaba alrededor de los barrotes del salvasombras y, de vez en cuando, saltaban destellos de luz anaranjada. Por fin, el salvasombras estaba casi terminado, y pronto Marcia entraría en él con la sombra que le seguía y volvería a salir, dejando a la sombra detrás. Y se acabaría la oscuridad de la torre, o al menos así lo esperaba Marcia.

Septimus estaba examinándose el dedo, que se le había puesto el doble de gordo y de un rojo muy feo, cuando oyó que la puerta del estudio de Marcia se abría.

—Me marcho, Septimus —anunció Marcia con resolución—. Tengo que salir a recoger otra pieza del salvasombras. Le dije al viejo Weasal que bajaría esta mañana. Es casi la última pieza. Después de esto, solo nos quedará el tapón, Septimus, y se acabó; adiós, sombra.

—¡Aaay! —se quejó Septimus.

Marcia asomó por la puerta y miró con recelo.

—¿Qué estás haciendo en la sala de las pociones? —preguntó de mal humor, hasta que se percató de la mano de Septimus—. ¡Dios mío!, ¿qué has hecho? ¿Te has vuelto a quemar con un hechizo de fuego? No quiero más loros chamuscados por aquí, Septimus. Huelen fatal y tampoco es justo para los loros.

—¡Aaay! Aquello fue un error —murmuró Septimus—. Quería hacer un hechizo de pájaro de fuego. Podría haberle ocurrido a cualquiera. ¡Aaay...! Me han picado.

Marcia entró en la sala de las pociones y, detrás de ella, Septimus pudo ver una ligera opacidad en el aire: la sombra que la seguía y que entraba con ella. Marcia se agachó para mirar de cerca el pulgar de Septimus, y al hacerlo, casi lo envuelve en su capa púrpura. Marcia era una mujer alta, con una larga melena negra y rizada, y los ojos del color verde intenso característicos de las personas mágicas después de haber entrado en contacto con la Magia. Septimus también los tenía

verdes, aunque antes de conocer a Marcia Overstrand habían sido de un color gris apagado. Como todos los magos extraordinarios que habían vivido en la Torre del Mago antes que ella, Marcia llevaba el amuleto Akhu de lapislázuli y oro alrededor del cuello, y vestía una túnica de seda de color púrpura intenso, ceñida por el cinturón extraordinario de oro y platino, y una capa púrpura mágica. También calzaba unos zapatos de pitón púrpura que todas las mañanas cuidadosamente elegía de una estantería entre otros cien zapatos de pitón púrpura, casi idénticos, que había ido acumulando desde su regreso a la Torre del Mago. Septimus calzaba, como de costumbre, su único par de botas de piel marrón. A Septimus le gustaban sus botas, y aunque Marcia se había ofrecido a comprarle unas nuevas de piel de pitón esmeralda para que hicieran juego con sus ropas verdes de aprendiz, siempre se había negado. Marcia no entendía por qué.

—Es una picadura de araña —diagnosticó Marcia cogiéndole el pulgar.

—¡Aaay! —gritó Septimus.

—No me gusta nada su aspecto —murmuró Marcia.

A Septimus tampoco. Ahora tenía el pulgar muy amoratado. Los dedos parecían cinco salchichas pegadas a un balón, y sentía agudos dolores que le subían por el brazo hacia el corazón. Septimus se tambaleó.

—Siéntate, siéntate —dijo Marcia apremiándolo mientras vaciaba una silla de papeles y guiaba a Septimus hasta allí.

Rápidamente sacó el frasco del cofre de las medicinas. Ponía VENENO DE ARAÑA y contenía un líquido de color verde turbio. Marcia sacó una larga pipeta de cristal de entre los instrumentos médicos de aspecto intimidatorio que estaban alineados en la tapa del arcón como si fueran una extraña cubertería en una cesta de picnic. Luego succionó el veneno a través de la pipeta, con mucho cuidado de que no le entrara en la boca.

Septimus apartó el pulgar de la mano de Marcia.

—¡Eso es veneno! —protestó.

—Hay oscuridad en esa picadura —dijo Marcia poniendo su pulgar sobre la pipeta llena de veneno y sosteniéndola lejos de su cara—, y el bálsamo de araña lo está empeorando todavía más. A veces se tiene que combatir de igual a igual; veneno con veneno. Confía en mí.

Septimus confiaba en Marcia; de hecho, confiaba más en ella que en ninguna otra persona. Marcia dejó caer unas gotas de veneno de araña en la picadura y murmuró algo que a Septimus le pareció un encantamiento antimaleficios. En cuanto acabó, los dolores que le subían por el brazo desaparecieron, dejó de sentirse mareado y empezó a pensar que, después de todo, no le estallarían el pulgar.

Con calma, Marcia devolvió todo al cofre de las medicinas, y luego examinó al aprendiz. No era de extrañar que estuviera pálido: llevaba tiempo trabajando demasiado. Le daría el día libre para disfrutar del sol estival. No quería que su madre, Sarah Heap, volviera por allí.

Marcia no había olvidado la visita que Sarah le había hecho poco después de que Septimus se convirtiera en su aprendiz. Un domingo por la mañana, Marcia respondió a la estruendosa llamada a la puerta de Sarah Heap al otro lado, acompañada de un séquito de magos del piso de abajo, que habían subido para ver qué era aquel ruido, pues nadie se atrevía a llamar así a la puerta de la maga extraordinaria.

Para asombro de todos los allí reunidos, Sarah se puso a regañar a Marcia.

—Mi Septimus y yo hemos estado separados los primeros diez años de su vida —dijo Sarah acaloradamente—, y, señora Marcia, no pretendo pasar los próximos diez años viéndolo tan poco como los anteriores. Así que le agradecería que dejara que el chico viniera hoy a casa para celebrar el cumpleaños de su padre.

Para fastidio de Marcia, sus palabras fueron recibidas con una ovación de los magos congregados a su alrededor. Tanto Marcia como Septimus se quedaron sorprendidos con el discurso de Sarah. Marcia, porque nadie se atrevía a hablarle así. Nadie. Y Septimus, porque no sabía que aquello era lo que hacían las madres, aunque le gustaba bastante.

Lo último que Marcia quería era que se repitiera la visita de Sarah.

—Vete, pues —dijo medio esperando que apareciera Sarah Heap y exigiera saber por qué

Septimus estaba tan pálido—. Ya es hora de que pases un día con tu familia. Y cuando estés allí, recuérdale a tu madre que se asegure de que Jenna va mañana a casa de Zelda para su visita del solsticio de verano a la nave Dragón. Si de mí dependiera, ya habría salido hace días, pero Sarah insistió en dejarlo todo para el último momento. Te veré por la noche, Septimus, a medianoche como muy tarde. Ah, por cierto, el amuleto del chocolate es tuyo.

—¡Oh, gracias! —sonrió Septimus—. Pero ya estoy bien, en serio. No necesito un día libre.

—Sí lo necesitas —le dijo Marcia—. Vamos, vete.

Septimus sonrió sin querer. Tal vez un día libre no fuera tan malo a fin de cuentas. Podría ver a Jenna antes de que se marchara y darle el amuleto de chocolate.

—De acuerdo —respondió Septimus—. Volveré a medianoche.

Septimus se dirigió hacia la pesada puerta púrpura de la entrada, que reconoció al aprendiz de Marcia y se abrió nada más acercarse.

—¡Oye! —le gritó Marcia—. ¡Te olvidas las arañas!

—¡Qué fastidio! —murmuró Septimus entre dientes.

2. LA VÍA DEL MAGO.

Septimus pisó la escalera de caracol plateada que culminaba en lo alto de la torre.

—Al vestíbulo, por favor —dijo.

Mientras la escalera empezaba a descender lentamente, como si fuera un sacacorchos gigante, Septimus levantó el tarro de las arañas. Entornó los ojos para ver a sus ocupantes, que ahora eran solo cinco, y se preguntó si había visto a la araña peluda antes.

La araña peluda le devolvió una mirada torva a Septimus. Ciertamente, la había visto antes. Cuatro veces para ser precisos, pensó, enojada, la araña; y las cuatro veces la había cogido, metido en un tarro y tirado fuera. El chico había tenido suerte de que no le hubiera picado antes. De todos modos, al menos esta vez había comida decente dentro del tarro. Las dos jóvenes y tiernas arañas le habían sentado de maravilla, aunque tuvo que perseguirlas un buen rato por todo el tarro. La araña peluda se aposentó y se resignó al viaje. Otra vez.

La plateada escalera de caracol giraba lentamente, y mientras bajaba a Septimus y a sus presas por la Torre del Mago, los magos ordinarios, que vivían en los pisos inferiores y se disponían a emprender sus actividades diarias, le saludaron alegremente.

Cuando Septimus llegó por primera vez a la Torre del Mago, se armó un gran revuelo. Marcia Overstrand no solo regresaba triunfante después de librar a la Torre del Mago, por no decir a todo el castillo, de un nigromante oscuro, sino que se traía consigo a su aprendiz. Al cabo de un tiempo, algunos magos ordinarios empezaron a murmurar que Marcia era demasiado exigente para que le fueran bien las cosas. «¿Qué esperaba encontrar la señora Marcia? ¡Por Dios bendito, el séptimo hijo de un séptimo hijo! ¡Ja!» Pero aquello era exactamente lo que había encontrado. Había encontrado a Septimus Heap, séptimo hijo de Silas Heap, un pobre mago ordinario sin talento, a su vez séptimo hijo de Benjamín Heap, un cambiador de forma igual de pobre, pero considerablemente más talentoso.

La plateada escalera de caracol frenó hasta detenerse en la planta baja de la Torre del Mago, y Septimus se bajó y cruzó el gran vestíbulo, saltando de un lado a otro para intentar cazar los fugaces colores que recorrían el blando suelo que parecía de arena. El suelo lo había visto llegar y las palabras buenos días, aprendiz, formaban dibujos cambiantes y saltaban continuamente delante de él, mientras salía por la puerta de plata maciza que custodiaba la entrada de la torre. Septimus murmuró la contraseña y, sin hacer ningún ruido, las puertas se abrieron ante él, proyectando un brillante haz de luz solar en el vestíbulo, que cubrió los colores mágicos.

Septimus salió a la cálida mañana del solsticio de verano. Le estaban esperando.

—Marcia te ha dejado salir pronto hoy —dijo Jenna Heap.

Estaba sentada en el más bajo de los grandes escalones de mármol que conducían a la Torre del Mago, moviendo despreocupadamente los pies que colgaban sobre la cálida piedra. Vestía una sencilla túnica roja con ribete dorado, ceñida por un fajín también dorado, y unas resistentes sandalias calzaban sus polvorientos pies. Una fina diadema de oro que ceñía su cabeza como una corona le sujetaba el cabello negro. Había un brillo divertido en aquellos ojos oscuros mientras contemplaban a su hermano adoptivo. Parecía tan desaliñado como de costumbre, con el cabello rizado de color pajizo despeinado y el ropaje verde de aprendiz cubierto de polvo de la biblioteca, si bien el anillo del dragón de oro resplandecía tan brillante como siempre en el dedo índice de su mano derecha.

Jenna se alegraba de verlo.

—¡Hola, Jen! —Septimus sonrió, sus brillantes ojos verdes parpadearon con el resplandeciente sol. Y agitó el tarro de las arañas delante de ella.

Jenna saltó del escalón con los ojos fijos en el tarro.

—No sueltes esas arañas cerca de mí —le advirtió.

Septimus bajó los escalones, sin dejar de agitar el tarro delante de ella. Se acercó al pozo que estaba a un extremo del patio y, con mucho cuidado, dio unos pequeños golpes en la base del tarro para que cayeran las arañas. Aterrizaron en el cubo. La araña peluda se zampó rápidamente otro aperitivo y empezó a subir por la cuerda. Las tres arañas restantes, al observar a la peluda marcharse, decidieron quedarse en el cubo.

—A veces, Jen —dijo Septimus mientras volvía a los escalones donde estaba Jenna—, creo que esas arañas vuelven directamente a la biblioteca. Hoy he reconocido a una de ellas.

—No seas tonto, Sep. ¿Cómo puedes reconocer a una araña?

—Bueno, estoy seguro de que ella me reconoció a mí —respondió Septimus—. Creo que por eso me picó.

—¿Te picó? Es horrible. ¿Dónde?

—En la biblioteca.

—No, ¿dónde te picó?

—¡Ah!, aquí, mira —Septimus movió el pulgar ante Jenna.

—No veo nada —dijo quitándole importancia.

—Es que Marcia me aplicó un poco de veneno.

—¿Veneno?

—Eso es costumbre entre los magos —repuso Septimus dándose ínfulas.

—Ya... vosotros los magos... —se burló Jenna levantándose y tirando de la túnica verde de Septimus—. Vosotros los magos estáis todos locos. Y hablando de locos, ¿cómo está Marcia?

Septimus dio un puntapié a un guijarro que pasó rozando a Jenna.

—No está loca, Jen —respondió guardándole lealtad—, pero esa sombra la sigue por todas partes. Y la cosa va a peor, porque hasta yo empiezo a verla.

—¡Uuuu, qué miedo! —Jenna le devolvió el guijarro a Septimus de un disparo.

Los dos se pusieron a jugar al fútbol con la piedra en el patio y entraron en la fresca sombra del alto pasadizo abovedado de plata y lapislázuli. Era el Gran Arco que salía del patio de la Torre del Mago y daba a una amplia avenida conocida como la Vía del Mago, que conducía directamente al Palacio.

Septimus apartó de su cabeza cualquier pensamiento sobre sombras y corrió delante de Jenna por el Gran Arco. De repente se dio media vuelta y dijo:

—Además, Marcia me ha dado el día libre.

—¿Todo el día? —preguntó Jenna, sorprendida.

—Todo el día, hasta medianoche, así que podré volver contigo y ver a mamá.

—Y a mí. Vas a tener que verme todo el día; hace años que no estamos juntos. Y mañana me voy a casa de tía Zelda a visitar la nave Dragón. Dentro de poco será el solsticio de verano, por si lo has olvidado.

—Claro que no lo he olvidado, Marcia no deja de decir lo importante que es. Toma, tengo un regalo para ti. —Septimus sacó el amuleto de chocolate del bolsillo de la túnica y se lo dio a Jenna.

—¡Oh, Sep, es precioso! Ejem... ¿qué es exactamente?

—Es un amuleto de sabor. Convertirá lo que quieras en chocolate. Pensé que te sería útil en casa de tía Zelda.

—Podría convertir todo ese potaje de col y sardinas en chocolate.

—Potaje de col y sardinas... —dijo Septimus con nostalgia—. ¿Sabes?, echo tanto de menos la comida de tía Zelda...

—Pues eres el único —se rió Jenna.

—Lo sé. Por eso pensé que te gustaría el amuleto. Ojalá también pudiera ir yo a ver a tía Zelda.

—Bueno, no puedes... porque yo soy la reina.

—¿Desde cuándo, Jen?

—Bueno, lo seré. Y tú solo eres un humilde aprendiz.

Jenna le sacó la lengua a Septimus, que la persiguió hasta que salieron del Gran Arco a la calurosa Vía del Mago.

Jenna y Septimus Heap salieron del umbrío arco y vieron la Vía del Mago que se extendía ante ellos, resplandeciente y vacía al temprano sol de la mañana. Las inmensas losas de caliza blanca formaban una amplia avenida hasta la verja de Palacio, que brillaba en la lejanía. Altos almenares de plata flanqueaban la Vía del Mago y soportaban las antorchas que se usaban para iluminar la vía por la noche. Aquella mañana cada una sostenía una antorcha ennegrecida, que

había ardido la noche anterior y que Maizie Smalls, el antorchero, cambiaría y encendería por la noche. A Septimus le encantaba verle encender las antorchas; desde su habitación en lo alto de la Torre del Mago divisaba la Vía del Mago, y Marcia lo sorprendía muchas veces mirando soñadoramente por la ventana en el momento en que encendían las antorchas en lugar de estar preparando sus conjuros.

Jenna y Septimus se apartaron de la potente luz del sol y se refugiaron en las frescas sombras de los edificios cuadrados a cada lado de la vía. Los edificios eran de los más viejos del Castillo y estaban hechos de una gastada piedra clara, llena de agujeros y marcas de miles de años de lluvia, granizo, escarcha y alguna que otra batalla. Albergaban a los numerosos autores de manuscritos y las imprentas que producían todos los libros, panfletos, opúsculos y tratados que leían los habitantes del Castillo.

Beetle, que era el botones principal y encargado de la inspección en el Número Trece, estaba haraganeando y tomando el sol fuera, y saludó amistosamente a Septimus con un gesto. El Número Trece destacaba de todas las demás tiendas. No solo era la única que tenía tantos papeles apilados junto a las ventanas que era imposible ver su interior, sino que estaba recién pintada de púrpura, para desagrado de la Sociedad para la Conservación de la Vía del Mago. El Número Trece albergaba el Manuscriptorium Mágico y Verificación de Hechizos, Sociedad Anónima, que Marcia y la mayoría de los magos usaban con regularidad.

Al acercarse al final de la Vía del Mago, por detrás de ellos, Jenna y Septimus oyeron el repiqueteo de unos cascos de caballo que resonaban en la vacía calle. Se volvieron, y a lo lejos vieron una oscura y polvorienta figura sobre un gran caballo negro que galopaba hacia el Manuscriptorium. La figura descabalgó a toda prisa, ató rápidamente el caballo y desapareció en el interior, seguido de cerca por Beetle, que parecía sorprendido de tener un cliente a esas horas tan tempranas de la mañana.

—Me pregunto quién será ese —dijo Septimus—. No lo había visto nunca por aquí, ¿y tú?

—No estoy segura —respondió Jenna tras unos segundos—. Me resulta familiar, pero no sé por qué.

www.freelibros.org

Septimus no respondió. De repente, la picadura de araña le produjo un dolor punzante que le subió por el brazo. Se estremeció al recordar la sombra que había visto aquella mañana.

3. UN CABALLO NEGRO.

Gudrun la Grande custodiaba la puerta de Palacio. Levitaba a unos pocos pies del suelo y dormitaba apaciblemente a la luz del sol. Gudrun, una antigua fantasma que había sido una de las primeras magas extraordinarias, soñaba con los tiempos en que la Torre del Mago era nueva. Con el sol de la mañana, Gudrun era casi invisible, y Jenna y Septimus estaban tan ocupados discutiendo sobre el jinete misterioso que pasaron a través de ella sin darse cuenta. Gudrun la Grande les saludó con un movimiento de cabeza, confundiéndolos con un par de aprendices suyos de antaño que eran gemelos.

El año anterior, Alther Mella había asumido la tarea de dirigir el Palacio y el Castillo, hasta que llegara el momento adecuado para que Jenna fuera reina. Después de diez años con los guardias custodios paseándose como Pedro por su casa por el Palacio y aterrorizando a la población, decidió que no quería volver a ver ningún soldado más custodiando el Palacio. De modo que Alther, que también era un fantasma, pidió a los Antiguos que hicieran de guardianes. Los Antiguos eran fantasmas ancianos, muchos de ellos tenían al menos quinientos años y algunos, como Gudrun, todavía más. Como los fantasmas se vuelven cada vez más transparentes con el paso del tiempo, costaba mucho ver a la mayoría de los antiguos. Jenna aún no se había acostumbrado a cruzar un umbral y descubrir que también había atravesado a la segunda guardiana del Pilar de la Cama de la Reina o a algún otro dignatario anciano. Solo se daba cuenta de su error cuando oía una voz temblorosa que la saludaba: «Buenos días tenga usted, bella dama», a la vez que el pisoteado Antiguo se despertaba de repente e intentaba recordar quién era. Por suerte, el Palacio no había cambiado mucho desde su construcción, así que la mayoría de los antiguos aún sabían desenvolverse en él. Muchos eran Antiguos magos extraordinarios y no era extraño ver una desvaída capa púrpura revoloteando por el laberinto de interminables pasillos y habitaciones de Palacio.

—Creo que he vuelto a pasar a través de Gudrun —dijo Jenna—. Espero que no le importe.

—Bueno, sigo creyendo que es muy raro tener fantasmas para guardar las puertas —respondió Septimus sin dejar de mirarse el pulgar, que, para su alivio parecía normal de nuevo—. Me refiero a que cualquiera podría pasar a través de ellos, ¿no?

—Esa es la idea —dijo Jenna—. Cualquiera puede pasar a través de ellos. El Palacio está aquí para todos los del Castillo. Ya no necesita guardias para mantener alejadas a las personas.

—Hummm —murmuró Septimus—, pero tal vez haya algunas personas a las que se debería mantener alejadas.

—A veces, Sep, te pones demasiado serio, y eso no es bueno. Pasas demasiado tiempo encerrado en esa vieja y roñosa torre, a mi parecer. ¡Te echo una carrera!

Jenna echó a correr. Septimus la observó correr por los prados que se extendían delante del Palacio, polvoriento y marrón, en el calor de pleno verano. Los prados eran grandes y amplios y estaban divididos en dos por el ancho camino que llegaba hasta la entrada de Palacio. El Palacio era uno de los edificios más antiguos del Castillo; estaba construido al estilo arcaico, con pequeñas ventanas fortificadas y almenas en las murallas. Delante de este había un foso ornamental poco profundo que era el hogar de unas temibles tortugas mordedoras que el anterior ocupante, el custodio supremo, había dejado allí y de las que era casi imposible desembarazarse. Un ancho y bajo puente cruzaba el foso y conducía hasta un par de pesadas puertas de roble, que estaban abiertas de par en par en el calor de primera hora de la mañana.

A Septimus le gustaba cómo era el Palacio ahora. Era un edificio acogedor, con su piedra amarillenta resplandeciendo cálidamente al sol. En su época de chico soldado había hecho guardia fuera en la verja, pero entonces parecía un lugar sombrío y lúgubre, ocupado por el temido custodio supremo. A pesar de eso, a Septimus nunca le importó hacer guardia, pues aunque solía ser aburrido y hacía frío, al menos no era tan aterrador como la mayoría de las cosas que había tenido que hacer en el ejército joven.

En el verano, Septimus observaba a Billy Pot, el cortador de césped, que había inventado un artilugio que se suponía cortaba la hierba. Unas veces lo hacía y otras no, según lo hambrientos que estuvieran los ocupantes del artilugio: lagartijas. Las lagartijas eran el secreto de Billy, o al

menos eso creía él, aunque la mayoría de la gente se imaginaba cómo funcionaba el artilugio. Y cuando lo hacía era sencillo: Billy empujaba el artilugio y las lagartijas se comían la hierba. Cuando no funcionaba, Billy se tumbaba sobre el césped y les gritaba.

Billy Pot tenía cientos de lagartijas en madrigueras junto al río, y cada mañana elegía a las veinte más hambrientas, las metía en la caja cortadora en la parte delantera del artilugio y las paseaba por el césped del Palacio. Billy tenía la esperanza de que un día terminaría de cortar el césped antes de que llegara el momento de volver a cortarlo; le habría gustado tener un día libre de vez en cuando, pero eso nunca ocurría. Cuando ya había arrastrado el artilugio por una enorme extensión de hierba y las lagartijas habían hecho su trabajo, era el momento de volver a empezar. Mientras Septimus corría por la hierba intentando cazar a Jenna, que le llevaba mucha delantera, oyó el familiar traqueteo metálico. Al cabo de un momento, Billy Pot apareció a lo lejos, empujando su artilugio por el ancho camino que se adentraba en el césped del Palacio y dirigiéndose con parsimonia hacia una nueva explanada de hierba. Septimus aceleró, decidido a que Jenna no le llevara demasiada delantera. Pero ella era más grande y más rápida que él, aunque tuvieran exactamente la misma edad. Enseguida Jenna llegó al puente.

Jenna se detuvo y esperó a que Septimus la alcanzase.

—Venga, Sep. Vamos a buscar a mamá.

Cruzaron el puente y llegaron a la entrada de Palacio. El Antiguo que guardaba las puertas estaba despierto, sentado en una silla de oro, colocada cuidadosamente de cara al sol, y había estado observando cómo se acercaban Jenna y Septimus con una cariñosa sonrisa. Se alisó la capa púrpura, pues él también fue en su día un respetado mago extraordinario, y sonrió a Jenna.

—Buenos días, princesa —dijo el fantasma con una voz tan débil que parecía que estuviera a mucha distancia de ellos—. Me alegro de verla. Y buenos días, aprendiz. ¿Cómo andan las transformaciones? ¿Has conseguido ya la triple transubstanciación?

—Casi —sonrió Septimus.

—Buen chico —respondió el Antiguo con aprobación.

—Hola, Godric —saludó Jenna—. ¿Sabes dónde está mamá?

—Resulta, princesa, que sí lo sé. La señora Sarah me dijo que iba al huerto a coger unas hierbas. Le dije que eso podía hacerlo la ayudante de cocina, pero insistió en ir ella misma. Maravillosa mujer, tu madre —exclamó el Antiguo con nostalgia.

—Gracias, Godric —dijo Jenna—. Iré a buscarla... ¡oye! ¿qué...? —Septimus la había cogido del brazo.

—Jen... mira —la avisó, señalando una nube de polvo que se aproximaba a la verja del Palacio.

El Antiguo, aún en posición sedente, se elevó de la silla y se mantuvo inmóvil en la entrada, mirando hacia delante en el sol de la mañana.

—Un caballo negro. Y un jinete negro. —Su voz resonó con un ligero eco.

Septimus tiró de Jenna hasta situarse en las sombras, detrás del fantasma.

—¿Qué haces? —protestó Jenna—. Es solo el caballo que vimos antes. Déjame ver quién es el jinete.

Al dar un paso hacia la luz de la entrada, Jenna vio el caballo que se aproximaba. El jinete avanzaba a galope, sentado hacia delante y azuzando el animal, mientras la capa oscura ondeaba tras de sí. El caballo no se detuvo en la verja, sino que pasó galopando a través de Gudrun la Grande y entró como una exhalación en el camino. Por desgracia, Billy Pot iba hacia su explanada de hierba. Acababa de poner en marcha el artilugio por el camino cuando él y su artilugio se vieron obligados a cambiar bruscamente de dirección para evitar que los aplastara el caballo. Billy lo consiguió, pero el artilugio no tuvo la misma suerte. Como no estaba acostumbrado a ir deprisa, se rompió en pedazos allí mismo. Las lagartijas salieron corriendo en todas direcciones, y Billy Pot se quedó con un amasijo metálico en medio del camino de Palacio. El jinete entró con gran estruendo, ajeno a la pérdida de Billy Pot y a la recuperada libertad de las lagartijas. Los cascos del caballo levantaban el polvo estival y golpeaban con un repiqueteo hueco y rítmico contra el suelo seco, mientras se acercaba al Palacio a gran velocidad.

Jenna y Septimus esperaban que el jinete tomara el camino habitual hacia los establos que

rodeaban el Palacio y se encontraban en la parte de atrás, pero, para su sorpresa, el jinete espolé el caballo hacia el puente. Con destreza y sin aminorar el ritmo del caballo, el jinete cruzó al galope el umbral de la puerta y prosiguió a través de Godric. Jenna notó el calor húmedo del caballo que pasó junto a ella: una gran salpicadura de baba de caballo aterrizó en su túnica. Se volvió para protestar, pero el jinete ya se había ido, estaba cruzando a medio galope el vestíbulo. Los cascos del caballo derrapaban sobre las losas de piedra, que echaban chispas; entonces, con una brusca cabriola, se metió en la oscuridad del Largo Paseo, un pasillo de un kilómetro y medio que atravesaba la mitad del Palacio como si fuera la columna vertebral del edificio.

Godric se levantó del suelo.

—¡Vaya frío!... he notado como si me atravesara algo frío —murmuró el fantasma.

Retrocedió temblando hasta la silla y cerró los transparentes ojos.

—¿Te encuentras bien, Godric? —le preguntó Jenna preocupada.

—Sí —murmuró débilmente el fantasma—. Gracias, majestad. Quiero decir, gracias, princesa.

—¿Estás seguro de que te encuentras bien? —Jenna miraba fijamente al fantasma, pero este se había quedado dormido.

—Vamos, Sep —susurró Jenna—. Vamos a ver qué ocurre.

El interior del Palacio ahora estaba oscuro, después de haber estado bañado por la brillante luz del sol. Jenna y Septimus corrieron por el vestíbulo central hasta el Largo Paseo. Echaron una ojeada a la interminable extensión débilmente iluminada, pero no se veía ni se oía ni rastro del jinete.

—Se ha esfumado —susurró Jenna—. Quizá fuera un fantasma.

—¡Vaya clase de fantasma! —dijo Septimus señalando las huellas polvorientas que los cascos del caballo habían dejado grabadas sobre la gastada alfombra roja que cubría las grandes y viejas losas.

Jenna y Septimus giraron hacia el ala este del paseo y siguieron las huellas. En otro tiempo, antes de que el custodio supremo se apoderase del Palacio, el Largo Paseo había estado lleno de tesoros maravillosos —valiosas estatuas, ricos tapices y brocados llenos de color—, pero ahora era una sombra de lo que había sido. Durante sus diez años de ocupación, el custodio supremo había expoliado la mayor parte de los bienes valiosos del Palacio y los había vendido para financiar sus opíparos banquetes. Ahora, Jenna y Septimus dejaban atrás unas cuantas pinturas viejas de antiguas reinas y princesas que habían rescatado del sótano, y algunos arcones de madera vacíos con las cerraduras rotas y las bisagras arrancadas. Tras pasar por delante de tres reinas, todas ellas con aspecto de tener mal carácter, y de una princesa bizca, las huellas de cascos doblaban de repente a la derecha y desaparecían más allá de las anchas puertas del Salón de Baile. Las puertas ya estaban abiertas; Jenna y Septimus entraron siguiendo las huellas, pero no había ni rastro del jinete.

Septimus soltó un silbido grave.

—¡Qué grande es este sitio!

El Salón de Baile era realmente inmenso. Cuando se construyó el Palacio, se decía que toda la población del Castillo cabía dentro del Salón de Baile. Aunque ya no era cierto, seguía siendo la sala más grande que nadie del Castillo había visto jamás. El techo era más alto que una casa y los inmensos ventanales, formados por pequeños paneles de vitrales, se extendían desde el suelo hasta el techo y proyectaban los colores del arco iris sobre el lustroso suelo de madera. Por los paneles inferiores de las ventanas, que estaban abiertos, entraba el calor de la mañana estival. Daban a los prados de la parte trasera del Palacio, que se adentraban hasta el río.

—Se ha ido —dijo Jenna.

—O desaparecido —murmuró Septimus—. Como dijo el Antiguo: «Un caballo negro y un jinete negro».

—No seas tonto, Sep. No se refería a eso —respondió Jenna—. Pasas demasiado tiempo en lo alto de esa torre con una atemorizada maga y su sombra. Además, parece ser que ha salido por esa ventana... ¡mira!

—Eso no lo sabes seguro —objetó Septimus, dolido porque Jenna le hubiera llamado tonto.

—Sí lo sé —repuso Jenna, señalando en el escalón el montón de cagajones de caballo de los que emanaban efluvios.
Septimus hizo una mueca y salió con cuidado a la terraza.
Fue entonces cuando oyó el grito de Sarah Heap.

4. SIMON DICE.

—Ni una breve rata mensaje en todo este tiempo... —dijo Sarah Heap entre lágrimas al jinete negro que había descabalgado, mientras Jenna y Septimus llegaban a la puerta del huerto amurallado.

El hombre les daba la espalda. Con aspecto de sentirse incómodo, sujetaba el caballo con una mano y con la otra daba unas palmaditas en el hombro de Sarah, que le había echado los brazos alrededor del cuello.

Sarah Heap parecía pequeña y casi frágil al lado del hombre. El cabello rizado y claro le crecía desordenadamente hasta los hombros, y la larga túnica de algodón azul con el ribete dorado de Palacio en las mangas y en el bajo no conseguía ocultar lo mucho que había adelgazado Sarah desde que había regresado al Castillo, pero los ojos verdes brillaban de fragilidad al ver al jinete negro.

—Solo un mensaje para hacerme saber que estabas bien —le regañó Sarah—, eso era todo lo que necesitaba, todo lo que necesitábamos. Tu padre también estaba muy preocupado. Pensábamos que no volveríamos a verte nunca... Has estado fuera más de un año y no nos has dicho ni una palabra. Realmente, eres un niño malo, Simon.

—Ya no soy un niño, madre. Ahora soy un hombre. Tengo veinte años, por si lo has olvidado.

Simon Heap apartó los brazos de Sarah de su cuello y retrocedió un paso; de repente se dio cuenta de que lo estaban observando. Dio media vuelta y no pareció alegrarle particularmente ver a su hermano menor y a su hermana adoptiva aguardando sin saber qué hacer junto a la puerta del huerto. Simon se volvió otra vez hacia su madre.

—Además, no me necesitáis —dijo malhumorado—. Sobre todo ahora que habéis encontrado a vuestro querido séptimo hijo que llevaba tanto tiempo perdido. Sobre todo se las arregla de maravilla, ocupando mi puesto de aprendiz.

—Simon, no —protestó Sarah—. Por favor, no volvamos a discutir sobre eso. Septimus no te ha quitado nada. A ti nunca te ofrecieron ser aprendiz.

—¡Ah, pero lo habría sido si no hubiera aparecido ese mocoso!

—¡Simon! No voy a consentir que hables de Septimus de ese modo. Es tu hermano.

—Siempre y cuando creas que lo que vio la vieja bruja de Zelda en un charco de agua sucia es cierto. Personalmente, yo no me lo creo.

—Y tampoco hables de tu tía abuela de ese modo, Simon —le instó Sarah con voz grave, pues empezaba a enfadarse—. Además, yo sé que lo que vi, lo que vimos todos, es cierto. Septimus es mi hijo. Y es tu hermano. Ya es hora de que te acostumbres, Simon.

Septimus se retiró hacia la penumbra de la entrada; le dolió lo que acababa de oír, pero no le sorprendió. Recordaba perfectamente lo que Simon había dicho la noche de la cena del aprendiz en casa de tía Zelda en los marjales Marram. Esa noche fue la más asombrosa de su vida, pues no solo se había convertido en el aprendiz de Marcia, sino que también había descubierto quién era en realidad: el séptimo hijo de Sarah y Silas Heap. Sin embargo, en las primeras horas de la mañana, después de las celebraciones, Simon Heap se enzarzó en una terrible discusión con sus padres. Simon se sumió en la oscuridad, cruzó los marjales Marram en canoa, para horror de Sarah (y de su hermano Nicko, que acababa de adquirir la canoa). Después, Simon desapareció... hasta ahora.

—¿Vamos a saludar, Sep? —susurró Jenna.

Septimus sacudió la cabeza, y se quedó retrasado.

—Ve tú —le dijo a Jenna—. No creo que tenga ganas de verme.

Septimus permaneció en la penumbra y observó a Jenna entrar en el huerto y cruzar por encima de las lechugas que el caballo de Simon había aplastado.

—¡Hola, Simon! —sonrió Jenna tímidamente.

—¡Aja! Esperaba encontrarte aquí, en tu Palacio. Buenos días, majestad —dijo Simon en tono burlón mientras Jenna se acercaba.

—Aún no me llamo así, Simon —respondió Jenna un poco insegura—. No hasta que sea reina.

—Reina, ¿eh...? Entonces, ¿nosotros seremos importantes? O cuando seas reina, ¿no hablarás

con los que son como nosotros?

Sarah suspiró.

—¡Basta, Simon!

Simon miró a su madre y luego a Jenna. Su expresión desabrida se volvió más sombría cuando dirigió la mirada hacia la puerta abierta del huerto. Sus ojos verdes negruzcos se fijaron en la sobria mampostería del antiguo Palacio y en la serenidad de los prados. ¡Qué diferente de la caótica habitación en la que había crecido rodeado de sus cinco hermanos pequeños y su hermanita adoptada, Jenna! En realidad, era tan diferente que sentía que su familia ya no tenía nada que ver con él. Sobre todo Jenna, con la que, al fin y al cabo, no le unía ningún lazo de sangre. No era más que un cuco en el nido, y, como todos los cucos, se había apropiado del nido y lo había destruido.

—Muy bien, madre —dijo Simon con dureza—. Basta.

Sarah sonrió con vacilación. Ya casi no reconocía a su hijo mayor. El hombre de la capa negra que tenía delante le parecía otra persona. Una persona que a Sarah no le gustaba demasiado.

—Entonces —dijo Simon con una voz jovial—, ¿le gustaría a mi hermanita dar un paseo a lomos de Trueno?

Simon dio unas palmadas a su caballo mostrando que se sentía orgulloso de él.

—No estoy segura, Simon —intervino Sarah.

—¿Por qué no, madre? ¿No confías en mí?

Sarah se quedó en silencio más de lo necesario.

—Claro que confío en ti.

—Soy un buen jinete, ya lo sabes. Me pasé el último año cabalgando por montañas y valles en el País Fronterizo.

—¿Qué...? ¿En las Malas Tierras? ¿Qué estabas haciendo allí? —preguntó Sarah con un deje de sospecha en la voz.

—Bueno, un poco de todo —dijo Simon vagamente.

De repente dio un paso hacia Jenna. Sarah avanzó como para detenerlo, pero Simon llegó antes, y en un rápido movimiento levantó a Jenna en volandas y la subió al caballo.

—¿Te gusta? —le preguntó a Jenna—. Trueno es un animal precioso, ¿verdad?

—Sí... —dijo Jenna algo incómoda, mientras el caballo cabeceaba intranquilo, como si estuviera impaciente por marcharse.

—Daremos un paseo por la vía, ¿quieres? —anunció Simon, como si fuera el mismo de siempre.

Simon colocó un pie en el estribo y se subió a la silla detrás de Jenna. De repente, Sarah vio a su hijo mayor mirándola desde una gran altura, y a punto de hacer algo que ella no podía impedirle.

—No, Simon, no creo que Jenna deba...

Pero Simon espoleó al caballo y tiró de las riendas. El animal dio media vuelta, pisoteando el tomillo que Sarah estaba a punto de recoger y partió a galope a través de la puerta del huerto, rodeando el Palacio. Sarah corrió detrás de él gritándole:

—Simon... Simon, vuelve...

Pero ya se había ido, dejando tras de sí unas nubes de polvo allí donde los cascos del caballo habían hollado el polvoriento camino.

Sarah no sabía por qué se asustaba; al fin y al cabo, su hijo se llevaba a su hermana a dar un paseo a caballo. ¿Qué había de malo en ello? Sarah miró a su alrededor en busca de Septimus; estaba segura de que lo había visto llegar con Jenna, pero Septimus no estaba allí. Sarah suspiró. Había sido solo una ilusión, nada más; ya estaba otra vez imaginando cosas. Pero decidió que cuando Simon y Jenna regresaran del paseo, iría directamente a la Torre del Mago y traería a Septimus a pasar el resto del día con ella. Después de todo, al día siguiente Jenna tenía que partir para su visita del solsticio de verano a la nave Dragón, y estaría bien que Septimus la viera antes de partir. Y tampoco estaba dispuesta a tolerar ningún impedimento de esa Marcia Overstrand. Septimus necesitaba pasar más tiempo con su hermana y también con ella. Y tal vez si Simon llegase a conocer mejor a Septimus, abandonaría su desagradable actitud.

Y así, preocupada con sus pensamientos y observada por tres lagartijas que habían escapado,

Sarah se arrodilló para recuperar parte del tomillo aplastado, mientras esperaba a que volvieran Jenna y Simon.

5. TRUENO.

Jenna se agarró a la áspera crin del caballo mientras Simon galopaba por los prados del Palacio, dispersando de nuevo todas las lagartijas que Billy Pot acababa de juntar.

Jenna adoraba los caballos, tenía uno propio que dormía en los establos y lo montaba todos los días. Era una buena amazona, además de valiente. Así que ¿por qué iba a asustarse? ¿Era por eso, se preguntó mientras Trueno pasaba a toda velocidad por la verja de Palacio, por lo que Simon montaba el caballo de manera tan furiosa y violenta? Simon llevaba un par de afiladas espuelas en las botas negras y no solo eran de muestra. Jenna ya le había visto golpear los flancos del caballo con ellas en dos ocasiones, y tampoco le gustaba la manera que tenía de tirar tan bruscamente de las riendas.

Simon galopaba por mitad de la Vía del Mago. No miraba ni a derecha ni a izquierda, y tampoco se fijaba en si alguien estaba cruzando la calle, como en ese momento estaba haciendo el profesor Weasal van Klampff. El profesor, que no sabía que Marcia iba a verlo, tenía que contarle algo a Marcia, y necesitaba decirselo lejos del extraordinariamente sensible oído de su ama de llaves, Una Brakket.

Mientras el profesor Van Klampff caminaba distraído por la Vía del Mago, ensayando mentalmente cómo iba a explicar sus sospechas de que Una Brakket tramaba algo —aunque no estaba seguro de qué—, lo último que esperaba era ser arrollado por un inmenso caballo negro que pasaba como una centella. Pero, por desgracia para el profesor, exactamente fue eso lo que sucedió. Y cuando se recuperó, magullado y amoratado, aunque indemne, el profesor Van Klampff no recordaba qué hacía allí. ¿Quizá necesitaba más pergamino... una pluma nueva... una libra de zanahorias... o serían dos libras de zanahorias? El hombrecito rechoncho, con gafas de media luna y una descuidada barba gris, se quedó un rato plantado en mitad de la Vía del Mago, atendido por los preocupados Beetle y demás ayudantes de las tiendas y oficinas vecinas, sacudiendo la cabeza e intentando recordar por qué estaba allí. Algo en el fondo de su cerebro le decía que era importante, pero se le había olvidado. Weasal van Klampff sacudió la cabeza y volvió a casa, no sin antes pararse a comprar tres libras de zanahorias.

Mientras tanto, Trueno cabalgaba precipitadamente por la Vía del Mago, dejando atrás las tiendas, las imprentas y las bibliotecas privadas, donde los orgullosos propietarios se entretenían preparando las ofertas especiales de manuscritos y pergaminos de baja calidad. Al ver un caballo negro al galope, interrumpieron sus ocupaciones y se quedaron mirándolo un momento, preguntándose qué estaba haciendo la princesa con aquel jinete negro. ¿Por qué tanta prisa?

En un instante, Trueno llegó hasta el Gran Arco. Jenna esperaba que Simon frenase y diera media vuelta al caballo para regresar al Palacio, pero en lugar de eso tiró fuerte de las riendas y el caballo viró bruscamente a la izquierda y pasó volando por el atajo del Bolso Cortado. La estrecha calle estaba oscura y fría en contraste con la soleada Vía del Mago y olía a rancio. Un desagüe descubierto corría en medio de los adoquines, y un espeso lodo marrón fluía lentamente por él.

—¿Adonde vamos? —gritó Jenna, que apenas podía oírse a sí misma con el repiqueteo de los cascos del caballo.

Los cascos resonaban en las destartadas casas a cada lado del callejón y ensordecían su cabeza. Simon no respondió, así que Jenna volvió a gritar, esta vez más fuerte.

—¿Adonde vamos?

Simon siguió sin responder. De repente, el caballo giró hacia la izquierda, esquivando de milagro un carro lleno de pastel de carne y salchichas, y derrapó en el limo que discurría bajo sus cascos.

—¡Simon! —protestó Jenna—. ¿Adonde vamos?

—¡Cierra el pico! —le oyó decir Jenna.

—¿Qué?

—Ya lo has oído. Cierra el pico. Vas a donde yo te lleve.

Jenna se volvió para mirar a Simon, impresionada por el odio que descubrió en su voz. Tenía la esperanza de haber entendido mal lo que había dicho, pero, cuando vio la frialdad de sus ojos, Jenna supo que lo había oído perfectamente. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

De pronto, el caballo volvió a cambiar de dirección. Era como si Simon intentara librarse de cualquiera que pudiera seguirlos. Tiró de las riendas, conduciendo violentamente el caballo hacia la derecha, y Trueno se metió en la cuesta Encogetripas, un oscuro pasaje entre dos altas murallas. Simon entornaba los ojos, muy concentrado, mientras el caballo galopaba veloz por el estrecho pasaje y los cascotes sacaban chispas a los pedernales que tenían debajo. Al final del oscuro pasaje, Jenna veía la luz del día y, mientras cabalgaban a galope hacia ella, Jenna tomó una decisión. Estaba a punto de saltar.

Mientras Trueno llegaba a la luz del sol, Jenna respiró hondo y, sin que Simon lo quisiera, el caballo derrapó hasta detenerse. Una pequeña figura ataviada con el ropaje verde de aprendiz les había salido al paso y estaba frenando al caballo con una mirada penetrante. Trueno estaba siendo paralizado.

—¡Septimus! —exclamó Jenna, más dichosa de verlo de lo que habría creído posible—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Septimus no contestó. Estaba demasiado concentrado en Trueno. Nunca había paralizado algo tan grande como un caballo y no estaba seguro de poder hablar y paralizar a la vez.

—¡Apártate de mi camino, mocoso! —gritó Simon—. A menos que quieras que te aplasten.

Simon espoleó enfadado el caballo, pero Trueno se negó a moverse. Jenna sabía que esa era su oportunidad. Cogiendo a Simon desprevenido, tomó impulso para saltar al suelo, pero Simon reaccionó deprisa. Cogió a Jenna por el cabello y la volvió a subir a la silla.

—¡Aaay, suéltame! —gritó Jenna golpeando a Simon.

—¡Oh, no, no hagas eso! —le susurró Simon al oído, retorciéndole dolorosamente la oreja.

Septimus no reaccionó. Apenas se atrevía a moverse.

—Suelta... a... Jenna... —dijo despacio y con cautela, con los intensos ojos verdes fijos en los de Trueno, que estaban abiertos de par en par y mostraban una gran parte del blanco.

—¿A ti qué te importa, mocoso? —gruñó Simon—. No es asunto tuyo. Ella no tiene nada que ver contigo.

Septimus se mantuvo firme y siguió mirando fijamente a Trueno.

—Es mi hermana —dijo con serenidad—. Suéltala.

Trueno se movió intranquilo. El caballo estaba atrapado entre dos amos, y no le gustaba. Su antiguo amo aún estaba en la silla, era como una parte más del propio caballo, y, como siempre, el deseo de su amo era también el deseo de Trueno: su amo deseaba seguir adelante, por tanto Trueno también deseaba seguir adelante. Pero ante él estaba un nuevo amo. Y el nuevo amo no permitiría el paso a Trueno, por mucho que su viejo amo le agujoneara los flancos con sus afiladas espuelas. El caballo intentó cerrar los ojos para apartarse de la mirada de Septimus, pero no los podía mover. Trueno echó la cabeza hacia atrás, relinchando en su desventura, paralizado por Septimus.

—Suelta a Jenna ahora mismo —repitió Septimus.

—Y si no, ¿qué me vas a hacer? —preguntó burlándose Simon—. Me harás uno de tus patéticos hechizos, ¿eso harás? Deja que te diga una cosa, mocoso, tengo más poder en mi dedo meñique del que tú tendrás en toda tu miserable vida. Y si no te apartas de mi camino ahora mismo, lo usaré. ¿Lo has entendido? —Simon señaló a Septimus con el dedo meñique de su mano izquierda y Jenna soltó una exclamación.

En el meñique llevaba un gran anillo con un símbolo inverso que le resultaba horriblemente familiar.

Jenna apartó la cabeza del alcance de Simon.

—Pero ¿qué te pasa, Simon? —gritó—. Tú eres mi hermano. ¿Por qué te portas de manera tan horrible?

Como respuesta, Simon cogió el cinturón de oro de Jenna y lo retorció fuerte en la mano izquierda, mientras con la derecha tensaba las riendas de Trueno.

—Dejemos clara una cosa, princesa —respingó—. Yo no soy tu hermano. Tú eres solo una niña no deseada que mi ingenuo padre trajo a casa una noche. Eso es todo. No has hecho más que crearnos problemas y has destrozado nuestra familia, ¿lo entiendes?

Jenna palideció. Se sentía como si alguien le hubiera asestado un puñetazo en pleno estómago. Bajó la mirada hacia Septimus en busca de ayuda y, por un breve instante, Septimus la miró; estaba tan desconcertada... Sin embargo, en el momento en que las miradas de Septimus y Jenna se cruzaron, Trueno supo que era libre. Las narinas del caballo se hincharon de emoción, los músculos se tensaron y de repente se alejó al galope, y tomó otra calle adoquinada que le llevó hasta la Puerta Norte.

Septimus observó atónito cómo desaparecía el caballo. La cabeza le daba vueltas después del gran esfuerzo que había hecho para paralizar al caballo, el cual había luchado contra él todo el rato: en nada se parecía al conejo de prácticas que Septimus usaba para ensayar su hechizo paralizante. Septimus sabía que tenía una última oportunidad de recuperar a Jenna, así que sacudió la cabeza e intentó despejar el mareo que le había provocado el encantamiento. Luego, aunque un poco tembloroso, se transportó hasta la Puerta Norte.

6. LA PUERTA NORTE.

Abajo, en la Puerta Norte, Silas Heap estaba jugando al Patifichas con Gringe el portero. Silas y Gringe acababan de completar un feudo antiguo. Cuando Simon Heap, el hijo mayor de Silas, intentó fugarse con Lucy, la única hija de Gringe, para casarse, tanto a Silas como a Gringe les pareció mal. Gringe encerró a Lucy en el desván de la garita del guarda para evitar que volviera a escaparse. Hasta que, tiempo después, Silas fue a verle con la noticia de que Simon se había internado en los marjales Marram en mitad de la noche —y no lo habían visto desde entonces—, Gringe no dejó salir a Lucy del desván. Pues Gringe sabía tan bien como cualquiera que las probabilidades de sobrevivir en los marjales Marram de noche eran escasas.

Silas y Gringe descubrieron que tenían mucho en común. Para empezar estaban Lucy y Simon... y estaba el Patifichas. Tanto Silas como Gringe tenían gratos recuerdos de sus partidas infantiles de Patifichas. El Patifichas era ahora un raro juego de mesa, pero, en otro tiempo, había sido muy famoso en el Castillo, hasta el punto que la final de la Liga de Patifichas solía ser el acontecimiento más destacado del año.

A primera vista, el juego parecía un simple damero sobre el que se jugaba con fichas. El tablero de Patifichas estaba formado por dos castillos separados por un río en la parte central. Cada jugador tenía un número de fichas de diversas formas y tamaños del color de su equipo, y el propósito del juego era tener el mayor número de fichas al otro lado del río y en el castillo del jugador contrario. Pero el juego tenía un matiz insólito: las fichas tenían ideas propias y, lo que es más importante, tenían pies propios.

Por eso el juego era tan popular, aunque por desgracia, ese era también el motivo de que el juego fuera tan poco común. Los amuletos para crear las fichas se habían perdido en el gran incendio de hacía tres siglos. Y desde entonces, la mayoría de los juegos de Patifichas estaban incompletos, pues, con los años, las fichas se fueron levantando y marchándose en busca de aventuras o en busca de una caja de Patifichas más interesante. Y aunque nadie ponía ninguna objeción cuando abría la caja y descubría que una colonia entera de fichas nuevas había establecido allí su residencia, otra cosa muy distinta era descubrir que tus fichas se aburrían contigo y te habían abandonado. Así que, trescientos años después, la mayoría de las fichas habían desaparecido: o bien arrastradas por el desagüe, pisoteadas en el suelo, o simplemente estaban pasándolo bien en pequeñas colonias de fichas ocultas bajo los suelos de madera.

La mayoría de los magos, incluido Silas, jugaban a la versión mágica del Patifichas. Cuando Silas comentó a Gringe que tenía un juego de Patifichas mágico completo y sellado en algún lugar del desván con todos sus libros, Gringe superó milagrosamente la arraigada antipatía que le tenía a la familia Heap y le sugirió que echaran una partidita de vez en cuando. Pronto se convirtió en algo regular que ambos esperaban con deseo.

Unas horas antes, aquella misma mañana, Silas había salido de Palacio y tomado el atajo hacia la Puerta Norte, llevando consigo su preciosa caja de Patifichas. Silas caminó lentamente, pues a su lado trotaba un perro lobo grande, descuidado, al que le crujían las articulaciones. Maxie ya no era un perro joven, pero seguía acompañando a su amo a todas partes. Silas Heap vestía una túnica azul marino atada con un cinturón de plata al igual que todos los magos ordinarios. Como todos los Heap, tenía el cabello claro y rizado, aunque ahora empezaba a adquirir un tono grisáceo, pero sus ojos verdes conservaban todo su brillo. Mientras paseaba por las soleadas calles en las tempranas horas de la mañana, tarareaba una alegre cancioncilla para sí, pues, a diferencia de Sarah Heap, a Silas no le duraban mucho tiempo las preocupaciones y contaba con que las cosas acabarían por salir bien.

Silas y Gringe se habían sentado amigablemente fuera de la garita del guardia y preparado el tablero de Patifichas, mientras echaban un vistazo a las fichas e intentaban averiguar de qué humor estarían aquel día. Las fichas eran veleidosas y uno nunca sabía con qué pie se levantarían de un juego al siguiente. Algunas eran fáciles de convencer para que fueran a donde tú querías, y otras no. Algunas parecían hacer lo que les pedías y luego te traicionaban en el último minuto. Otras se quedaban dormidas justo cuando necesitabas que hicieran algo importante, y otras echaban a correr como enloquecidas alrededor del tablero causando estragos. El truco era captar

rápido cómo era el carácter de tus fichas y de las de tu oponente, luego usar ese conocimiento para cruzar el tablero y entrar en el castillo contrario. Cada juego era distinto: algunas competiciones eran caóticas, otras agresivas y las mejores eran hilarantemente divertidas. No es extraño, pues, que, cuando Septimus apareció en la Puerta Norte, lo primero que oyese fuera la potente risotada de Gringe.

—¡Ja! No esperabas que te hiciera un doble cero, Silas, ¿a que no? Es una buena pieza esa gordita. Ya sabía que haría algo así. Creo que eso vuelve a poner mi ficha suplente en el tablero, ¿no te parece?

Gringe, un hombre corpulento y pendenciero, con su jubón de piel, se inclinó y cogió una ficha grande y redonda de una tarrina que estaba a un lado del tablero. La ficha pataleaba de emoción con sus patitas cortas y gordas y corrió por el tablero.

—¡Oye! —protestó Gringe, consternado, mientras la ficha saltaba directamente al río y desaparecía en las profundidades del agua—, se supone que no debes meterte ahí, pequeña p... Bueno, bueno, ¿no es ese tu chaval pequeño, Silas? ¿De dónde ha salido? No sé cómo os lo montáis los Heap para estar en todas partes, en serio.

—No voy a caer en ese viejo truco, Gringe. —Silas se rió, estaba concentrado tratando de convencer a una de sus fichas, la zapadora, para que se metiera en un túnel que llevaba hasta el castillo de Gringe—. Sé lo que tratas de hacer, Gringe. En cuanto aparte los ojos del tablero, tu empujadora tirará a mi zapadora al río de una patada. ¿Te crees que me chupo el dedo?

—Pero si es tu chavalín aprendiz, Silas. Creo que está haciendo algo de Magia.

Los efectos de la transportación de Septimus tardaban un rato en concretarse. Todavía parecía un poco neblinoso. Desde debajo de la mesa, Maxie aulló y al instante se le erizaron los pelos del cogote.

—Buen intento, Gringe —dijo Silas, tratando de que su empujadora empujase a su zapadora para que se metiera por el túnel de debajo del castillo sin demasiado éxito.

—No, aquí está. Hola, chaval. ¿Vienes a ver a tu padre?

Por fin, Silas apartó los ojos del juego y levantó la mirada.

—¡Ah, hola, Septimus! —exclamó sorprendido—. Bien, bien, ¿ya estás haciendo transportaciones? Es un chico listo, mi pequeño. Es el aprendiz de la maga extraordinaria, ¿sabes? —le contó Silas a Gringe, y no por primera vez que digamos.

—¿En serio? ¿No me lo habías contado antes? —murmuró Gringe, que con el codo intentaba recuperar su ficha del río. Había olvidado que el juego de Silas era la versión de luxe y venía con minicocodrilos.

—¡Aaaaaay! —se quejó Gringe.

—¡Papá, papá! —gritó Septimus—. ¡Es Jenna! Simon se ha llevado a Jenna. Vienen hacia aquí. Dile a Gringe que ice el puente levadizo. ¡Rápido!

—¿Qué?

Silas veía cómo se movían los labios de Septimus, pero no oía nada: Septimus aún no se había materializado del todo.

—¡Iza el puente, papá! —La voz de Septimus volvió justo en la última palabra.

—Sí, ¿qué pasa? No tienes por qué gritar, Septimus.

El repiqueteo de los cascos del caballo resonaba a sus espaldas y Septimus dedujo que era demasiado tarde. Se dispuso a saltar delante del caballo en un último y desesperado intento por detenerles, pero Silas lo agarró y tiró de él hacia atrás.

—¡Ten cuidado! Te van a aplastar.

El caballo de Simon pasó por su lado como una exhalación. Jenna gritó algo a Septimus y a Silas, pero sus palabras se perdieron en el clamor de los cascos del caballo y el rumor del viento, mientras el enorme animal negro pasaba a toda velocidad.

Septimus, Silas y Gringe miraron el caballo con sus dos jinetes martilleando en el puente levadizo. Cuando llegaron al camino de tierra del otro lado, Simon tiró del caballo bruscamente hacia la derecha y, después de que, al girar, los cascos resbalasen en la tierra seca, el caballo partió raudo hacia la Calle Norte. La Calle Norte, como Septimus sabía por los estudios

topográficos que había seguido en el ejército joven, discurría junto al río, lo cruzaba por encima del Puente de Dirección Única y al cabo de un día de veloz cabalgada llevaba hasta el País Fronterizo, o las Malas Tierras, como a menudo se le llamaba en el Castillo.

—¡Qué vergüenza! —exclamó Silas mirando el caballo—. Ha sido un caso típico de cabalgada a mataballos. Todo para presumir delante de su novia, no es más que eso. Si me preguntáis mi opinión, no deberían dejar montar caballos rápidos a los jóvenes. Solo quieren correr, correr, correr, y no piensan en nada más...

—¡Papá! —gritó Septimus intentando desesperadamente recuperar la voz—. ¡Papá... ese era Simon!

—¿Simon? —Silas parecía confundido—. ¿Qué quieres decir? ¿Nuestro Simon?

—¡Es Simon y se ha llevado a Jenna!

—¿Llevado? ¿Adonde se la ha llevado? ¿Por qué? ¿Qué está pasando? ¿Por qué nadie me cuenta nunca nada? —Silas volvió a sentarse, consciente de que el día empezaba a torcerse sin saber muy bien el motivo.

—Estoy tratando de explicártelo —dijo Septimus desesperado—. Ese era Simon y está... —Pero volvieron a interrumpir a Septimus.

Lucy Gringe, una bonita muchacha de ojos marrones intensos y cabello castaño claro recogido en dos largas trenzas que le llegaban hasta la cintura, apareció por la puerta de la torre del guardia. Vestía una sencilla túnica blanca y larga de verano, que había bordado ella misma con un raro surtido de flores, y en los pies calzaba unas pesadas botas marrones con los cordones de color rosa. Lucy era famosa por su particular vestuario.

—¿Simon? —preguntó Lucy palideciendo por debajo de las pecas—. ¿Has dicho que eso era Simon?

—Lucy, no quiero que vuelvas a pronunciar ese nombre aquí —protestó Gringe, mirando el tablero de Patifichas y preguntándose cómo era posible que aquella plácida mañana se transformara de repente en una pesadilla.

Pero se reprendió a sí mismo severamente por no estar escarmentado. ¿Acaso no ocurría siempre lo mismo con los Heap? No hacían más que crear problemas.

—Sí, era Simon, y se ha llevado a Jenna —dijo Septimus rotundamente; cualquier signo de urgencia había desaparecido de su voz al darse cuenta de que ya era demasiado tarde para hacer nada.

—Pero... —balbuceó Silas—. No lo entiendo...

Lucy Gringe sí lo entendió, lo entendió demasiado bien.

—¿Por qué? —sollozó—. ¿Por qué no me ha llevado con él?

7. EL INVERNADERO.

—Cabalgaba como un poseso, Sarah —dijo Silas entre sonoros resoplidos. Un rato antes había encontrado a Sarah con su amiga, Sally Mullin, plantando hierbas en el invernadero del Palacio que se hallaba en el extremo final del huerto—. Habría aplastado a Septimus si no hubiera apartado al chico... y Jenna estaba gritando de miedo, desgañitándose. ¡Fue horrible!

—¡No! —exclamó Sarah—. No lo creo.

—Jenna no estaba gritando de miedo, papá —le corrigió Septimus con la evidente intención de no preocupar a Sarah más de lo que estaba—. Jenna no gritaba de miedo, solo nos gritaba algo, eso es todo.

—¿Qué? —preguntó Sarah—. ¿Qué gritaba?

—No lo sé —dijo Septimus con desánimo—. No pude oírlo. El caballo hacía demasiado ruido.

—Quizá estaba diciendo que volvería pronto. Quizá Simon la llevó de excursión al río —conjeturó Sarah, tratando de convencerse sin conseguirlo.

Sally, que estaba viviendo en el Palacio mientras su Salón de Té y Cervecería estaba siendo reconstruido, puso la mano sobre el brazo de Sarah para consolarla.

—No tienes por qué preocuparte, Sarah —le dijo—. Es solo un joven testarudo que le está enseñando a su hermana lo veloz que es su caballo. Todos lo hacen. Volverá pronto.

Sarah dirigió a Sally una mirada agradecida, pero, en lo más profundo de su ser, tenía un mal presentimiento sobre Simon. Algo le había ocurrido, algo que le había cambiado, ya no era su Simon... ¿quién era ahora?

Silas aún intentaba recuperar el aliento. Septimus y él habían ido corriendo desde la Puerta Norte, dejando a Maxi dormido bajo el tablero del Patifichas y a Gringe llevando a rastras a Lucy hasta la garita del guarda para evitar que saliera tras Simon.

Alther Mella flotaba nervioso sobre el banco de jardinería. Había pasado la noche anterior en la taberna El Agujero de la Muralla, el local predilecto de los fantasmas, y aquella mañana no había salido tan pronto como hubiera debido. Alther estaba enfadado consigo mismo. Si hubiera estado allí, tal vez habría podido detener a Simon, aunque tampoco estaba seguro de cómo lo habría hecho, pero al menos lo habría intentado.

Sarah se colocó un mechón de color trigo detrás de la oreja mientras toqueteaba distraídamente un semillero de perejil.

—Estoy segura de que Simon no se llevaría a Jenna contra su voluntad —insistió, mientras arañaba la tierra con la pala.

—Claro que no —dijo Sally para tranquilizarla.

—Pero si eso es exactamente lo que acaba de hacer —objetó Septimus—. Jenna no quería ir con él. Yo paralicé el caballo y Simon no la soltó. Estaba realmente furioso.

—Bueno, parecía muy orgulloso de su caballo —señaló Sarah—. Tal vez solo le molestara que tú lo paralizases. Estoy segura de que regresará pronto con Jenna.

—Simon la ha secuestrado, mamá —dijo Septimus casi enfadado.

No podía comprender por qué Sarah seguía excusando a Simon, pero Septimus todavía no se había acostumbrado al comportamiento de las madres.

Alther Mella flotaba abatido a través de una montaña de tiestos para tirar.

—Es culpa mía, Sarah —intervino Alther—. Yo tengo la culpa de lo ocurrido. Si hubiera permitido que guardias como es debido custodiaran las puertas de Palacio en lugar de esos inútiles Antiguos, esto nunca habría sucedido.

—No debes culparte —dijo Sarah sonriendo débilmente al viejo fantasma—. Hasta un guardia habría dejado entrar a Simon. Es un Heap, al fin y al cabo.

—Pero no le habría dejado salir, ¿verdad? —observó Septimus lanzando una indirecta—. No, si Jenna les hubiera dicho que no quería irse.

—Septimus, no deberías hablar así a Alther —le regañó Sarah—. Deberías ser más respetuoso con un mago extraordinario, sobre todo si tu tutora fue su aprendiz.

—¡Ay, Sarah! —suspiró Alther—. El chico tiene razón.

Alther se apartó del banco de jardinería y se acercó a Septimus. Comparado con los Antiguos del

Palacio, Alther parecía tener sustancia. Sus ropajes púrpuras de mago extraordinario, aunque un poco desvaídos, casi parecían reales, a pesar del agujero de bala y las manchas oscuras de sangre que presentaba justo debajo del corazón. El cabello blanco del fantasma estaba recogido hacia atrás en su coleta de costumbre, y los ojos verdes tenían un destello brillante mientras miraban al aprendiz de Marcia.

—Entonces —dijo Alther a Septimus—, ¿qué propones que hagamos ahora?

—¿Yo? ¿Que qué creo que debemos hacer?

—Sí. Como aprendiz de la maga extraordinaria, imagino que te gustará representar a Marcia.

—Vayamos tras Jenna y traigámosla de vuelta. Eso es lo que tenemos que hacer.

Sarah dejó caer la palita con la que había estado horadando los semilleros. La pala aterrizó con un sonido metálico entre los pies de Alther. El fantasma retrocedió rápidamente.

—Septimus —declaró Sarah—, tú no vas a ninguna parte. Ya es bastante malo que Jo-Jo, Sam, Edd y Erik estén correteando como salvajes por el Bosque haciendo Dios sabe qué y negándose incluso a venir a visitar a su madre. Luego está Nicko, que se fue con ese chico, Rupert Gringe, a probar un barco y todavía no ha vuelto; aunque prometió que estaría de vuelta en casa la semana pasada para llevar a Jenna a casa de tía Zelda, podría haberle pasado algo, estoy tan preocupada, y ahora Simon y Jenna se han ido... —tras decir esto último, Sarah prorrumpió en fuertes sollozos.

Silas la abrazó.

—Vamos, vamos, cariño, no te preocupes. Todo saldrá bien —murmuró para calmarla.

—Iré a buscarte una buena taza de té y una gran porción de pastel de cebada —dijo Sally—, y te sentirás mucho mejor, ya lo verás.

Y salió corriendo hacia la cocina de Palacio.

Pero Sarah no sintió ningún consuelo.

—Simon y Jenna se han ido —gimoteó—. ¿Por qué? ¿Por qué haría Simon una cosa así? ¿Por qué iba a llevarse a Jenna?

Alther pasó un brazo fantasmal por los hombros de Septimus.

—Vamos, chaval —dijo—. Dejemos a tus padres solos un rato. Podrías llevarme a ver a Marcia.

Septimus y Alther salieron del Palacio y cogieron la grada de la Serpiente, que conducía al foso del Castillo.

El Castillo estaba rodeado de agua. La mayor parte del agua provenía del río, pues el Castillo estaba construido en el interior de un amplio meandro del río, pero parte del agua tenía la forma de un foso, que había sido excavado cuando se levantaron las murallas del Castillo. El foso era ancho y profundo y estaba lleno de agua del río, pues el foso estaba abierto por ambos lados. Era un lugar popular para pescar y, en verano, para nadar. Hacía poco que acababan de construir un gran embarcadero de madera en mitad del foso para que los niños del Castillo pudieran zambullirse y nadar, y el emprendedor Rupert Gringe había empezado a alquilar su nuevo invento —los pequeños botes de paletas Rupert— a quienes les apetecía divertirse en el agua una o dos horas. Había tenido muchísimo éxito entre los habitantes del Castillo, salvo con dos personas: Weasal van Klampff y su ama de llaves, Una Brakket, que tenían la desgracia de vivir al lado del nuevo embarcadero y encima del cobertizo donde Rupert guardaba los barcos.

Septimus conocía el camino a casa del profesor Van Klampff más de lo que habría querido. Casi desde sus primeros días de aprendiz, Marcia lo había enviado todos los sábados por la mañana a llamar a la puerta del profesor para recoger una de las muchas y complejas piezas del salvasombras. Pero aunque el profesor tuviera la pieza lista, lo cual era excepcional, y se la diera a Septimus, Una Brakket lo detenía en la puerta y le pedía que se la devolviera. Le decía a Septimus que no confiaba en que un niño llevara un objeto tan valioso, y que Marcia en persona debía ir a buscarla. Entre Marcia y Una se entabló un conflicto a distancia, durante el cual Septimus iba de un lado a otro como una pelota de tenis. Todos los sábados por la mañana, Septimus esperaba fuera de la casa del profesor Van Klampff todo el tiempo que podía antes de que empezara a gritarle y a reírse de él un grupo de chicos del Hogar de Reasentamiento del Ejército Joven, que siempre merodeaban por el embarcadero desafiándose entre sí a saltar al

agua.

Al final, para alivio de Septimus, Alther aconsejó a Marcia que cediera y fuera ella misma a buscar los componentes. Una Brakket quizá tuviera razón, le advirtió Alther; el salvasombras era un aparato complejo y muy mágico, y no era justo responsabilizar a Septimus de él. Solo para irritar a Una, Marcia solía acudir sin anunciarse a tempranísima hora de la mañana.

Hacia una media hora, los chicos del embarcadero habían visto a la maga extraordinaria caminando por la Grada de la Serpiente y dando un violento tirón a la campanilla que colgaba junto a la maciza puerta de madera del profesor Weasal van Klampff. Marcia aguardó con impaciencia en la grada. Dio golpecitos de irritación con los zapatos de pitón púrpura sobre los adoquines mientras oía las murmuraciones y los correteos de los que estaban dentro de la casa, hasta que Una Brakket —que sabía de sobras, por la insistente llamada, que era Marcia— abrió la puerta al cabo de un rato.

Y ahora Septimus volvía a la temida puerta una vez más. Alther no era ninguna protección, pues el fantasma podía elegir a quién se le aparecía y a quién no, y como era comprensible prefirió no aparecerse a un grupo de chavales bromistas. Pero Septimus, con su llamativa túnica verde y su brillante cinturón de plata de aprendiz, no tenía otra elección. Con toda probabilidad, el coro de abucheos no tardaría en empezar:

—Demasiado creído para hablar con nosotros, ¿verdad?

—¡Tripas verdes, tripas verdes!

—¡Oye, chico oruga! ¿Qué haces otra vez por aquí?

Etcétera, etcétera. A Septimus le entraban ganas de convertirlos a todos en orugas, pero eso iba contra el código de la Magia, y los muchachos lo sabían.

—¡Ya estamos aquí! —le dijo Septimus a Alther, mientras levantaba el brazo para tirar fuerte de la campanilla.

A lo lejos, muy a lo lejos, sin que la oyeran Alther ni Septimus, sonó una pequeña campanilla, para molestia del ama de llaves. Septimus sabía que tendrían que esperar, se volvió hacia el fantasma que pululaba detrás de él, mirando la casa.

—¿Crees que podrás entrar? —preguntó Septimus a Alther con la esperanza de que pudiera hacerlo.

—Hummm... no estoy seguro —respondió Alther—. Me resulta familiar. Recuerdo haber ido a una fiesta en este foso. Fue una fiesta de verdad... acabamos todos en el agua. Creo que fue en esta casa, pero... en fin, pronto lo descubriremos.

Septimus asintió. Sabía que, como fantasma, Alther solo podía ir a lugares en los que había estado en vida. Alther había viajado mucho por todas las calles y callejones del Castillo y, como mago extraordinario, había estado en la mayoría de los edificios oficiales. Pero las casas de la gente eran otro cantar...

Alther había sido un joven muy popular en su época, pero aun así, no había sido invitado a todas las casas del Castillo.

La puerta se abrió de repente.

—¡Ah, eres tú otra vez! —dijo Una Brakket, mujer alta y con pinta de tener malas pulgas y un cabello negro extraordinariamente corto.

—Necesito ver a la maga extraordinaria —dijo Septimus—, por favor.

—Está ocupada —le soltó Una.

—Es muy urgente —insistió Septimus—. Es una cuestión de vida o muerte.

El ama de llaves miró a Septimus con recelo. Se quedó en la puerta un momento, sopesando las dos desagradables alternativas: o dejar entrar a Septimus en la casa, o que la maga extraordinaria se enojase por no haberlo dejado entrar.

—Muy bien, entra.

El ama de llaves cerró la puerta y Septimus entró, seguido de cerca por Alther. Pero, en cuanto cruzó el umbral de la casa, una violenta corriente de aire arrastró al fantasma por donde había venido y lo devolvió a la calle.

—¡Qué fastidio! —murmuró Alther mientras se levantaba del suelo adoquinado—. Ahora me

acuerdo. La fiesta fue en la casa de al lado.

—De repente se ha levantado mucho viento —dijo Una sorprendida.

Cerró con enojo la puerta de un portazo, dejando a Alther flotando fuera; luego se volvió hacia Septimus, que esperaba en el sombrío vestíbulo, deseando estar fuera al sol con Alther.

—Será mejor que bajes al Laboratorio.

8. EL LABORATORIO.

Septimus pasó por encima de una gran bolsa de papel llena de zanahorias y siguió a Una Brakket por el oscuro vestíbulo. Hasta aquel momento solo le habían permitido entrar hasta la exigua habitación delantera que daba a la calle, y, mientras seguía al ama de llaves y se internaba en los lúgubres recovecos del salón, Septimus se sorprendió al descubrir que la casa parecía no tener fin.

Una Brakket se detuvo junto a una puerta baja y encendió una vela. Septimus bajó detrás de ella por una empinada escalera de peldaños de madera, hasta un sótano que olía a humedad y a moho. El sótano era alargado y estrecho con un techo bajo abovedado, y los sonidos de los botes de paletas que estaban siendo arrastrados fuera del cobertizo producían un eco sobrecogedor a través de las paredes. Estaba lleno de desechos acumulados durante años: había montones de trípodes herrumbrosos y mecheros Bunsen, montañas de cajas de madera llenas de papeles amarillentos por el tiempo y de instrumentos científicos rotos e incluso unos patines de cuchilla colgados de la pared.

Una llegó a grandes zancadas hasta el fondo del sótano y pasó bajo una pequeña arcada con Septimus detrás de ella. La luz de la vela desapareció cuando Una dobló la esquina y Septimus se encontró en la más absoluta oscuridad, sin saber por dónde ir, aunque no le preocupaba, pues el anillo dragón que llevaba en el índice de la mano derecha empezó a brillar, como hacía siempre, en la oscuridad, y pronto tuvo la suficiente luz para ver de nuevo dónde estaba.

—¿Dónde estás? No tengo todo el día —La voz cortante de Una Brakket atravesó la penumbra cuando retrocedió para comprobar adonde había ido Septimus—. Aquí abajo no se permite que los niños lleven velas —le espetó al ver la refulgente luz de su mano.

—Pero... —protestó Septimus.

—En realidad, aquí no se permite que entren los niños. Y si de mí dependiese, no pondrían ni un pie en la casa. Los niños no dan más que problemas.

—Pero...

www.freelibros.org

—Ahora apaga esa vela y sígueme.

Septimus metió la mano derecha en el bolsillo de la túnica y siguió a Una Brakket por un estrecho túnel de ladrillos. El túnel serpenteaba y se internaba por debajo de casas y jardines. La llama de la vela parpadeó y titiló en las frías corrientes de aire que se formaban en el túnel y transportaban olores de tierra y moho. A medida que avanzaban, el aire era cada vez más frío; Septimus se estremeció y empezó a preguntarse adonde le estaba llevando Una exactamente.

De repente se detuvo; una gruesa puerta de madera le impedía el paso. Del manojito de llaves que colgaban de su cinturón, el ama de llaves eligió la más grande y la metió en el ojo de la cerradura, situado curiosamente en mitad de la puerta. Septimus estaba a punto de asomarse por detrás de ella para ver qué estaba haciendo cuando oyó un fuerte estrépito procedente del otro lado de la puerta.

De repente, Una Brakket retrocedió de un salto, y aterrizó pesadamente sobre el pie de Septimus.

—¡Aaay!

—¡Atrás!

Le dio a Septimus un fuerte empujón que lo lanzó por los aires en dirección al túnel, justo una milésima de segundo antes de que la puerta de madera bajara con estruendo ante ellos como un pequeño puente levadizo.

—Espera aquí —le soltó Una—. No se te permite ir más allá. Le diré a la señora Marcia que la llaman.

Y tras decir esto, Una Brakket pasó sobre la puerta como si realmente fuera un puente levadizo. Pero Septimus la siguió hasta el Laboratorio.

El Laboratorio del profesor Weasal van Klampff era el sitio más extraño que Septimus había visto en su vida, y eso que había visto sitios muy raros desde que se había convertido en el aprendiz de Marcia.

El Laboratorio estaba bañado en una tenue luz azul. Era una habitación subterránea, alargada y estrecha, y contenía una maraña de frascos y matraces, botellones y embudos borboteantes, todos

conectados entre sí por un gran tubo de vidrio que se alambicaba por todo el Laboratorio. En el extremo del aparato, un gas azul, que el profesor Van Klampff creía que mantenía a raya a las sombras, burbujeaba en el aire, impregnando el lugar de un olor raro que a Septimus le recordaba el de calabaza quemada.

Septimus entornó los ojos a través de la neblina azul, intentando ver dónde estaba Marcia. Al fondo del Laboratorio, apenas pudo distinguir la alta figura de Marcia y la forma achaparrada del profesor. Marcia sujetaba un tubo de vidrio alargado lleno de un líquido negro resplandeciente; se sorprendió al oír el ruido de la puerta abriéndose y escudriñó a través del vapor azul para ver qué ocurría.

—¿Qué haces aquí? —exclamó sorprendida cuando Septimus apareció detrás de Una—. Se suponía que tenías el día libre, Septimus. No quiero que tu madre vuelva a quejarse.

—¡Es Jenna! —gritó Septimus esquivando con arte a Una Brakket, que intentaba agarrarlo, y acercándose a Marcia a través de la neblina.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué pasa con Jenna? —preguntó Marcia desconcertada.

Todavía le daba vueltas la cabeza tras escuchar la interminable fórmula matemática que le había estado explicando el profesor Van Klampff en un intento de demostrar a Marcia por qué tardaba tanto en hacer el salvasombras. Estaba enseñando a Marcia los complejos moldes que empleaba para construir cada pieza del salvasombras cuando Septimus llamó a la puerta y Una Brakket fue a abrirle a regañadientes. Marcia se alegró cuando el ama de llaves se retiró, pues Una había estado merodeando a su alrededor como una mosca borriquera a la que Marcia había estado tentada de dar un manotazo.

—¡Se ha ido! —gritó Septimus, que llegó hasta la maga extraordinaria justo antes de que Una Brakket lo alcanzara.

Se escondió rápidamente detrás de Marcia, que se interponía entre él y la airada ama de llaves.

—Bueno, me alego de oírlo —dijo Marcia, confundida por la danza que Septimus y Una parecían bailar a su alrededor—. Creo que Sarah ha tardado un poco en mandarla a la nave Dragón. Solo faltan dos días para el día de mitad del verano.

—¡No! —exclamó Septimus—. No se ha ido a casa de tía Zelda. La han secuestrado.

—¿Qué? —Marcia dejó caer el tubo de vidrio que sostenía.

El profesor y Una Brakket lanzaron una exclamación de disgusto, pues el tubo contenía la amalgama para el salvasombras.

—¿Se trata acaso de una broma? —preguntó Marcia, tras mirar la pasta resplandeciente y negra que ahora cubría sus zapatos de piel de serpiente púrpura, y luego al profesor Van Klampff, que se había apresurado a arrodillarse para intentar desesperadamente recuperar su preciada amalgama.

—No —dijo Septimus débilmente—. Ojalá lo fuera.

—¡Ah!, está claro que tiene que tratarse de una broma, o más probablemente una mentirijilla

—dijo Una Brakket en tono mordaz mientras ayudaba al profesor en el suelo y acercaba una gran espátula a los zapatos de Marcia.

—Apártate de mis zapatos, ¿quieres? —pidió Marcia de modo antipático—. No quiero que los frotes con esa cosa. —Marcia fulminó a Una con la mirada—. Además —declaró—, Septimus siempre dice la verdad.

—¡Ja! —exclamó Una Brakket, frotando furiosamente—. Mira lo que ha pasado. Dejas entrar a un niño en el laboratorio y se rompe algo. Sabía que ocurriría.

—¿Jenna... secuestrada? —preguntó Marcia, que al intentar alejarse descubrió que tenía los pies pegados al suelo—. ¿Cómo ha sido...? ¿Quién la ha secuestrado?

—Simon —dijo Septimus, que se moría de ganas de salir de allí—. Simon se la ha llevado en su caballo. Lo hemos perseguido, le hemos enviado varios rastreadores y...

—¡No hagas eso, Una! ¿Qué Simon? —preguntó Marcia.

—Simon, mi hermano. Vamos, Marcia, por favor, date prisa.

—¿Simon Heap?

—Sí. He intentado detenerlo. He paralizado a su caballo, pero...

—¿Lo has paralizado? ¿A todo un caballo? —exclamó Marcia, orgullosa de su aprendiz—. Bien hecho. Si puedes paralizar un caballo, puedes paralizar cualquier cosa. ¿Te ha superado?

—No... bueno, sí. Supongo que sí, más o menos... pero esa no es la cuestión. —La voz de Septimus se estaba elevando hasta convertirse en un grito de desesperación—. ¡La cuestión es que han secuestrado a Jenna y no estamos haciendo nada!

Marcia pasó el brazo alrededor de los hombros de Septimus.

—Está bien, Septimus. Simon es hermano de Jenna; con él, está a salvo. En realidad, no debes preocuparte tanto. Me temo que la picadura de araña te ha puesto un poco nervioso. Es uno de los efectos secundarios del veneno de la araña negra, ¿sabes? Aun así, ya es hora de que nos marchemos.

Marcia se dirigió a Weasal van Klampff, que miraba desconsolado la pasta negra que Una Brakket recogía con esfuerzo y metía en un tarro.

—Ahora me voy, Weasal. Espero que la pieza esté acabada esta noche.

—¿Esta noche? —preguntó el profesor con voz entrecortada—. Pero, Marcia, creí que eras consciente de lo complicado que es. Lo difícil que es hacer el molde y...

—Ya has hecho el molde, Weasal. Me lo acabas de enseñar. Lo único que tienes que hacer es fabricar más pasta de esa y verterla en él. No veo a qué viene tanto alboroto.

El profesor parecía nervioso.

—Pero Una sale esta noche —repuso el profesor—. A bailar country.

—Bien, me alegro por Una, ¡que se divierta! —soltó Marcia—. Deja de titubear, Weasal, y muévete.

Weasal van Klampff dirigió una mirada de preocupación a Una Brakket, que tenía una expresión contrariada.

—P... pero —tartamudeó—, si nosotros... quiero decir, yo... hago la amalgama demasiado rápido, es posible que aparezca aquí una sombra. En el laboratorio... —susurró el profesor.

—Bueno, estoy segura de que Una se ocupará de ella —dijo Marcia algo crispada—. Vendré a recoger la pieza esta noche. www.freelibros.org

—¿Y a qué hora será eso, señora Marcia? —preguntó Una con frialdad—. Aproximadamente.

—Aproximadamente cuando pueda —respondió Marcia en un tono tan glacial que habría provocado el pánico a cualquiera menos a Una Brakket—. Y ahora, señora Brakket, si no le importa enseñarnos a mi aprendiz y a mí la salida...

Una Brakket sonrió por primera vez o, mejor dicho, las comisuras de su boca se alzaron un poco y enseñó los dientes, que resplandecieron en un tono azul a la luz del Laboratorio.

—Será un placer —respondió.

9. EL NUMERO TRECE.

Septimus seguía a Marcia, que caminaba, y a Alther, que flotaba, por la Vía del Mago de regreso a la torre. Y mientras lo hacía, escuchaba atentamente su conversación.

—Yo en tu lugar, Marcia —decía Alther—, haría una búsqueda rápida por los Labrantíos que quedan al norte del Castillo. Simon no puede haber llegado tan lejos. Aún estará cabalgando por esa zona de camino al País Fronterizo, y apostaría mi vida... bueno, apostaría mi... ejem, coleta, que allí es a donde se dirige. Puedes viajar a través de los Labrantíos en un santiamén. Lo haría yo mismo, pero no sería de gran ayuda. Nunca me gustaron las granjas cuando estaba vivo. Demasiados olores y animales impredecibles con cuernos puntiagudos para mi gusto. Si fuera allí, sería una pérdida de tiempo, enseguida me devolverían. Y francamente, Marcia, que me devuelvan me deja en un pésimo estado. Aún estoy sin resuello.

Para consternación de Septimus, Marcia no estaba en absoluto convencida.

—Mira, Alther —dijo mientras caminaba a paso ligero por la Vía del Mago, dejando a Septimus sin aliento—, no tengo intención de salir del Castillo si la princesa no está dentro de sus muros. Ya sabes lo que pasó la última vez que ambos nos fuimos: DomDaniel se instaló en él. ¿Quién dice que no pueda volver a suceder? No es necesario que nadie salga a buscar a Jenna; ella volverá pronto. Realmente, no creo que haya motivos para preocuparse; lo único que sabemos a ciencia cierta es que Jenna se ha ido a cabalgar con su hermano...

—Hermano adoptivo —interrumpió Alther.

—Muy bien, su hermano adoptivo, para ser exactos, aunque Jenna es tan Heap como cualquiera de ellos, Alther. Ella los considera sus hermanos y ellos la consideran su hermana.

—Salvo Simon —comentó Alther.

—Eso tú no lo sabes —objetó Marcia.

—Sí lo sé.

—¡Ay, no seas tan pesado, Alther! ¿Cómo lo vas a saber? Da lo mismo. Como iba diciendo, Jenna se ha ido a cabalgar con su hermano adoptivo, y todo lo que sabemos es que no ha querido dejarla bajar del caballo cuando Septimus se lo ha pedido. Si me preguntáis qué pienso, os diré que creo que se trata simplemente de que Simon no ha hecho lo que su hermano pequeño le ha pedido que hiciera, lo cual no es nada sorprendente, de veras. Está celoso de que Septimus sea mi aprendiz. Difícilmente va a hacer lo que Septimus le diga que haga, ¿no te parece?

—Marcia, Septimus cree que Jenna ha sido secuestrada —dijo Alther en tono solemne.

—Mira, Alther, hoy Septimus no está en plenas facultades. Esta mañana le picó una de esas arañas negras y ya sabes la paranoia que causan. ¿Te acuerdas del día en que te picó una cuando estuviste fumigando a aquella vieja capnomante que estaba causando un peligro para la salud encima de la tienda de pasteles en los Dédalos?

—¿Te refieres a aquella mujer ratona loca?

—Sí, a ella. Bueno, te pasaste el resto del día creyendo que yo intentaba tirarte por la ventana.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Te encerraste en el estudio y barraste las ventanas. Por la noche se te pasó, y estoy segura de que esta noche Septimus ya estará bien, Jenna habrá regresado de un agradable paseo con su hermano y todos nos preguntaremos por qué hemos armado tanto revuelo.

Septimus ya tenía bastante y, enojado, se escabulló. Cayó en la cuenta de que iba a tener que hacer algo él solo, sin la ayuda de Marcia. Había alguien a quien quería ver.

Marcia y Alther siguieron su camino, sin darse cuenta de que Septimus se había marchado.

—... y Simon Heap no es alguien en quien se pueda confiar —estaba diciendo Alther.

—Ya me lo has dicho, Alther. Pero no hay ninguna prueba de ello, ¿verdad? Al fin y al cabo es un Heap. Sé que son raros, y a algunos de ellos les falta un tornillo, pero son una familia honrada. Después de todo, son una antigua tribu de magos.

—No todos los magos son magos buenos, Marcia, como bien sabes por experiencia —replicó Alther—. Me encantaría saber qué ha estado haciendo Simon este último año, y por qué ha vuelto justo un día antes del solsticio de verano. Sigo pensando que fue Simon quien te traicionó en los marjales Marram.

—Tonterías. ¿Por qué habría de hacer una cosa así? Fue aquella pesada rata mensaje. No se puede confiar en una rata, Alther, sobre todo en una a la que le gusta el sonido de su propia voz. Y ya que ha salido el tema del fastidio, no es que me entusiasme tu recomendación. El viejo Weasal van Klampff es un viejo gruñón y su ama de llaves me da escalofríos, siempre merodeando y vigilándolo todo. El salvasombras está tardando una eternidad y cada vez que me llevo una pieza a casa es una verdadera pesadilla intentar encajarla. Aún no he conseguido montar correctamente la última parte.

—Estos salvas son complicados, Marcia. En cualquier caso, no queda otra alternativa. La familia Weasal lleva haciéndolos durante generaciones. Ellos inventaron la amalgama y nadie más conoce la fórmula. Su padre, Otto, tardó dos años en librarme de un espectro particularmente desagradable. Lleva su tiempo, Marcia... debes tener paciencia.

—Quizá —soltó Marcia—, o quizá debería buscar algo más sencillo en el Manuscriptorium.

—No —dijo Alther con firmeza—. Un salvasombras es lo único que te librará de una sombra para siempre, y eso no es trabajo para el Manuscriptorium. Además, hay algo sobre ese jefe de los escribas herméticos que me preocupa.

—En serio, Alther, hoy estás muy suspicaz. Cualquiera diría que a ti también te ha picado una araña.

Alther comprendió que no iba a conseguir nada con Marcia; sabía muy bien lo testaruda que podía ser a veces. En el pasado habían librado muchas batallas, cuando él era el mago extraordinario y ella su aprendiz, e incluso entonces no siempre había vencido él. Ahora que era un fantasma, no tenía la menor probabilidad de ganar. Marcia era ahora la maga extraordinaria, y si creía que estaba en lo cierto, creencia permanente en ella, Alther no tendría más remedio que rendirse.

—Entonces me voy, Marcia —dijo Alther algo taciturno, y tras percatarse de que Septimus ya no los seguía, preguntó—: ¿Adonde ha ido ese chiquillo?

—Ya te lo he contado, Alther, es su día libre. Imagino que ha ido a ver a su madre —explicó Marcia con impaciencia—. Ahora, si me disculpas, tengo trabajo. Te veré luego, Alther.

—Es posible —respondió Alther malhumorado.

Observó a Marcia cruzar bajo el Gran Arco con sus ropajes púrpura flotando detrás de ella y, cuando entró en la zona umbría del arco, la sombra que la seguía se hizo visible. Alther suspiró, la sombra se estaba haciendo cada vez más fuerte. Si entornaba los ojos y miraba de soslayo casi podía ver el perfil de una gran figura desgarbada que imitaba a Marcia paso a paso mientras caminaba bajo el arco. Cuanto antes estuviera acabado el salvasombras, mejor.

Alther se elevó en el aire, y se puso a volar tan rápido como pudo por la Vía del Mago en un intento de desembarazarse de los malos presentimientos que se habían apoderado de él. Mientras pasaba lanzado por delante del Manuscriptorium Mágico y Verificación de Hechizos, Sociedad Anónima, estaba demasiado preocupado para notar que la figura vestida de verde de Septimus Heap desaparecía por la puerta.

Dentro del Manuscriptorium, Septimus permaneció quieto un rato para acostumbrar sus ojos a la penumbra. Estaba en la pequeña oficina en la que los clientes hacían sus pedidos de nuevos hechizos, llevaban los viejos e inestables hechizos para que fueran verificados y pedían copias de fórmulas, conjuros, encantamientos e incluso poemas.

Para sorpresa de Septimus, la oficina estaba vacía, así que entró por la pequeña puerta del fondo y miró a su alrededor. El Manuscriptorium estaba silenciosamente bullicioso. Septimus solo oía el garabateo de los plumines sobre el papel, unas pocas toses ahogadas y algún estornudo debido a la persistencia de la gripe de verano que siempre se propagaba por el Manuscriptorium. En la penumbra, enfrascados en el trabajo, había veintiún escribas, cada uno sentado en un alto escritorio iluminado por su propia lámpara que colgaba del techo e iluminaba la meticulosa labor del escriba.

—¿Beetle? —llamó Septimus en un susurro alto—. Beetle, ¿estás aquí?

El escriba que estaba más cerca levantó la vista y señaló con la pluma hacia el fondo de la sala.

—Ha salido. Acaba de entrar un inestable. Está intentando enlatarlo. Entra si quieres, pero no te

acerques demasiado al cubo.

—Gracias —dijo Septimus.

Pasó de puntillas por las filas de escritorios, no sin atraer unas cuantas miradas de algunos escribas aburridos, y cruzó la puerta que daba al patio, donde se encontró con una escena de caos absoluto.

—¡Cógelo! —gritaba Beetle—. ¡Se escapa!

Beetle, un muchacho bajo y robusto con cabello corto y negro, unos tres años mayor que Septimus, luchaba a brazo partido contra algo invisible e intentaba meterlo en un gran cubo rojo que se encontraba en medio del patio con un letrero pegado que decía: CUBO PELIGROSO. NO ABRIR. Beetle estaba dando gritos a dos escribas pálidos y larguiruchos a los que parecía que el menor soplo de viento los tiraría al suelo.

—¿Te echo una mano, Beetle? —preguntó Septimus.

Beetle levantó la vista y miró a Septimus agradecido.

—¿Me ayudarías, Sep? Es un auténtico salvaje, ten cuidado. Creemos que es un escurridizo furtivo invisible. Algún idiota lo desenterró ayer y lo reanimó. Llevaba dormido plácidamente en un armario no sé cuánto tiempo antes de que lo despertaran. ¿Por qué la gente no puede dejarlos en paz?, no lo entiendo... oye, deja eso pequeño...

El escurridizo furtivo había levantado el cubo y lo sostenía sobre la cabeza de Beetle. Septimus dio un salto hacia delante y apartó el cubo de encima de Beetle. Beetle se quedó desconcertado unos instantes mirando alrededor del pequeño patio, cercado por todos sus lados por una alta pared de ladrillos, intentando averiguar dónde se había metido el escurridizo furtivo. Los dos escribas parecían aterrorizados y estaban encogidos en una esquina lo más lejos posible del cubo.

—Tenemos que meterlo en el cubo, Sep —dijo Beetle jadeando—. Nos jugamos más que mi empleo si escapa.

Septimus se quedó inmóvil un momento, atento a cualquier perturbación que el escurridizo furtivo pudiera causar en cuanto se moviera. De repente vio pasar una onda por el enladrillado del muro. Septimus dio un salto, cogió el cubo y corrió hacia el rincón donde se encontraban los dos escribas encogidos.

¡Bang! Septimus bajó el cubo con un fuerte estrépito.

—¡Aaay! —gritó el escriba más alto cuando Septimus le pilló los dedos de los pies con el borde del cubo.

—¡Lo tengo! —gritó Septimus triunfante.

—¡Ay, ay, ay! —se quejó el escriba dando saltos en círculos, mientras se sujetaba el pie amoratado.

—Lo siento, Foxy —dijo Septimus sujetando fuertemente el cubo para asegurarse de que el escurridizo furtivo estaba a buen recaudo, mientras Foxy se alejaba renqueando apoyándose en el brazo del otro escriba.

Septimus ayudó a Beetle a poner la tapa debajo del cubo volcado, y luego, con mucho cuidado, pusieron el cubo del derecho. Rápidamente, Beetle envolvió el cubo en una red estabilizadora, la ató bien atada y la sacó a la verja de atrás, dejándola preparada para que se la llevara el servicio de recogida de basuras.

—Gracias, Sep, te debo una —dijo Beetle agradecido—. Si puedo hacer algo por ti, en cualquier momento, no tienes más que decírmelo.

—Bueno, pues sí hay algo que puedes hacer por mí —respondió Septimus.

—¿Y qué es? —preguntó Beetle alegremente, se cogió del brazo de Septimus y le guió hacia la pequeña cocina que estaba a un extremo del patio, donde Beetle siempre tenía un hervidor sobre el hornillo.

—Mi hermano Simon estuvo aquí antes. Me pregunto si puedes decirme lo que quería.

Beetle cogió dos tazas de un estante y dejó caer un hielo de Fízz Botn en cada una para preparar un Fízz Froot. El Fízz Froot era la bebida favorita de ambos, estaba hecha de un hechizo imperecedero de Fízz Boin que el Manuscriptorium había restaurado para alguien que nunca fue a recogerlo. En realidad, la bebida necesitaba enfriarse con hielo, pero precisaba agua hirviendo

para activarse.

—Toma —dijo Beetle, y le dio la taza a Septimus mientras se sentaba en un taburete a su lado.

—Gracias, Beetle.

Septimus dio un buen trago de Fízz Froot y sonrió. Había olvidado lo rico que sabía. Marcia desaprobaba las bebidas efervescentes, en particular aquellas que habían sido creadas mediante hechizos, y a Septimus no le estaba permitido tomarlas, lo cual hacía que el prohibido Fizz Froot aún supiera mejor.

—No he visto a ninguno de tus hermanos por aquí, Sep —dijo Beetle sorprendido—. Me refiero a que ahora la mayoría están fuera, en el Bosque, ¿no es así? Tengo entendido que se han vuelto un poco salvajes. Se han largado con las brujas de Wendron y se han convertido en zorros o algo por el estilo.

—Tampoco es eso, Beetle —le dijo Septimus—. Es solo que les encanta el Bosque, nada más. Mi abuelo es un árbol en alguna parte del Bosque. Lo llevan en la sangre.

—¿Perdón? ¿Tu abuelo es un árbol? —Beetle tosió y le entró un poco de Fízz Froot por la nariz.

—Puaj. No me escupas, Beetle. Guárdate tus babas —dijo Septimus con una sonrisa—. Mi abuelo era un cambiador de forma. Se convirtió en un árbol —explicó secándose con la manga de la túnica.

Beetle soltó un fuerte silbido de admiración.

—Ya casi no quedan cambiadores de forma. ¿Y tú sabes dónde está?

—No. Papá sale a buscarlo a veces, pero aún no lo ha encontrado.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Cómo sabe qué?

—Que no lo ha encontrado. Quiero decir, ¿cómo sabe uno qué árbol es su padre y cuál no?

—No lo sé —repuso Septimus, que a menudo se preguntaba lo mismo—. Mira, Beetle —añadió, reconduciendo a Beetle a la pregunta que le había formulado antes—, tienes que haber visto a Simon. Llegó a primera hora de esta mañana. Jenna y yo lo vimos. Jenna te lo dirá...

Septimus enmudeció al ver de repente una vívida imagen de la aterrorizada Jenna pasando a toda velocidad a lomos del caballo de Simon, de camino a... ¿quién sabe dónde?

—La única persona que ha venido esta mañana fue el Viajero —dijo Beetle.

—¿Quién?

—El Viajero. Así es como se hace llamar. Todo el mundo piensa que es un loco, pero a mí me da miedo, Sep. Y me parece que al viejo Foxy también, aunque nunca me lo haya comentado. El Viajero siempre viene con un paquete para el viejo Foxy, ¿sabes?, el padre de Foxy, él es el jefe de los escribas herméticos. Se pasan siglos en la cámara hermética y luego el Viajero se larga. Nunca dice una palabra a nadie. Es raro. El viejo Foxy se queda blanco como el papel cuando el Viajero se marcha.

—¿El viajero tiene ojos verdes y el cabello parecido al mío? —preguntó Septimus—. ¿Llevaba una capa larga y negra? ¿Y dejó un caballo negro enorme atado junto a la puerta?

—Gucu. Ese es el Viajero. El caballo se comió la bolsa de manzanas que me había traído para almorzar, aunque no me atreví a decírselo. Pero no tiene aspecto de ser tu hermano, Sep. No es como un Heap, si sabes a lo que me refiero. Los Heap no dan miedo, puede que estén algo chalados, pero no dan miedo.

—Pero Simon sí da miedo —dijo Septimus—. Miedo de verdad, y se ha llevado a Jenna, la ha secuestrado.

Beetle parecía conmocionado.

—¿A la princesa? —exclamó—. ¿El Viajero ha raptado a la princesa? No me lo creo.

—Ese es el problema —dijo Septimus—. Que nadie se lo cree, ni siquiera Marcia.

10. LA PARTIDA.

Septimus estaba en su habitación preparando la mochila. Su pequeña habitación circular en lo alto de la Torre del Mago estaba limpia y ordenada, como resultado de los diez años que su ocupante había pasado en el ejército joven. Aquellos años habían sido terribles y peligrosos para Septimus, pero ahora que el ejército joven había sido disuelto y él se había reunido con su familia, había empezado a dejar de despreciar todo lo que había aprendido como niño soldado. Ya no era salvajemente desaliñado solo porque podía serlo; después de un breve período en que su habitación parecía el vertedero municipal, ahora estaba limpia y ordenada. También contenía otros vestigios de su vida anterior: las paredes curvas de color azul oscuro y el techo estaban cubiertas de constelaciones pintadas con esmero por Septimus, que había tenido que memorizarlas para los ejercicios nocturnos del ejército joven. Y en el armario siempre guardaba una mochila de emergencia, con los pertrechos que ordenaba la normativa del ejército joven.

La mochila de emergencia de Septimus contenía:

Compás (1)

Lupa (1)

Botella de agua (1)

Saco de dormir (1)

Calcetines (3 pares)

Plato de campaña (1)

Caja de yesca (1)

Pedernal de repuesto (2)

Pastillas para encender fuego (musgo, seco, puñado de)

Cortaplumas reglamentario de ex miembro del ejército joven (1)

Tirachinas (1)

Alambre, rollo de (1)

Cuerda, rollo de (1)

www.freelibros.org

Septimus se ocupaba ahora de añadir unas pocas cosas que reflejaban su nueva vida como aprendiz de la maga extraordinaria. Eran:

Hechizo de invisibilidad (1)

Hechizo buscador (1)

Hechizo de congelación rápida (1)

Conjunto de huida de doble acción (1)

Además de otras cosas que podrían resultarle de utilidad:

El libro de bolsillo de la supervivencia en la naturaleza, de Ram Seary (1)

Bix Magí, permanente, paquete de (1)

Explosión de menta, tubos de (3)

No quedaba espacio para mucho más, pero había una última cosa que Septimus deseaba llevarse, si bien quebrantaba todas las reglas porque era innecesaria y pesada, pero a Septimus no le importaba. En el fondo de un lateral de la mochila, Septimus metió la piedra verde lisa e iridiscente que Jenna le había dado cuando la conoció. Con cierta dificultad, Septimus cerró la mochila y se la cargó a los hombros. Era más pesada de lo que esperaba.

—¿Eres tú, Septimus? —gritó Marcia mientras él bajaba la escalera en dirección a la puerta principal. Dio un brinco de sorpresa.

—Sí —respondió tímidamente.

Marcia estaba arrodillada en el suelo junto al salvasombros. Tenía delante de ella una gran hoja de papel en la que había un esquema extraordinariamente complicado que estaba examinando de cerca. Durante un breve y terrible instante, Septimus sorprendió una gran figura tenebrosa inclinada sobre ella, examinando también el papel. Cuando Septimus la miró con atención, la sombra se desvaneció, pero él sabía que aún estaba allí, pululando detrás de Marcia, contemplando en silencio los planos de su propia desaparición. Septimus dejó la pesada mochila en el suelo; se sentía mal por tener que dejar a Marcia sola con su oscura compañía.

—¿Qué es una pestaña? —preguntó Marcia.

—¿Una qué?

—Una pestaña. Aquí dice junte la pieza Y a la larga y rígida D, con cuidado de alinear los agujeros P y Q con los correspondientes agujeros N y O de la pestaña de la derecha. No veo ninguna maldita pestaña por ningún sitio. —Marcia revolvía enojada el contenido de una gran caja de accesorios que el profesor Van Klampff le había dado para la construcción del salvasombras.

—No está en la caja —dijo Septimus—. Es esa pieza que sobresale. Mira, es esta...

Septimus deslizó el dedo por un reborde curvo que recorría el contorno del salvasombras. La amalgama era como de cristal al tacto, sedosa, lisa y fría.

—Bueno, entonces, ¿por qué no lo dice? —dijo Marcia de mal humor mientras encajaba la pieza Y, una larga sección triangular, en el salvasombras, alineando cuidadosamente los agujeros P y Q con los agujeros N y O. Marcia se sacudió el polvo de la túnica con aire de satisfacción—. Gracias, Septimus, está quedando bien, ¿verdad? Una pieza más en este lado de aquí, luego el tapón final y... —Marcia se dio media vuelta con la intención de ver a su sombra—, ¡te habrás ido para siempre, patética criatura!

Septimus contempló el salvasombras. «Bien» no era la palabra que habría empleado para describirla; «raro», tal vez, o sencillamente «horrible» eran más adecuadas. Se levantaba sobre el suelo, dominando la habitación con su negrura brillante y su extraña forma, que a Septimus le recordaba un árbol retorcido y hueco. Aquella peculiar colección de paneles moldeados, que el profesor Van Klampff había construido con tanto esmero, había sido ensamblada para formar un espacio cerrado vagamente cónico, abierto por arriba, con una abertura alargada y estrecha que iba de arriba abajo, a través del cual se meterían Marcia y su sombra, pues una sombra debe seguir tanto si quiere como si no. Luego alguien, probablemente uno de los magos más ancianos (a Marcia le parecía que era demasiada responsabilidad para su joven aprendiz), colocaría la última pieza, el tapón, en el agujero superior, y Marcia saldría, libre al fin, dejando la sombra atrapada dentro, como una langosta en una olla. Después de eso, sería pan comido para el escuadrón de recogida de basuras.www.freelibros.org

—Espera, Septimus —saltó Marcia, recordando de repente lo que le había dicho antes—, ¿qué estás haciendo aquí otra vez? Te he dado el día libre. Deberías estar en Palacio con tu madre.

—Voy a buscar a Jenna —anunció Septimus levantando la mochila y colgándosela a los hombros—, ya que nadie más lo hará.

Marcia suspiró.

—Mira, Septimus —empezó a decir pacientemente—, Jenna volverá pronto, recuerda lo que te digo. Estás un poco alterado debido a la picadura de araña. Es perfectamente normal.

—No estoy alterado —respondió con indignación.

—Septimus, sé que piensas que no te creo...

—Sé que no me crees.

—... pero deja descansar tu mente, he hecho una búsqueda remota en los Labrantíos, al otro lado del río, y hay un caballo con dos jinetes de camino a la Puerta Norte. Tienen que ser Jenna y Simon después de su salida de esta mañana. He enviado a Boris...

—¿A Boris? —preguntó Septimus.

—Boris Catchpole. Se mudó aquí ayer, es un nuevo submago... quizá algo viejo para empezar como mago, pero es muy aplicado. Forma parte de nuestro Programa para una Segunda Oportunidad. Fue entrenado como rastreador en el ejército y llegó a cazador suplente, lo creas o no.

—¿El viejo Catchpole?

—Sí, ¿lo conoces?

—¡Es horrible!

—No está tan mal; aparte de su aliento, que es bastante fétido. Un día de estos debería tener unas palabras con él sobre su aliento. Además, lo pasado, pasado está. Deberíamos darle la bienvenida. Bueno, le daremos la bienvenida la semana que viene con la tradicional cena de acogida de magos, y por supuesto, deberás acudir en calidad de aprendiz.

Septimus parecía abatido.

—Forma parte del trabajo, Septimus —se apresuró a decir Marcia.

Marcia miró a su cabizbajo aprendiz parado junto a la puerta con su pesada mochila a hombros. Sus ojos verdes parecían tristes. Su hermana había preferido marcharse en uno de los pocos días que tenía libres, lo cual era un duro golpe para el chico. Marcia sabía que Septimus estaba muy unido a Jenna después de todo lo que habían vivido juntos en los marjales Marram.

—Mira, Septimus, si quieres llevarte tu mochila de excursionista o lo que sea que tengas ahí y salir del Castillo a esperar a que Jenna regrese, por mí está bien. Anda, ve. Hace un día precioso y puedes caminar hasta el Puente de Dirección Única y esperarla.

—De acuerdo —respondió vacilante.

—Te veré luego —dijo Marcia con una cariñosa sonrisa—. Y no te olvides de llevar a Jenna directamente a Palacio. ¿Por qué no pasas allí la noche? Así podrás estar un rato con Jenna y tus padres, y ahora que lo pienso, podrás asegurarte de que Jenna sale mañana para los marjales Marram. El barco lleva una semana preparado para ella en el muelle de Palacio, y realmente me preocupa que no llegue a tiempo. Tu madre tiende a dejarlo todo para el último minuto —suspiró Marcia—. ¿Sabes?, estoy segura de que cuando la reina partía para su visita del solsticio de verano, salía antes, aunque lo más gracioso es que no recuerdo haberla visto partir. Me refiero a que debía de ir en la barcaza real, pero no lo recuerdo, y Alther tampoco. ¿Cómo debía de cruzar el marjal? A veces, Septimus, me preocupa Jenna. Hay tantas cosas de las que su madre debería haberle hablado, y ahora ¿quién le hablará de ello? ¿Aprenderá algún día a ser reina?

—Supongo que entre todos tendremos que ayudarla, y eso es lo que estoy intentando hacer.

—Sí, claro que la ayudas —repuso Marcia en tono conciliador—. Ahora márchate y pasa un buen día. Dale recuerdos de mi parte a Jenna cuando la veas, y dile que espero que tenga un buen día de solsticio de verano.

Marcia hacía que todo pareciera tan natural que Septimus empezó a creer que en verdad Jenna estaba a punto de regresar.

—Sí —dijo un poco más animado—. Muy bien. Eso haré. Te veré mañana.

—Vamos, márchate —le ordenó Marcia, mientras la enorme puerta púrpura de las dependencias de la maga extraordinaria se abrían solas para el aprendiz.

—Adiós —respondió Septimus.

Pisó un escalón y la escalera de caracol plateada empezó a moverse, hasta que rápidamente desapareció de la vista. La puerta púrpura se cerró sin hacer ruido y Marcia hizo algo que no había hecho nunca: se encaminó hacia la planta de arriba y entró, sin ser invitada, en la habitación de Septimus. Se acercó a la ventana y esperó a verlo salir de la torre. Luego observó cómo cruzaba el patio de la Torre del Mago; aquella pequeña figura vestida de verde con una pesada mochila a la espalda, y el rebelde cabello rubio pajizo que lo hacía fácilmente reconocible incluso a veintinueve pisos de altura. Mientras Septimus desaparecía en las sombras del Gran Arco, Marcia se alejó de la ventana y salió de la habitación, cerrando cuidadosamente la puerta al salir. Septimus tomó el atajo hacia la Puerta Norte. El atajo era un camino elevado que se encontraba en la muralla que rodeaba el Castillo. Era estrecho y sin barandilla, y daba un poco de vértigo si no soportabas las alturas, cosa que le ocurría a Septimus. En el margen derecho del camino había un brusco desnivel de seis metros sobre tejados, jardines o, en un tramo terrible, una caída de quince metros, directamente sobre la calle de los Dédalos, que conducía a los Dédalos. Los Dédalos eran una enorme maraña de edificios que constituían la muralla oriental del Castillo y se extendían unos cinco kilómetros a lo largo del río. Era un lugar ruidoso y concurrido formado por un laberinto de pasadizos y habitaciones donde vivían y trabajaban muchos de los habitantes del Castillo, como habían hecho los Heap antes de su repentino traslado a Palacio.

En el margen izquierdo del camino estaban las almenas de la muralla. Mientras caminaba por el camino, Septimus observaba fijamente las gastadas piedras amarillentas de las antiguas murallas y se recordaba a sí mismo que no debía mirar hacia abajo.

En una ocasión, Septimus había cometido el error de mirar a su derecha justo cuando pasaba por encima de la calle de los Dédalos. Había sentido como si una descarga eléctrica le atravesara el

cuerpo de los pies a la cabeza, y le había hecho trastabillar peligrosamente. Había tenido que sentarse, cerrar los ojos y arrastrarse hasta la escalera de salida más próxima. Pero Septimus creía que podía dominar sus temores, y por eso tomaba siempre el atajo de la muralla, en lugar de seguir la ruta de callejuelas y callejones más larga, mucho menos temible, que conducía hacia la Puerta Norte.

Aquel día, mientras Septimus se apresuraba por el atajo, prestaba poca atención a la altura; estaba demasiado ocupado pensando en Jenna y planeando qué hacer. Aunque empezaba a cuestionarse si Marcia tendría razón y Jenna ya debía de estar de regreso, algo en su interior le decía a Septimus que Jenna corría peligro.

Y si Jenna estaba en peligro, él iba a ayudarla... costara lo que costase.

11. EL VIAJE DE JENNA.

Septimus tenía razón. El caballo y los jinetes que Marcia ha encontrado en su búsqueda remota eran en realidad Jake y Betty Jago, que cuidaban de una pequeña huerta en los Labrantíos y se dirigían a visitar a la madre de Betty en los Dédalos. Pero a lo lejos, trotando a través de los huertos de manzanos de las colinas de las Tierras Bajas, había otro caballo negro con dos jinetes: uno pequeño y de cabello negro, con una diadema dorada ceñida a la cabeza, y otro alto, con los ojos desorbitados y el largo cabello rubio ondeando al viento mientras azuzaba a su caballo para que siguiera adelante. Simon cabalgaba ocupado en sus propios pensamientos. Le sorprendía que le hubiera resultado tan fácil. Cuando entró a galope en el Palacio, Simon esperaba que como mínimo le parasen y le interrogasen. Pero allí no había nadie, de modo que, pensó con una sonrisa torva, los Heap solo podían culparse a sí mismos de lo ocurrido. Como Simon no esperaba realmente que secuestrar a Jenna fuera tan sencillo, se sentía un poco asustado de su propio éxito. Temía que ella le causara algún problema; sabía que tenía ideas propias y recordaba que de pequeña había pillado algún berrinche importante, aunque él siempre había conseguido hacerla reír y hacerle olvidar aquello que le preocupara.

Simon sacudió la cabeza con enojo para librarse de cualquier tierno recuerdo que pudiera albergar sobre su hermanita adoptiva, con la que había convivido y a la que había querido durante los primeros diez años de su vida. Aquello, se dijo a sí mismo, formaba parte del pasado. Marcia Overstrand había entrado en sus vidas en el décimo cumpleaños de Jenna y lo había estropeado todo. La gota que colmó el vaso fue que aquel chico del ejército joven engatusara a sus padres para hacerles creer que era su precioso séptimo hijo y, para colmo, el advenedizo le había arrebatado lo único que Simon había querido en su vida: ser el aprendiz de la maga extraordinaria. Ahora no sentía cariño por nadie, salvo por Lucy Gringe.

Si Simon no hubiera conseguido secuestrar a Jenna, se hubiera llevado a Lucy con él. Pero lo primero era el trabajo. Simon era un aprendiz muy responsable que había estado muy ocupado satisfaciendo los caprichos de su amo durante el último año. No es que saltara de alegría teniendo que raptar a Jenna, pero las órdenes eran las órdenes. Tenía que hacerlo. Lucy tendría que esperar un poco más, aunque justo en ese momento, Simon habría preferido con diferencia que fuera Lucy la que estuviera sentada en su caballo, sonriendo mientras galopaban a través de los huertos de manzanos, en lugar de la princesa Jenna con cara de pocos amigos y dejándose caer como un saco delante de él.

Aparte de los pocos meses que había pasado en los marjales Marram, Jenna nunca había salido del Castillo, y le sorprendió lo verdes y variados que eran los Labrantíos. Si hubiera estado con alguien que no fuera Simon, habría sido un viaje maravilloso. El sol calentaba pero no era abrasador; después de los cielos azules y despejados de la mañana, habían aparecido algunas nubes procedentes del oeste y se habían llevado el calor sofocante. Simon había dejado que Trueno redujera el paso a un trote ágil y, de vez en cuando, el caballo iba a paso lento en las pequeñas pendientes. Jenna no pudo evitar mirar a su alrededor y sorprenderse de lo bonito que estaba el campo.

Jenna no iba a darle a Simon la satisfacción de que viera lo asustada que estaba. Se sentaba muy erguida y tiesa, usando sus habilidades de amazona para acompañar el ritmo del caballo mientras este se adentraba en los interminables y polvorientos caminos que se tejían a través de los Labrantíos y que se extendían durante kilómetros y kilómetros al otro lado del río.

Se habían detenido junto a un arroyuelo al borde de un prado de heno para dar de beber al caballo y permitirle pastar un rato. Simon le había ofrecido a Jenna algo de comida, pero ella la había rechazado; no tenía hambre. Al igual que el caballo, Jenna bebió del arroyo, y cuando Simon dijo que era hora de partir, ella echó a correr, cruzando a toda velocidad el arroyo poco profundo y bajando por un sendero estrecho. Al final del sendero, Jenna pudo ver una casita con una anciana sentada fuera haciendo la siesta a la sombra. Cuando corría al límite de sus fuerzas por el camino, oyó el galope de Trueno detrás de ella y, en un momento, Simon la cogió y la subió bruscamente en la silla de nuevo. No hicieron ninguna parada más.

A medida que avanzaba el día, los exuberantes prados de la llanura aluvial dieron paso a las

colinas de suaves pendientes de las Tierras Bajas. Las cosechas de frutos del bosque y árboles frutales de las pequeñas granjas y huertos se convirtieron en laderas llenas de vides. Trueno siguió adelante, subiendo las colinas cada vez más empinadas, y los azules y púrpuras neblinosos de las Montañas Fronterizas empezaron a alzarse ante ellos.

En ese momento, Jenna se dio cuenta de que Simon no iba a dejarla escapar. Durante buena parte de la mañana, tuvo la esperanza de que fuera, cual fuese el extraño juego que se traía entre manos, acabaría pronto, que de repente obligaría a Trueno a dar media vuelta y regresar al galope al Castillo. Jenna había decidido lo que le iba a decir cuando volvieran, y en más de una ocasión pensó que Simon estaba a punto de hacerlo. Pero Trueno seguía, ahora al paso en vez de al trote, mientras las colinas se volvían más escarpadas y el aire más nítido y frío.

Eran las últimas horas de la tarde cuando llegaron a las lóbregas canteras de pizarra en las estribaciones llenas de ovejas de las Malas Tierras, cuando Jenna por fin rompió el pesado silencio que reinaba entre ambos.

—¿Por qué me estás raptando, Simon? —preguntó Jenna—. ¿Adonde vamos?

Simon no respondió, pero cuando Jenna dirigió la mirada hacia la amenazadora masa de las Montañas Fronterizas, supo la respuesta a la segunda pregunta. Y no estaba segura realmente de querer oír la respuesta a la primera.

12. EL ASTILLERO DE JANNIT MAARTEN.

Al acercarse a la Puerta Norte, Septimus oyó un estridente vocerío.

—¡No puedes detenerme, padre! —gritaba Lucy Gringe—. Ya no puedes tenerme encerrada. No soy una niña. Si quiero ir en busca de Simon, iré. ¡Así están las cosas!

—¡Irás por encima de mi cadáver! —se oyó el resoplido grave de Gringe.

—¡Pues será un placer!

—¡Basta, callaos los dos, por favor! —gritó la señora Gringe—. Estoy segura de que Lucy no está planeando escaparse, ¿verdad, querida?

—Claro que sí, madre. ¡Y ahora mismo!

—¡Oh, no, no lo harás! —aulló Gringe.

—¡Oh sí, sí lo haré!

—¡Oh, no, no lo harás!

Septimus llegó a la Puerta Norte justo a tiempo para ver a Gringe entrar como una flecha en la garita del guarda.

Al cabo de un rato, se oyó un fuerte ruido metálico, mientras las enormes cadenas del puente levadizo empezaban a moverse, entre agudos chirridos, lentamente alrededor de los grandes engranajes del piso de abajo. Gringe estaba izando el puente.

Lucy Gringe conocía muy bien el sonido; lo había oído cada anochecer y cada amanecer de su vida. Septimus observó a Lucy esquivar a la señora Gringe —una mujer bajita pero de aspecto atlético que se parecía notablemente a su marido— y echar a correr hacia el puente.

—¡Alto! —gritó la señora Gringe mientras corría detrás de su hija—. ¡Alto... te vas a matar!

—¡Para lo que te importa! —respondió Lucy.

Sus largas trenzas ondeaban tras de sí, mientras salía volando hacia el puente levadizo que se inclinaba lentamente, para tratar de salvar la creciente abertura entre el puente y la orilla opuesta. La señora Gringe corrió tras su hija. De repente ella se lanzó en un placaje profesional que hizo que Lucy se estrellara contra las gruesas planchas de madera del puente.

En la garita, el ensordecedor estrépito de las cadenas amortiguaba cualquier otro sonido de fuera. Con un gesto de determinación, Gringe siguió izando el puente, sin percatarse de que Lucy y la señora Gringe estaban luchando ferozmente mientras Lucy intentaba alcanzar el extremo del puente. Pero la inclinación se hacía más pronunciada a cada segundo, y enseguida hubo demasiada pendiente para que Lucy pudiera avanzar en ninguna dirección. Lo único que podía hacer era quedarse donde estaba, con los dedos aferrados a una anilla de hierro que estaba clavada en la madera, mientras la señora Gringe se pegaba como una lapa a la bota izquierda de Lucy.

Dentro de la garita, el sudoroso Gringe daba otra vuelta a las cadenas y el puente se levantó aún más. Empezaba a apuntar hacia el cielo. De repente, Lucy no pudo aguantar más. Sus dedos se soltaron de la anilla y ella y su madre cayeron resbalando por el tobogán casi vertical. Y mientras aterrizaban magulladas, aturcidas y hechas un guiñapo sobre los adoquines de la puerta, el puente levadizo se cerró con un fuerte ruido metálico y un golpe seco que sacudió la tierra. Gringe, agotado por el esfuerzo, se desplomó en el suelo, y decidió ser más amable con el chico del puente, que era quien solía izarlo. No quería tener que hacerlo él otra vez a toda prisa.

Septimus se alejó. No tenía tiempo para esperar a que los Gringe hicieran las paces y volvieran a bajar el puente. Decidió bajar al astillero de Jannit Maarten, donde Jannit dirigía un servicio de transbordador para cruzar el foso, si es que estaba allí. Septimus decidió correr el riesgo.

Media hora más tarde, Septimus llegaba al túnel que se deslizaba por debajo de la muralla del Castillo y llevaba al astillero de Jannit Maarten. El astillero estaba justo al otro lado de la muralla. Septimus se metió en el húmedo y goteante túnel y pronto salió a la luz del sol y a la caótica maraña de barcos. Mientras se proponía elegir cuidadosamente el camino a través de la colección de velas, cabos, áncoras e innumerables artilugios necesarios para construir barcos, la primera impresión que tuvo Septimus fue que el astillero estaba desierto, hasta que llegó hasta él un sonido de voces procedentes del extremo del foso. Septimus se abrió paso por encima de aquella maraña.

—¡Sep! ¡Hola, Sep! ¿Qué estás haciendo aquí? —Era una voz que Septimus conocía muy bien. Nicko Heap había visto la inconfundible túnica verde entre el abarrotado astillero. Nicko estaba de pie en la proa de un barco alargado y estrecho. Era un poco más alto que su hermano Septimus y de complexión más corpulenta. Y a diferencia de la tez pálida de su hermano —resultado de interminables semanas sin salir de la Torre del Mago—, el sonriente rostro de Nicko tenía la piel muy bronceada y curtida por el viento. Su cabello largo y claro estaba quemado por la sal marina, los rizos enredados por el viento, y lucía numerosas trenzas de colores brillantes tejidas entre ellos. Las trenzas eran la moda veraniega entre los jóvenes barqueros del Puerto, y Nicko lucía las trenzas con orgullo, junto con una serie de pulseras a juego. Al igual que Septimus y todo el clan Heap, Nicko tenía los profundos ojos verdes de los niños magos que entran en contacto con la Magia.

A Nicko no le interesaba ser mago, pero, en caso de necesitarlo, podía recurrir a varios hechizos y, como toda la prole Heap, salvo Septimus, de niño había aprendido Magia de manos de sus padres.

Junto a Nicko había un hombre alto con el cabello rojo intenso de punta y la expresión sombría, que Septimus identificó como Rupert Gringe, hermano de Lucy. Jannit Maarten, la constructora de barcos, estaba en el pontón del astillero amarrando un barco con un cabo.

—¡Nicko, has vuelto! —exclamó Septimus radiante, saltando por encima de un montón de tablones y algunos baldes viejos y corriendo hacia su hermano.

Se sorprendió de lo mucho que le gustó y alivió verlo. Nicko entendería lo de Jenna; Septimus estaba seguro de ello. Jannit Maarten le sonrió, sentía cariño por todos los Heap. Hacía poco que Nicko había empezado a ayudarla a ella y a Rupert en el astillero y estaba impresionada con él.

Jannit era una mujer menuda, de aspecto fuerte, que vestía un blusón azul mugriento. Tenía un rostro bronceado y agradable, con profundas arrugas, y llevaba el cabello recogido en una larga y fina cola de caballo gris que colgaba al estilo marinero y le llegaba por debajo de la cintura. Jannit vivía por y para los barcos; dormía en la pequeña cabaña en ruinas que estaba a la entrada del astillero y rara vez se aventuraba fuera del recinto.

Aunque había otros astilleros en el Castillo, el de Jannit Maarten era el mejor. Había cogido a Rupert Gringe como aprendiz cuando este cumplió los once años, y esa decisión era, como orgullosamente le gustaba contar a quien quisiera escucharla, lo mejor que había hecho en su vida. Rupert tenía talento para construir barcos. Tenía mano para la línea del barco y un sentido instintivo para saber cómo se asentaría en el agua y cómo respondería al viento cada barco que construía.

Jannit estaba casi igual de satisfecha con Nicko. El primer proyecto de Nicko fue ayudar a Rupert a construir una nueva Muriel para Sally Mullin, que un año antes había prestado su querido barco a los Heap para que huyeran, y Jannit pudo observar que el chico tenía buen ojo y era hábil con las manos.

Nicko también era un marino nato; en realidad, mejor que Rupert Gringe; por esa razón, para disgusto de Rupert, fue a Nicko a quien Jannit dirigió la pregunta:

—¿Cómo navega?

—Como un perro en un balde de agua —gruñó Rupert, decidido a no dejar que Nicko contestara. El rostro de Jannit se ensombreció. El barco había sido su proyecto más ambicioso, pero todo había salido mal desde el principio. Dirigió una mirada a Nicko solicitando su opinión.

—No fue bien, Jannit —admitió Nicko—. Volcamos dos veces. Luego el mástil se rompió. Tuvimos que repararlo abajo en el puerto.

—¿Tan mal fue? —se lamentó Jannit—. Debo de estar perdiendo facultades.

—No, claro que no —se apresuró a decir Rupert—. Son los típicos problemas del principio. Los solucionaremos.

—¡Ah, bueno! —suspiró Jannit—. Chicos, estaréis deseando volver a ver a vuestras familias. Marchaos, yo me encargaré de arreglar esto.

—De acuerdo, Jannit —respondió Rupert—. Entonces, me voy. Necesito un poco de paz y tranquilidad después de haber estado metido en un barco que no paraba de chirriar ni de gemir ni

un momento.

—Esto... Rupert —dijo Septimus, al tener la sensación de que debía decir algo—. Ejem... no es que reine exactamente... la tranquilidad en la garita del guarda. Se ha armado un buen escándalo. Rupert miró a Septimus con suspicacia. Había heredado de su padre la desconfianza hacia los Heap y, aunque tenía que admitir que Nicko Heap no estaba nada mal, no podía decir lo mismo del estrambótico aprendiz de mago vestido con aquella ostentosa túnica verde brillante y su coqueto cinturón de aprendiz.

—Ah, ¿sí? —dijo tímidamente—. ¿Qué clase de lío?

—Bueno...

—¡Lo sabía! —estalló Rupert—. ¡Sabía que se trataba de tu maldito hermano! Esta vez lo pillaré. ¡Lo pillaré!

—Simon no está...

Rupert Gringe cruzó el astillero a toda velocidad.

—... allí ahora —concluyó Septimus con poca convicción, mientras Rupert tropezaba con un balde y desaparecía en el túnel más rápido de lo que esperaba.

—¿Qué ocurre, Sep? —preguntó Nicko, consciente de que su hermano pequeño estaba preocupado.

—Simon ha secuestrado a Jenna y nadie me cree, ni siquiera Marcia —dijo atropelladamente.

—¿Qué?

—Simon ha secuestrado a Jenna y...

—Está bien, Sep, ya te he oído. Ven, siéntate y cuéntamelo todo.

Nicko bajó del barco y pasó el brazo por el hombro de Septimus. Se sentaron juntos con los pies colgando sobre el foso, mientras Septimus le relataba a Nicko toda la historia. A medida que el relato avanzaba, en la expresión de Nicko crecía la preocupación.

Por fin, Septimus llegó al final y dijo:

—... pero apuesto a que tú tampoco me crees.

—Claro que te creo. www.freelibros.org

—¿En serio? —Septimus miró a Nicko interrogativamente.

—Sí. Sé que hay gente que va detrás de Jenna. Iba a decirle a mamá que tuviera más cuidado. Parece que he llegado demasiado tarde...

—¿Qué quieres decir con... gente? —preguntó Septimus—. ¿Te refieres a que no solo es Simon?

—Bueno, tal vez Simon tenga algo que ver con ellos. No me sorprendería. Pero cuando Rupert y yo estuvimos en el Puerto para conseguir un nuevo mástil (lo que me recuerda que tengo que decir a Jannit que el nuevo es una porquería que no durará más de cinco minutos), bueno, pasamos mucho tiempo en la taberna El Ancla Azul que está junto a los muelles. Allí se conoce a gente de todo tipo. Conocimos a la antigua novia de Alther, Alice Nettles. Ahora trabaja para la agencia de aduanas...

—Sí... ¿y? —preguntó Septimus con impaciencia, preguntándose adonde conducirían los rodeos de Nicko.

—Y Alice nos dijo que en el Puerto alguien andaba buscando a Jenna.

—¿Quién?

—No sé quién. Un oscuro extranjero, así le llamó Alice. Recién llegado de los Países Lejanos. Su barco aún estaba anclado en mar abierto, esperando un lugar donde atracar en el muelle de aduanas, pero lo trajeron en un bote de remos y ha estado haciendo todo tipo de preguntas sobre la princesa.

—¿Qué clase de preguntas? —quiso saber Septimus.

—¡Bueno, ya sabes qué clase de preguntas! Si está realmente viva, que dónde se la puede encontrar, en fin, ese tipo de cosas. Alice se limitó a contestarle con evasivas. En eso Alice es muy buena.

Septimus contempló el agua sombría del foso.

—Entonces es eso. Apuesto a que Simon está conduciendo a Jenna hasta el oscuro extranjero

—dijo con pesimismo.

—Probablemente, pagará generosamente a Simon —dijo Nicko, que no tenía buena opinión de su hermano mayor.

—Y puedo adivinar quién es el oscuro extranjero...

—¿Quién? —preguntó Nicko sorprendido.

—DomDaniel —susurró Septimus.

—Pero si está muerto.

—Desapareció. Se hundió en el marjal, pero eso no quiere decir que esté muerto, ¿no crees? Por lo que sé de él, le gusta estar bajo tierra.

—No sé, Sep —respondió Nicko—. No creo que Simon hiciera una cosa así. Septimus miró a Nicko a los ojos.

—Mira, Nik, nadie cree que Jen corre peligro, así que tampoco espero que tú me creas, pero no me importa lo que digan los demás. Yo voy a ir a buscarla y la traeré de regreso.

Septimus se puso en pie y se cargó la mochila a los hombros.

—Me marcho. Dile a Marcia a donde he ido, y a mamá y a papá. Hasta luego. —Septimus se dio media vuelta para marcharse.

—Espera, chaval —protestó Nicko—. Yo te creo y no vas a ir a ninguna parte solo, Sep. ¿Cómo piensas encontrarla?

—La encontraré como sea —dijo Septimus.

—Sí, un día u otro, con un poco de suerte. Mira, conozco a alguien que es el mejor rastreador que he visto en mi vida. Él nos llevará directamente hasta ella. Le pediré un barco a Jannit y saldremos a buscarlo. Vuelve a sentarte y quítate ese saco de piedras.

Septimus no se movió.

—Vamos, Sep. Haz lo que te he dicho. Soy tu hermano mayor y te lo ordeno. ¿De acuerdo?

—Tampoco eres mucho mayor que yo —murmuró Septimus, pero se sentó de todos modos.

13. EL BOSQUE.

Nicko y Septimus sacaron el barco del agua y lo arrastraron hasta una playa de guijarros en una pequeña ensenada colindante al Bosque. Nicko la conocía bien; allí era donde siempre amarraba su barco cuando iba a visitar a sus hermanos.

Habían navegado ocho kilómetros río abajo desde el Castillo con la corriente a favor. Jannit había insistido en que Nicko cogiera el pequeño lugre, un buen barco fluvial que tenía una cabina, por si tenían que pasar la noche a bordo, pero Nicko tenía la esperanza de llegar directamente al Bosque y encontrar el campamento de los chicos antes de que se pusiera el sol. No tenía la menor intención de deambular por el Bosque de noche, pues era un lugar extremadamente peligroso. Manadas salvajes de zorros vagaban por entre los árboles y un gran número de almas en pena y seres malévolos flotaban por el aire. Algunos árboles eran carnívoros y de noche se convertían en trampas mortales: bajaban de repente las ramas, atrapaban a sus víctimas y les chupaban la sangre, de modo que por la mañana no quedaba nada más que un esqueleto reseco colgando entre las hojas.

Caía la tarde cuando llegaron a la playa. Nicko sabía que les quedaban cinco horas de luz, que, según sus cálculos serían más que suficientes para llegar sanos y salvos al campamento de los chicos.

Septimus no había estado en el Bosque desde que era un desechable del ejército joven. Había pasado muchas noches terroríficas allí, como parte de los ejercicios nocturnos a vida o muerte que los niños soldados tenían que superar. Les despertaban en mitad de la noche y los llevaban a un lugar peligroso, que por lo general solía ser el Bosque.

Hubo dos noches en el Bosque que Septimus no olvidaría jamás. Una fue cuando su mejor amigo, el Muchacho 409, lo rescató. Le había atrapado una manada de zorros y estaban a punto de saltar sobre él. El Muchacho 409 corrió a su lado, gritando tan fuerte que el jefe de la manada se confundió durante unos segundos, momento que el Muchacho 409 aprovechó para tirar de Septimus hasta ponerlo a salvo. La segunda noche, y mucho más terrible, a Septimus no le hubiera importado nada que una manada de zorros hubiera saltado sobre él. Fue cuando el Muchacho 409 se cayó por la borda en el río cuando iban de camino al Bosque. El río estaba encrespado, la corriente era rápida y una ola inesperada golpeó el barco del ejército joven. El barco estaba sobrecargado y el Muchacho 409 trastabilló y cayó por la borda. Nunca lo volvieron a ver. Septimus suplicó al jefe cadete que regresaran en auxilio del Muchacho 409, pero este se negó en redondo. El Muchacho 409 era un desechable más, y la idea subyacente del ejercicio a vida o muerte era deshacerse de «los débiles, los cobardes y los estúpidos», como había dicho el jefe cadete. Pero, generalmente, los ejercicios a vida o muerte simplemente eliminaban a los desafortunados.

Cuando Nicko estuvo satisfecho de cómo había amarrado el barco para que resistiera la subida y la bajada de las mareas, y todo a bordo estuvo pulcramente recogido, sacó un gastado trozo de papel del bolsillo.

—Este es el mapa —dijo mostrándoselo a Septimus—. Sam lo dibujó.

Septimus miró las onduladas líneas que cruzaban el trozo de papel como rastros de babosa sobre un panel de vidrio.

—¡Ah! —exclamó. El mapa no le pareció nada del otro mundo, pero Nicko parecía confiado.

—Está bien —dijo Nicko para tranquilizarlo—. Conozco el camino. Sígueme.

Septimus no tuvo ningún reparo en seguir a Nicko cuando empezaron la incursión por el Bosque. Era bastante fácil caminar por los aledaños del Bosque; los árboles estaban muy espaciados y la luz del sol se filtraba a través de las ramas por encima de sus cabezas. Nicko tomó un sendero estrecho con aplomo y caminó a paso rápido, zigzagueando entre los árboles como el rastro de una serpiente.

A medida que Nicko se iba internando a paso ligero en el Bosque, los árboles eran cada vez más grandes y crecían más próximos entre sí, la luz del sol se tapaba en oscuras sombras verdes y el silencio profundo empezaba a invadirles. Septimus seguía de cerca a Nicko a medida que el sendero se estrechaba y se hacía más tupido. Ninguno de los dos hablaba; Nicko intentaba

recordar el camino, y Septimus estaba sumido en sus propios pensamientos. Se preguntaba qué estaba haciendo en el Bosque, cuando tendría que estar dirigiéndose hacia los Labrantíos. Jenna debía de estar ya a kilómetros de distancia, al otro lado del río, mientras que él estaba allí, avanzando en dirección contraria, solo porque Nicko le había convencido. Al cabo de un rato, Septimus rompió el silencio.

—¿Estás seguro de que querrán ayudarnos?

—Claro que sí —respondió Nicko—. Son nuestros hermanos, ¿no? Los hermanos se mantienen unidos. Salvo Simon, claro.

Septimus estaba deseoso de conocer a sus hermanos. Se había reencontrado con la mayoría de su familia en el último año y medio, pero en todo ese tiempo Sam, Edd, Erik y Jo-Jo habían vivido como salvajes en el Bosque. Silas había prometido llevar a Septimus a visitarlos, pero, por los motivos que fueran, eso no había ocurrido. Marcia estaba demasiado ocupada para dejarlo ir o Silas se equivocaba de fecha y aparecía el día equivocado.

—¿Cómo son? —le preguntó Septimus a Nicko.

—Bueno, Sam es un pescador asombroso. Puede pescar lo que quiera. Podíamos haberlo encontrado en la playa, es uno de sus lugares de pesca favoritos. Edd y Erik no paran de reír. Siempre gastan bromas a todo el mundo y se intercambian los papeles. Son tan parecidos que no siempre consigo distinguirlos. Y Jo-Jo es tranquilo, pero muy inteligente. Le gustan las hierbas y esas cosas... como a mamá, supongo.

—¡Ah! —exclamó Septimus intentando hacerse una imagen de ellos, pero sin conseguirlo. Aún no se acostumbraba a formar parte de una familia tan extensa, después de pasar los primeros diez años de su vida solo.

—Pero —dijo Nicko—, como ya te he dicho, al que de verdad hemos venido a ver es al rastreador, al Chico Lobo.

—¿Al que encontraron en el Bosque?

—Sí, ahora vive con ellos. Creo que estuvo viviendo con los zorros durante un tiempo, pero los zorros lo echaron cuando creció y dejó de oler a cachorro. Era salvaje cuando los chicos lo encontraron. Mordió a Sam en la pierna y arañó a Erik profundamente. Tenía unas uñas horribles: amarillas, largas y curvas como garras. Pero se domesticó durante la última gran helada, cuando Edd y Erik le dieron comida, y ahora no es tan malo. Pero aún huele mal, aunque en realidad todos atufan un poco. Al cabo de un rato te acostumbras. El Chico Lobo es el mejor rastreador que he visto en mi vida. Él nos llevará directamente hasta Jenna, seguro.

—¿Tiene dientes grandes y pelo? —preguntó Septimus tímidamente.

—Sí, grandes colmillos amarillos y manos peludas.

—¿En serio?

Nicko se dio media vuelta y sonrió ampliamente a Septimus.

—¡Te pillé!

Al cabo de un rato llegaron a un pequeño claro del Bosque y Nicko sugirió que se pararan unos minutos a estudiar el mapa. Septimus se quitó la mochila y de inmediato se sintió tan ligero que pensaba que flotaba entre los árboles.

—¿Quieres una pastilla de menta? —preguntó ofreciéndole a Nicko el tubo púrpura de explosión de menta.

Nicko miró el tubo con suspicacia.

—¿Qué hacen? —preguntó tímidamente.

Nicko conocía muy bien el gusto tan raro que tenía Septimus para las golosinas, y nunca se había acostumbrado a masticar un trozo de plátano autorrenovable que iba reapareciendo en su boca por mucho que lo escupiera.

—Nada —dijo Septimus—, solo son pastillas de menta.

—Entonces, vale.

—Pon la mano.

Septimus puso unas minúsculas bolitas verdes en la mano de Nicko. Nicko echó la cabeza hacia atrás y se metió las explosiones de menta en la boca como si tragase una cucharada de jarabe.

—No... —advirtió Septimus.
—¡Mmm—aaaagh!
—... te las comas todas de golpe.
—¡Aaarg! Me han subido a la nariz —escupió Nicko. Tres pequeñas explosiones de menta le salieron disparadas por la nariz.
—¡Sí, a veces hacen eso! El truco es mantenerlas en la boca y dejar que exploten. Realmente te despiertan, ¿verdad?
—Creo que se me van a salir los ojos.
—Bueno, a mí me gustan. —Septimus cogió unas cuantas y se guardó el tubo en la mochila—. ¿Quieres unas magí bíz?
—Debes de estar de broma —dijo Nicko con los ojos desorbitados.
Nicko se enjugó los ojos, desplegó el mapa de Sam y lo observó con atención. Luego miró alrededor del claro.
—¿Ves alguna roca saliente por algún sitio? —preguntó a Septimus—. Debería de haber una por aquí. —Nicko señaló vagamente una arboleda—. Parece un pájaro.
—No —dijo Septimus, que desde el principio había dudado del mapa de Sam—. Nicko, ¿estamos perdidos?
—No, claro que no —respondió Nicko.
—Bueno, entonces, ¿dónde estamos?
—No estoy seguro —murmuró Nicko—. Será mejor que sigamos hasta que encontremos algún sitio que pueda reconocer.
Septimus seguía a Nicko, que se internaba cada vez más en el Bosque, y cada vez se sentía más intranquilo. Los árboles eran cada vez más tupidos, algunos de ellos tenían enormes troncos y eran muy antiguos. Septimus notó que la atmósfera que les envolvía iba cambiando, los árboles se volvían extraños. Cada uno le parecía diferente: algunos eran presencias benévolas y otros no. En más de una ocasión, a Septimus le pareció notar que un árbol se movía ligeramente cuando pasaban a su lado, e imaginó que se volvía y los miraba pasar. La luz del sol había desaparecido por completo y la sustituía una tenebrosa luz verde que se filtraba a través de las densamente tejidas ramas que estaban por encima de sus cabezas. Era más fácil caminar ahora que el sotobosque crecía menos enmarañado y salvaje en la débil luz, y durante buena parte del tiempo estuvieron caminando sobre un grueso lecho de hojas caídas. De vez en cuando, Septimus oía un rumor de correteos de las pequeñas criaturas que emprendían la huida. A Septimus no le preocupaban esos ruidos: sabía que solo eran ratas o comadreas del Bosque, pero también oyó el movimiento de las ramas sacudidas por algo que saltaba desde ellas, ¿o aterrizaba en ellas?
Septimus empezó a sentirse intranquilo. Le parecía que llevaban horas en el Bosque y estaba seguro de que la luz empezaba a morir para dar paso al crepúsculo. Mientras seguía a Nicko, no veía ni rastro del sendero, y empezó a preguntarse si estarían perdidos. Pero Nicko apartaba obstinadamente los helechos para abrirse paso y Septimus le seguía dócilmente hasta que llegaron a un pequeño claro.
Septimus se detuvo; ahora sabía que estaban perdidos.
—Nicko —dijo—, ya hemos estado aquí antes. Hace una hora. Mira, reconozco ese árbol hueco con los bejines alrededor.
Nicko se detuvo y miró el mapa de Sam.
—No podemos estar perdidos. Mira, estamos aquí.
Septimus miró donde señalaba el regordete dedo de Nicko.
—¿Te refieres a esa hormiga aplastada?
—¿Qué hormiga aplastada? —Nicko miró el mapa entornando los ojos, pues ahora costaba verlo con la mortecina luz. Al cabo de unos segundos de escudriñar el destartado pedazo de papel, Nicko añadió—: ¡Ah, esa hormiga aplastada!
—Estamos perdidos, ¿verdad? —insistió Septimus.
—¡Oh, no, no lo creo! Mira, estoy de acuerdo en que puede ser una hormiga, pero aún estamos en este camino de aquí. Y si lo seguimos... mira... ¿ves?, llegaremos al campamento.

Sinceramente, Sep, casi hemos llegado.

Volvieron a ponerse en marcha y Septimus le siguió a regañadientes. Al cabo de un rato dijo:

—Ya hemos estado aquí también, Nik. Estamos caminando en círculos.

Nicko se detuvo y se recostó cansado contra un árbol.

—Lo sé, Sep. Lo siento. Estamos perdidos.

14. PERDIDOS.

La noche caía deprisa en el Bosque cuando el sol se ponía. Septimus y Nicko estaban sentados tristemente desanimados en un árbol caído. Septimus sostenía la brújula en la palma de la mano, intentando ver dónde señalaba la temblorosa aguja. La luz casi había muerto, y el anillo dragón empezaba a resplandecer, pero la mano temblorosa de Septimus no era de gran ayuda. Le invadía una familiar sensación de terror, que le sobrevinía siempre que se acercaba la noche en el Bosque.

—Ahora es el momento en que se pone el sol en el Bosque, Nik —susurró Septimus—. Deberíamos quedarnos quietos durante un rato. Ahora no es bueno moverse... mientras las cosas están cambiando.

Lejos de allí, en el Castillo, Silas y Sarah miraban la puesta de sol desde el tejado de Palacio, aceptando por fin que Simon no iba a devolver a Jenna a casa. Alarmados, se encaminaron a la Torre del Mago para ver a Marcia. La encontraron en la Vía del Mago mientras se dirigía a casa de Weasal van Klampff.

En lo más profundo del corazón del Bosque, Septimus y Nicko permanecían sentados juntos en silencio. Septimus notaba que el sol se ponía tras las colinas y el aire se volvía helado y empezaba la transformación del día en la noche. El Bosque se estaba convirtiendo en una criatura nocturna mientras se cernía la oscuridad y, con un mal presentimiento, Septimus reconocía la extraña sensación de espesor en la atmósfera que la noche en el Bosque traía consigo.

—Lo siento de veras, Sep —murmuró Nicko desolado.

—Chisst —susurró Septimus—. No hables a menos que sea necesario.

Nicko se sentó tranquilamente, intentando mantener la calma. No le gustaba el Bosque, ni siquiera a la luz del día. Odiaba la sensación que le producía no poder escapar corriendo o estar atrapado en medio de una interminable maraña de troncos y ramas; al menos, mientras seguían en marcha y podía ver a donde iban, Nicko podía soportarlo, pero ahora no. Ahora que un grueso manto de neblina empezaba a rodearlos, sentía crecer el pánico en su interior, lo que le hacía querer gritar desesperadamente. Nicko sólo se había sentido así una vez en su vida, cuando estuvieron atrapados en el conducto de la basura del Castillo, pero en esa ocasión estaban con Marcia y rápidamente los había liberado. En cambio, ahora estaban solos.

—Cuando salíais de maniobras nocturnas, ¿qué os enseñaban? Quiero decir, ¿qué teníais que hacer? —dijo Nicko entre susurros.

—Bueno, ejem..., una vez durante una maniobra de combate animal sin armas tuvimos que cavar una trampa para zorros y pasar toda la noche despiertos, esperando a que cayera en ella un zorro. No cayó ninguno, al menos en nuestro agujero, pero perdimos a tres chicos en la trampa de al lado. Ofrecieron mucha resistencia, pero el zorro venció. Era un ruido horrible. Otras veces, en las maniobras de lectura de brújula, ataban a un chico a un árbol y teníamos que intentar encontrarlo antes de que se lo comieran. No siempre llegábamos a tiempo...

—¡Ay! —dijo Nicko estremeciéndose—. No debí preguntarte. Creía que te habían enseñado técnicas de supervivencia.

—Y me enseñaron —respondió Septimus—. Apártate del camino de cualquier cosa que corra más que tú y tenga más dientes que tú. Vigila los árboles carnívoros porque nunca sabes cuáles son hasta que es demasiado tarde. Ah, sí, y la más importante de todas...

—¿Sí?

—No te quedes en el Bosque a la intemperie después de que anochezca.

—Muy gracioso —murmuró Nicko.

—Creo —dijo Septimus en un susurro— que deberíamos intentar encontrar un lugar más seguro donde pasar la noche. Sería mejor subir a un árbol...

—¿A un árbol carnívoro?

—Nicko, cállate, ¿quieres?

—Lo siento, Sep.

—Como he dicho, deberíamos subir a un árbol... y será cuestión de suerte que sea o no

carnívoro.

—¿Qué?, ¿no sabes distinguirlos?

—De noche no. Deberás correr el riesgo. En eso consiste la noche en el Bosque, Nik. Además, como ya he dicho, si podemos subirnos a un árbol estaremos a salvo de los zorros, aunque por supuesto, tendremos que seguir alerta con las ratas de árbol que chupan la sangre.

—¡Fantástico!

—Y algunos de los árboles centenarios están infestados de hojas sanguijuelas. Una vez pasé una noche en un árbol con el jefe cadete y cuando me desperté por la mañana pensé que estaba camuflado, pero estaba cubierto de los pies a la cabeza de hojas sanguijuelas. —Septimus soltó una carcajada—. Lo tenía merecido.

—¡Basta! —rogó Nicko entre dientes—. Basta. No quiero oír nada más, ¿de acuerdo? Busquemos un árbol y crucemos los dedos.

Septimus se subió la pesada mochila a los hombros y partieron; esta vez Nicko siguió a Septimus. El anillo dragón de Septimus brillaba con fuerza en la oscuridad, y él hundía la mano en el bolsillo para apagar el fulgor. Sabía que la luz atraería hacia ellos a cualquier criatura en muchos kilómetros a la redonda, y en particular a los espectros del bosque. Septimus caminaba lenta y silenciosamente a través de los árboles, y Nicko le seguía con tanto sigilo y silencio como le era posible. Pero Nicko era menos ágil que Septimus y, por mucho que lo intentara, a la mínima su pie golpeaba una ramita o hacía crujir una hoja. Septimus sabía que tarde o temprano una criatura o una cosa los oiría. Tenían que subir a resguardarse en un árbol enseguida. Examinó desesperadamente cada árbol que cruzaban para ver si había alguna rama baja que pudiera servirles de asidero, pero no encontraba ninguna. Se hallaban en la parte antigua del Bosque, donde los árboles eran muy altos y las ramas muy elevadas del suelo.

De repente, Septimus notó como si le cogieran el brazo con unas tenazas.

—¡Aaaaaay!

—¡Chisst!

Septimus se dio media vuelta para ver a Nicko aún aferrado a su brazo y mirando con los ojos abiertos de par en par la oscuridad.

—Sep, ¿qué es eso de allí? He visto algo amarillo y resplandeciente.

Septimus escrutó la oscuridad usando la táctica del ejército de mirar entornando los ojos para ver en la penumbra. Y vio lo que había estado temiendo: les rodeaba una jauría de ojos amarillos.

—¡Caracoles! —exclamó Septimus.

—¿Caracoles? —susurró Nicko—. ¡Oh, qué alivio! Por un momento creí que eran zorros.

—Son zorros. Montones de ellos.

—Pero has dicho que eran caracoles. —Nicko parecía ofendido.

—Cállate, Nicko. Estoy intentando pensar. ¿Puedes sacar mi amuleto de congelación rápida de la mochila? —Septimus tragó saliva—. Rápido...

—¿Aún no puedes hacer una congelación rápida sin amuleto?

—No. ¡Date prisa!

Nicko intentó abrir la mochila de Septimus, pero le temblaban tanto las manos que ni siquiera acertaba a encontrar la hebilla en la oscuridad. Septimus estaba enfadado consigo mismo. Sabía que debía haber sacado el amuleto de la mochila para tenerlo preparado en caso de necesitarlo. Pero odiaba la noche en el Bosque tanto como Nicko, y algo en su cerebro parecía haber dejado de funcionar.

—No puedo abrir tu estúpida mochila —susurró Nicko con una voz que cada vez dejaba traslucir más pánico—. ¿No puedes paralizarlos como hiciste con el caballo?

—¡Qué...! ¿Hago que se pongan todos en una fila ordenada para que pueda paralizarlos de uno en uno? ¿Eso quieres?

—¿No puedes paralizarlos a todos a la vez?

—No.

Septimus observó los expectantes ojos amarillos. Estaban cada vez más cerca y se estaban desplegando. Sabía que los zorros utilizaban la táctica habitual: rodear a la presa. Si Nicko y él

tardaban más, pronto estarían atrapados en mitad del círculo.

—¡Corre! —exclamó Septimus apretando los dientes—. ¡Ahora!

Nicko no necesitó que se lo dijeran dos veces. Septimus salió disparado hacia los árboles y Nicko echó a correr justo detrás de él, agachándose y acelerando alrededor de los enormes troncos de los árboles, saltando sobre las ramas caídas y derrapando sobre las hojas resbaladizas cada vez que Septimus giraba bruscamente en zigzag. Pero siempre que Nicko miraba hacia atrás, veía los ojos amarillos que les seguían sin dificultad, pues la manada de zorros no hacía sino seguir su rutina nocturna de perseguir a la presa y abrir el apetito para la cena.

De repente, Septimus metió el pie en una madriguera de rata y se dio de bruces contra el suelo.

—Levántate, Sep —dijo Nicko resoplando y tirando de él para ayudarlo a ponerse en pie.

—¡Aaa! Mi tobillo... —gimió Septimus.

Nicko se mostró indiferente a sus lamentos.

—Vamos, Sep. Sigamos. Te recuerdo que tenemos una manada de zorros pisándonos los talones.

Septimus se levantó cojeando, pero por mucho que lo intentó, no pudo correr; el tobillo cedía bajo su peso. Se detuvo junto a un árbol y se quitó la mochila de encima.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó Nicko horrorizado.

—No sirve de nada, Nik —dijo Septimus—. No puedo correr. Tendrás que huir. Yo intentaré encontrar el amuleto de congelación rápida antes de que me rodeen.

—No seas estúpido —le espetó Nicko—. No voy a dejarte aquí solo.

—Sí, vas a dejarme. Te veré luego.

—No, no me verás porque te comerán, ¡estúpido!

—Venga, lárgate.

—¡No!

Todavía Nicko no había acabado de decir estas palabras, cuando el último zorro de la manada cerró el círculo. Estaban rodeados, atrapados. Nicko y Septimus apretaban la espalda contra el grueso y rugoso tronco de árbol mientras, lenta y sigilosamente, el fantasmal círculo de luces amarillas se tensaba a su alrededor. Contemplaban el espectáculo sin poder creer que estaba sucediendo de verdad. Como el resto de los habitantes del Castillo, habían tenido pesadillas sobre ese momento, pero la realidad era mucho peor de lo que podían haber imaginado en sueños. Era casi hermosa, poseía una cualidad hipnótica. Se sumieron en un expectante silencio mientras el resto de las criaturas de la noche dejaban lo que estaban haciendo para observar la representación que aquella noche, y solo por una noche, tenía lugar en su rincón del Bosque.

Nicko rompió la magia. Dio una patada a la mochila. La hebilla se soltó y el contenido se vertió por el suelo del Bosque. Los dos, él y Septimus se lanzaron al suelo hurgando desesperadamente entre los objetos en busca del amuleto de congelación rápida.

—¡Esto está lleno de chismes! —exclamó Nicko apretando los dientes—. ¿Cómo es?

—No son chismes. Es como un carámbano de cristal.

—Pero ¿dónde está? ¿Dónde, dónde, dónde?

—¡Oh, oh! Ya los huelo.

El olor fétido a aliento de zorro —una mezcla de carne podrida y gingivitis, pues los zorros del Bosque tenían problemas dentales crónicos— impregnó el aire. Con una sensación de horror, Nicko y Septimus levantaron lentamente la vista y se encontraron mirando directamente a los ojos del jefe de la manada de zorros. El jefe zorro que daría la señal para que la manada saltara sobre ellos.

Un gruñido largo y grave surgió de lo más profundo del estómago del jefe zorro. Había lanzado la señal. Los ojos amarillos que los rodeaban se iluminaron, los músculos se tensaron y la saliva empezó a fluir. Por el momento se olvidaron del dolor de muelas, la manada de zorros se pasó la lengua por el hocico y mostró los dientes amarillos y negros.

El gruñido se hizo más y más fuerte hasta que de repente, el jefe zorro echó la cabeza hacia atrás y soltó un aullido que helaba la sangre.

La manada se abalanzó sobre su presa.

El árbol se abalanzó también.

El árbol llegó primero.

www.freelibros.org

15. EL ÁRBOL.

Septimus y Nicko subieron volando por los aires. Dos largas y sinuosas ramas, que habían estado pendiendo sobre sus cabezas esperando el momento oportuno, los habían atrapado. Cada una de las ramas tenía cinco ramificaciones más pequeñas y hábiles, como si fueran los dedos de una mano. Y cada mano se cerró alrededor de los chicos como una jaula de madera bien encajada y los resguardó en lo que parecía un puño de hierro. Después de coger a Septimus y a Nicko a una velocidad sorprendente, el árbol fue subiéndolos poco a poco y cada vez más alto a través de sus hojas y ramas, hacia el corazón mismo del árbol.

Septimus cerró fuerte los ojos mientras los levantaban en el frío aire nocturno, pero Nicko los mantuvo bien abiertos, como en trance, durante la ascensión hacia la copa del gran árbol, hasta que estuvieron muy por encima de la ululante manada de zorros. Nicko miró hacia abajo y vio el círculo de ojos amarillos rodeando el árbol y observando, sin parpadear, cómo la cena —una succulenta cena— se esfumaba delante de sus hocicos.

El árbol, como todos los árboles, se movía despacio y con mucha parsimonia. ¿Por qué apresurarse cuando tienes cientos de años para vivir? ¿Por qué apresurarse cuando mides más de treinta metros de altura y eres el rey del Bosque? Después de lo que les pareció una eternidad, Septimus y Nicko fueron depositados en una horquilla cerca de la copa del árbol. Las ramas que los habían atrapado como en una jaula se desenlazaron despacio y quedaron por encima de ellos, como si estuvieran planeando el próximo movimiento.

—¿Se nos va a comer, Sep? —susurró Nicko con voz temblorosa.

—No lo sé —murmuró Septimus, que aún tenía los ojos cerrados. Notaba que estaban muy por encima del suelo y no se atrevía a mirar.

—Pero nos ha soltado, Sep. Quizá tendríamos que intentar escapar mientras podamos...

Septimus sacudió la cabeza abatido. Estaba paralizado por la altura; le resultaba del todo imposible mover un músculo de su cuerpo. Nicko miró de reojo hacia abajo. A través de un claro en las hojas, pudo ver el círculo de zorros con ojos brillantes y hambrientos a la expectativa de que su presa apareciera —o, mejor dicho, cayera del cielo— para la cena. De repente, a Nicko se le ocurrió que no debía de ser la primera vez que les ocurría aquello a la manada de zorros. En algún momento del pasado, un árbol carnívoro debió de arrebatar a la manada alguna pobre víctima, y luego la víctima escapó de las garras de las ramas estranguladoras, solo para encontrarse de nuevo en medio del círculo de zorros. Nicko pensó que era un destino terrible, hasta que de repente se dio cuenta de que aquello les estaba sucediendo a ellos. Nicko lanzó un fuerte gemido.

—¿Qué ocurre, Nik? —murmuró Septimus.

—Nada, nada. Estamos a punto de ser devorados por un árbol carnívoro o por una manada de zorros y no consigo decidir cuál de las dos cosas me apetece más.

Septimus se obligó a abrir los ojos. No era tan malo como imaginaba. No podía ver demasiado, la noche sin luna era oscura y el denso follaje estival del árbol oscurecía cualquier visión de la larga caída hasta el suelo.

—Bueno, todavía no nos ha comido nadie.

—Todavía —replicó Nicko.

Pero cuando Nicko habló, las dos ramas que pendían sobre sus cabezas empezaron a moverse de nuevo hacia ellos. Nicko se agarró a la manga de Septimus.

—Vamos, Sep —susurró apremiándolo—. Ahora o nunca. Salgamos de aquí. He calculado que podemos salir huyendo; este árbol es muy lento. Nos ha cogido porque estábamos demasiado pendientes de los zorros para notar que venía por nosotros. Si bajamos deprisa, no conseguiremos alcanzarnos.

—Pero entonces nos pillarán los zorros —susurró Septimus, convencido de que el árbol oía todo lo que estaban diciendo.

—Tal vez desistan. Nunca se sabe. Vamos, es nuestra única oportunidad. —Nicko empezó a descender agarrándose a la rama.

Lo último que deseaba Septimus era moverse, al fin y al cabo estaban a treinta metros del suelo

como mínimo. Pero, sabiendo que no tenían ninguna oportunidad más, Septimus entornó los ojos para no ver la gran distancia que le separaba del suelo, y empezó a moverse apenas un milímetro por la rama, siguiendo a Nicko. Nicko ya había llegado a las ramas en forma de horquilla desde donde planeaba empezar a descender. Se volvió y le tendió la mano a Septimus.

—Vamos, Sep. Eres más lento que el árbol. Vamos, es fácil.

Septimus no contestó. Le sudaban las manos de miedo y se sentía mareado.

—No mires abajo —le animó Nicko—. Mírame a mí. Vamos, ya casi estás...

Septimus levantó la mirada hacia Nicko y de repente la cabeza le dio vueltas, empezó a oír un extraño zumbido lejano, y sus pegajosas manos se soltaron de la lisa rama.

Septimus se cayó.

Se cayó demasiado rápido para que Nicko pudiera hacer nada. Nicko estaba sentado en la rama mirando cómo su hermano avanzaba a rastras hacia él, y al instante siguiente estaba sentado mirando al vacío. Y lo único que oyó fue el sonido de Septimus entrechocando contra el ramaje del árbol por debajo de él, seguido del aullido de uno de los zorros expectantes.

Y luego vino el silencio. Nicko no oyó nada más, salvo el roce de hojas y ramas y la quietud del Bosque. Se sentó en la rama aturdido, incapaz de moverse. Debía bajar, debía intentarlo, debía rescatar a Septimus, pero le daba miedo lo que pudiera encontrar. Y así, muy despacio y a regañadientes, Nicko inició el largo descenso hasta el suelo del Bosque, pero, mientras bajaba por el árbol, una larga y fina rama se le enredó de repente en la cintura y lo sujetó fuerte. Nicko forcejeó y luchó por librarse, pero le atenazaba firmemente como un cinturón de hierro. Furioso, Nicko le dio una patada al árbol.

—¡Suéltame! —gritó—. ¡Tengo que ir a buscar a mi hermano!

Hecho una furia, Nicko hizo trizas las hojas de su alrededor y rompió tantas ramas como pudo.

—¡Aaay! —dijo una voz grave y despaciosa, pero Nicko no oía nada.

—¡Te odio, árbol asqueroso! —gritó canalizando toda su furia en puñetazos y patadas por doquier—. No vas a comerme, ni a mí ni a Sep. Tú inténtalo, y verás.

Nicko empezó a patear frenéticamente, gritando e insultando al árbol, viniéndole a la mente todas las palabrotas que había aprendido recientemente en el Puerto, de boca de Rupert Gringe. En realidad, Nicko se sorprendió de todas las que sabía. Y también el árbol, que nunca antes había oído nada semejante.

El árbol ignoró imparable el ataque de Nicko. Se limitó a sujetarlo con firmeza mientras, más abajo, proseguía con lo que había estado haciendo desde que Septimus se había caído. Nicko aún estaba lanzando improperios contra el árbol cuando a su lado las ramas se separaron y Septimus apareció junto a él, envuelto en una tensa crisálida de hojas y ramas. Nicko guardó silencio. Se quedó pálido. Pensó: «Esto es lo que las arañas hacen con sus presas. La semana anterior estaba sentado en el barco y vio a una araña envolver a una mosca, que luchaba por librarse, en una crisálida de seda y luego dejarla seca mientras la mosca estaba aún con vida».

—¡Sep! —exclamó Nicko—. ¿Estás bien?

Septimus no respondió. Tenía los ojos cerrados y una palidez mortal. Una idea terrible pasó por la mente de Nicko.

—Sep —susurró—. Sep, ¿ha empezado a comerte?

Nicko se esforzó por llegar hasta Septimus, pero la rama lo sujetó fuerte.

—Nicko —dijo una voz grave.

—¿Sep? —interpeló Nicko, preguntándose por qué su hermano hablaba de aquel modo tan extraño.

—Nicko, por favor, deja de forcejear. Podrías caerte. Estás muy alto y los zorros aún están abajo esperándote. Por favor, estate quieto.

Nicko miró a Septimus, preguntándose cómo se las arreglaba para hablar sin mover los labios.

—Sep, deja de hacer el tonto, ¿quieres?

—Nicko, escúchame, no es Septimus quien te habla. Septimus se ha dado un golpe en la cabeza. Necesita descansar.

Un escalofrío recorrió a Nicko y, por primera vez desde que entraron en el Bosque, se sintió

realmente aterrado. En todo momento había sabido con quién se las tenía que ver: tanto los zorros como el árbol carnívoro querían comérselo. No era nada halagüeño ni agradable, pero al menos era comprensible. Sin embargo, aquella voz grave y fantasmagórica era algo distinto. No tenía ni idea de lo que era; parecía estar por doquier, y lo más terrorífico de todo era que sabía su nombre.

—¿Quién eres? —susurró Nicko.

—¿No lo sabes? Pensé que habías venido a verme. —La voz parecía decepcionada—. Nunca he vuelto a ver a nadie. Nadie viene a visitarme. Pensé que mi hijo haría el esfuerzo, pero no, no se ha molestado, como de costumbre. Así que cuando vi a mis dos nietos pequeños, naturalmente pensé que...

—¿Nietos? —preguntó Nicko desconcertado.

—Sí, tú y Septimus —dijo la voz—. Os habría reconocido en cualquier lugar, ¡os parecís tanto a Silas cuando era joven!

De repente, Nicko sintió una gran sensación de alivio. Apenas se atrevía a creer en su suerte.

—No serás... no serás el abuelo Benji, ¿verdad? —preguntó al árbol.

—Claro que sí. ¿Quién creías que era? —dijo la voz.

—Un árbol carnívoro —exclamó Nicko.

—¿Yo? ¿Un árbol carnívoro? ¿Tengo aspecto de árbol carnívoro?

—No lo sé. Nunca he visto ninguno.

—Bueno, déjame que te diga que no se parecen nada a mí. Son unos sarnosos, ni siquiera se molestan en mantenerse limpios. Huelen a carne podrida. Tienen feas hojas negras y están cubiertos de hongos. Son los que dan mala fama al Bosque.

—¡Oh... oh, fantástico! ¡No puedo creerlo! Abuelo Benji...

Nicko se recostó hacia atrás con una sensación de alivio, y su abuelo soltó la rama que había estado impidiendo que se moviera.

—No vas a intentar bajar ahora, ¿verdad? —preguntó el árbol—. Esos zorros esperarán un rato. Quédate quieto y te prepararé una cama. No te muevas.

—No, está bien, abuelo. No bajaré —dijo Nicko en voz muy baja.

Se sentó en la rama sintiéndose como si fuera de mantequilla. Y por primera vez desde que pisó el Bosque, empezó a relajarse.

El árbol estaba atareado tejiendo sus ramas hasta formar una plataforma y cubrirla con un suave lecho de hojas.

—Aquí tienes —dijo el árbol con orgullo cuando hubo terminado—, ¿lo ves?, no me cuesta nada prepararte una cama. Cualquiera de vosotros, chicos, podéis venir siempre que queráis y quedaros aquí conmigo. Vuestro padre también, y vuestra querida madre, siempre que queráis.

El árbol subió cuidadosamente a Septimus hasta la plataforma y lo dejó tendido, envuelto aún en la crisálida que lo protegía.

—Lo cogí a tiempo, ¿sabes? —le dijo el árbol a Nicko—. Un segundo más, y los zorros lo habrían devorado. Uno de ellos saltó mientras lo subía y quiso morder al chaval. Estuvo a punto de conseguirlo.

Nicko gateó por la plataforma hasta colocarse al lado de Septimus y comenzó a deshacer la crisálida. Mientras la deshacía, Nicko vio que a Septimus le estaba saliendo un gran morado en la cabeza, donde se había golpeado con una rama al caer.

—Aaaaay —masculló Septimus—. Déjame, Nik.

Nicko se alegró mucho de oír la voz de Septimus.

—Hola, Sep... ¿estás bien? ¡Qué alivio!

Medio adormilado, Septimus se incorporó y miró a Nicko. El morado que tenía encima del ojo empezaba a hincharse y a dolerle, pero no le importaba; sabía que estaban a salvo. Al caerse del árbol, Septimus se había golpeado en la cabeza y había perdido por un instante el conocimiento, pero mientras lo subían delicadamente a través de las hojas, el sonido de la voz profunda del árbol arrullándolo le había devuelto la conciencia, y Septimus había oído la conversación de su abuelo con Nicko. Al principio había pensado que estaba soñando, pero cuando abrió los ojos y

vio la expresión de alivio de Nicko, supo que era cierto.

—Pssé... murmuró Septimus, sonriendo débilmente.

—Es el abuelo Benji, Sep. ¡Estamos a salvo! —le explicó Nicko emocionado—. Pero ahora tienes que dormir —añadió al percatarse de lo pálido que estaba su hermano—. Por la mañana te encontrarás bien.

Nicko se tumbó en la plataforma, al lado de Septimus, y se abrazó a él con fuerza, solo para asegurarse de que no volviera a caerse.

La luz de la luna brillaba a través de las hojas, y el abuelo Benji se mecía en la brisa nocturna arrullando a los niños, que se sumieron en un apacible sueño. Acababan de quedarse dormidos cuando oyeron un terrible aullido que retumbó a través del árbol.

—¡Aaaaauuuuuuuuuuuuuu!

Seguido de una horrible tos, y un carraspeo como si escupieran.

—¡Cof, cof, cof!

Nicko sabía que eran los zorros.

—No pueden trepar a los árboles, ¿verdad, Sep?

Septimus negó con la cabeza y deseó no haberlo hecho.

Con cierta aprensión, Nicko y Septimus miraron hacia abajo, desde la plataforma, hacia donde estaban los zorros. Toda la manada parecía haber enloquecido. Corrían en círculos y daban vueltas y más vueltas alrededor del árbol, aullando, lanzando alaridos y frotándose desesperadamente el hocico con las garras.

—¿Qué están haciendo? —murmuró Nicko.

De repente, Septimus soltó una carcajada.

—Mira —dijo—, se han comido mi mochila...

—Bueno, no pensé que supiera tan mal —dijo Nicko.

—¡... y han encontrado las explosiones de menta! —se rió Septimus.

16. LAS MALAS TIERRAS.

Mientras Septimus y Nicko se perdían en el Bosque, a muchos kilómetros de distancia, Simon Heap se internaba con Jenna en las Malas Tierras.

Trueno subía penosamente por un exiguo sendero que serpenteaba a través de interminables canteras de pizarra, algunas viejas y abandonadas, otras con signos de trabajos recientes, aunque sobrecogedoramente desiertas. La tierra violentada y las rocas hechas añicos creaban una atmósfera maligna, y Jenna sintió que su ánimo se derrumbaba. A lo lejos, un quejido lastimero provenía de las desoladas cumbres de las colinas; soplabla viento del este y gruesas nubes grises se amontonaban en el cielo. La luz del sol se iba apagando y el aire era cada vez más frío. Simon se envolvió en la larga capa negra, pero Jenna estaba temblando; lo único que la abrigaba era su liviana túnica veraniega.

—Deja de temblar, ¿quieres? —gruñó Simon.

—Yo no tengo una capa con la que abrigarme como tú —le soltó Jenna.

—No te gustaría una capa como la mía —se burló Simon—. Demasiada magia negra para la señoritinga perfecta.

—No deberías bromear sobre estas cosas, Simon —protestó Jenna.

—¿Quién ha dicho que esté bromeando? —preguntó Simon.

Jenna se quedó en silencio sin dejar de temblar.

—Bueno, toma esto, y deja de armar tanto escándalo —dijo; Simon exasperado.

Sacó una capa de la alforja y se la dio a Jenna de malos modos. Jenna cogió la capa, esperando una áspera manta de caballo, y se sorprendió ante lo que Simon le había dado: era la capa más bonita que había visto en su vida, una lujosa capa, azul intenso, bellamente tejida con la lana más suave de vientre de cabra montés, ribeteada en seda dorada. Simon la guardaba para regalársela a Lucy Gringe. Había planeado dejarla en el exterior de la garita del guarda, con una nota escondida dentro del forro para que solo Lucy pudiera encontrarla. Pero cuando Simon llegó a la Puerta Norte a primera hora de la mañana, embozado en la capa negra para que Gringe no le viera la cara y lo reconociera, sorprendió a Silas paseando con desenfado por la calle con la caja de Patifichas bajo el brazo. La última persona a la que Simon quería ver era a su padre, y rápidamente cambió de dirección y tomó un atajo hacia la Vía del Mago. Silas no llegó a verlo, estaba demasiado ocupado pensando en la estrategia que pondría en práctica en el juego matutino. Así que ahora, para irritación de Simon, la preciosa, y extraordinariamente cara, capa que había elegido para Lucy abrigaba a la señorita princesita perfecta.

Jenna se arrojó con la capa de Lucy. Ya no tenía frío, pero estaba muy cansada; frente a ella, Simon seguía llevando las riendas del agotado caballo. Las oscuras canteras de pizarra parecían no tener fin, y Trueno subía lenta y cansinamente por la pronunciada pendiente.

El camino se estrechaba; por un lado lindaba con unos escarpados riscos de pizarra que se levantaban hasta el cielo nublado, y, por el otro, se abría un profundo barranco por cuyo fondo fluía un río turbulento, lleno de rocas recortadas y traicioneros remolinos. Jenna se preguntaba si Simon se detendría; parecía no preocuparle nada, ni ella ni su caballo. Trueno estaba derrengado, y una o dos veces el caballo se tambaleó sobre el suelto pedregal que cubría las laderas de las grises colinas de pizarra y casi se despeñan.

De repente, Simon abrió la boca.

—¡So, Trueno, so, párate aquí, muchacho!

Trueno frenó hasta detenerse y sacudió la cabeza, resoplando cansinamente. Jenna miró a su alrededor, y de repente se sintió intranquila, ahora que se habían detenido.

Simon desmontó rápidamente y cogió las riendas de Trueno.

—Puedes bajarte —le dijo a Jenna—. Ya hemos llegado.

Con una honda sensación de desaliento, Jenna bajó del caballo resbalándose por un costado y se quedó un momento indecisa, sin saber si echar a correr o no. El problema era que no parecía haber ningún lugar donde escapar. Simon le leyó el pensamiento.

—No seas estúpida intentando escapar —le soltó bruscamente—. No hay a donde ir, a menos que quieras acabar en una galería de lombriz gigante.

—No intentes asustarme, Simon —respondió Jenna—. Sabes tan bien como yo que solo salen de noche.

—Ah, ¿sí? ¿Ahora salen de noche? Claro, lo había olvidado... la señoritinga princesita sabelotodo sabe todo lo que hay que saber, ¿no? Bueno, puedo dejarte aquí esta noche, si quieres. Hay una bonita colección de galerías de lombrices allí arriba si te apetece ir a echar un vistazo.

Jenna no deseaba en absoluto aceptar el desafío de Simon. Le habían contado demasiadas historias funestas sobre las enormes y grises lombrices gigantes que vivían en las colinas de pizarra y atrapaban a los viajeros por la noche. Algunas personas del Castillo creían que solo se trataba de viejos cuentos de mineros que se contaban para mantener a la gente alejada de los trabajos de la cantera, donde a veces se encontraba el oro más puro, pero Jenna sabía que no era así. De modo que se quedó junto a Trueno arrebujada en la capa de Lucy y miró fijamente al suelo, decidida a no darle a Simon el placer de verla asustada.

Simon cogió las riendas de Trueno.

—Sígueme —ordenó a Jenna.

Guió al caballo por la serpenteante pendiente mientras Jenna le seguía, mirando hacia atrás de vez en cuando, para comprobar que no le seguía ninguna lombriz gigante. Tenía la impresión de que Simon no correría a rescatarla si la atrapaba una.

De repente, el sendero acabó abruptamente en la cara vertical de una roca.

—Hogar, dulce hogar —dijo Simon con una mueca irónica.

Jenna se quedó mirándolo, preguntándose si acaso se había vuelto loco. Eso lo explicaría todo.

—Abrás te que ordena te, amo tu, Nomis —murmuró; Simon.

Jenna escuchó con atención sus palabras y se echó a temblar con una sensación de horror... sabía que era un encantamiento inverso. Retrocedió un paso, no deseaba estar cerca de ningún tipo de magia negra.

Una parte de la cara de la roca se transformó silenciosamente en una enorme tapadera redonda de hierro, que se abrió hacia arriba y hacia fuera ante su amo. Jenna miró atrás; durante un instante pensó en dar media vuelta y echar a correr, pero la visión del oscuro y solitario valle y el sonido del viento gimoteando entre las cimas no le resultó demasiado alentador. Luego, al mirar hacia arriba, Jenna vio algo que le encogió el corazón: desde un agujero oscuro y perfectamente redondo a medio camino de un saliente cercano, creyó ver unos pálidos ojos rojos de lombriz gigante que la miraban fijamente.

—Bueno, ¿entras o no? —preguntó Simon con impaciencia haciendo sonar la brida de Trueno.

Tenía que elegir entre la lombriz gigante y Simon; ganó Simon, pero por muy poco. Jenna respiró hondo y siguió a Simon y a Trueno, que se internaron en la roca.

17. LA GALERÍA.

La puerta de hierro se cerró con un sonido metálico detrás de ellos y quedaron sumidos en la más completa oscuridad. Jenna intentó mantener la calma y se repitió a sí misma lo que siempre le decía Silas cuando estaba asustada por la oscuridad: «Recuerda, aunque no puedas ver nada, tampoco ninguna cosa puede verte a ti».

Mientras Jenna se decía esto para sus adentros, Simon sacó algo del bolsillo y lo sujetó en las manos ahuecadas. Luego sopló sobre él, murmurando unas palabras que Jenna no alcanzó a oír, y sus manos empezaron a irradiar una fantasmagórica luz verde.

—A casa, Chucho —dijo Simon arrojando el objeto al suelo.

Una bola resplandeciente de luz verde saltó ante ellos, iluminando el liso túnel redondo lo bastante para que encontraran el camino.

—Sígueme —ordenó Simon de manera cortante, mientras su voz retumbaba en la oscuridad—. No pierdas el tiempo buscando el modo de escapar, no hay ninguno. Y por si te preguntas dónde estamos, estamos en una vieja galería. —Simon se rió para sí—. Pero no te preocupes, querida hermanita, la lombriz gigante que vivía aquí se ha ido.

—¿Lombriz gigante? —exclamó Jenna.

—Sí. Si no me crees, extiende la mano y toca las paredes de la galería. Lisas y sedosas por todo ese adorable ácido de lombriz, y aún están maravillosamente viscosas. Bonito, ¿eh?

Jenna no pudo contenerse, tenía que saber si Simon le estaba diciendo la verdad, así que pasó con cautela un dedo por la roca. Era asqueroso, liso como el hielo y cubierto de una secreción viscosa que se le pegaba al dedo. Luchó contra las ganas de vomitar y se limpió el dedo en la capa de Lucy. Era casi imposible deshacerse de la secreción; parecía adherirse a la piel humana.

Apartando el dedo lo más lejos posible, Jenna siguió el ruido ensordecedor de los cascos de Trueno mientras Simon les guiaba a través del oscuro pasadizo de la galería de lombriz gigante. Mientras cruzaba por las sinuosas curvas, Jenna pensó que la galería era horrible, era como caminar por dentro de una lombriz.

La lombriz debió de ser muy larga, pero por fin llegaron al extremo del estrecho pasadizo tapizado por completo de secreción, y Trueno penetró con paso cansino en una gran caverna circular.

—Esta es la cámara de la lombriz, aquí dormía durante el día e hibernaba en invierno —explicó Simon mirando de reojo la expresión horrorizada de Jenna a la luz verde de la bola. Le gustaba demasiado la expresión de Jenna para callarse, así que prosiguió—: Si te fijas en las paredes, verás la silueta de la lombriz enroscada grabada como si fueran anillos. Todos perfectamente lisos por el ácido, claro.

Simon acarició con deleite las paredes de la caverna, y Jenna se dio cuenta de que no le importaba en absoluto la secreción de lombriz.

—Mira, la lombriz necesita algún lugar donde darse la vuelta para poder volver a salir de la galería mirando de frente. De este modo no se pierde ningún succulento bocado, como tú, que pueda pasar ante ella. Duerme aquí hasta que cae la noche y luego sale a cazar. Piensa en todas esas adorables lombrices que estaban enroscadas en sus galerías mientras nosotros cabalgábamos por las canteras esta tarde.

Jenna se estremeció sin querer.

—Y aquí tenemos el establo de Trueno, ¿verdad, chico?

Simon le dio unas cariñosas palmadas al caballo y lo guió por la cámara de la lombriz hasta una zona cubierta de paja, con un pesebre pegado a la pared y un abrevadero tallado en la roca que se llenaba sin cesar con un manantial que brotaba justo encima.

Simon cogió la bola verde y la colocó en un saliente de la pared, de modo que la luz iluminaba al caballo y le daba un espectral tono negro verdoso.

—Acomódate como si estuvieras en tu casa, hermanita —dijo solícito—, mientras preparo a Trueno para que pase la noche.

Le arrojó a Jenna una pequeña alfombra que sacó de una de las alforjas.

—¿Es... es aquí donde vives? —preguntó Jenna.

Estiró la alfombra sobre el suelo de la caverna lo más lejos que pudo de Simon y se sentó, intentando con todas sus fuerzas no tocar la secreción de lombriz.

—¿Tú crees que vivo aquí, en este lugar de mala muerte? ¿Por quién me tomas? ¿Me tomas por... por un perdedor que vive como un vagabundo? —le espetó Simon. Su voz repentinamente enojada retumbó a través de la cámara de la lombriz.

—N... no —tartamudeó Jenna.

Simon la miró con frialdad, pero, para alivio de Jenna, volvió a atender a su caballo, que parecía tener un efecto tranquilizador sobre él. Jenna observó cómo le quitaba las riendas y la pesada silla y luego lo cepillaba y lo tapaba con una manta. Cuando Trueno estuvo acomodado, Simon dirigió su atención hacia Jenna y se acercó a ella.

—Esto, déjame decirte —dijo mirándola desde arriba—, es solo el principio de mis dominios. No tienes ni idea de todo lo que controlo. Ni la más remota idea.

Jenna contempló a Simon, y descubrió en su mirada el mismo resplandor enloquecido que tenía cuando se volvió hacia él en el atajo del Bolso Cortado.

—Levántate —le ordenó Simon sin contemplaciones—. Es hora de que veas lo poderoso que es tu querido hermano.

Jenna se quedó inmóvil.

—No, no, gracias, Simon. Estoy muy cansada.

—¿Crees que voy a permitir que mi honorable invitada duerma en el suelo del establo? —Simon la cogió del brazo y la levantó de la alfombra.

—¡Ven! —gritó a la bola verde.

Chucho saltó de su repisa y se puso a dar saltos alrededor de Simon como si fuera un cachorro impaciente. Simon le dio una patada y lo envió volando por los aires por un estrecho pasillo que partía de la cámara de la lombriz. Luego Simon tiró fuerte de Jenna hasta colocarla delante de él y la empujó sin contemplaciones por el túnel.

Jenna avanzaba tambaleándose, resbalando sobre el esquivo suelo que cubría el suelo, hasta que llegaron al pie de unos empinados escalones tallados en la pizarra.

—¡Sube! —le ordenó Simon. Chucho saltó al primer escalón y empezó a subir. Simon dio un empujón a Jenna—. Tú también, vamos.

Jenna empezó a subir las escaleras. Junto a la pared había una gruesa cuerda y Jenna se sujetó a ella mientras subía cansinamente un escalón tras otro detrás de la infatigable bola. Simon la seguía de cerca y podía oír que su respiración se aceleraba a medida que ascendían. Pronto el aire se volvió más fresco y a Jenna le subió un poco el ánimo al caer en la cuenta de que volvían a salir hacia el mundo exterior. Por fin, Chucho alcanzó el último escalón. Simon cogió a Jenna del hombro.

—Espera aquí —le dijo.

Apartó la bola de una patada y avanzó por un alto pasadizo abovedado, hasta desaparecer en la oscuridad. Jenna se quedó de pie en lo alto de la escalera, temblando de frío y de cansancio, y se arrebujó en la capa. Contempló la penumbra, pero no consiguió distinguir nada en absoluto, aunque notó unas perdidas gotas de lluvia en la cara. Jenna sacó la lengua para atraparlas y probar el aire fresco.

Simon volvió al cabo de unos minutos con una lámpara Glo: un largo tubo de vidrio lleno de larvas de Glo sin dejar de retorcerse que había cogido de la cuba de las larvas e introducido en el tubo. Recién salidas del barril, las larvas de Glo brillaban intensamente.

Simon hizo señas a Jenna desde el pasadizo, pero ella se resistía a moverse.

—Puedes quedarte ahí toda la noche si quieres —le dijo a la niña—, pero no te lo aconsejo. Hay una cámara de Magogs al final de la escalera. ¿No te has dado cuenta?

Jenna recordaba los Magogs de cuando se cruzó con ellos a bordo de la nave de DomDaniel. A regañadientes, decidió que, una vez más, Simon no era el peor de los males.

Jenna siguió a Simon por el pasadizo abovedado.

18. LA CÁMARA OSCURA.

—Bienvenida al Observatorio, mi casa —dijo Simon asumiendo por un momento el papel de hermano mayor que presume ante su hermana—. Entra y echa un vistazo.

Jenna salió del pasadizo y le sobrecogió una terrible sensación de horror. Miró la penumbra; el lugar era escalofriante y siniestro. Jenna sabía que había algo oscuro en el aire. A pesar de los esfuerzos de las larvas de Glo, Jenna veía muy poco, aparte de un enorme círculo blanco que refulgía con una luz cenicienta como la luna y parecía flotar por encima del suelo. Simon la empujó hacia el círculo, pero Jenna se resistió.

—¡Oh, vamos! —exclamó Simon empujando a Jenna a la vez que la confundía, ya que por un momento le pareció el Simon de siempre—. Te gustará, a todos los niños les gusta.

—Yo no soy ninguna niña —replicó Jenna—. Soy...

—Sí, sí, lo sé. Eres doña princesita encopetada. Bueno, te gustará igualmente, seas lo que seas. Destaparé la lente para que puedas ver... mi Cámara Oscura.

Jenna sintió un escalofrío. ¿Dónde había oído aquellas palabras antes? ¿No se había jactado aquel horrible chico, el aprendiz de DomDaniel, de tener una Cámara Oscura? Un extraño sonido retumbó en la cabeza de Jenna; miró hacia arriba y solo pudo percibir un alto techo abovedado con un largo poste de madera que colgaba de algo que había en medio. ¿Qué era aquello?

De repente Simon espetó:

—Deja de soñar despierta y mira el plato.

Jenna bajó la mirada hacia el enorme círculo blanco que tenía delante, y para su sorpresa vio una detallada imagen de la quebrada por la que acababan de viajar.

—Bonito, ¿eh? —sonrió con suficiencia Simon—. Mejor que toda esa bazofia de brujería que hizo la vieja Zelda. Esto, hermanita, es el mundo real.

Jenna sabía que estaba hablando de la noche en que los Heap se habían reunido en un desvencijado puente y se habían visto reflejados a la luz de la luna llena, mientras tía Zelda, una bruja blanca, había pedido a la luna que les mostrara la familia de un niñito soldado, el Muchacho 412. Jenna decidió que era más prudente no decir nada.

Simon se cogió al poste y empezó a caminar lentamente alrededor del plato blanco. El poste se movió con él y muy por encima de sus cabezas empezó a sonar un leve crujido mientras la lente que enfocaba la escena sobre el plato blanco de la cámara oscura empezaba a girar en un círculo completo. Al girar, la escena que tenían ante ellos cambió, y Jenna no pudo evitar contemplarla embelesada. Nunca había visto nada parecido: era una imagen viva con todo lujo de detalles, aunque extrañamente silenciosa.

—¿Lo ves? —dijo Simon moviéndose muy despacio para dejar que Jenna asimilara la escena cambiante que se desarrollaba ante ella—, no puedes tener secretos para mí. Lo veo todo. Puedo ver el Castillo, y puedo ver tu precioso Palacio e incluso puedo ver a la loca de Marcia en la Torre del Mago con ese advenedizo aprendiz que se cree que es mi hermano. Lo veo todo.

Jenna contempló la escena. Era hermosa, pero todo se veía muy pequeño y lejano. En realidad, no comprendía cómo Simon podía verlo todo.

A lo lejos, detrás de las Malas Tierras y los Labrantíos, vio el Castillo perfilado contra el sol poniente. Al mirar detenidamente la imagen, descubrió gaviotas surcando silenciosas el cielo y barcos remontando lentamente el río. Jenna consiguió reconocer el Palacio gracias a sus enormes prados verdes que se extendían hasta el río, y de repente sintió una terrible añoranza de su hogar.

—¿Quieres verlo más de cerca? —preguntó Simon en tono mordaz—. ¿Quieres ver lo mucho que te echan de menos?

Jenna no respondió, pero Simon abrió un cajón de la plataforma que había debajo del plato y sacó una gran lupa de bronce. La sostuvo encima del plato, chasqueó los dedos y murmuró:

—Amplía vemos que lo todo...

De repente, todo lo que aparecía en el plato blanco aumentó de tamaño.

—¿Lo ves? —dijo Simon—. Ahora puedo verlo todo claramente. La tenía el jefe de los escribas herméticos en el Manuscriptorium. Hace colección de objetos inversos. Supongo que esta lupa era propiedad del primer mago oscuro. ¿Sabes quién fue, hermanita? ¿Te lo han enseñado en tus

lecciones de historia para princesas?

Jenna no respondió. Recientemente había desarrollado la misma aversión que Septimus ante la menor alusión al lado inverso. Septimus tenía la teoría de que solo mencionándolo, podías invitarlo a entrar.

—Bueno, te lo contaré de cualquier modo —dijo Simon—. No era otro que Hotep-Ra, el primer mago extraordinario. El que trajo aquí tu preciosa nave Dragón. No te sorprendas tanto. Ya ves, nosotros, el lado inverso, somos los auténticos herederos del Castillo. Y tampoco creas que volverás a ver tu preciosa nave Dragón, porque no la volverás a ver.

Simon se echó a reír, complacido del efecto que estaba causando en Jenna, que había palidecido. Se negaba a mirar a Simon a los ojos y observaba resueltamente la escena que se desarrollaba en el plato.

Simon siguió su mirada y volvió a dirigir su atención hacia la cámara oscura. Luego, como si hubieran accionado en él un interruptor, volvió a ser de nuevo el hermano mayor.

—Es increíble, ¿verdad? —dijo moviendo la lupa sobre el plato, buscando escenas y ampliándolas al detalle—. Mira, aquí está el Bosque... ¡ah!, hay un barco amarrado en la playa donde Sam suele ir a pescar. Echo de menos a Sam... no hay mucho más que ver en el Bosque, es demasiado tupido. Aunque de noche a veces puedo ver los ojos de los zorros... Ahora subamos por el río hasta el Castillo... ahí está el viejo astillero de Jannit... y ¿dónde estará mi hermanito pequeño, Nicko? Ha vuelto hoy con Rupert. ¿Sabías eso, Jenna? No, creo que no lo sabías, pero yo sí. Los he visto llegar por el río antes de marcharme. Y... ¡ah, sí!, ahí está la Puerta Norte y ese idiota de Gringe discutiendo con el imbécil de su hijo... pero ¿dónde está mi Lucy? Ahí está, sentada junto al foso, esperando. Tendrá que esperarme un poco más. Y allí está la Torre del Mago. Mira esa ventana de allí, es Marcia en su estudio y su sombra haciéndole compañía, como debe hacer toda buena sombra. ¿Ves cómo vigila todos sus movimientos? Ahora vamos a ir a un sitio que tú conoces bien, ¿quieres? Ahí vamos... el Palacio. Hogar, dulce hogar, ¿eh? Si no me equivoco, ahí están mis queridos e insensatos padres, encaramados al tejado. ¿Crees que están mirando la puesta de sol o que se están preguntando si su hijo y heredero les devolverá a su pequeña usurpadora?

—¡Cállate, Simon! —gritó Jenna—. ¡Te odio, te odio!

Se apartó de las imágenes de Silas y Sarah y corrió hacia la escalera, pero Simon era más rápido que ella. La alcanzó enseguida y la volvió a hacer su prisionera, pero no sin antes obligarla a ver algo oculto en las sombras que habría deseado no ver: una calavera blanca como la nieve sonriéndole desde el asiento de un recargado trono de madera.

—Creo que ya os conocéis —dijo Simon con una sonrisa—. Deja que te presente a la cabeza de mi amo, DomDaniel.

19. CHOCOLATE.

Jenna no podía dormir. No era debido al aire helado de la celda, ni al pequeño camastro duro, ni a la fina manta que le picaba, ni a que sentía sus ropas frías y húmedas. No podía dormir porque pensaba en la calavera que miraba hacia su puerta con las cuencas de los ojos vacías. Cada vez que cerraba los ojos, se le aparecía la imagen de la calavera blanca sonriente y la despertaba con un sobresalto.

Jenna dejó de intentar dormir. Se arropó en la capa de Lucy y dejó que su mente repasara los acontecimientos del día. Hasta que no vio la calavera, a Jenna le resultaba difícil creer que Simon quisiera hacerle algún daño. En el fondo, para ella seguía siendo su hermano mayor, el chico en quien confiar, que siempre la había protegido cuando tenía problemas y que la ayudaba a hacer los deberes. Pero eso fue antes de que Simon cogiera la calavera, la sostuviera en los brazos y le contara cómo había rescatado el esqueleto de DomDaniel de los marjales Marram la noche de la cena del aprendiz y cómo él se había convertido ahora en el aprendiz de DomDaniel. —¿Qué te parece eso, señoritinga princesa? Y a diferencia de ese último e inútil aprendiz, yo estoy haciendo que se cumpla al pie de la letra hasta su más mínimo deseo. Y su deseo particular era librar al Castillo de cualquier elemento de una monarquía entrometida, como tú. Él considera que el poder de la reina es una imposición intolerable para cualquier mago extraordinario. Y yo también. Así que, si queremos que la auténtica Magia regrese al Castillo, y no esos insignificantes hechizos de Marcia, alguien tiene que irse.

Simon la miró con una horrible frialdad en los ojos, que se quedaron fijos en ella.

Jenna estaba sentada en el borde de la cama, pensando. Se preguntaba por qué Simon no se había librado todavía de ella. La podía haber empujado fácilmente por el barranco al río o simplemente podía haberla dejado fuera con las lombrices gigantes. Pero Jenna ya sabía la respuesta. A pesar de lo que dijera, Simon había querido lucirse ante su hermana pequeña. Ahora que ya lo había hecho, mañana sería otro día. Mañana tal vez la dejara fuera para servir de pasto a las lombrices gigantes. .. o a los Magogs. www.freelibros.org

Jenna se estremeció. Oyó un ruido sordo a través de la pared y el corazón le dio un brinco. Era un sonido extraño y regular como un bufido, y sabía lo que era: la calavera. El ruido se hizo cada vez más fuerte; Jenna apretó las manos sobre las orejas para tapar el horrible sonido, y de repente se dio cuenta de lo que realmente era: Simon estaba roncando. Lo que significaba que Simon estaba dormido y ella despierta. Podía intentar escapar... tenía que intentar escapar.

Jenna probó a abrir la puerta de hierro. Estaba cerrada con pestillo, pero había una pequeña rendija entre la puerta y la pared, y Jenna se preguntó si metiendo algo a través de la hendidura podría correr el pestillo. Miró alrededor de la celda, pero Simon no había tenido el detalle de dejarle una sierra a mano. Jenna se metió las manos en los bolsillos, en busca de algo que pudiera servirle de ayuda. Septimus habría tenido el instrumento perfecto; siempre llevaba consigo la navaja del ejército joven que tenía ciento un usos diferentes, la mayoría relacionados con los cascos de caballo. Le echaba mucho de menos.

La idea de Septimus le recordó el amuleto de chocolate que le había regalado aquella mañana. ¿Dónde lo había metido? Allí estaba, húmedo y pringoso, pegado en el fondo del bolsillo de la túnica. Sacó el amuleto y sosteniéndolo en la mano leyó la inscripción entornando los ojos:

Cógeme, sacúdeme,

y para ti haré: Tchocolatl de Quetzacoatl.

«Bueno —pensó—, al menos ha valido la pena intentarlo.» Jenna procuró recordar lo que Septimus le había dicho cuando le explicó cómo usar el amuleto. Lo cogió con las dos manos y sacudió el amuleto de arriba abajo tan fuerte como pudo para activarlo. Al hacerlo, susurró las palabras escritas en el pequeño cuadrado marrón y concentró todos sus pensamientos en lo que quería. Efectivamente, el amuleto empezó a funcionar. Se estaba calentando y ablandando en las manos ahuecadas, como si realmente fuera una pastilla de chocolate.

Luego, tal como Septimus le había explicado que pasaría, empezó a zumbir como una pequeña mosca atrapada entre sus manos. Jenna esperó hasta que el amuleto estuvo lo suficientemente caliente para seguir sujetándolo y luego lo colocó sobre el objeto que quería convertir en

chocolate: la puerta de la celda.

Jenna no creía que el amuleto de Septimus pudiera convertir una gruesa puerta de hierro en chocolate. Pero, al apretar el amuleto contra la puerta, notó, para su sorpresa, que el duro hierro repujado se había convertido en una superficie lisa, fría, en lugar de helada. Algo más había cambiado. Jenna olisqueó el aire; la celda estaba impregnada de un leve olor a cacao. Vacilante, Jenna apartó el amuleto de la puerta de la celda. Ahora el amuleto estaba frío; se lo volvió a meter en el bolsillo y contempló la puerta. Al principio, Jenna pensó que parecía la misma puerta que antes, salvo que ahora, al mirarla detenidamente, podía ver que las herrumbrosas bisagras e incluso la tapa de la cerradura estaban bellamente modeladas en chocolate. Jenna no había visto nunca tal cantidad de chocolate y, por desgracia, nunca en su vida había tenido menos ganas de comerlo.

Enseguida descubrió que no es fácil mover una inmensa tableta de chocolate de ocho centímetros de grosor, endurecida por el frío nocturno. La empujó con todas sus fuerzas, pero la tableta permaneció tan imperturbable como si fuera de hierro. Decidió empezar a arañarla formando virutas para hacerla más delgada, pero pensó que era una tarea ardua que le llevaría toda la noche.

Jenna se sentó desconsolada en el borde de la cama y comió algunas virutas —era un chocolate increíblemente bueno, aún mejor que los Chocotrozos de la tienda de golosinas que había al final de la Vía del Mago— mientras pensaba qué podía hacer. Al cabo de unos minutos, el chocolate le ayudó a pensar con claridad, y Jenna cayó en la cuenta de que necesitaba algo afilado para abrir un agujero en la puerta. Simon se habría asegurado de que no hubiera nada afilado en la celda, pero mientras Jenna buscaba desesperadamente por todas partes, descubrió que Simon no había pensado en todo: había olvidado los muelles de la cama.

Jenna retiró el fino colchón de la cama y sacó uno de los muelles sueltos hasta sostener un afilado trozo de metal en la mano. Luego se puso manos a la obra y perforó un agujero en la puerta lo bastante grande como para colarse por él, mientras, para su alivio, los ronquidos de Simon seguían reverberando a través de las paredes.

Una hora más tarde, el muelle de Jenna había cortado un gran rectángulo en la base de la puerta. Lo único que tenía que hacer era darle un empujón y cruzar los dedos para que al caer no armara demasiado estruendo. Con mucho cuidado, Jenna empujó un lado del rectángulo y comprobó llena de alegría que le resultaba fácil moverlo. Con mucho sigilo, Jenna dejó la gruesa tableta de chocolate en el suelo y, por si más tarde tenía hambre, rompió la tapa de la cerradura y se la guardó en el bolsillo. Luego se coló por el agujero, se puso en pie y se limpió las manos manchadas de chocolate en la túnica.

Simon aún roncaba ruidosamente; los ronquidos resonaban alrededor de la cámara circular y le parecían extrañamente tranquilizadores, al menos eran humanos. Jenna pasó de puntillas ante el enorme plato blanco de la cámara oscura, echando una última mirada a la escena extrañamente cautivadora, y se percató de que Simon había dejado la lupa sobre el plato. La cogió y se la guardó en el bolsillo de la túnica. Ahora a Simon no le resultaría tan fácil averiguar adonde había ido.

Jenna encontró la cuba de larvas de Glo. Simon no había tapado bien la cuba y una intensa luz amarilla brillaba en la abertura. La cuba de larvas de Glo era un gran barril de madera, lleno hasta el borde de cientos de miles de minúsculas larvas de Glo que se retorcían sin parar. Jenna cogió una lámpara Glo de una ordenada fila de lámparas vacías que estaban colocadas junto al barril, sujetó la pala y llenó el tubo de cristal de serpenteantes larvas de Glo. A Jenna no le gustaba usar lámparas de Glo, pero no tenía otra alternativa. Sarah Heap se negaba a usarlas porque dentro de la lámpara las larvas no viven más que unas pocas horas. Sarah decía que era terrible matar a tantas criaturas solo por la conveniencia de una persona. Sarah usaba las velas de toda la vida.

—Lo siento, larvas —susurró Jenna mientras las recogía con la pala.

Jenna llenó la lámpara y dejó abierta la tapa de la cuba de larvas de Glo para que tuvieran la oportunidad de escapar. Levantó la lámpara y, por primera vez, vio realmente el lugar que Simon

Heap había convertido en su hogar.

El Observatorio era una inmensa cámara circular. Las paredes, toscamente talladas en la sólida montaña de pizarra, estaban inclinadas hacia arriba y hacia dentro hasta encontrarse con la lente de la cámara oscura. Una gruesa y lechosa placa de vidrio encajada en el tejado dejaba entrar la luz de la luna, y Jenna se percató de que la mayor parte del Observatorio estaba bajo tierra. En silencio, dejó atrás la metálica cámara de los rayocentellas y pasó por delante de las ordenadas estanterías que contenían montañas de libros oscuros, conjuros inversos, maleficios y maldiciones. Apartó los ojos de la colección de matraces de aspecto siniestro en los que pudo ver criaturas deformes flotando vagamente en un líquido amarillo. De vez en cuando, de las botellas salía una burbuja de gas y llenaba el aire de un apesoso olor. En un rincón lejano, un pequeño aparador con puertas de cristal refulgía con una mortecina luz azul. Estaba cerrado con una impresionante colección de candados. Dentro, enroscada, descansaba una pequeña serpiente negra.

Los ronquidos de Simon Heap reverberaban a través de la gran puerta de madera que había pintado de púrpura y cubierto de símbolos oscuros. Cuando Jenna pasó por delante de la puerta, tropezó con Chucho. De algún modo, Jenna consiguió cambiar su grito por un quejido estrangulado, pero los ronquidos de Simon dejaron de sonar. Jenna se quedó inmóvil, y contuvo la respiración. ¿Acaso se habría despertado? ¿Debía echar a correr mientras pudiera? ¿Habría oído sus pisadas? ¿Qué debía hacer? Y luego, para su horror, Chucho empezó a saltar. A cada salto, un suave golpe seco resonaba en todo el Observatorio. En un santiamén, Jenna cogió la bola y segundos más tarde metió a Chucho en lo más hondo de la cuba de las larvas de Glo. Jenna colocó la tapa, la cerró con llave y pidió disculpas a las larvas por segunda vez aquella noche.

Murmurando el hechizo de protección que Marcia le había enseñado hacía tiempo, Jenna pasó con sigilo por delante de la acechante calavera, no sin dejarse de preguntar qué había hecho Simon con el resto de los huesos. Al pasar por delante, estaba segura de que en lo más hondo de la calavera un par de ojos la estaban vigilando. No se atrevió a mirarla.

Cuando dejó atrás la calavera, Jenna echó a correr. Pasó como una exhalación por el pasadizo abovedado y bajó los empinados escalones tan rápido como pudo, como si el propio DomDaniel la persiguiera. De vez en cuando miraba hacia atrás para asegurarse de que no era así.

Al llegar al pie de la escalera, Jenna se detuvo y prestó atención por si oía pasos. No oyó nada. Eso la animó ligeramente y echó a andar. Se tambaleó y se dio contra el suelo. La lámpara se le cayó de la mano, dispersando larvas de Glo a su alrededor. Jenna volvió a ponerse en pie y se cepilló la túnica. Baba de Magog. Le asaltó una repentina náusea, seguida de una sensación de pánico. Reunió rápidamente tantas larvas de Glo como pudo encontrar y, sosteniéndolas en la mano, avanzó deprisa y en silencio por el túnel hacia el establo de Trueno.

Jenna llegó sana y salva hasta la cámara de la lombriz, sin oír el siseo delator de que la seguía un Magog. Trueno estaba tranquilo en su pesebre, mascando el heno que Simon le había dejado. Levantó la mirada cuando Jenna salió del túnel.

—Hola, Trueno —susurró.

Trueno miró a Jenna un momento y luego volvió a centrar su atención en el heno.

«Bueno —pensó Jenna—, se acuerda de mí.» Se acercó despacio al caballo y le acarició la crin. Le parecía cruel sacarlo otra vez al frío aire nocturno, pero no tenía más remedio. Descolgó las riendas del gancho y con mucho cuidado las acercó a Trueno. El caballo no parecía mostrar mucho entusiasmo; sacudió la cabeza y resopló ruidosamente.

—¡Chist! —susurró Jenna—. ¡Chist!, Trueno. Tranquilo. Ya está.

Le dio unas palmaditas en el hocico, luego buscó en el bolsillo de la túnica la tapa de la cerradura de chocolate y se la ofreció con la mano abierta. Trueno la mordisqueó con delicadeza y miró a Jenna sorprendido. Jenna estaba completamente segura de que Simon nunca le daba chocolate a su caballo. Y con razón. Tampoco ella le daba chocolate a su caballo, pero, a veces, el soborno es la única salida.

Con la esperanza de conseguir más chocolate, Trueno dejó que Jenna le pusiera otra vez la brida

y lo ensillara. Jenna estaba a punto de sacar el caballo cuando se le ocurrió algo. Cogió un puñado de guijarros del suelo y, usando el amuleto, los convirtió en chocolate. Luego Jenna se metió la mayoría de los guijarros de chocolate en el bolsillo y sujetó uno ante el hocico olisqueante de Trueno.

—Vamos, Trueno —le tentó bajito—. Venga, chico, nos vamos.

20. LA LOMBRIZ GIGANTE.

—Abrás te que ordena te, amo tu, Nomís, —dijo Jenna, esforzándose para que aquellas palabras salieran de su boca.

Nunca antes había pronunciado un encantamiento inverso y esperaba no tener que volver a hacerlo nunca más, pero ahora no le quedaba más remedio que hacerlo. La galería de la lombriz gigante estaba sellada con una enorme tapadera de hierro, y Jenna sabía que si la convertía en chocolate no habría modo de que estuviera libre por la mañana. Contuvo la respiración, con la esperanza de haber recordado correctamente el encantamiento.

Para su sorpresa, la gruesa tapadera de hierro giró silenciosamente hacia fuera, y la pálida luz de luna decreciente se filtró en la galería de la lombriz, junto con una ráfaga de aire y unas cuantas gotas de lluvia.

—Vamos, Trueno, vamos, chico —susurró Jenna, animando al reticente caballo a salir con un guijarro de chocolate.

La oscura cantera no era una perspectiva agradable; el viento lastimero aullaba y barría la quebrada, trayendo consigo las primeras gotas de fría lluvia. Jenna se puso la capa de Lucy, y empezó a temblar cuando la golpeó el aire nocturno. Luego guió a Trueno por el inclinado sendero que llevaba desde la galería hasta el camino que corría junto al barranco.

—Quieto, quieto, Trueno —susurró mientras el caballo miraba nervioso a su alrededor y movía las orejas, para escuchar los sonidos nocturnos.

Jenna se montó, no sin antes preguntarse cómo aceptaría Trueno a su nueva jinete. El caballo no puso ninguna objeción, tal vez porque ya se había acostumbrado a Jenna durante el largo viaje de ese día. Cuando Jenna dijo: «Arre, Trueno, arre», y apretó con delicadeza los talones contra los flancos del caballo, Trueno descendió sin prisas el camino que con tanto esfuerzo había subido hacía solo unas horas.

Jenna estaba a sus anchas en el enorme caballo. Aunque era de Simon, Trueno parecía un animal de buen carácter y avanzaba con paso firme por el camino mientras Jenna se sentaba erguida, escrutando la lisa roca por si percibía alguna señal de movimiento. Cuanto antes llegaran al barranco, mejor, pensó, animando a Trueno a andar a trote ligero.

Al doblar la primera curva, Trueno se detuvo bruscamente. Un desprendimiento de tierras le bloqueaba el paso.

—¡Oh, no! —exclamó Jenna.

No había por dónde pasar. Un enorme montón de rocas irregulares y grandes losas de pizarra habían caído sobre el camino. A su derecha, tenía la cara escarpada de una roca, y a su izquierda, al fondo del barranco, estaba el río, que fluía rápido y peligroso.

Tendrían que retroceder.

Jenna intentó engatusar a Trueno para que diera la vuelta, pero el caballo se negaba a moverse. Sacudió la cabeza y la brida tintineó ruidosamente.

—¡Chisst!, Trueno —le calmó Jenna—. Vamos, da la vuelta.

Pero Trueno no se movió. Con el corazón en un puño, Jenna bajó del caballo y le hizo dar la vuelta con la ayuda de otro guijarro de chocolate. Luego volvió a montarlo y, con el corazón latiéndole todavía deprisa, volvieron sobre sus pasos, camino arriba, otra vez hacia la galería.

Era cuesta arriba. Trueno ahora caminaba con el viento en contra, pero estaba contento porque iba hacia casa. Cuando llegaron al sendero que conducía hasta la galería, Trueno se detuvo, esperando a que Jenna descabalgase y lo volviera a llevar a su cómodo establo.

—No, Trueno, no vamos a casa. ¡Arre!

Trueno sacudió la cabeza, haciendo tintinear de nuevo la brida.

—¡Chisst!, por favor, Trueno. ¡Arre! —susurró Jenna todo lo alto que se atrevió, temiendo que Simon pudiera oírla.

Espoleó el caballo con decisión y Trueno avanzó a regañadientes. Jenna miró atrás, esperando ver salir a Simon de la galería, pero la tapadera de hierro seguía abierta y no había nada, tan solo un espacio oscuro y vacío.

Una vez pasada la galería, el camino se nivelaba, lo que hizo más fácil la marcha para Trueno,

pero el viento empezó a arreciar y, con él, la lluvia. El viento trajo nubes oscuras y un relámpago iluminó en silencio las recortadas cimas de la quebrada. Al cabo de unos instantes, el rugido del trueno llegó hasta ellos.

Jenna y Trueno siguieron adelante. La luz de la luna se oscureció y la cantera se quedó en tinieblas, iluminada solo por los relámpagos que recorrían el cielo. El viento aulló en el barranco, proyectando la lluvia contra sus caras. Jenna y Trueno tuvieron que entornar los ojos, y mantener la mirada fija en el camino, hasta que un movimiento en lo alto de las rocas llamó la atención de Jenna. Miró hacia arriba con la esperanza de que fuera una nube pasajera, pero era algo mucho más amenazador que una nube.

Era la roma cabeza gris de una lombriz gigante.

Una lombriz gigante tarda mucho en salir de su galería, y Jenna había sorprendido a la lombriz cuando asomaba por primera vez la cabeza fuera de ella. Sabía, por los cuentos de los viajeros que Silas solía contarles, que la cabeza de la lombriz gigante no era peligrosa, sino la cola. La cola de la lombriz gigante es rápida y mortal; cuando una lombriz gigante divisa a su víctima, mueve la cola como un lazo y la deja caer por encima de su cabeza. Luego enrosca la cola a su alrededor y la estruja. Muy, muy lentamente. Aunque a veces, según le había contado Silas, si la lombriz gigante no estaba particularmente hambrienta, la metía en su cámara y la almacenaba durante un tiempo, aún con vida, para mantenerla fresca. Una lombriz gigante prefiere la carne fresca, todavía caliente.

Jenna recordaba a un visitante que una vez tuvieron en las dependencias de los Heap a quien los más pequeños conocían como Dan el Babeante. Dan el Babeante tenía la mirada perdida y asustaba a los más pequeños, pero Silas les decía que fueran amables con él. Según Silas, Dan había sido un trabajador de la cantera sin una sola baba, hasta que se lo llevó una lombriz gigante y lo tuvo en la cámara durante tres semanas. Había sobrevivido chupando la secreción de la lombriz y comiendo ratas. Por fin había conseguido escapar una noche que la lombriz se vio tentada a salir por un gran rebaño de ovejas —y un inexperto pastor— que se había aventurado a ir a la cantera. Pero Dan nunca volvió a ser el mismo después de las tres semanas que pasó en la cámara de la lombriz.

Jenna no tenía la menor intención de acabar como Dan el Babeante, o peor. Levantó la vista hacia la lombriz, intentando decidir si debía acelerar y pasar ante ella o detenerse y dar media vuelta. Pero Jenna sabía que si daba media vuelta quedaría atrapada entre la lombriz gigante y el desprendimiento de tierras, y en medio estaba la galería de Simon con Simon dentro, que en ese momento ya debía de estar despierto buscándola. No le quedaba otra alternativa que pasar frente a la lombriz antes de que esta sacara la cola de la galería.

—¡Arre, Trueno! —dijo Jenna con voz grave y urgente, espoleándole fuertemente con los talones, pero Trueno seguía abriéndose paso lentamente a través del viento y la lluvia.

Jenna volvió a mirar la lombriz. Su galería estaba muy por encima de ellos, a bastante distancia, casi en lo alto de las obras de la vieja cantera que estaba por encima del camino. Ahora la cabeza de la lombriz estaba completamente fuera de la galería y Jenna vio que sus apagados ojos rojos se fijaban en ella y en Trueno.

—Vamos, Trueno —gritó Jenna a la oreja del caballo, espoleándole fuerte—. ¿O quieres que te coma una lombriz gigante?

Jenna sacudió las riendas de Trueno y de repente el caballo echó hacia atrás las orejas y salió disparado como un cohete, galopando por el camino como para demostrar a Jenna que si lo que quería era velocidad, la tendría.

Mientras galopaban hacia la lombriz gigante, Jenna sabía que la criatura los había visto llegar, y estaba saliendo de su galería a toda prisa, como una gruesa e interminable corriente de lodo gris.

—¡Vamos, Trueno, vamos! —gritó Jenna con urgencia por encima del aullido del viento y la lluvia mientras el caballo avanzaba por el camino, cada vez más cerca de la lombriz.

La lombriz estaba saliendo, resbalando por la cara de la roca tan rápido que Jenna de repente dudó de que Trueno consiguiera superar a la lombriz antes de que esta llegara al camino. Se agachó sobre el caballo como un jockey, para que la resistencia al viento fuera menor, y le habló

a la oreja, animándole.

—¡Vamos, Trueno, vamos, chico, vamos!

Trueno marchaba a galope, como si también supiera que su salvación dependía de él. Cuando la lombriz llegó al pie del risco, y Trueno redujo las distancias, Jenna levantó la mirada para ver si la cola había salido de la galería. Aún no había rastro de ella, pero sabía que en cualquier momento saldría lanzada. Volvió a dirigir su atención hacia el camino justo a tiempo para ver la cabeza de la lombriz llegar allí.

—Vamos, Trueno —gritó, y entonces, mientras la lombriz se cruzaba en el camino y les cerraba el paso, Jenna gritó más alto—: ¡Salta, Trueno!

Trueno saltó. El poderoso caballo voló en el aire por encima de la gran monstruosidad gris que resbalaba debajo de ellos. Y mientras Trueno aterrizaba al otro lado de la lombriz y seguía galopando hacia delante, la cola de esta salió de la galería como un látigo y cortó el aire con estruendo.

Jenna notó el silbido del viento y oyó un fuerte golpe mientras la punta de la cola cortaba una roca que estaba detrás de ellos. No pudo evitar mirar hacia atrás, la cola no les había alcanzado por pocos centímetros.

Los débiles ojos rojos de la lombriz gigante siguieron a su presa por el camino mientras recogía la cola preparándose para asestar otro golpe, describiendo un círculo en el aire como si fuera un gran lazo. Pero, al estrellarse por segunda vez en el camino, Trueno galopó alrededor de un saliente rocoso y la lombriz los perdió de vista.

¡Plaaas! Algo aterrizó detrás de Jenna.

Jenna se volvió en la silla, preparada para luchar contra la cola de la lombriz con todas sus fuerzas, pero no había nada. Lo único que vio fue el alto saliente de pizarra desapareciendo rápidamente en la noche mientras Trueno seguía galopando.

—¡Ufffl —dijo una vocecita algo quejumbrosa detrás de ella—. Por los... pelos. Casi me ha dado... un ataque al corazón... esa cosa.

—¿Q... quién es? —preguntó Jenna, casi tan asustada de la extraña vocecita como de la lombriz gigante.

—Soy yo, Stanley. ¿No te acuerdas de mí? —La voz parecía un poco ofendida.

Jenna volvió a mirar detenidamente la oscuridad; había algo allí. Era una rata. Una pequeña rata marrón despatarrada sobre el lomo del caballo, agarrada desesperadamente a la silla.

—¿Podrías... parar un momento mientras... me organizo? —preguntó la rata, rebotando en el lomo de Trueno mientras el caballo galopaba en la noche—. Creo que he... aterrizado sobre mis bocadillos.

Jenna se quedó mirando la rata.

—Solo frena... un poquito —suplicó.

—¡So, Tueno! —dijo Jenna tirando de las riendas—. Despacio, muchacho.

Trueno se puso al trote.

—Muy bien. Eso está mejor. —Sin dejar de aferrarse con fuerza a la silla, la rata se colocó en posición sedente—. No soy una rata a la que le apasionen los caballos, aunque creo que son mejores que los burros. No me gustan los burros, ni sus propietarios. Están todos más locos que una cabra. No me malinterpretes, no me refiero a los caballos. Ni a sus propietarios, que están perfectamente cuerdos. La mayoría de ellos, en cualquier caso, aunque yo diría que he conocido a algunos que...

De repente, Jenna se acordó de quién era la rata.

—¡La rata mensaje! —exclamó—. Eres la rata mensaje. La que rescatamos de Jack el Loco y de su burro.

—Acertaste —sonrió la rata—. Has dado en el clavo. Pero tu seguro servidor ya no es una rata mensaje... tuvimos una acalorada trifulca con la Oficina de Raticorreo en los viejos tiempos. Acabé en una jaula bajo tierra durante semanas. No fue nada agradable, ni divertido. Me rescataron y me reclutaron los del... —la rata se calló y miró a su alrededor como si estuviera comprobando si alguien les estaba escuchando—. Servicio Ratisecreto —dijo en un susurro.

—¿El qué? —preguntó Jenna.

La rata se dio unos golpecitos a un lado de la nariz.

—Supersecreto... ¿sabes lo que quiero decir? Quien mucho habla, mucho yerra; en boca cerrada no entran moscas...

—¡Ah! —dijo Jenna, que no tenía la menor idea de lo que quería decir la rata, pero no quería entablar una conversación sobre eso—. Sí, claro.

—Es lo mejor que he hecho en mi vida —dijo la rata—. En realidad, acabé mi entrenamiento la semana pasada. Y entonces, ¡que me aspen!, mi primera misión era para la extraordinaria. ¡Vaya éxito!, en serio. Los chavales estaban impresionados.

—¡Oh, eso está bien! —exclamó Jenna—. Entonces, ¿cuál es la misión?

—Encontrar y devolver. Prioridad número uno.

—¡Ah!, ¿y a quién tienes que encontrar y devolver?

—A ti —respondió Stanley con una sonrisa.

21. LA DEHESA.

Rompía el alba cuando los cascotes de Trueno resbalaron por la última curva del camino cubierto de esquistos, y Jenna vio con gran júbilo que por fin habían llegado al límite de las Malas Tierras. Stanley no veía nada. La rata iba agarrada al borde de la silla con los ojos cerrados, convencida de que en cualquier momento se despeñarían los tres y caerían sobre las rocas que les aguardaban abajo.

Jenna se detuvo un momento y miró los amplios y llanos campos de la Dehesa que se extendían ante ellos. Era hermoso y le recordó cuando despertó la primera mañana en casa de tía Zelda y se sentó en la puerta para observar y escuchar los marjales. Lejos, en el horizonte, una franja brillante de nubes rosadas aparecía donde el sol se alzaba, mientras los campos aún estaban envueltos en la tenue luz gris de las primeras horas del alba. Bolsas de niebla pendían sobre los canales de agua y las zonas pantanosas de los campos, y un apacible silencio impregnaba el aire.

—Lo hemos logrado, Trueno —dijo Jenna soltando una risa y acariciando el cuello del caballo—. Lo hemos logrado, chico.

El caballo sacudió la cabeza y resopló mientras inhalaba el aire salobre proveniente del mar, al otro lado de la Dehesa. Jenna bajó a Trueno por un amplio camino de hierba y luego soltó el caballo para que pastase en la mullida hierba, mientras Stanley yacía repantigado en la silla, roncando ruidosamente, tras haber caído rendido de cansancio.

Jenna se sentó en el borde del camino y se recostó contra el pie del risco de pizarra. Estaba muerta de hambre. Hurgó en la alforja de Simon y encontró un mendrugo, una cajita de frutos secos y una manzana bastante magullada. Jenna se lo comió todo, no sin antes remojarlo en el agua helada de un arroyo que borboteaba al pie del risco. Luego se sentó y contempló la bruma que estaba desapareciendo lentamente para revelar las redondas y lanudas formas de las ovejas que pastaban y salpicaban los campos.

El plácido silencio, roto solo por el monótono masticar del caballo y el ocasional grito de un pájaro de las marismas, le provocó sueño. Intentó luchar contra la necesidad de quedarse dormida, pero fue imposible. Al cabo de unos momentos, estaba acurrucada en la capa de Lucy durmiendo apaciblemente.

Justo en el mismo instante en que Jenna se quedó dormida, Simon se despertó. Se sentó en la cama, le dolía todo y estaba de mal humor. No sabía muy bien por qué. Y entonces se acordó: Jenna. Había secuestrado a Jenna. Lo había hecho, había hecho lo que le pedían. Su amo, pensó Simon mientras salía de la cama, estaría complacido. Pero Simon no conseguía librarse del creciente malestar que le atenazaba la boca del estómago, pues ahora tendría que cumplir la segunda parte de la tarea. Tendría que bajar a Jenna a la guarida del Magog. Deambuló por el Observatorio y notó que Chucho no estaba en su puesto de guardia a la puerta de su dormitorio.

—¡Chucho! —le llamó Simon enojado, esperando a que la bola saltase encima de él—. ¡Chucho! No obtuvo respuesta. Sintiendo de peor humor todavía, Simon caminó descalzo por la fría y húmeda pizarra para servirse un vaso de nekawa que le calmase los nervios. Se sirvió con cuidado un líquido turbio de color marrón con anillos de musgo flotando en un vaso alargado, rompió un huevo y se lo tragó. Sabía a rayos.

Sintiéndose más despierto, Simon miró alrededor de la cámara de pizarra para ver a dónde había ido Chucho. Cuando lo encontrara, Chucho se arrepentiría de haber abandonado su puesto, de eso podía estar seguro...

—¿Qué demonios...? ¿Qué está pasando?

Simon corrió hasta la puerta de la celda. Un recorte de chocolate del tamaño de Jenna estaba tirado en el suelo; no hizo falta que Simon abriera la celda para saber que no encontraría a Jenna en su interior. Pero la abrió de todos modos, propinándole un empujón tan fiero que hizo que chocara contra la pared con un violento estruendo y se fragmentara en cientos de pedazos del mejor chocolate.

Simon blasfemó. Todas sus esperanzas se desvanecieron al ver la celda vacía. Se tiró al suelo y vivió unos minutos de lo que Sarah Heap solía llamar «momento rabieta» antes de que por fin se levantara del suelo y el cerebro le volviera a funcionar. Jenna no podía haber ido muy lejos.

Enviaría a Chucho tras ella con una etiqueta.

—¡Chucho! —gritó Simon furioso desgañitándose—. ¡Chucho! Si no vienes ahora mismo, lo lamentarás. ¡Lo lamentarás mucho!

No hubo respuesta. Simon se quedó de pie en el Observatorio en silencio y sonrió para sí. Ahora sabía lo que había ocurrido: Jenna se había llevado a Chucho consigo. La niña tonta había pensado que Chucho solo era una linterna. Los encontraría a los dos abajo, en la galería. Los pensamientos de Simon fueron interrumpidos por un extraño sonido procedente de la cuba de las larvas de Glo. Se acercó y descubrió que la tapa estaba cerrada con llave. Era raro, no recordaba haber cerrado la cuba con llave; en realidad, nunca se molestaba en cerrar las larvas de Glo con llave, estaban demasiado asustadas para intentar escapar. ¿Y qué había hecho con la llave? ¿Qué era ese ruido? Simon pegó la oreja a la cuba y oyó el inconfundible sonido de unos botes. ¿Botes? ¡Chucho!

Después de desistir en la búsqueda de la llave, Simon cogió una palanca y rompió la tapa para abrirla. Chucho saltó como un corcho de una botella, duchando a Simon con cientos de pegajosas larvas de Glo.

—¡Vale! —gritó Simon—. ¡Suficiente! ¡No sabe la que le espera! Etiqueta a Jenna, Chucho. ¡Ve! Simon lanzó a la pegajosa bola verde por el Observatorio y la siguió mientras pasaba dando saltos por delante de la calavera, cruzaba el pasadizo abovedado y se precipitaba por las largas escaleras. Chucho y Simon llegaron al final de los escalones, resbalaron en la baba de Magog y corrieron por el pasillo que llevaba hasta la vieja cámara de la lombriz.

—Habrà bajado ahí, Chucho. —Simon estaba resoplando al acercarse a la cámara de la lombriz—. Habrà bajado muerta de miedo. O tal vez me ha hecho un favor y ya se ha cruzado con algún agradable Magog. Eso me ahorraría un montón de problemas, Chucho. Oye... ten cuidado, estúpida bola. —Simon se agachó para esquivar a Chucho, cuando la bola retrocedió de un salto hacia él—. Entra ahí, ¿quieres? —gritó—. No hay tiempo para jueguecitos.

De nuevo la bola intentó retroceder de un salto y golpeó a Simon en la nariz. Furioso, Simon cogió la bola y entró en la cámara de la lombriz... directamente en el grueso escondite viscoso de la lombriz gigante.

Simon retrocedió de la impresión. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo había entrado la lombriz gigante? Y luego le asaltó un terrible pensamiento.

—¡Mi caballo! —gritó—. ¡Se ha comido mi caballo!

Jenna se despertó sobresaltada por una pesadilla. Se sentó torpemente, y tras sentir el aire frío y húmedo, descubrió que estaba rodeada de un círculo de curiosas ovejas que mascaban perezosamente la hierba de su alrededor. Jenna se levantó y se desperezó. Ya había perdido bastante tiempo durmiendo; ella y Trueno tenían que ponerse en marcha y llegar a toda costa y cuanto antes a casa de tía Zelda. Se montó en la silla mientras Stanley roncaba.

—Stanley —dijo Jenna sacudiendo a la rata para que se despertara.

—¿Quééé...? —farfulló la rata. Luego entreabrió los ojos y miró a Jenna medio adormilada.

—Stanley, quiero que lleves un mensaje a tía Zelda. Tú sabes dónde vive y...

Stanley levantó una pata para protestar.

—Deja que te interrumpa ahora mismo. Solo para que nos entendamos, yo ya no llevo mensajes. Absolutamente de ningún modo realizo las tareas de una rata mensaje. Mi licencia fue revocada después de aquel turbio asunto con la extraordinaria, y no tengo ningún deseo de volver a inmiscuirme en el área de operaciones de una rata mensaje. Jamás; no, señor, quiero decir, señora.

—Pero mañana es el día del solsticio de verano, Stanley, y yo... —protestó Jenna.

—Si tú crees que me voy a meter en esos malditos marjales otra vez, estás muy equivocada. Fue un milagro que sobreviviera al último viaje con la pitón de los marjales que me miraba como si fuera su próxima cena, y esos salvajes Brownies con sus dientecillos que me mordis... mordis... mordisqueaban los pies, por no hablar de los agotadores vagidos de un llorón del marjal que me seguía y me gemía al oído y casi me vuelve loco. Es un lugar espantoso. No acierto a comprender por qué una persona joven y culta como tú quiere poner el pie en ese pestilente

agujero. Si aceptas un consejo, yo...

—Entonces, ¿eso es un no? —suspiró Jenna.

—Sí, quiero decir, no. Quiero decir, sí es un no. —La rata se sentó en la silla y miró a su alrededor—. Es bonito esto, ¿verdad? Una vez vine aquí de vacaciones con mi madre cuando era pequeño. Tenemos unos parientes que viven en los diques que parten de los marjales hasta el mar. Hay unas preciosas dunas de arenas, abajo, en la playa, y el Puerto queda muy a mano, si vas en carreta de burro. —Stanley se estremeció—. O, mejor, en un caballo veloz. Pasamos muy buenos ratos abajo en el Puerto cuando era un adolescente. Allí hay montones de ratas. No te creerías las cosas que ocurren por allí. Me acuerdo de que...

—Stanley —dijo Jenna mientras se le estaba ocurriendo una idea—, ¿significa eso que sabes cómo se va al Puerto?

—Claro —respondió Stanley indignado—. Como miembro del Servicio Ratiscreto puedes confiar en mí para que te lleve a cualquier parte. Soy tan bueno como un mapa. Mejor que un mapa, en realidad. Lo tengo todo en mi cabeza, ¿sabes? —La rata se dio unos golpecitos en la cabeza—. Puedo ir a cualquier parte.

—Salvo a los marjales Marram —observó Jenna.

—Sí, eso es. Las ratas especiales del marjal hacen eso. Están locas, las pobres. Como ya he dicho, no pienso volver a poner un pie en ese maldito pantano en toda mi vida.

—¡Ah, bien! ¡Anda! —dijo Jenna tocando suavemente a Trueno con los talones.

—Muy bien, si eso es lo que quieres.

La rata saltó de la silla y aterrizó torpemente en la hierba.

Jenna detuvo el caballo.

—Stanley, ¿qué estás haciendo? —preguntó.

—Lo que me has dicho —respondió Stanley de mal humor—. Estoy andando.

Jenna se echó a reír.

—Se lo decía al caballo, tonto. Vuelve a subir.

—¡Ah! Pensaba que te habías enfadado porque no quiero llevarte a los marjales.

—No seas bobo, Stanley. Vuelve a subirme al caballo y enséñame el camino hacia el Puerto. Desde allí sé el camino hasta casa de tía Zelda.

—¿Estás segura?

—Sí, por favor, Stanley.

—Stanley cogió carrerilla, saltó y se colocó detrás de Jenna.

Era una preciosa mañana de verano. La Dehesa se extendía ante ellos, y a lo lejos, en el horizonte, Jenna veía la fina y brillante línea blanca del mar centelleando mientras el sol se reflejaba en el agua.

Un firme camino de gravilla condujo a Trueno, Jenna y Stanley a través de los pastos, llevándolos por invisibles lindes, pasando junto a rediles y algún esporádico juncal y cruzando puentes de planchas de madera que atravesaban los canales del agua que fluía desde los marjales a su paso hacia el mar. Jenna dejaba que el caballo caminara sin prisa, se detuviera cuando quisiera a tomar un bocado de alguna hierba de aspecto apetitoso y pastara a sus anchas. Cuando el calor del sol empezó a disipar los últimos restos de bruma que aún flotaban sobre los canales, Jenna notó que la humedad de la ropa se evaporaba, y por fin empezó a sentir calor.

Pero mientras el frío de las Malas Tierras la abandonaba, Jenna empezó a pensar con más claridad. Y lo primero que pensó fue en Simon. ¿Qué estaría haciendo ahora? Jenna miró con aprensión detrás de ella. La prominente roca negra de las canteras de pizarra se levantaba desde la llana Dehesa como un acantilado desde el mar; por encima de ella una nube gris proyectaba una grave sombra. Las Malas Tierras todavía estaban demasiado cerca para su gusto; necesitaba poner más distancia entre ellos.

—¡Arre, Trueno! —instó Jenna al caballo para que siguiera a paso ligero sin llegar al trote.

Sabía que Trueno debía de estar cansado, y les esperaba un largo día de cabalgata hasta el Puerto. Detrás de ella, la rata se sentaba alegremente en la grupa del caballo, cogiéndose a la silla con una pata como si fuera un experto jinete. Jenna volvió a darse media vuelta y miró hacia las

Malas Tierras. De repente tuvo la incómoda sensación de que habían descubierto su huida.

www.freelibros.org

22. CAMPAMENTO HEAP.

A la mañana siguiente, en el Bosque estaban Nicko y Septimus al pie, o, mejor, a los pies del abuelo Benji. El brillante sol estival resplandecía a través de las hojas de su abuelo y proyectaba una pálida luz verde sobre el suelo del Bosque y los mordisqueados restos de la mochila de Septimus.

—Todo mi equipo... ha desaparecido —se quejó Septimus—. Se lo han comido todo.

—Todo menos a nosotros —especificó Nicko—, que probablemente es lo más importante.

Pero Septimus no le escuchaba, estaba a gatas al pie del árbol examinando el suelo.

—Yo no pasaría las manos por esas hojas de ese modo —dijo Nicko con una mueca.

—¿Por qué no? Estoy buscando algo.

—Usa la cabeza, Sep. Montones de zorros. Merodeando por aquí, esperando la cena. Poniéndose cada vez más nerviosos. Comiendo explosiones de menta. ¿Qué crees que hacen entonces?

—Debe de estar por aquí. No pueden habérselo comido...

No lo sé, Nik, ¿qué hacen?

—Caca.

—¡Puaj! —Septimus se puso en pie de un salto.

—Y luego la entierran debajo de las hojas.

—¡Arrrg, no! —Septimus se limpió las manos en la túnica, dio un paso atrás y justo entonces encontró lo que andaba buscando—. ¡Lo he encontrado! Está aquí. ¡Oh, fantástico!

—¿Qué es? —preguntó Nicko lleno de curiosidad—. ¿Qué es tan importante?

Septimus levantó la iridiscente piedra verde que había guardado con tanto cuidado en su mochila.

—¡Ah! —exclamó Nicko acordándose de repente de lo que les había llevado hasta el corazón del Bosque—. Ya veo.

—Me la dio Jenna.

—Ya lo sé. Me acuerdo perfectamente.

Ambos se quedaron en silencio durante unos instantes y Septimus miró la piedra con intensidad. De repente estalló.

—¡Oh, odio los zorros! Mira lo que han hecho. La han partido. —Septimus se puso la piedra en la mano y se la mostró a Nicko—. Mira, aquí.

La piedra tenía una raja.

—Podía haber sido peor, Sep —opinó Nicko—. No está rota. Supongo que la habrán mordido los zorros. Apuesto lo que sea a que no les hizo ningún favor a sus dientes.

—Eso espero, que se les caigan todos —dijo Septimus mientras guardaba la piedra en la faltriquera que colgaba de su cinturón de aprendiz.

Septimus y Nicko tardaron un buen rato en despedirse de su abuelo, no si antes tener que prometerle varias veces que llevarían al resto de la familia a visitarlo; al final pudieron partir hacia el bosque en busca del campamento de los chicos.

Al cabo de un rato, justo cuando a Septimus empezaba a dolerle el tobillo de nuevo y se preguntaba si se habrían vuelto a perder, llegaron a un ancho sendero.

—¡Ya sé dónde estamos! —exclamó Nicko triunfante.

—¿En serio? —Había cierta duda en el tono de Septimus.

—En serio. Tú sígueme, Sep.

—¿Cuándo he oído eso antes? —dijo Septimus.

—No seas malo —dijo Nicko avergonzado—. Mira, allí abajo... ¿ves el campamento?

Nicko y Septimus estaban en la cima de una pequeña pendiente. El camino descendía ante ellos, serpenteando entre árboles hasta un pequeño claro. Una fina línea de humo rosado se elevaba despacio en el plácido aire de primera hora de la mañana y, mientras Septimus observaba, la figura larguirucha de uno de sus hermanos salió de lo que parecía una enorme montaña de hojas y se desperezó y bostezó en el cálido sol.

—¡Erik! —gritó Nicko—. ¡Hola, Erik!

La figura miró hacia arriba con ojos soñolientos.

—Vamos, Sep —dijo Nicko—, es hora de que te presente al resto de la familia.

Diez minutos más tarde, Septimus estaba sentado solo junto al fuego del campamento. En cuanto Nicko le hubo presentado a Sam, Jo-Jo, Edd y Erik como si fuera un mago sacando un conejo de una chistera, todos desaparecieron, llevándose a Nicko consigo. Le dijeron a Septimus que iban a inspeccionar las redes que Sam había tendido en el río para pescar los peces que traía la corriente de la mañana. Y añadieron que Septimus podía ayudarles quedándose a vigilar el fuego que ardía día y noche.

Septimus contemplaba el fuego mientras se preguntaba si todas las reuniones familiares serían como aquella. Aunque la idea de conocer al resto de sus hermanos le había puesto muy nervioso, pensaba que se alegrarían de verlo; pero los chicos se limitaron a mirarlo como si fuera una rana en un frasco. Y luego se dio cuenta de que ni siquiera le miraban a él, sino su elegante capa y su túnica verde y su cinturón plateado de aprendiz extraordinario, que centelleaba embarazosamente al sol y le hacía sentir como si estuviera alardeando de él. Rápidamente se tapó con la capa, pero entonces, pensó Septimus con desánimo, ese gesto le había hecho parecer estúpido, como si le preocupase su aspecto. O peor, le había hecho parecer un pusilánime que tuviera frío... o estuviera asustado, o... Y luego, mientras se quedaba allí plantado envuelto en la capa, sus hermanos le habían dirigido uno tras otro un gruñido que Septimus había tomado por un «hola», aunque también podría haber sido «pardillo». De hecho, cuanto más lo pensaba, más seguro estaba de que era eso lo que le habían dicho. Septimus recostó la cabeza entre las manos, sin poder dejar de pensar que sus hermanos debían de creer que era un completo idiota.

Mientras Septimus permanecía sentado mirando el fuego, preguntándose por qué había dejado que Nicko lo llevara hasta allí cuando deberían estar buscando a Jenna, notó que alguien se le acercaba. Se volvió y vio a uno de sus hermanos, pero ¿cuál de ellos sería? Septimus se había sentido muy azorado a la hora de asimilar quién era quién.

—Hola —dijo el chico hurgando en el fuego con un palo.

—Hola —respondió Septimus deseando tener también un palo.

—Entonces, ¿tú eres el muerto? —preguntó el hermano.

—¿Qué?

—Sí. El muerto. Recuerdo a mamá hablar de ti con papá cuando pensaba que no les oíamos. Tú estabas muerto, pero no lo estabas. ¡Raro! —El hermano siguió hurgando en el fuego.

—Raro —aceptó Septimus.

Miró al niño de reajo. No era Sam, eso seguro. Sam, que no era mucho más pequeño que Simon, ahora era un hombre, con una fina pelusilla en la cara y una voz profunda. Y Edd y Erik, recordaba haber notado, llevaban el cabello en largas rastas, enmarañadas y apelmazadas como si fueran cuerdas. Septimus pensó que tenía que ser Jo-Jo. Un poco mayor que Nicko y también un poco más alto, pero mucho más delgado, con el cabello despeinado y alborotado de los Heap, lleno de rizos pajizos que intentaba dominar alrededor de la cabeza con una cinta trenzada de tiras de cuero gastado de distintos colores. El chico sorprendió la mirada de Septimus.

—Jo-Jo —dijo con una sonrisa—. Ese soy yo.

—Hola —respondió Septimus cogiendo un palo cercano para hurgar también en el fuego.

Jo-Jo se puso en pie y se desperezó.

—Tú vigila el fuego, y yo iré a buscar pescado. Sam tuvo buena pesca anoche. Y Marissa ha traído un poco de pan esta mañana.

—¿Marissa? —preguntó Septimus.

—Es una de las Wendron. Ya sabes, las brujas de Wendron. Ella me hizo esto.

Jo-Jo se tocó orgullosamente la cinta de cuero que le ceñía la cabeza.

Al cabo de un rato, Septimus estaba sentado junto al fuego sosteniendo un pescado clavado en un palo sobre las brasas. Las llamas chisporroteaban y crepitaban mientras el pescado se iba asando. Sam dividía cada pescado asado en seis trozos, luego lo metía en un trozo de pan y se lo pasaba a los chicos. Era lo mejor que Septimus había probado en su vida. Mientras sus hermanos se sentaban en un silencio cordial, Septimus por fin empezó a relajarse y a disfrutar del hecho de estar con sus hermanos. Nadie salvo Jo-Jo le había dicho nada, pero le habían dado un trabajo:

según parecía, era el cocinero del día. Cuando se acababa un pescado, Sam le pasaba el siguiente para que lo sujetara sobre el fuego, y pronto a Septimus le pareció como si hubiera pasado toda la vida cocinando pescado en un fuego de campamento con sus hermanos. De hecho, de no haber sido por la tenaz preocupación que sentía por Jenna en el fondo de su corazón, todo habría sido perfecto.

Tras acabar de comer el pescado, Nicko les contó a sus hermanos lo de Jenna y Simon.

—¿Simon... ha secuestrado a Jenna? —dijo Sam—. No me lo creo. Solo por que él y papá tuvieron una pequeña discusión en casa de tía Zelda por el asunto de que no iba a ser el aprendiz... En fin, no veo por qué piensas que de repente se ha vuelto malo.

—Sí —estuvieron de acuerdo Edd y Erik.

—Aunque él en realidad quería ser un aprendiz como es debido, ¿verdad? —dijo Edd tras pensarlo unos minutos.

—Así es —respondió Erik—. Solía repetirlo siempre. Era realmente aburrido.

—Una vez me contó que el motivo por el que Marcia Overstrand no tenía aprendiz era porque le estaba esperando a él —explicó Jo-Jo—. Le dije que estaba loco y me dio un puntapié.

—Pero solía ayudar a Jenna a hacer los deberes —dijo Sam—. Era mucho más amable con ella que con ninguno de nosotros. Entonces, ¿por qué de repente habría de secuestrarla? No tiene sentido.

Nicko se sintió tan frustrado como Septimus tras comprobar que no creían que Simon había secuestrado a Jenna.

Se hizo un silencio tenso alrededor del fuego mientras los seis hermanos contemplaban las llamas y los restos de las espinas de pescado entre las cenizas. De repente, Septimus no pudo aguantar más.

—¿Dónde está el Chico Lobo? —preguntó.

—Dormido —dijo Jo-Jo—. No se despierta hasta que es casi de noche. Como los zorros.

—Tengo que hablar con él —insistió Septimus.

Jo-Jo soltó una risotada.

www.freelibros.org

—Bueno, él no te contestará. No dice nada. ¿Para qué quieres hablar con él?

—Necesitamos su ayuda —dijo Nicko—. Le conté a Sep que era capaz de encontrar el rastro de Jenna.

—Bueno, allí está su refugio. —Jo-Jo señaló lo que parecía una gran montaña de hojas.

—Venga, Sep. Vamos a despertarlo —dijo Nicko levantándose del fuego—. La cuestión es, Sep —añadió Nicko en voz baja mientras se acercaba al refugio del Chico Lobo—, que Sam y los colegas se toman la vida con mucha calma desde que viven aquí. No hablan mucho, que es el estilo del Bosque, y no se dan prisa para nada. En realidad, no les preocupa el mundo exterior; ahora casi son criaturas del Bosque. Así que si quieres hacer algo, como coger al Chico Lobo, tendrás que hacerlo tú mismo.

Septimus asintió. Al igual que Nicko, estaba acostumbrado a vivir en el Castillo, acostumbrado a tener un trabajo que hacer y gente a su alrededor esperando a que lo hiciera. La vida en el Bosque, pensó, le habría vuelto loco.

Septimus y Nicko cruzaron el campamento mientras sus hermanos se quedaban tumbados alrededor del fuego, arrojando ociosamente palitos y hojas y mirando las llamas que se avivaban fugazmente. El campamento Heap no era muy grande; estaba compuesto por cuatro toscos refugios en un pequeño claro, levantados alrededor de un hoyo central para el fuego. Los refugios, así era como los llamaban los chicos, estaban hechos de ramas de sauce largas y finas que habían cortado cerca del río y las habían curvado para formar arcos y plantarlos en el suelo. Una vez en el suelo, los arcos de ramas de sauce continuaban creciendo y, como era verano, estaban llenos de hojas. Los chicos, además, tejían ramas, hierbas altas y cualquier cosa que encontraran. Dentro de los refugios, dormían sobre gruesos lechos de hojas cubiertos por mantas toscamente tejidas que Galen —la médica y antigua maestra de Sarah Heap que vivía en una casa sobre un árbol en los alrededores—, les había dado cuando establecieron por primera vez el campamento. A esas mantas, habían sumado pieles y suaves mantas de vivos colores que habían

tejido para ellos las jóvenes brujas de Wendron.

La cabaña de Sam era la más grande y la que estaba mejor construida. Edd y Erik compartían un grande y destartado montón y Jo-Jo tenía una pulcra estructura tipo cabaña india cubierta por pajas bellamente trenzadas que Marissa le había ayudado a construir.

El refugio del Chico Lobo parecía una montaña de hojas; estaba justo en el extremo del campamento, mirando hacia el Bosque. Nicko y Septimus ya habían pasado por allí dos veces en busca de una entrada cuando de repente Septimus notó que unos brillantes ojos castaños les observaban desde las hojas.

—¡Oh! —exclamó, y le recorrió un extraño escalofrío.

—Oye, Sep, parece que hayas visto un fantasma —se rió Nicko—. Es solo el Chico Lobo. Se pasa el rato haciendo eso. Nunca deja que lo veas tú antes. Probablemente lleva observándonos desde que hemos llegado.

Septimus palideció. El corazón le latía con fuerza; los ojos del Chico Lobo contemplándole fijamente le habían asustado tanto como los zorros de la noche anterior.

—Vau —murmuró, dando paso al idioma del Bosque.

De repente, la montaña de hojas se tambaleó, y de ella emergió una pequeña figura enjuta y musculosa, llena de suciedad y pequeñas ramas. El Chico Lobo se puso en pie, tenso, como un corredor que esperase la salida de una competición, mirando a su alrededor. Nicko y Septimus salieron instintivamente de su territorio.

—No le mires a los ojos. No para empezar. Le asusta —murmuró Nicko entre dientes.

Septimus no pudo evitar echarle un vistazo, y para su alivio, el Chico Lobo parecía más un chico que un lobo. Y tampoco olía tan mal, olía más a tierra mojada que a zorro. El Chico Lobo era indudablemente humano. Vestía una túnica corta de un color indeterminado que ceñía con un viejo cinturón de cuero, y tenía el cabello castaño, largo y desgreñado, al estilo del Bosque. Cuando acabaron de inspeccionar los alrededores, los centelleantes ojos castaños centraron su atención en Nicko y Septimus, sobre todo en Septimus, a quien miraba de arriba abajo con asombro. Septimus volvió a sentir el familiar aprieto que le producían sus extrañas ropas: no era la primera vez que pensaba que habría sido mejor rodar un rato por el barro antes de entrar en el campamento Heap.

—Hola —dijo Nicko al cabo de un rato—. ¿Estás bien?

El Chico Lobo asintió sin dejar de mirar a Septimus.

—Hemos venido a pedirte ayuda —dijo Nicko despacio con voz tranquila.

El Chico Lobo por fin apartó la vista de Septimus y observó a Nicko con una mirada solemne.

—Necesitamos que nos ayudes a encontrar a alguien. Alguien a quien se han llevado.

El Chico Lobo no reaccionó de ningún modo.

—¿Lo entiendes? —preguntó Nicko—. Es realmente importante. Es nuestra hermana. La han secuestrado.

Los ojos del Chico Lobo se abrieron ligeramente sorprendidos. Ahora eran Nicko y Septimus los que se habían quedado mirándolo fijamente, esperando una respuesta.

Al final llegó. Despacio, muy despacio, el Chico Lobo asintió con la cabeza.

23. EL CHICO LOBO.

—Debéis hablar con Morwenna antes de marcharos —les dijo Jo-Jo a Septimus y a Nicko. Estaban de nuevo alrededor del fuego del campamento despidiéndose de Sam, Jo-Jo, Edd y Erik. El Chico Lobo se quedó atrás, mirando a Septimus, que se movía incómodo. Siempre notaba cuando alguien le estaba mirando.

—Morwenna da miedo —respondió Nicko—. Además, ¿de qué vamos a hablar con ella?

Jo-Jo se puso en pie mientras los demás seguían tumbados, contemplando ociosamente el pequeño pedazo de cielo azul que resplandecía brillante a través de las hojas.

—Es la bruja madre —explicó Jo-Jo—. Lo sabe todo. Apuesto a que sabe adonde ha ido Jenna.

—Tal vez deberíamos ir a verla —dijo Septimus—. Papá dice que Morwenna tiene el don de la visión.

—Sí, pero me sigue dando miedo —objetó Nicko—, y siempre te abraza como si fuera a aplastarte.

—Vamos —les instó Jo-Jo—. Os llevaré hasta allí. Además, os viene de paso.

Un coro socarrón procedió de los tres chicos que estaban tumbados alrededor del fuego:

—Va a ver a Mar-iii-ssa, va a ver a a Mar-iii-ssa, va a ver a...

—Callaos —gruñó Jo-Jo.

Salió corriendo del claro y se dirigió hacia los árboles.

—Entonces, adiós —dijo Nicko al resto de los Heap.

—Adiós.

—Sí.

—Nos vemos.

—Hummm, adiós —dijo Septimus.

—Van.

—Adiós.

—Hasta pronto.

www.freelibros.org

Nicko y Septimus alcanzaron a Jo-Jo, que les estaba esperando detrás de un árbol, fuera de la vista de sus hermanos. Partieron juntos, y el Chico Lobo les seguía sin hacer ruido mientras se internaban entre los árboles. Jo-Jo conocía bien el camino; los llevó por un sendero estrecho y gastado; después de media hora de marcha, llegaron al Círculo de Verano de las brujas de Wendron.

El Círculo de Verano era un círculo de cabañas indias, construidas como la de Jo-Jo. Estaban encaramadas en lo alto de la única colina que había en todo el Bosque. Era una colina pequeña y ni siquiera superaba las copas de los árboles del Bosque, pero era tranquila y fresca y proporcionaba a las brujas una buena panorámica de todo lo que pasaba a su alrededor.

Mientras los cuatro chicos seguían el sendero que subía en espiral hacia la cima de la colina donde se encontraban las tiendas, el murmullo constante de una conversación resuelta bajaba hasta ellos.

—Joby-Jo! ¡Hola! —gritó una voz de repente.

—¡Marissa! —respondió Jo-Jo con una sonrisa amplia.

—Joby-Jo... ¿así es como te llama? —resopló Nicko mientras una muchacha alta de larga cabellera castaña aparecía en la cima de la colina saludando con la mano sin dejar de sonreír.

—¿Y qué? —preguntó Jo-Jo—. ¿Qué pasa si me llama así?

—Nada. Solo preguntaba —dijo Nicko con una sonrisita.

Marissa bajó corriendo la colina para reunirse con ellos.

—Marissa —dijo Jo-Jo—, estos son mis hermanos Nicko y Septimus.

—¿Qué...? ¿Más hermanos, Joby? —rió Marissa—. ¿Cuántos hermanos más necesitas?

—No necesito ninguno más, te lo aseguro. Los he traído para que vean a Morwenna.

—Bien. Os está esperando. Llévalos hasta ella. Está arriba en el Círculo.

Morwenna Mould, la bruja madre del aquelarre de brujas del Bosque de Wendron, estaba sentada en una alfombra a la entrada de la tienda más elegante del Círculo. Era una mujer grande, impresionante, y vestía una amplia túnica verde de verano ceñida por un cinturón blanco.

Llevaba el cabello largo gris recogido con una cinta verde de cuero, y sus penetrantes ojos azules de bruja observaban cómo el Chico Lobo, Jo-Jo y Septimus, sobre todo Septimus, entraban en el Círculo y se dirigían hacia su tienda.

—Gracias, Marissa, querida —dijo Morwenna, y luego dirigiéndose a los chicos añadió—: Bienvenidos al Bosque, Septimus y Nicko. He oído hablar mucho de vosotros dos a vuestro padre, mi querido Silas. Y los dos os parecéis mucho a él. En realidad, cada vez que entro en el Bosque me parece encontrarme a pequeñas, y algunas no tan pequeñas, versiones de Silas. Y todos con los mismos maravillosos ojos verdes. Bueno, chicos, sentaos a mi lado unos minutos. No os distraeré mucho, pues tenéis un azaroso viaje por delante.

Nicko dirigió a Septimus una mirada que significaba: «¿Qué querrá decir "azaroso"?».

Septimus enarcó las cejas por respuesta, pero mantuvo la mirada fija en Morwenna. A Septimus le gustaba la bruja madre, pero sabía que bajo aquel aspecto maternal de Morwenna se ocultaba algo impredecible y poderoso. Hasta que Morwenna se hizo cargo del aquelarre del Bosque, las brujas de Wendron habían sido muy temidas por los habitantes del Castillo. Pero desde que Morwenna se había convertido en la bruja madre, las brujas de Wendron habían cambiado, aunque nadie sabía por qué, salvo Silas Heap. Silas Heap lo sabía porque una noche, hacía muchos años, cuando él era un joven con un solo hijo y Morwenna era una hermosa y joven bruja, la había rescatado de una manada de zorros. A cambio, Morwenna le había ofrecido lo que quisiera y, para su decepción, le había pedido que las brujas de Wendron dejaran de atrapar a los habitantes del Castillo. Pocos años más tarde, cuando Morwenna Mould se convirtió en bruja madre, mantuvo la promesa, pero nadie estaba seguro de cuánto duraría aquella tregua, por lo que se consideraba prudente no ofender al aquelarre del Bosque.

Morwenna empezó a hablar con una voz grave y musical, y todo el mundo le prestó atención.

—Vais a emprender un largo viaje y veo que vais a tener algunos problemas. Hay tres cosas que debéis saber. La primera es que buscaréis y, de hecho, encontraréis a vuestra hermana en el Puerto. La segunda es que un hombre alto y oscuro, extranjero para algunos y para otros no, también buscará a vuestra hermana en el Puerto. —Morwenna se quedó callada.

Los chicos esperaron educadamente a que les dijera la tercera cosa que debían saber, pero Morwenna permanecía en silencio, ensimismada en sus pensamientos y contemplando los cambiantes dibujos de las hojas contra el cielo.

Al final, Septimus la interrumpió.

—Disculpe, bruja madre, pero ¿cuál es la tercera cosa que debemos saber?

—¿Qué? —Morwenna salió de su ensueño—. ¿La tercera cosa? ¡Ah, sí...! no vayáis al circo.

Nicko se echó a reír. Septimus le dio un codazo.

—Nik, no seas grosero. No tiene gracia —le dijo.

—Sí, sí la tiene —dijo Nicko entre dientes, haciendo un gran esfuerzo para poder contener la risa. Rodó sobre la hierba boca abajo con las manos sobre la cabeza, emitiendo sonoras risotadas.

—Tiene que disculpar a mi hermano, bruja madre —dijo Septimus preocupado—. Anoche casi se lo come una jauría de zorros y eso le ha afectado la cabeza.

Septimus lanzó un puntapié en dirección a Nicko, pero no surtió ningún efecto. Nicko estaba fuera de sí, riéndose como un cerdo en una charca.

Morwenna sonrió.

—No te preocupes, Septimus, ya estoy acostumbrada a las gracias de los jóvenes Heap. Tal vez antes de que tus hermanos vinieran a vivir a nuestro Bosque no lo habría entendido, pero ahora, créeme, en lo que se refiere a un Heap, nada me sorprende. Son dignos hijos de su padre. Y Nicko solo se está riendo. No hay nada malo en reírse.

Morwenna se levantó. Septimus, Jo-Jo, Marissa y el Chico Lobo se pusieron respetuosamente en pie. Nicko aún estaba tumbado en la hierba convulsionándose de risa.

—Bueno, chicos —dijo Morwenna—, nos volveremos a ver. —Metió la mano en el bolsillo y sacó unas cuantas hojas blandas que apretó contra la mano de Septimus—. Esto te quitará el morado de la caída de anoche —le dijo—, y la hinchazón del tobillo.

—Gracias, bruja madre —dijo Septimus. Ayudó a Nicko a ponerse en pie. A Nicko se le saltaban

las lágrimas de la risa—. Ahora me llevaré a mi hermano, bruja madre. Disculpe su grosería, y gracias por su consejo.

—Síguelo, Septimus, y encontraréis lo que estáis buscando. —Morwenna sonrió—. Adiós, chicos. Os deseo que vuestro viaje sea rápido. —Se dio media vuelta y desapareció en su cabaña. Nicko se fue directo hacia el extremo del Círculo y se arrojó al suelo. No dejaba de dar vueltas, precipitándose por la pendiente cubierta de hierba, temblando de risa. Al cabo de un rato, Septimus lo alcanzó.

—Nicko —le riñó—, no debes reírte de la bruja madre de Wendron. Jamás.

—Yo... yo lo siento, Sep —balbuceó Nicko—. Era solo que... era todo tan serio... y tan propio de brujas... y estábamos todos allí sentados esperando y... y pensé que la tercera cosa sería algo... realmente importante... y luego dijo... luego dijo...

—¡«No vayáis al circo»! —Septimus se rindió, y cediendo a la risa, rodó hasta el pie de la colina junto con Nicko.

—Habéis sido realmente irrespetuosos con la bruja madre —dijo Jo-Jo enojado cuando él y el Chico Lobo los alcanzaron al pie de la colina—. Marissa está enfadada. Dice que no debí llevaros.

—¡Oh, no... ¡hip!... seas tonto, Jo-Jo —dijo Nicko, que había dejado de reírse pero ahora tenía hipo.

—¿Ya os vais? —preguntó Jo-Jo en un tono que significaba que deseaba que fuera así—. Os acompañaré al barco.

Nicko y Septimus asintieron. Ambos querían salir del Bosque y ponerse en camino antes de que acabara el día.

Jo-Jo miró al Chico Lobo.

—¿Os lo vais a llevar... o se queda aquí?

Septimus miró al Chico Lobo para acabar comprobando que sus profundos ojos castaños le miraban fijamente de nuevo. Le habría gustado que dejara de mirarlo así. El Chico Lobo ya tendría que haberse acostumbrado a su www.froelibros.org de aprendiz. ¡No era tan rara!

—Él se queda —dijo Septimus.

—Pero, Sep, lo necesitamos. Él es el motivo por el que hemos venido hasta aquí —dijo Nicko—. Nunca encontraremos a Jenna sin él. El rastro tiene más de un día. Solo el Chico Lobo puede seguir un rastro que se ha enfriado tanto.

—Pero ahora sabemos dónde está Jenna —dijo Septimus—. Está en el Puerto.

Nicko se quedó en silencio un momento.

—No irás a creer lo que ha dicho esa bruja loca, ¿verdad? —le preguntó sorprendido.

—¡Nicko! No está loca.

—Pero es una bruja. Y peor aún: es una bruja de Wendron. Solían secuestrar a bebés. Y si el bebé era niño, lo dejaban fuera para que se lo comieran los zorros. Y si te perdías en el Bosque y les preguntabas el camino, acababas en el agujero de las brujas. La tía de Bo Tenderfoot se pasó dos semanas en él y...

—¿Bo qué?

—La mejor amiga de Jenna. ¿Te acuerdas? Una niña muy mona con el pelo de color zanahoria.

—Mira, Nik, concéntrate. Queremos encontrar a Jenna. ¿recuerdas? Por eso estamos aquí. Y yo creo a Morwenna. Incluso Marcia dice que Morwenna tiene el don de la clarividencia, y eso que Marcia cree que las brujas no sirven para nada. Creo que Jenna está en el Puerto.

—No sé por qué tendría que ir allí —gruñó Nicko—. Es un lugar de mala muerte.

—Simon debe de haberla llevado allí... para entregársela al extraño que, según dijiste, estaba preguntando por ella, y Morwenna dijo que la buscaba. Tenemos que llegar al Puerto lo antes posible.

—Vale —suspiró Nicko—. Iremos al Puerto.

Jo-Jo encabezaba la marcha hacia la playa donde estaba amarrado el barco y, a pesar de lo que Septimus había dicho, el Chico Lobo aún los seguía. Luego, cuando Nicko soltó las amarras del bote y Jo-Jo los estaba empujando desde la playa de guijarros hacia las aguas profundas, de

repente, el Chico Lobo dio un salto increíble y aterrizó en el barco, justo cuando la corriente los llevaba hasta el medio del río.

—¡Oye! —gritó Nicko mientras el barco le sacudía peligrosamente—. ¿Qué crees que estás haciendo?

El Chico Lobo se acuclilló en la cubierta como un animal salvaje y se quedó mirando fijamente a Septimus hasta que este ya no pudo aguantar más.

—¡Deja de mirarme! —gritó.

Los ojos del Chico Lobo no parpadearon. Miraron a Septimus fijamente hasta que este lo reconoció y se estremeció. Ya había estado allí antes, en un barco, en el río, junto al Bosque, con el Chico Lobo.

De repente sintió frío. Se agachó junto al Chico Lobo y cruzó la mirada con él.

—¿Cuatro cero nueve? —susurró Septimus.

El Chico Lobo asintió, y habló por primera vez en cuatro años.

—Eres tú. —Sonrió—. Cuatro uno dos.

Navegaron río abajo a favor de la corriente. El Chico Lobo y Septimus se sentaron en la cubierta del barco abrazados, sonriendo ampliamente.

—Me recuerda a ti cuando te encontramos —dijo Nicko—. Recuerdo que nunca decías nada. Solo te quedabas mirándonos fijamente como si estuviéramos todos locos. Me daba miedo.

—¡Oh! —dijo Septimus—. Lo siento.

—A nosotros no nos importaba. En realidad, no. Nos gustabas. Solo que no podíamos comprender por qué no hablabas. Pensábamos que tenía algo que ver con el ejército. Debió de ser horrible.

—Lo fue —dijo el Chico Lobo muy despacio, acostumbrándose poco a poco al sonido de su propia voz—. No podías confiar en nadie. Pero yo confiaba en cuatro uno dos.

Se hizo el silencio en el barco. Nicko se mantuvo ocupado ajustando las velas y Septimus miró el río.

—Intenté que volvieran a buscarte —le dijo Septimus al Chico Lobo al cabo de un rato—. En serio, pero no lo hicieron. No lo hicieron. El jefe cadete se echó a reír y dijo: «¿Qué os habéis creído? Esto es una maniobra a vida o muerte». Y tú fuiste el primero en morir. Estaba realmente afectado. Intenté saltar detrás de ti, pero el jefe cadete me dio un puñetazo y me desmayé. Me desperté cuando el barco tocó tierra y me tiraron al agua. Lo siento. Debí haberte salvado.

El Chico Lobo no dijo nada durante un rato.

—No —dijo por fin—. Yo debí haberte salvado. Yo escapé del ejército y tú no. Nadé hasta la orilla y me escondí. A la mañana siguiente te vi en el Bosque, pero tenía miedo de que me descubrieran, así que me quedé escondido. Debí salvarte, y los dos habríamos sido libres, no solo yo.

—No importa —dijo Septimus—. Si lo hubieras hecho, nunca habría descubierto quién soy. Y ahora los dos somos libres.

—Libres... —murmuró el Chico Lobo mirando soñadoramente por un costado del barco mientras surcaba las verdes y tranquilas aguas rumbo al Puerto.

24. EL PUERTO.

Había sido un día largo y caluroso. Jenna, Stanley y Trueno caminaban por la playa. El mar estaba en calma, el azul resplandeciente centelleaba a la luz del sol y las dunas de arena se extendían kilómetros y kilómetros. Jenna acababa de dar a Trueno el agua de la última botella que le quedaba y que había rellenado aquella mañana en una fuente. Cuando inclinó la botella para dar un trago y ofrecérsela también a Stanley, descubrió que solo quedaba una gota de agua caliente con sabor a metal. Volvió a meter contrariada la botella en la alforja y se preguntó, no por primera vez, si la ocurrencia de Stanley de llegar al Puerto cabalgando por la playa había sido una buena idea.

Jenna había descubierto enseguida que era agotador para el caballo avanzar por la arena blanda. Había llevado a Trueno hasta la marca de la marea por donde podía caminar sobre la arena firme que acababa de dejar la marea decreciente. Ahora el mar estaba alto en la playa y Trueno se abría paso con dificultad a través de la arena blanda y seca que caía desde las dunas.

El sol estaba bajo en el horizonte cuando por fin Trueno cruzó lenta y pesadamente la última duna y, para su contento, Jenna vio el Puerto a lo lejos, recortado contra el cielo rojizo. Jenna estaba cansada y quemada por el sol, pero dedicó una retahila de palabras de ánimo a Trueno, instando al caballo cansado a llegar a su destino.

Sin embargo, Stanley estaba muy despierto.

—Siempre me emociono cuando veo por primera vez el Puerto —declaró incorporándose en la silla detrás de Jenna y mirando animadamente a su alrededor—. Hay tantas cosas que hacer... tantas ratas que ver... Esta vez no, claro. Esta vez tengo trabajo. Quién lo habría creído, ¿eh? Agente del Servicio Ratissecreto en una misión para la realeza. Qué comienzo para mi nueva carrera. Así aprenderán Dawnie y su estúpida hermana. ¡Ja!

—¿Dawnie? —preguntó Jenna inclinándose hacia delante y acariciando el cuello del caballo.

—Mi parienta, bueno, mi ex parienta. Ahora está viviendo con su hermana, Mabel. Y, entre tú y yo, empieza a arrepentirse. ¡Ja! Mabel no es una rata fácil para la convivencia, si quieres saber mi opinión. —Stanley dirigió una mirada furtiva a Jenna, preguntándose si estaría de humor para escuchar unas cuantas historias sobre las salidas de tono de Mabel, pero decidió que no. Parecía cansada y preocupada—. Ya no falta mucho para el Puerto —dijo para infundir confianza.

—Bien —respondió Jenna transmitiendo más convicción de la que sentía.

Las sombras de las dunas que se alargaban rápidamente y la brisa helada que soplaba del mar le hicieron caer en la cuenta de que no tenía ninguna posibilidad de llegar a la casa de tía Zelda antes del anochecer. Iba a tener que pasar la noche en el Puerto, pero ¿dónde? Jenna había oído muchas historias de Nicko sobre la vida en los bajos fondos del Puerto, los contrabandistas y los atracadores, todos esperando a que pasara un incauto extranjero para saltar sobre él en cuanto cayera la noche. ¿Qué podía hacer?

—Vamos, Trueno —dijo—. Lleguemos antes de que anochezca.

—Eso es imposible —dijo Stanley de lo más alegre—. Nos queda al menos una hora, o más.

—Gracias, Stanley —murmuró Jenna mirando hacia atrás con nerviosismo, pues de repente le asaltó la extraña sensación de que les estaban siguiendo.

La noche había caído cuando Trueno llegó a la playa de gravilla del pueblo y subió hacia la grada sur del límite exterior del Puerto. Los cascos de Trueno, que acababan de pisar la arena blanda en silencio, retumbaban sobre los adoquines de piedra y ese ruido ponía nerviosa a Jenna. Las afueras del Puerto estaban a oscuras y fantasmagóricamente silenciosas. Altos y desvencijados almacenes flanqueaban las exiguas calles y descollaban en el cielo nocturno, haciendo que las calles parecieran hondos acantilados que a Jenna le recordaban las Malas Tierras y la hacían sentirse incómoda. La mayoría de los edificios estaban desiertos, pero cuando el traqueteo de los cascos de Trueno retumbó en sus paredes de ladrillo y en las calles, Jenna pudo ver que de vez en cuando alguna figura recortada en una abertura en lo alto de la calle miraba hacia abajo y vigilaba su ruidoso paso.

Stanley dio unos golpecitos a Jenna en la espalda.

—¡Aaah! —gritó.

—Oye, tranquila, solo soy yo.

—Lo siento, Stanley. Estoy cansada. Este lugar es espeluznante. Y no sé dónde vamos a pasar la noche. Nunca antes he pasado la noche sola fuera de casa. —Se le ocurrió entonces que tampoco había estado sola en ningún sitio, nunca.

—Bueno, ¿por qué no lo decías? Creí que nos quedaríamos en casa del alguacil jefe o en casa de alguna personalidad. —Stanley parecía decepcionado.

—No —murmuró Jenna.

—Estoy seguro de que le complacería mucho si supiera que un personaje tan importante como tú está en su territorio, por decirlo de alguna manera. Estoy seguro de que sería un honor para...

—No, Stanley —dijo Jenna con autoridad—. No quiero que nadie sepa que estoy aquí. No sé en quién puedo confiar.

—Bueno, está bien —respondió Stanley—. Veo que la señora Heap te ha convertido en una niña muy quisquillosa. No te culpo. Tiene tan mal carácter. Bueno, en ese caso te sugiero la pensión de Florrie Bundy. Dirige una pensión familiar muy apartada, abajo, junto a los muelles y hay unos establos en la parte trasera para el caballo. Te llevaré si quieres.

—¡Oh, gracias, Stanley!

Jenna se sintió como si le hubieran quitado un peso de encima. No se había dado cuenta de lo mucho que le preocupaba no saber dónde pasar la noche. Ahora lo único que quería era encontrar una habitación e irse a dormir.

—¡Ojo!, yo no lo consideraría una solución inteligente —le advirtió Stanley—. Tendrás que soportar un poco de suciedad. Bueno, en realidad mucha suciedad. Y, conociendo a Florrie, lo más probable es que no sea lo que se dice buena, pero tiene un alma bastante bondadosa.

Jenna estaba demasiado cansada para preocuparse.

—Tú llévame allí, Stanley.

Stanley guió a Jenna a través del laberinto de almacenes viejos hasta que llegaron al bullicioso muelle de amarre en la parte comercial de la ciudad. Allí era donde atracaban los grandes barcos después de pasar meses en alta mar, cargados con hierbas y especias exóticas, sedas y telas de exquisitos tejidos, lingotes de oro y plata, esmeraldas y rubíes, y perlas de la Isla del Mar del Sur. Mientras Trueno se acercaba al muelle de amarre, Jenna vio que estaban descargando un enorme barco con un hermoso mascarón de proa que representaba a una despampanante mujer de cabello oscuro. El muelle de amarre estaba iluminado con antorchas que proyectaban largas y parpadeantes sombras sobre un conjunto de marineros, porteadores y estibadores que circulaban como hormigas yendo y viniendo de su hormiguero, subiendo y bajando la plancha, y descargando las mercancías del barco.

Trueno se paró frente a la atareada multitud, incapaz de abrirse paso entre la muchedumbre, y Jenna se vio obligada a esperar a que la multitud se dispersase antes de seguir. Fascinada por la escena que tenía lugar ante ella, se sentó en el caballo y observó a cuatro marineros que bajaban dificultosamente por la plancha con un arcón de oro macizo. Detrás de ellos, un estibador se tambaleaba mientras transportaba un jarrón decorado que superaba casi dos veces su altura, y a cada paso que daba, se caían unas cuantas monedas de oro. Detrás de él, corría un muchachito que recogía las monedas y se las metía alegremente en los bolsillos.

Cuando los tesoros estuvieron en tierra firme, los llevaron al otro lado del muelle de amarre, donde desaparecieron por las grandes puertas abiertas de un almacén iluminado por unas velas. Jenna observó el torrente de riquezas entrar en el edificio y luego notó que una mujer imponente con una larga túnica azul y el galón amarillo de jefe de aduanas en las mangas estaba de pie en la puerta. La mujer estaba flanqueada por dos administrativos sentados en mesas altas, cada uno de ellos con una lista idéntica y cada vez más larga ante sí. Cuando entraban cada objeto precioso, los porteadores se detenían un momento mientras la jefa de aduanas les decía a los administrativos que tomaran nota. De vez en cuando, un hombre alto y sombrío, opulentamente vestido con un traje extranjero confeccionado con una seda roja ordago, la interrumpía. La jefa de aduanas parecía impaciente y molesta por las interrupciones del hombre y no permitía que frenase el flujo de instrucciones que dirigía a los administrativos. Jenna supuso que el hombre

era el propietario del barco, que discutía la valoración de la carga que había hecho la jefa de aduanas.

Jenna habría acertado. En el Puerto, cuando se descarga un barco y deja la mercancía a buen recaudo en el almacén de depósito, se entrega una lista al propietario del barco, y Alice Nettles, jefa de aduanas del Puerto, se queda la otra —y la llave del almacén—, hasta que ella y el propietario del barco llegan a un acuerdo sobre los impuestos que este último tiene que pagar. Esto puede tardar entre unos minutos y toda la vida, según lo desesperado que esté el propietario por hacerse con la carga y lo obstinado que sea. Había media docena de depósitos abandonados y destartados —esa noche Jenna había visto algunos al pasar— que aún contenían las disputadas cargas de los barcos que habían entrado en el Puerto hacía centenares de años.

El flujo de mercancías que provenían del barco empezó a aminorar y un paje empezó a pagar a algunos de los estibadores. Jenna comenzaba a atraer algunas miradas ahora que el ritmo era más lento y los estibadores tenían tiempo para mirar a su alrededor. Desde dentro del almacén, el alto extranjero que estaba junto a Alice Nettles había apartado, para alivio de Alice, los ojos de su carga entrante. Había dirigido su atención hacia la pequeña pero sorprendente figura del exterior: la diadema de oro alrededor del cabello negro centelleaba a la luz de las antorchas, su brillante túnica roja con el ribete dorado resplandecía mientras se sentaba erguida sobre el caballo negro, con una opulenta capa azul oscura cayéndole sobre los hombros. El hombre murmuró algo a Alice Nettles. Alice pareció sorprenderse y asintió, pero no desvió ni por un momento la atención de un gran elefante dorado que pasaba por delante de ella. El hombre se alejó de su lado y avanzó en dirección a la puerta.

Mientras tanto, Jenna empezaba a ser consciente de que estaba atrayendo la atención de los estibadores. Rápidamente descabalgó y guió el caballo a través del hormiguero de trabajadores, guiada por Stanley, que estaba sentado en la cabeza de Trueno, buscando huecos entre la multitud.

—Un poco a la izquierda. No, no, un poco a la derecha. He dicho a la derecha. ¡Mira, allí hay un hueco! Allí. Te lo has pasado, ahora tendrás que dar la vuelta.

—¡Oh, cállate, Stanley! —soltó Jenna.

Se sentía repentinamente incómoda; sabía que la seguían. Lo único que quería era salir de aquel gentío, volver a montar a Trueno y salir galopando.

—Solo intentaba ayudar —murmuró Stanley.

Jenna ignoró a Stanley y avanzó con el caballo.

—Disculpe... lo siento, ¿puedo pasar...? Gracias... disculpe...

Ya casi estaba; podía ver un espacio libre delante de ella. Lo único que tenía que hacer era pasar a través de un grupo de marineros que estaban ocupados desenredando un cabo, y luego estaría fuera; pero entonces, Trueno se resistió a avanzar justo cuando más lo necesitaban.

—Vamos, Trueno —dijo Jenna de mal humor—. Vamos.

De repente sintió un tirón de las riendas y se dio media vuelta para ver con qué había tropezado Trueno.

Jenna soltó una exclamación; una mano grande había agarrado las riendas. Levantó la vista, esperando ver algún marinero enfadado porque Trueno había pisado el cabo, pero en lugar de eso se encontró mirando al extranjero de cabello negro que había visto junto a la jefa de aduanas.

—Suéltelo —dijo Jenna al hombre, enojada—. Suelte mi caballo.

El extranjero no soltó las riendas sino que miró fijamente a Jenna a los ojos.

—¿Quién eres tú? —preguntó con voz grave.

—A usted qué le importa —dijo Jenna bruscamente, decidida a no demostrar lo asustada que estaba—. Suelte mi caballo.

El hombre soltó las riendas, pero en ningún momento dejó de mirar a Jenna a la cara. La contemplaba con una expresión vehemente que a Jenna le pareció turbadora. Nerviosa, apartó la mirada y rápidamente volvió a subirse al caballo de un salto, puso en marcha a Trueno y dejó al extraño mirándola en el muelle de amarre.

—A la izquierda. ¡He dicho a la izquierda! —gritó Stanley agarrándose fuerte a las orejas de

Trueno.

Trueno salió disparado hacia la derecha.

—No sé por qué me molestó —murmuró Stanley.

Sin embargo, a Jenna no le importaba qué camino tomaban. Cualquier dirección le parecía bien mientras fuera para alejarse lo máximo posible del extranjero alto.

25. LA CASA DE MUÑECAS.

—No estoy perdido —dijo Stanley indignado—. Un miembro del Servicio Ratiscreto no se pierde nunca. Solo estoy rectificando la dirección.

—Bueno, sigamos adelante y rectifiquemos un poco más deprisa —dijo Jenna mirando hacia la calle—, antes de que el hombre de la dársena nos alcance. Estoy segura de que me sigue.

Stanley y Jenna estaban en mitad del Paseo de la Soga, a una calle de la Carrera de la Taberna, en la parte más sórdida del Puerto. Jenna había desmontado cuando la rata insistió en que la destartalada casa que tenían frente a ellos era la pensión de Florrie Bundy. Por desgracia, no lo era. En realidad, pertenecía al famoso Aquelarre de Brujas del Puerto, que no estaba formado precisamente por brujas blancas y que no se tomaron a bien que una rata llamara a su puerta a altas horas de la noche. Stanley se salvó de milagro de acabar convertido en sapo. La veloz intervención de Jenna con media corona de plata —que dio a la bruja para que deshiciera el hechizo— le salvó de correr esa suerte.

—No lo entiendo —murmuró Stanley un poco nervioso, pasándose la pata por la cara solo para asegurarse de que aún tenía pelo de rata y no verrugas de sapo—. Estaba seguro de que era la pensión de Florrie.

—Quizá lo era —dijo Jenna desconsoladamente—. Y quizá las brujas la convirtieran en rana.

La calle estaba muy concurrida de gente que iba y venía. En un campo a las afueras del Puerto tenía lugar una actuación nocturna de circo, y la cháchara bulliciosa de los que iban a ver el espectáculo llegaba hasta Jenna, Trueno y Stanley.

En medio de aquella cháchara, dos voces familiares llegaron hasta los oídos de Jenna.

—Pero ella dijo que no fuéramos al circo.

—¡Oh, vamos! Será divertido. No irás a prestar atención a todas esas tonterías que nos dijo, ¿verdad?

Jenna conocía aquellas voces. Buscó entre la multitud, pero no vio nada.

—¿Septimus? ¿Nicko? —gritó. www.freelibros.org

—Es curioso, Sep —dijo una voz detrás de una mujer muy corpulenta que caminaba hacia Jenna con dos enormes cestas de picnic—, juraría que he oído a alguien llamarnos a gritos.

—Seguramente alguien se llama igual que nosotros.

—Nadie tiene nombres tan raros como los nuestros, Sep. Sobre todo como el tuyo.

—Bueno, Nicko también es bastante raro. Al menos el mío significa algo.

Ahora Jenna estaba segura, y de repente divisó el cabello pajizo de Septimus detrás de una de las cestas de picnic. Corrió hacia él y lo cogió del brazo.

—¡Septimus! —gritó—. ¡Eres tú...! ¡Oh, Sep!

Septimus se quedó mirando fijamente a Jenna, no podía creer lo que veían sus ojos.

—¿Jen? —exclamó—. Pero... Hola, Jen. ¡Estás bien! ¡Estás sana y salva, y realmente estás aquí, no puedo creerlo!

Jenna hizo balancearse a Septimus con un fuerte abrazo; luego Nicko se lanzó sobre ellos y casi los aplasta.

—¡Oye, oye! Te hemos encontrado, te hemos encontrado. ¿Estás bien, Jen? ¿Qué ha pasado?

—Os lo contaré más tarde. Oye, ¿él va con vosotros? —Jenna se había fijado en el Chico Lobo, que se había quedado retraído en aquel encuentro y parecía un poco perdido.

—Sí, ya te lo contaremos más tarde —dijo Nicko sonriente.

—Mira, ¿te importaría dejar de pisarme la cola? —le preguntó Stanley a Nicko, que en su emoción había pisado la cola de la rata. Nicko bajó la mirada y Stanley la subió hacia él—. Me duele. Tienes los pies muy pesados.

—Lo siento —respondió Nicko apartando la bota—. Oye, mira, Jen. Es la rata mensaje.

—Rata secreta —corrigió Stanley—. Voy a cualquier sitio y hago cualquier cosa.

—Salvo encontrar la pensión de Florrie Bundy —intervino Jenna.

—La encontré —declaró Stanley apuntando hacia el edificio chillón que tenía los ladrillos pintados de diferentes colores y estaba junto a la casa de las brujas. En la puerta había un gran letrero pintado a mano que decía:

CASA DE MUÑECAS.

PENSIÓN COMPLETA PARA CLIENTES EXIGENTES NO SE FÍA.

—La ha pintado desde la última vez que estuve aquí, y la ha cambiado de nombre. Seguidme.

Al cabo de diez minutos, el mozo de cuadra había llevado a Trueno al establo que se encontraba en la parte trasera de la casa, y la enfermera Meredith —una mujer corpulenta y desaliñada de ojos desorbitados— les había explicado que se había hecho cargo de la pensión de Florrie hacía poco tiempo. La enfermera Meredith había contado detenidamente el dinero de Jenna tres veces y se lo había guardado en el bolsillo del delantal, del que, por cierto, no podía decirse que estuviera precisamente limpio.

Ahora Jenna, Nicko, Septimus, el Chico Lobo y Stanley seguían la corpulenta figura de la enfermera por unas escaleras llenas de polvo.

—Tendréis que ir al anexo —les dijo mientras se escabullía por una esquina particularmente estrecha—. Es mi última habitación libre. Tenéis suerte. Esta noche la tengo muy llena con la llegada del circo a la ciudad. Soy muy popular entre la gente del circo.

—¿En serio? —dijo Jenna educadamente, pasando con cuidado por encima de una gran muñeca que estaba despatarrada en un escalón.

La pensión estaba llena de muñecas de todas formas y tamaños. Estaban aprisionadas en jaulas de cristal, apiladas en lo alto de hamacas que colgaban del techo clavadas en las paredes. Una serie interminable de muñecas estaban en fila en los escalones y Nicko ya había pisado al menos dos. Septimus hacía lo que podía para ni siquiera mirarlas. Las muñecas le daban escalofríos; había algo muerto en su mirada, y mientras pasaba ante cada una de ellas no podía librarse de la sensación de que algo les observaba.

—¡Cuidado con mis bebés! —dijo la enfermera Meredith con brusquedad mientras Nicko pisaba otra muñeca—. Si vuelves a hacer eso, tendrás que irte de aquí, jovencito.

—Lo siento —murmuró Nicko, mientras se preguntaba por qué Jenna quería alojarse en un lugar tan extraño.

Al fin llegaron al último piso de la casa, pero al hacerlo unos fuertes golpes en la puerta principal retumbaron por toda la escalera. La enfermera Meredith se inclinó sobre la barandilla y gritó a la fregona que vivía en el armario de debajo de la escalera:

—Estamos llenos, Maureen. Diles que se larguen.

Maureen salió corriendo a abrir la puerta. Jenna miró hacia abajo con curiosidad por ver quién demonios quería alojarse en la Casa de Muñecas. Cuando la delgada y tímida fregona abrió la puerta, Jenna echó una ojeada y dio un paso atrás para refugiarse en la sombra. En el umbral estaba la figura que temía ver: el extranjero del muelle de amarre.

—¿Qué ocurre, Jen? —susurró Nicko.

—E... ese hombre de la puerta. Me ha seguido desde el muelle. Me persigue.

—¿Quién es, Jen?

—N... no lo sé, pero creo que debe de tener algo que ver con Simon.

—Bueno, a mí no me importa con quién tiene que ver, señorita —soltó la enfermera Meredith—. No va a alojarse aquí esta noche.

Por debajo de ellos se oía la voz aflautada de Maureen.

—Lo siento, señor. Está completo.

La voz del extranjero parecía cansada y un poco nerviosa.

—No quiero hospedarme aquí, señorita. Solo estaba preguntando. Me han dicho que aquí se aloja una joven dama con un caballo...

—¡Dile que se largue, Maureen! —gritó la enfermera.

—¡Ejem!, lo siento, señor. Váyase, por favor —dijo Maureen a modo de disculpa, y cerró la puerta fuertemente.

Para consternación de Jenna, el extranjero continuó aporreando la puerta, pero la enfermera Meredith no pensaba consentirlo.

—¡Anda, lánzale un cubo del agua sucia de limpiar los platos, Maureen! —gritó malhumorada.

Maureen fue a hacer lo que le pedían y la enfermera Meredith centró su atención en sus últimos

huéspedes.

—Seguidme, por favor —dijo, y saltó por una ventana alta.

Jenna, Nicko y Septimus se miraron entre sí. ¿Iban a seguirla si saltaba por la ventana? ¿Por qué habrían de hacerlo?

La cabeza de la enfermera Meredith apareció por la ventana.

—Por el amor de Dios, no tengo toda la noche —les reprendió—. ¿Venís o no? Porque si no venís me iré a buscar al caballero que acaba de llamar y le daré la habitación. ¡Niños ingratos!

Jenna saltó rápidamente por la ventana.

—No, no, no se la dé. Ahora mismo vamos.

Al anexo se llegaba por un estrecho puente de madera tendido sobre el vacío que separaba la Casa de Muñecas de la casa de al lado. Septimus solo consiguió cruzarlo porque se apoyaba en el Chico Lobo y no miraba hacia abajo, al precipicio que se abría entre las dos casas. Al final del puente, la enfermera Meredith abrió otra ventana.

—Aquí es. Apretujaos y subid vosotros mismos. Yo no puedo estar trepando y saltando por las ventanas toda la noche.

Septimus pensó que apretujarse y pasar por delante de la enfermera Meredith en un estrecho puente que se bamboleaba a cada paso era aún más terrorífico que estar rodeado de una manada de zorros. Pero Jenna tiró de él y Nicko le empujó hasta que, con paso tembloroso, cayó a través de la ventana abierta del anexo y aterrizó en el suelo, temblando y mirando hacia el manchado techo. Ahora sí que estaba apañado, decidió Septimus, tendría que quedarse en la habitación anexa para siempre. Nada en el mundo le haría volver a cruzar el puente.

Cuando estuvieron todos en la habitación, la enfermera Meredith se asomó.

—Las normas de la casa están en la puerta —les dijo—. Si cometéis cualquier infracción, os pongo de patitas en la calle. ¿Lo entendéis?

Todos asintieron.

La enfermera Meredith prosiguió en un tono formal:

—El desayuno solo se sirve entre las siete y las siete y diez. Hay agua caliente solo entre las cuatro y las cuatro y media de la tarde. No se permiten fuegos, ni cantar ni bailar. A los residentes en el anexo se les recuerda que, aunque siguen siendo huéspedes de la Casa de Muñecas, en realidad se alojan en una propiedad del Aquelarre de Brujas del Puerto y lo hacen por su cuenta y riesgo. La dirección de la Casa de Muñecas no se hace responsable de las consecuencias que se deriven de este acuerdo. ¡Ah, sí! ¿Queréis que os prepare la rata para cenar? No creo que dé para más que una sopa, pero Maureen puede guisaros una en un periquete si queréis. A nosotras, a Maureen y a mí, nos encanta la sopa de rata. Me la llevo, ¿puedo?

—¡No! —exclamó Jenna cogiendo a Stanley con fuerza—. Quiero decir, gracias... es usted muy amable, pero lo cierto es que no tenemos hambre.

—¡Qué lástima! Bueno, tal vez para el desayuno. Buenas noches. —La enfermera Meredith cerró la ventana de un golpe y volvió por el puente a la Casa de Muñecas.

—¡Hum! Bonito lugar, Jen —sonrió burlón Nicko.

26. CHUCHO.

A la mañana siguiente muy temprano, justo cuando el cielo del este empezó a tornarse rosado sobre el Paseo de la Soga, una pequeña y luminosa bola verde rodaba ruidosamente en medio de la calle y se detuvo fuera de la casa del Aquelarre de Brujas del Puerto.

Chucho se detuvo un momento, dando saltos para recuperar fuerzas. Estaba contento. Sabía que casi había llegado a su meta. Desde que su amo le había echado con su etiqueta, había seguido fielmente no solo los pasos exactos de Jenna, sino también el ritmo de su viaje, acelerando donde ella había acelerado y parándose donde ella se había detenido. Por eso la bola verde se había detenido un momento en el mismo lugar en que, hacía unas pocas horas, Jenna había dudado del sentido de la orientación de Stanley.

Así era como funcionaba la bola rastreadora, era extraordinariamente efectiva, aunque de vez en cuando se enfrentaba a algunos problemas. Como el que había tenido a última hora de la tarde, cuando tres metros de agua de mar embravecida habían cubierto la ruta que Jenna había seguido antes, durante el día, con la marea baja. Aquello había retrasado un poco a Chucho y, cuando poco después se cubrió de arena, tampoco resultó de mucha ayuda. Chucho sabía que a su amo no le gustaría que se retrasara y estaba nervioso por cumplir su tarea. La bola daba saltos ante la puerta del Aquelarre de Brujas del Puerto sintiendo la repentina urgencia de volver a irse. Chucho estaba a punto de marcharse de un salto cuando la puerta se abrió y lo agarró una mano que salió disparada.

—¡Lo pillé! —gritó una bruja triunfante.

Chucho estaba furioso. Forcejeaba para librarse, pero la bruja lo tenía bien agarrado.

—¿Qué es lo que has pillado, Linda? —Chucho vio la cara de otra bruja más vieja, que se mostró sorprendida cuando Linda le enseñó su captura. Estaba blanca del susto—. ¡Oh, aquelarres superiores...! ¿Acaso intentas que nos maten a todas?

—¿Qué estás diciendo? —preguntó de forma brusca la bruja más joven—. Estás enfadada porque antes se te escapó la rata. Además, ahora es mi bola, así que lárgate.

—Linda, por el amor al aquelarre, suéltala. Pertenece al amo. Es una bola rastreadora y se encuentra en una misión. ¡Suéltala ahora mismo!

La bruja soltó a Chucho como si fuera una patata caliente. La bola se sacudió y volvió a saltar a la calle, luego se dirigió hacia la puerta de la Casa de Muñecas. Las dos brujas observaron fascinadas cómo Chucho saltaba un rato en el mismo sitio, y al tercer salto se escurría por el buzón y desaparecía en el interior.

—Lástima que no venga por nadie que esté aquí —dijo la bruja más vieja—. Podríamos habérsela guardado al amo. Eso nos habría hecho salir en sus libros.

—Nunca estamos en el lugar adecuado en el momento preciso, ¿verdad? —Linda suspiró sombríamente mientras cerraba la puerta con un sonoro portazo.

—¿Nicko? —susurró Jenna—. ¿Nicko?

—¿Qué?

—Nicko, hay alguien atrapado en la ventana.

—Debe de ser la chiflada de la enfermera, Jen. Vuelve a dormirte —musitó Nicko adormilado desde la cama llena de bultos del rincón de la mugrienta habitación.

Jenna se sentó en su cama, que también estaba llena de bultos, y se envolvió en la capa de Lucy. Contempló la oscuridad con el corazón latiéndole fuertemente y volvió a escuchar con atención. Sonaba como si la enfermera estuviese haciendo botar una pelota al otro lado de la ventana. ¿Por qué razón? No parecía una mujer deportiva. Y entonces, cuando la niebla del sueño finalmente abandonó el cerebro de Jenna, se acordó: Chucho.

Jenna saltó de la cama e inmediatamente cayó sobre la forma durmiente de Septimus que dormía envuelto en una manta sobre el suelo. Ni se movió. Lentamente, Jenna se acercó a gatas a la ventana para que Chucho no la viera... aunque sospechaba que no importaba que la bola rastreadora la viera o no. Sabía que estaba allí.

Y Jenna pisó algo blando... y vivo. Abrió la boca para gritar, pero antes de que pudiera hacerlo, una mano le había tapado velozmente la boca y ahogado su grito. Un olor a tierra húmeda

impregnó la nariz de Jenna mientras dos ojos grandes la miraban fijamente.

—Chist —susurró el Chico Lobo, que llevaba los últimos cinco minutos tumbado bajo la ventana escuchando a Chucho—. Hay una cosa ahí fuera. Una vez vi una igual en el Bosque.

—Lo sé —dijo Jenna en un susurro—. Ha venido a buscarme.

—¿Quieres que la cace? —preguntó el Chico Lobo, con los ojos relucientes en el fulgor verde que se colaba a través de la mugre de la ventana. Al otro lado, Chucho se volvía más brillante a cada segundo que pasaba. Había encontrado la presa; ahora estaba reuniendo la energía suficiente para etiquetarla. Cuando lo hubiera hecho, regresaría con su amo, y misión cumplida. A partir de entonces, la presa estaría etiquetada y su amo sabría dónde encontrarla.

—¿Puedes cazarla? —preguntó Jenna pensando que Chucho sería demasiado rápido para el Chico Lobo.

—Es fácil. —El Chico Lobo sonrió, sus dientes sucios brillaban con una fea sombra verde en el fulgor que era cada vez más fuerte—. Mira.

Más rápido que una bruja, el Chico Lobo abrió la ventana y sujetó a Chucho en la mano en un abrir y cerrar de ojos y cerró la ventana de un golpe.

—¡Cogedlo! —gritó Septimus sentado muy erguido, con los ojos abiertos, aún en mitad del sueño.

—¿Qué? —murmuró Nicko—. ¿Qué... qué está pasando? ¿Jen? ¿Por qué se ha vuelto verde?

El Chico Lobo tenía un aspecto muy raro. La intensa luz pulsante que proyectaba Chucho una vez atrapado brillaba a través de sus manos con un fulgor verde rojizo, perfilando los huesos y formas oscuras debajo de su piel. El resto del Chico Lobo se estaba volviendo de un horrible tono verdoso mientras Chucho intentaba reunir la energía suficiente para escapar.

La bola rastreadora estaba furiosa. Estaba tan cerca y sin embargo tan lejos... Porque, a menos que pudiera etiquetar a su presa, ¿qué servicio le hacía a su amo? No era de más utilidad que una pelota de tenis vieja y pelada, para eso le servía. Chucho sabía todo sobre las pelotas de tenis viejas y peladas, pues una vez había sido una de ellas. Chucho le debía todo a su amo, Simon, y nunca le abandonaría. Nada le impediría etiquetar a la presa. ¡Nada!

Sin embargo, el Chico Lobo estaba haciendo lo posible para impedirse. Sus fuertes y musculosas manos sujetaban a Chucho como un puño de hierro, mientras Chucho concentraba toda su energía, y lenta pero inexorablemente empezaba a calentarse. Era una empresa peligrosa, pero la bola rastreadora estaba dispuesta a arriesgarse a una posible fusión. Prefería licuarse en un charco de goma que fallar a su amo.

—¿Por qué tienes las manos verdes, cuatro cero nueve? —preguntó Septimus con los ojos soñolientos y con la fuerte impresión de que volvía a estar en el ejército joven en el dormitorio con el Muchacho 409.

—No lo sé. Es una especie de cosa. Jenna me pidió que la cogiera y eso hice. Es divertido, se está poniendo muy caliente.

—Es Chucho —susurró Jenna—. La bola rastreadora de Simon. La ha enviado a buscarme. ¿Qué vamos a hacer con ella?

Septimus se despertó de golpe.

—No dejes que te toque, Jen. Le ha puesto una etiqueta. No debes tocarla, ¿lo entiendes?

—No tengo ninguna intención de tocarla —se estremeció Jenna—. Es horrible.

—Si no te toca, no podrá regresar con Simon y decirle dónde estás. De modo que aún estás a salvo, ¿de acuerdo?

Jenna no parecía demasiado a gusto: estaba pálida y temblaba, y tenía un matiz verdoso a su alrededor.

—¡Ay...! —se quejó el Chico Lobo—. ¡Uuu... au! ¡Aaay!

—¿Estás bien? —preguntó Nicko.

—¡Aaay... Se está calentando... No puedo... no puedo soportarlo más... Aaay! —El Chico Lobo dejó caer la bola rastreadora, tenía las palmas de las manos quemadas.

Chucho brillaba tanto que dolía la vista al mirarlo, estaba rojo intenso. A una velocidad imparable salió disparado hacia Jenna, saltó y la tocó en el brazo. Jenna chilló de dolor y se

quedó conmocionada. La bola se arrojó por la ventana, rompió el cristal y quemó a su paso el puente de madera, aterrizando en el montón de basura de las brujas con un fuerte silbido. Se quedó quieta un momento enterrada en la pila de hojas de té, huesos de conejo y cabezas de rana y esperó a que se enfriara un poco.

Luego, triunfante, saltó del montón de basura, se sacudió una gruesa capa de hojas de té y salió corriendo, de regreso con su amo, Simon Heap.

27. LA CASA DEL AQUELARRE DE LAS BRUJAS DEL PUERTO.

En el anexo se hizo un silencio de desánimo que Septimus rompió al cabo de uno rato.

—¡El puente... está ardiendo! —exclamó.

Nicko apartó la atención de Jenna, que estaba sentada agarrándose con la mano la pequeña quemadura circular que Chucho le había dejado en el brazo, y siguió la mirada de Septimus. Las llamas ardían en el agujero chamuscado que Chucho había hecho en el puente y, mientras lo observaban, el viejo y seco puente de madera estalló en una bola de fuego que se cayó seis pisos hasta el suelo con un gran estruendo.

—¡Ay ay ay...! —dijo Septimus.

—¡Caramba! —masculló Nicko.

—Nada de caramba —protestó Stanley—. Todo es culpa del señor Heap, si me preguntáis mi opinión. Y no sé qué va a decir la vieja enfermera de que el puente se haya incendiado.

—Me importa un comino lo que diga la vieja enfermera —replicó Nicko—. Esa es la menor de nuestras preocupaciones. ¿Olvidas dónde estamos?

—Encerrados en lo alto de la sede del Aquelarre de las Brujas del Puerto —dijo Septimus apesadumbrado.

—Exacto —murmuró Nicko.

Volvió a reinar el silencio. El Chico Lobo se puso las manos quemadas debajo de los brazos y parecía preocupado. Se balanceaba como en un baile lento de un pie a otro, intentando olvidar lo mucho que le dolían las manos. Jenna se olvidó de sus propias cuitas y se acercó a él.

—¿Te duelen? —le preguntó.

El Chico Lobo asintió rechinando los dientes.

—Tenemos que vendártelas —dijo Jenna—. Tenemos que protegerte las manos. Toma.

Desató el fajín de seda dorada que llevaba a la cintura y empezó a partirlo por la mitad con los dientes.

Septimus y Nicko observaban cómo Jenna vendaba con cuidado las manos quemadas del Chico Lobo con la seda dorada. Pero tenían la mente en otra parte, estaban pensando en el modo de salir de la casa de las brujas.

—Escuchad —dijo Septimus en voz baja.

—¿Qué? —suspiró Nicko.

Jenna y el Chico Lobo levantaron la vista nerviosos. ¿Qué había oído Septimus?

—¿No oís nada? —musitó Septimus.

Hubo un tenso silencio mientras todos aguzaban el oído para... ¿para oír qué? ¿Pisadas al otro lado de la puerta? ¿Simon Heap en la ventana? ¿La enfermera Meredith que había descubierto que su puente había quedado reducido a cenizas?

—No oigo nada, Sep —susurró Nicko al cabo de unos minutos.

—Exacto. Nada.

—¡Oh, Sep! —protestó Nicko—. Creíamos que habías oído algo. No vuelvas a hacerlo, ¿vale?

—Pero precisamente por eso, ¿no lo veis? El puente acaba de caerse con un gran estruendo en su jardín y las brujas ni se han despertado, no han dicho ni pío, nada. Está amaneciendo y ahora deben de haberse ido a dormir. Dice Marcia que las brujas negras suelen dormir todo el día y hacen sus quehaceres por la noche. Así que podemos irnos, es fácil.

—¡Sí, hombre, fácil recorrer toda una casa vieja que cruje, llena de trampas y brujas esperando para cogerte y convertirte en rana, y aún más fácil salir por la puerta principal que apostaría a que está atrancada con algo horrible. ¡Está chupado!

Cuando hubo acabado de vendar las manos del Chico Lobo, Jenna levantó la mirada.

—No tienes que ser tan antipático, Nik. No nos queda otra alternativa. Tenemos que pasar por la casa de las brujas. A menos que quieras saltar los seis metros que nos separan de esa espeluznante casa llena de muñecas.

Minutos más tarde estaban en el lúgubre pasillo lleno de telarañas, fuera del anexo. Nicko era

invisible. Estaba usando su hechizo silencioso de invisibilidad que, con la ayuda de Septimus, había conseguido hacer bien, después de varios intentos:

—No, Nik, es: Ni visto, ni oído, ni un susurro, ni una palabra. Y también tienes que imaginarlo. No es bueno repetirlo como un papagayo enloquecido.

Así que por fin el hechizo parecía funcionar, al menos habían conseguido salir de la habitación sin activar el crujido de la puerta. Jenna y Septimus tenían un hechizo de invisibilidad, que no era silencioso, pero habían decidido no usarlo. No les parecía justo dejar que solo el Chico Lobo fuera visible para las brujas.

Se quedaron largo tiempo dudando al otro lado de la puerta del anexo, preguntándose por dónde tenían que ir; era difícil adivinar qué camino subía y cuál bajaba. Las brujas del Puerto eran grandes entusiastas de las reformas del hogar, aunque «reformas» no era la palabra exacta para describir los resultados de sus esfuerzos. Con los años, el Aquelarre había convertido la casa en un laberinto interminable de pasillos y escaleras de caracol que solían acabar o bien al aire libre o bien precipitándose por una ventana. Había puertas que se abrían a habitaciones en las que las brujas habían quitado los suelos y no se habían acordado de volver a ponerlos; había cañerías goteantes despegadas de las paredes y a cada paso un tablón del suelo podrido amenazaba con quebrarse y enviarte al piso de abajo. Además de las reformas del hogar, estaban las plagas, ruinas y molestias que infestaban la casa y que estaban diseñadas para tender una trampa a cualquier intruso incauto.

Una pequeña molestia azul colgaba de un hilo del techo justo al otro lado de la puerta. La molestia era una desagradable criatura larguirucha con un solo ojo y cubierta de escamas de pescado, cuyo único propósito en la vida era impedir que alguien hiciera lo que quería hacer, pero, para ello, antes tenía que establecer contacto visual con la persona. Jenna no había notado la molestia e iba directa hacia ella. Retrocedió de inmediato, pero fue demasiado tarde: había levantado la mirada y se había cruzado con el ojo azul redondo que la miraba. Ahora la molestia se disponía a hacer alegremente su trabajo. Saltó y empezó a dar vueltas delante de Jenna, chapurreando como un niño pequeño.

—Hola, niñita presumida. Hola, hola. ¿Estás perdidita, monina? Yo te ayudaré. Ya verás.

—¡Cállate! —refunfuñó Jenna tan fuerte como se atrevió, intentando apartarse de la criatura.

—¡Oooh! eso es una grosería, coleguita. Yo solo quiero ayudarte...

—Sep, ¿puedes parar a esta molestia molesta antes de que la estrangule?

—Estoy intentando hacer algo. Tienes que calmarte, Jen. Intenta ignorar esa estúpida cosa.

—¡Oooh! Niño malo, malito...

—Sep —dijo Jenna de malos modos—, ¿a qué estás esperando? Líbrate de esto, ¿quieres? ¡Ya!

—No te libres de míiiii. Yo te ayudarééé.

—¡Cállate!

—Jen, Jen, no dejes que te supere, así es como funciona... te irrita tanto que no puedes hacer nada. Dame un momento. Tengo una idea.

—¡Oooh! El niño malo tiene una idea. ¡Oooh!

—Voy a matarla, Sep, te lo aseguro.

—¡Oooh, niñita mala! No está bien decir esas cosas. ¡Oooh!

Septimus buscó en su cinturón de aprendiz.

—Aguanta, Jen. Acabo de encontrar mi reverso. ¡Ah, aquí está! —Sacó un pequeño amuleto triangular y lo dejó plano en la palma de la mano con el borde afilado apuntando hacia la molestia.

La molestia lo miró con recelo.

—¿Qué tienes ahí, niño malo? —preguntó quejumbrosa.

Septimus no respondió. Respiró hondo y recitó muy despacio y bajito para no despertar a las brujas:

Molestia molesta, no me molestes más, dedícate a otra cosa, vuelve atrás.

—¡Oh, querido! —dijo la molestia débilmente—. Me siento un poco rara.

—Bien —murmuró Septimus—. Parece que funciona. Bueno, supongo que será mejor

comprobarlo.

—Ten cuidado, Sep —dijo Jenna, que de repente se sentía mucho menos irritada y molesta. Murmurando para sí un sencillo hechizo de mantente a salvo, Septimus se forzó a mirar a la molestia.

—Buenos días —le dijo alegremente la molestia—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Cada vez eres más bueno en esto de la Magia —le susurró Jenna a Septimus.

Septimus sonrió. Le encantaba la sensación de que un hechizo funcionara bien. La Molestia colgaba del techo aguardando pacientemente una respuesta.

—¿Podría, por favor, enseñarnos el camino de salida? —le preguntó educadamente Septimus.

—Será un placer —respondió la molestia—. Sígame, por favor.

La criatura se soltó del trozo de cuerda y aterrizó delante de ellos sobre sus cuatro patas larguiruchas. Luego echó a correr y, para sorpresa de todos, saltó por una trampilla abierta.

—Rápido —dijo Septimus—, será mejor que vayamos tras ella. Ve tú primero, Nik, para que nosotros podamos seguir en silencio.

Siguieron a la molestia por una escalera muy larga y en mal estado que les llevó por toda la casa. La escalera se hundía y se arqueaba a causa del desacostumbrado peso —pues ninguna de las brujas se había atrevido a usarla—, y cuando llegaron al suelo, Septimus estaba temblando.

Al bajar de la escalera y sumirse en la oscuridad, fueron recibidos por un coro de malévolos bufidos. El Chico Lobo devolvió el bufido.

—¿Qué es eso? —susurró Jenna.

—Gatos —murmuró Septimus—. Montones de gatos. ¡Chist!, cuatro cero nueve, no les molestes.

Pero el bufido del Chico Lobo dio resultado; los gatos se quedaron en silencio, aterrados por el sonido del gato más grande y fiero que habían oído en su vida.

La molestia esperó a que todos hubieran bajado la escalera sin contratiempos.

—Como pueden ver, dama y caballeros, ahora estamos en la cocina del Aquelarre, este es el centro de las actividades domésticas. Sigánnme, por favor, y les conduciré hasta la salida.

La cocina del Aquelarre olía a grasa frita rancia y a comida de gato. Estaba demasiado oscuro para distinguir nada, salvo el mortecino resplandor de la cocina y el centelleo de una selva de ojos de gato, que seguían su silencioso y pausado avance por la habitación.

Pronto estuvieron fuera de la cocina y siguieron de cerca a la molestia, que corría por un estrecho pasillo. Era muy difícil ver adonde se dirigían, pues la casa estaba oscura y sombría; las ventanas estaban tapadas por telas negras y las paredes cubiertas de una pintura marrón y de unos cuantos cuadros agrietados de brujas, ranas y murciélagos. Pero al doblar una esquina estrecha, un polvoriento haz de luz se proyectó de repente sobre el pasillo: se abrió una puerta con un crujido y salió una bruja.

Nicko se detuvo, muerto de miedo, y Septimus, que no podía verlo, chocó contra él, seguido de cerca por Jenna y el Chico Lobo. Stanley, que corría delante de Nicko, fue sorprendido en pleno haz de luz.

La bruja miraba a Stanley con los ojos desorbitados, y Stanley observaba aterrorizado a la bruja.

—Hola. Tú eres mi rata, ¿verdad, chico? —dijo la bruja con una extraña voz cantarina—. Deja que te convierta en una bonita y gorda rana.

La boca de Stanley se abrió y se volvió a cerrar, pero no salió ningún sonido. La bruja parpadeó despacio; luego se volvió y vio a Septimus, a Jenna y al Chico Lobo, que habían reculado hacia las sombras.

—También has traído a tus amigos contigo... hummm, ñam, ñam. Niños. Nos gustan los niños, de veras... y aquí está mi molestia especial, que colgué anoche.

—Hola, Verónica —dijo la molestia en un tono de ligera desaprobación—. ¿Otra vez vuelves a caminar sonámbula?

—Hummm —murmuró la bruja—. Sonámbula... adorable.

—Regresa a la cama ya —dijo enfadada la molestia—, antes de que te vuelvas a caer por la trampilla y las despiertes a todas.

—Sí, ahora me vuelvo a la cama... buenas noches, molestia —murmuró la bruja, y se marchó arrastrando los pies por el pasillo, con los ojos desorbitados mirando al vacío. Jenna y el Chico Lobo se apretujaron contra la pared para dejar pasar a la bruja sonámbula.

—¡Ufff, por los pelos! —resopló Septimus.

—Ahora por aquí, si no les importa, por favor, dama y caballeros —dijo la molestia con voz energética, y pasó velozmente debajo de una cortina negra que estaba colgada en el pasillo a modo de puerta.

Septimus, Jenna, el Chico Lobo, Stanley y el invisible silencioso Nicko pasaron por la cortina polvorienta y suspiraron de alivio: al otro lado, estaba la puerta de la entrada.

La molestia corrió hasta la puerta como un lagarto sobre una pared caliente y empezó a abrir afanosamente una serie de candados, cerraduras y cadenas. Jenna sonrió a Septimus, ya estaban casi fuera.

Y entonces empezó.

—¡Ay! ¡Socorro! ¡Socorro! Alguien me está atacando. Socorro. ¡Quita! ¡Quítate! —gritó una voz muy aguda y metálica. Una de las cerraduras estaba alarmada.

—¡Chissst!, Donald —dijo enojada la molestia a la cerradura—. Deja de armar tanto escándalo, soy yo.

Pero la cerradura no se callaba. Empezó a gemir repetitivamente.

—¡Oh, oh, oh, socorro...! ¡Oh, oh, oh, socorro...! ¡Oh, oh, oh, socorro...! ¡Oh, oh, oh, socorro...!

De repente, por encima de sus cabezas, se oyó el sonido de pasos que corrían y voces agitadas. El Aquelarre de las Brujas del Puerto se había despertado. Instantes después, llegaron los sonidos de fuertes pisadas desde la escalera, seguidas de un sonoro crujido de madera rota y un grito.

—¡Eres idiota, Daphne! —gritó una voz—. Acababa de arreglar ese peldaño y mira ahora: totalmente estropeado.

Daphne respondió con un gruñido.

—Huelo a intrusos. ¡Huelo a rata! ¡Rápido, rápido! Bajemos —gritó otra voz.

Lo que parecía una estampida de elefantes retumbó sobre las cabezas de los muchachos. La casa se sacudió. El Aquelarre de las Brujas del Puerto estaba de camino.

—¡Oh, oh, oh, socorro...! ¡Oh, oh, oh, socorro...! —rechinaba la cerradura.

—¿Sep? —Jenna se dirigió a Septimus presa del pánico—. Sep, ¿no puedes hacer algo?

—No sé. Estoy pensando, espera.

Septimus buscó de nuevo en el cinturón de aprendiz y sacó un paquete pequeño con una etiqueta: polvo de prisa. Rápidamente lo vertió en la mano y se lo arrojó a la molestia. La molestia tosió y escupió; pero de repente se afaná hasta que no era más que un borrón azul, subiendo y bajando por la puerta, descorriendo cerrojos, abriendo candados y liberando cadenas, sin que la cerradura dejara de entonar su ensordecedora letanía:

—¡Oh, oh, oh, socorro...! ¡Oh, oh, oh, socorro...! ¡Oh, oh, oh, socorro...! ¡Oh, oh, oh, socorro...!

De repente, Jenna oyó a las brujas que ya estaban abajo, en la cocina, pero en aquel momento la puerta se abrió de par en par, aplastando a la molestia contra la pared. En un abrir y cerrar de ojos, Jenna, Septimus, Nicko, el Chico Lobo y Stanley habían salido de la casa y corrían por el Paseo de la Soga, sin apenas atreverse a mirar atrás para ver si les seguía un rosario de brujas.

En la casa del Aquelarre de las Brujas del Puerto, el piso de abajo cedió por fin, tras años de ser roído por la colonia de carcomas gigantes de Daphne y hundió precipitadamente a todo el Aquelarre en el sótano, donde su caída fue interrumpida por los vertidos acumulados de un conducto de aguas residuales.

28. LA VEREDA.

Jenna, Septimus, Nicko, el Chico Lobo y Stanley tomaron la vereda para salir del Puerto hacia los marjales Marram. Jenna guiaba el paso y detrás de ella trotaba Trueno, sacudiendo la cabeza y rebufando en el aire fresco de la mañana, contento de estar fuera del pestilente establo donde había pasado la noche, en la parte trasera de la Casa de Muñecas.

Jenna había insistido en volver a buscar a Trueno. Temía que, si lo dejaba atrás, la enfermera Meredith tuviera la tentación de venderlo a la tienda de pasteles de carne que estaba en el Puerto. Así que dieron la vuelta al Paseo de la Soga y, como no había brujas fuera de la casa, Jenna entró a hurtadillas por el camino de tierra que pasaba por detrás de las casas y sacó a Trueno.

La Vereda corría por la alta cresta que bordeaba los campos en el límite del Puerto. Mientras caminaban entre la bruma de primera hora de la mañana, Jenna vio la gastada tienda del circo y olió la hierba aplastada por la multitud que se había congregado allí la noche anterior. Era una escena muy tranquila y pacífica, pero Jenna tenía los nervios a flor de piel —la quemadura que Chucho le había hecho en el brazo le dolía y era un constante recordatorio de que ahora Simon la tenía etiquetada—, y cualquier súbito movimiento o sonido la hacía saltar. Así que cuando Jenna vio por el rabillo del ojo una pequeña sombra oscura zumbante dirigiéndose hacia ella, le entró el pánico y se agarró fuerte a Septimus.

—¡Aaay! —exclamó Septimus—. ¿Qué ocurre, Jen? ¿Qué es?

Jenna se escondió detrás de él. Algo se dirigía directamente hacia ella.

—¡Arrrg... arrrg! ¡Quítamelo! ¡Quítamelo de encima! —gritaba Jenna, sacudiéndose del hombro a un gran insecto punzante.

Los chicos se arrodillaron y observaron el insecto que había caído de espaldas sobre el fino polvo de la vereda y se agitaba patas arriba produciendo un débil zumbido.

—Pensaba que estaba muerto —dijo Septimus tocando el insecto con el dedo.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó Nicko moviendo la cabeza.

El Chico Lobo miraba el insecto. No parecía comestible. Demasiado duro, pensó, y puntiagudo. No le sorprendería que tuviera un desagradable aguijón.

Jenna escudriñaba por encima de sus hombros.

—¿Qué es? —preguntó.

—Es tu insecto escudo —dijo Septimus.

—¡No! —Jenna cayó de rodillas y con mucho cuidado cogió el insecto y se lo puso en la palma de la mano.

Jenna le sacudió el polvo como pudo y al cabo de un rato, contemplado por un público fascinado, el insecto se levantó y temblorosamente empezó a limpiarse las alas, zumbando y aleteando como si intentara volver a ponerlo todo en funcionamiento. Y de repente, con un triunfante batir de alas contra su verde caparazón de escamas, el insecto se levantó en el aire y se posó en el lugar que le correspondía, en el hombro de Jenna, igual que había hecho un año antes cuando lo crearon en la casa de tía Zelda. Eso levantó el ánimo de Jenna; ahora tenía algo que la defendería si —¿o debía decir cuándo?— Simon llegaba a buscarla.

El formidable caballo con la rata sobre la silla y cuatro figuras que caminaban a su lado avanzaba lenta pero inexorablemente por la vereda. Habían pasado los campos que rodeaban el Puerto y ahora llegaban al juncal que proporcionaba tejado, cestas, alfombras y todo tipo de cosas a los habitantes del Puerto. El sol de la mañana se elevaba y disipaba los últimos aros de bruma que pendían sobre los juncos, que se extendían casi hasta donde alcanzaba la vista. Más allá del juncal, estaban los marjales Marram, envueltos todavía en la espesa bruma de los pantanos.

Stanley mantenía lo que él llamaba un perfil bajo. Aquella mañana no era una rata feliz, pues acababa de reconocer la salida que conducía al tugurio de Jack el Loco, donde, el año anterior, había pasado las seis semanas más espantosas de su vida cuando lo metieron en una ratonera; consiguió escapar cuando, casi muerto de hambre, estaba tan delgado que pudo colarse entre los barrotes.

Era media mañana cuando Stanley vio que los juncos eran cada vez menos frondosos y olió la fragancia húmeda de los marjales Marram, y por fin se relajó, convencido de que ya estaban

lejos de Jack el Loco. La vereda se perdía en un sendero cenagoso y el grupo se detuvo. Jenna ahuecó la mano sobre la frente para protegerse del brillo del sol y entornó los ojos hacia el marjal. El corazón le dio un brinco, no tenía ni idea de dónde estaba el camino que llevaba a casa de tía Zelda. La última vez que había estado allí con Nicko, estaba cubierto de hielo y nieve durante la gran helada y no se parecía en nada a aquello.

Septimus se acercó a ella.

—Pensé que el Boggart estaría esperándonos —dijo perplejo—. Estoy seguro de que tía Zelda sabe que estamos aquí.

—¡Hum, no! No creo que lo sepa, Sep —dijo Jenna—. Ahora ya no tiene tan buen oído y le resulta duro escuchar. Voy a enviarle a Stanley a decirle dónde estamos.

—¿Disculpa? ¿He oído bien? —preguntó la rata con incredulidad.

—Sí, Stanley, me has oído perfectamente —respondió Jenna—. Quiero que vayas a la casa de la conservadora y le digas a tía Zelda que estamos aquí.

—Lo siento, majestad, pero como he dicho antes, no voy por los pantanos...

—Si te pido que vayas por los pantanos, Stanley, vas por los pantanos. ¿Lo entiendes?

—¡Ejem...! —Stanley parecía algo abatido.

—Y si no haces lo que te pido, haré que te despidan del Servicio Ratiscreto.

—Pero...

—¿Queda claro?

Stanley no daba crédito a sus oídos. Ni tampoco Septimus, ni Nicko; nunca habían oído a Jenna hablar con tanta determinación.

—¿Queda claro, Stanley?

—Como el cristal. Completamente claro.

Stanley miró tristemente hacia los marjales Marram. Jenna, pensó con reticente admiración, iba a ser una reina más dura que su madre.

—Bueno, entonces ve —dijo Jenna—. Acuérdate de decirle a tía Zelda que envíe al Boggart a la orilla del Puerto con la canoa. Y ve lo más rápido que puedas. Simon me ha etiquetado, ¿recuerdas?

Todos observaron cómo la rata corría por el camino cenagoso, saltando por encima de una juncia que sobresalía y crecía en los pantanos exteriores, hasta desaparecer de su vista.

—Espero que no le ocurra nada malo —dijo Jenna haciéndose sombra con la mano y mirando en la dirección en la que había desaparecido Stanley.

No le había gustado amenazar a Stanley, pero no le había dejado otra alternativa. Desde que Chucho la había etiquetado, sabía que solo era cuestión de tiempo que Simon la encontrara, y deseaba llegar a la seguridad de la casa de la conservadora.

—Es una buena rata —dijo Septimus—. Volverá pronto con el Boggart, ya verás.

Se sentaron a un lado de la vereda. Trueno mordisqueaba feliz la hierba y Jenna pasó a los demás la botella de agua que había llenado, cuando salían, en la fuente del Puerto. Nicko se tumbó a contemplar el cielo, feliz de pasar una agradable mañana sin nada que hacer. El Chico Lobo estaba intranquilo; le dolían las manos y al cabo de un rato se levantó y empezó a pasear arriba y abajo del camino para quitarse el dolor de cabeza.

Jenna y Septimus estaban con los nervios a flor de piel, vigilantes, escrutando el marjal y los juncuales por si notaban algo raro. De vez en cuando, el viento se arremolinaba entre los juncos, un ratón se sumergía en el agua con un discreto salpicón, o un pájaro llamaba de repente a su pareja con el reclamo lastimero de los pantanos, y Jenna y Septimus se sobresaltaban. Pero a medida que se acercaba el mediodía y el aire era cada vez más cálido y bochornoso, el viento iba cesando y los sonidos de animales y pájaros iban acallándose. A Jenna y a Septimus les empezó a entrar sueño, y sus ojos se cerraron lentamente. Nicko se quedó dormido. Hasta el Chico Lobo dejó de pasear, se tumbó y descansó las manos quemadas en la fresca hierba.

Por encima de ellos, el sol caliente refulgía en el cielo despejado... y a lo lejos, más allá de los marjales Marram, una sombra negra apareció en el horizonte.

29. LUCCHAR Y VOLAR.

Septimus fue el primero en verlo. Algo oscuro crepitaba en el aire y le ponía los pelos de punta. De repente se irguió.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jenna despertándose sobresaltada—. ¡Ay!

Hizo una mueca, la quemadura de la etiqueta empezaba a dolerle.

—Mirad... allí —Septimus señaló el cielo—. No me gusta su aspecto. Es demasiado grande para ser un pájaro. Jenna se frotó el brazo y entornó los ojos para examinar la extensión azul brillante, siguiendo la dirección del dedo de Septimus. A lo lejos, muy por encima de los marjales Marram, vio una gran figura negra con forma de pájaro. —Podía ser una cometa de los marjales... —dijo sin mucha convicción.

Septimus sacudió la cabeza y se levantó para verlo mejor, protegiéndose los ojos del resplandor intenso de la luz. Palideció y se puso muy serio.

—¿Qué pasa? —preguntó Nicko, abriendo adormilado los ojos.

Sin palabras, Jenna señaló la forma que se aproximaba. El Chico Lobo dejó de pasear y también miró.

—¡Es muy raro...! —murmuró entre dientes.

—¿Qué es lo que ves? —preguntó Nicko preocupado. Sabía que el Chico Lobo tenía una vista de lince.

—Parece un murciélago formidable... pero no, esperad un minuto... ¡Caramba! Se acerca muy rápido... es... No, no es posible...

—¿Qué? —preguntó Septimus con ansiedad—. ¿Qué no es posible?

—Un idiota volando por los aires.

—¿Estás seguro, cuatro cero nueve?

—Van, cuatro uno dos.

—Pero eso es imposible, nadie puede volar así, quiero decir, nadie puede volar como un pájaro

—dijo Jenna muerta de miedo. www.freelibros.org

—Una vez lo hicieron. Eso cuentan —susurró Septimus entre dientes.

La mancha negra se movía deprisa, y pronto no cupo la menor duda de que se trataba de la figura de un hombre volando, con la capa negra flotando detrás de él, planeando sobre los marjales, zigzagueando de aquí para allá sin rumbo fijo, y oteando la tierra. Estaba afinando rápido la etiqueta que Chucho le había proporcionado.

—¡Es Simon! —exclamó Jenna, que apenas podía creer lo que estaba viendo.

—Tenemos que escondernos —dijo Septimus—. ¡Rápido, Jen, a los juncales!

—Bueno, no sé por qué estáis todos tan preocupados —declaró Nicko levantando la mirada hacia la figura que se acercaba—. Nosotros somos cuatro y Simon, al fin y al cabo, está solo, se trata del sabihondo de nuestro hermano mayor. De acuerdo, ha aprendido a volar, pero ¿y qué? Apuesto a que Sep también puede hacerlo. ¿Verdad, Sep?

—No, Nik, así no. Eso son palabras mayores... eso es volar.

—Pero tú puedes ir arriba y abajo, ¿no, Sep? Eso es volar.

—Solo unos pocos centímetros del suelo, Nik. Yo no podría volar así ni en un millón de años. No creo que nadie pueda hacerlo.

Jenna se refugió junto a Trueno y se agarró fuerte a las riendas. De algún modo, se sentía más segura junto al recio y tranquilo animal mientras veía aproximarse la figura en el cielo. Septimus se puso a su lado, decidido a proteger a Jenna esta vez. De un bolsillo secreto del cinturón de aprendiz, sacó su amuleto más preciado. Eran un par de alas de plata que Marcia le había dado cuando le pidió por primera vez que fuera su aprendiz. Septimus tenía las alas en la palma de la mano y brillaban al sol. En la resplandeciente plata, estaban escritas tres palabras en oro macizo: VUELA LIBRE CONMIGO.

Septimus intentó recordar qué era lo que había hecho aquella mañana con Marcia junto a la ciénaga del Boggart —le parecía tan lejano ahora— cuando por primera vez sujetó el amuleto y notó que le recorría el cosquilleo de la Magia. Recordó que había repetido las palabras para sí e imaginado que realmente estaba volando. Eso era todo. Pero tenía que haber algo más.

—¿Lo ves?.., sabía que eras capaz de hacerlo, Sep —dijo Nicko admirativamente mientras Septimus se levantaba unos centímetros del suelo.

Septimus miró hacia abajo y aterrizó con un golpe seco.

Mientras tanto, Jenna no había apartado la vista de la oscura figura del cielo. Ahora estaba lo bastante cerca para ver su melena rubia flotando mientras volaba bajo sobre el lecho cubierto de juncos, afinando cada vez más la etiquetación. En el último minuto, cuando parecía que iba a caerse de cabeza en la vereda, Simon remontó el vuelo y derrapó hasta detenerse en el aire con una expresión de extraordinaria concentración en el rostro. Aquel era el primer intento de volar que realizaba Simon. Se había estrellado tres veces en el despegue desde el tejado del Observatorio y se había salvado por los pelos de estamparse contra una de las islas de los marjales que estaba plagada de gallinas. No era tan fácil como le había dicho Hugh Fox que le resultaría.

Simon se mantenía en el aire con dificultad, como si lo zarandease el viento, y contempló sorprendido el grupo que se encontraba en tierra. Había visto algo que no esperaba volver a ver en su vida, algo que creía que se había comido la lombriz gigante que habitaba en su galería (y que estaba a punto de dar a luz a diez pequeñas lombrices y por tanto estaba de muy mal humor y muy hambrienta).

—¡Tienes mi caballo! —gritó Simon a Jenna—. ¡So... so ladrona de caballos!

Todo el mundo se quedó paralizado al ver a Simon en el aire. Olvidándose del peligro, se quedaron mirándolo, preguntándose qué se proponía hacer.

—¡Vete y déjanos en paz, Simon! —dijo Jenna con firmeza.

—Entonces, suelta mi caballo —replicó Simon, y de repente perdió concentración... y altura. En su rápida caída, aterrizó torpemente al lado de Jenna, torciéndose el tobillo. Jenna se apartó de un salto, arrastrando a Trueno con ella.

—Vete, Simon —le dijo Septimus enfadado.

Simon se echó a reír.

—¿Acaso me vas a echar tú, un mocoso de Pejereto joven? Lo dudo.

Con una velocidad sorprendente, Simon le arrebató las riendas a Jenna al mismo tiempo que la cogió del brazo y se lo retorció contra la espalda hasta que Jenna gritó de dolor.

—Suéltala, cerdo —exigió Nicko.

Se lanzó contra Simon, pero Simon ya estaba preparado con un rayo aturdidor que lanzó a los pies de Nicko. El rayo aturdidor golpeó a Nicko, este cayó al suelo y el rebote alcanzó al Chico Lobo. Nicko intentó levantarse, pero no podía; era como si tuviera la cabeza clavada al suelo. Cerró los ojos, la luz le hería, y el ruido del interior de su cabeza le hacía sentirse terriblemente mareado.

—Da gracias a que eres mi hermano —le dijo Simon a Nicko, que estaba tumbado y despatarrado sobre la polvorienta vereda—. Yo no hago daño a la familia. Bueno, no como para matarlos. Pero no veo a nadie más de mi familia por aquí, solo un par de niños que han usurpado nuestro nombre, del mismo modo que uno de ellos me robó el caballo.

Simon apretó fuerte a Jenna.

—Basta, Simon —exclamó Jenna—. Me estás haciendo daño.

—Ah, ¿sí? ¡Aaay! —Con la mano libre, Simon se dio un manotazo en la nuca—. Malditos tábanos —se quejó mirando la mancha de sangre de su mano mientras, ajeno a él, el insecto escudo de Jenna se posaba en su hombro, después de haber errado el golpe a la yugular de Simon con su afilada espada y la levantaba para asestarle un segundo golpe.

El insecto estaba desentrenado; desde que se había separado de Jenna en lo que se conocía como la Gran Tormenta, no había tenido que proteger a nadie y había pasado la mayor parte del tiempo persiguiendo a un viejo enemigo, el Cazador, que ahora era bufón del circo. Pero el insecto nunca había olvidado a Jenna y cuando la vio pasar por delante de la tienda del circo, supo que volvía a tener un propósito en la vida: protegerla de sus enemigos.

La espada del insecto escudo se dirigió hacia el cuello de Simon.

—¡Detente! —le gritó Jenna, que era incapaz de dejar que el insecto matara a alguien a quien

aún consideraba su hermano.

El insecto se detuvo confuso. ¿Por qué no le dejaban completar su trabajo? La pequeña criatura fuertemente acorazada se quedó en el hombro de Simon, con la mirada fija en su cuello y el brazo ansioso por levantar la espada y asestarle otro golpe.

—¿Que se detenga qué, princesa? No te estoy haciendo daño. En realidad parece que es a mí a quien hacen daño... como siempre —dijo Simon compadeciéndose un poco de sí mismo.

Miró a su alrededor repentinamente apenado. Le escocía el cuello de la supuesta picadura del tábano y el tobillo empezaba a dolerle cuando se apoyaba en él, y de algún modo tenía que volver a llevarse a aquella incómoda niña a las Malas Tierras. Esta vez disfrutaría dejándola fuera para los Magogs.

—Súbete al caballo —le dijo bruscamente a Jenna—. Nos vamos.

—No, no nos vamos, Simon —le respondió Jenna con tranquilidad.

—No me digas lo que tenemos o no tenemos que hacer. Súbete al caballo. —Simon tiró del brazo de Jenna furioso.

—Si vuelves a hacerlo, Simon, le diré a mi insecto escudo que acabe lo que ha empezado. No quiero hacerlo, pero no me dejarás otra opción.

—¿Qué insecto escudo?

Simon miró con precaución a su alrededor y entonces comprendió que aquello era lo que le había picado. Se llevó la mano a la nuca y cogió el insecto, le dio un golpecito con un inverso y el insecto se hizo una bola. Simon tiró el insecto a los juncales.

—¡Ah, ese insecto escudo! —sonrió sarcásticamente saboreando su triunfo—. Ahora súbete al caballo.

—Súbete tú al caballo. —La voz de Septimus salió de ninguna parte—. Luego vete de aquí y no vuelvas nunca más.

Simon y Jenna miraron hacia arriba sorprendidos. Septimus flotaba en el aire tres metros por encima de ellos.

En un instante, Simon había soltado a Jenna y se elevaba en el aire para enfrentarse a Septimus. Jenna miraba a los dos hermanos en guardia uno frente al otro a tres metros del suelo. La diferencia de altura de Septimus con respecto a Simon no era un problema, y lo miraba a los ojos desafiándole a que hiciera un movimiento.

—Deja a Jenna en paz, Simon —le dijo Septimus, concentrado en hablar y flotar en el aire al mismo tiempo, lo cual no era tan fácil como creía. En cuanto pensó lo que le iba a decir se encontró con que se precipitaba hacia el suelo—. Vuélvete... ¡ops!... por donde hayas venido y... ¡ah!... llévate tu Magia negra contigo.

Los ojos de Simon se oscurecieron de rabia. Septimus notó que se habían vuelto negros, y desconcertantes destellos verdes le recorrían los iris como rayos en una tormenta.

—Tú no me engañas, eres un fraude —se burló Simon—. Eres un falso Heap y un falso aprendiz. Te has agenciado uno de esos amuletos de alas de tres al cuarto, a diez por penique. No tienes maniobrabilidad ni velocidad, y solo puedes subir hasta la chimenea de una casucha.

Y para demostrar que estaba en lo cierto, Simon ascendió precipitadamente por encima de Septimus, luego volvió a bajar a toda velocidad y empezó a dar vueltas a su alrededor zumbando como una abeja furiosa.

—Volar —continuó Simon trazando círculos alrededor de Septimus—. Volar, como ya deberías saber, puesto que eres la mascota de la maga extraordinaria, es el arte perdido que yo he redescubierto.

Simon se sintió satisfecho al ver la mirada de sorpresa en la cara de Septimus. Había puesto nervioso al chico, lo sabía. Aquello empezaba a ponerse divertido... por fin.

—¿Y no te gustaría saber dónde lo he redescubierto, pequeño gusano, eh?

Septimus miraba a Simon, decidido a no rendirse y a concentrarse en permanecer en el aire.

—Claro —siguió Simon—, me gustaría decirte que te puedes ir a casa con tu querida Marcia y su fiel sombra y contarles cómo el próximo aprendiz extraordinario ha descubierto el arte perdido de volar, pero, por desgracia para ti y la encantadora señorita Overstrand, no va a poder

ser. Te quedarás aquí en los juncales con el insecto escudo por siempre jamás.

Ahora Simon dejó de dar vueltas como un loco y se detuvo delante de Septimus. Con parsimonia, Simon metió la mano en el bolsillo mientras Septimus se preguntaba qué pretendía hacer. Luego, con un súbito golpe de muñeca, Simon le arrojó a Septimus un rayocentella. De algún modo, Septimus se apartó a un lado y, con un rugido ensordecedor, el rayocentella le rozó la oreja, chamuscándole el pelo y el perfil de su cara. Ardiendo con una brillante luz blanca, el rayocentella se hundió en el lecho de juncos y explotó con un trueno ensordecedor, levantando una cortina de agua lodosa que aterrizó sobre Nicko y el Chico Lobo y les despertó del rayoaturdidor.

Las ondas de choque del rayocentella desequilibraron a Septimus y, para su horror, empezó a caer en dirección a Simon. Mientras Septimus chocaba contra él, Simon se quitó la capa y la envolvió tensamente alrededor de su hermano menor, sujetando los brazos de Septimus a los costados. Septimus luchó y se debatió, pero a una orden pronunciada por Simon, la capa negra se transformó en una gran serpiente negra y se enroscó alrededor de él, apretándole entre sus anillos. Cada vez que Septimus soltaba aire para respirar, la serpiente lo estrechaba más fuerte, así que cada respiración era menos profunda y más difícil. A Septimus le estaban arrebatando la vida lenta y deliberadamente.

Simon volaba por encima de él y observaba el acto con una sonrisa de satisfacción, hasta que una afilada piedra le dio en la mano y le hizo tambalearse hacia atrás en medio de su sorpresa.

—¡Ya lo tienes! —dijo la voz de Jenna desde abajo—. ¡Rápido, rápido, tírale otra!

No hacía falta que se lo dijesen; el Chico Lobo ya estaba apuntando con el tirachinas, preparándose para otro disparo. Tiró de la goma hacia atrás y le lanzó un guijarro. Acertó a Simon en el ojo derecho y lo derribó, haciéndole gritar de dolor. Golpeó el suelo con un ensordecedor estruendo. La serpiente soltó a Septimus y siguió a su amo. Aterrizó con un golpe seco y serpenteó hasta el juncal. Septimus, aturdido y mareado por la falta de oxígeno, estaba empeorando poco a poco, hasta que Jenna, Nicko y el Chico Lobo lo cogieron y lo tumbaron sobre la ribera. Estaban demasiado preocupados por Septimus, que tenía una palidez mortal y los labios morados, como para notar que Simon había conseguido ponerse en pie. Solo cuando Jenna oyó el sonido de los cascos de Trueno galopando por la vereda, levantó la mirada.

Simon Heap, con una mano sobre el ojo derecho herido y la otra en las riendas de Trueno, partió de regreso a las Malas Tierras.

30. EN LOS MARJALES MARRAM.

—¿Ahora?! —dijo Stanley con incredulidad—. ¿Qué... que vuelva ahora?

—Eso es lo que he dicho —le soltó tía Zelda, que acababa de desenrollar el fajín de Jenna de las manos quemadas del Chico Lobo y no le gustó nada lo que vio.

De pie en el umbral de la puerta de la casa de la conservadora, Stanley contemplaba la radiante puesta de sol, mientras Jenna, Nicko y Septimus estaban sentados junto a la nave Dragón. Jenna tenía una venda limpia alrededor del brazo y Septimus parecía mucho menos pálido después de uno de los pasteles antiserpientes de tía Zelda. Nicko movía feliz los pies en las cálidas aguas del marjal.

Stanley miró la nave Dragón. Era el barco más bonito que la rata había visto en su vida, y eso que había visto un montón de barcos. La proa era un esbelto cuello de dragón arqueado, cubierto de escamas verdes iridiscentes, la cabeza era de oro brillante y los ojos, de un intenso color verde dragón. El casco del buque era amplio y liso y el oro bruñido brillaba a la luz del sol. Plegadas a los lados, tenía un par de coriáceas alas verdes de dragón. En la popa, donde descansaba un timón de caoba maciza, la cola del dragón se enroscaba en el aire, rematada en una púa dorada que destellaba a la luz del sol. Era una escena apacible y feliz, y Stanley se sentía a salvo en la isla de tía Zelda... no quería irse. Pero tía Zelda tenía otros planes.

—No tiene sentido retrasarlo —le dijo—. Si te vas ahora, estarás fuera de los marjales cuando caiga la noche. Hoy es el día más largo del año y el mejor para viajar a través de la marisma. Hace demasiado calor para la mayoría de las criaturas; estarán todas bajo el barro manteniéndose fresquitas.

—Salvo los insectos albondiguilla —dijo Stanley rascándose tristemente una oreja—. Me ha seguido un enjambre de insectos albondiguilla todo el camino hasta aquí. Aún me pica. ¡Qué incordio de bichos!

—¿Se te han metido por la nariz? —preguntó Jenna acercándose a Stanley en el umbral.

—¿Qué? —preguntó Stanley. www.freelibros.org

—Los insectos albondiguilla. ¿Se te han metido por la nariz? Eso es lo que hacen. Se te meten por la nariz y te limpian todos los m...

—Jenna, Jenna, por favor. No es necesario que entres en detalles. Todos sabemos muy bien lo que hacen los insectos albondiguilla.

La voz de tía Zelda provenía del otro lado de la puerta entreabierta, de debajo de las escaleras donde ponía POCIONES INESTABLES Y VENENOS PARTICULARES. Estaba buscando en el armario de las pociones un bálsamo para las quemaduras.

—Stanley no lo sabe —indicó Jenna.

—Stanley no tiene por qué saberlo —dijo tía Zelda, saliendo del armario con un gran frasco de vidrio que contenía un ungüento rosado—. Los insectos albondiguilla no hacen eso a las ratas. Además, estoy intentando mandarlo de vuelta con Marcia para que les diga a la pobre mujer, y a vuestra madre y a vuestro padre también, que estáis todos a salvo. No hay por qué preocuparle ni con los insectos albondiguilla ni con ninguna otra cosa.

—¿No va a ir? —preguntó Jenna.

La rata levantó una pata en señal de protesta.

—Disculpado —intervino Stanley—. Aún estoy aquí y no he dicho que no vaya a ir, su majestad. Es solo que preferiría no ir si a su majestad le da lo mismo.

—Bueno, a mí no me da lo mismo —dijo Jenna—, ni a tía Zelda.

—No, ya lo imaginaba. Entonces iré. ¿Queréis que le diga algo en particular a la maga extraordinaria? —preguntó Stanley abatido.

—Dile a Marcia, y a mis padres, que están en el Palacio, que estamos todos sanos y salvos en casa de tía Zelda y que he llegado a tiempo para la visita del solsticio de verano.

—Perfecto. Lo haré, majestad.

—Bien —dijo Jenna—. Gracias, Stanley. No lo olvidaré, te lo prometo. Sé que no te gustan los marjales.

—No, no me gustan. —Stanley saltó el escalón de la puerta.

—Espera un minuto —gritó tía Zelda. Stanley miró atrás, con la esperanza de que hubiera cambiado de opinión—. ¿Te gustaría llevarte un bocadillo? Me han quedado unos restos de comida.

—Hum, ¿de qué sería el bocadillo en concreto? —preguntó tímidamente Stanley.

—Col. La herví toda la mañana, así que está buenísima y blandita.

—Es usted muy amable, pero no, gracias. Ahora me marcho.

Y tras decir esto, Stanley corrió por el sendero, cruzó velozmente el puente sobre el Mott y salió a los marjales Marram.

—Bien —dijo tía Zelda—, espero que no le pase nada.

—Yo también —coincidió Jenna.

A última hora de la tarde, el Chico Lobo tenía fiebre. Estaba tumbado en el sofá de tía Zelda, con las manos untadas de bálsamo para quemaduras y vendajes blancos limpios, delirando mientras sufría pérdidas de conciencia. Septimus estaba sentado a su lado, colocándole un paño frío y húmedo en la frente, mientras tía Zelda hojeaba las páginas de un libro grande y gastado, Farmacopea de la bruja y el brujo.

—Es una quemadura negra, eso seguro —murmuró tía Zelda—. Me horroriza pensar que Simon Heap está metido en todo esto. Si ha incubado una bola rastreadora tan efectiva, quién sabe qué más puede hacer.

—Volar —dijo Septimus apenado, con ganas de que a 409 le bajara la fiebre.

—¿Volar? —Tía Zelda levantó la vista de los libros y enarcó las cejas con asombro en sus centelleantes ojos azules de bruja—. ¿Volar de verdad? ¿Estás seguro, Septimus?, ¿Seguro que no estaba flotando y se trataba de una ilusión? Los oscuros son buenos creando ilusiones.

—Estoy seguro. Además, no habría podido alcanzarnos de otro modo. Era imposible, para hacerlo tenía que cruzar los marjales Marram.

Tía Zelda parecía pensativa, y siguió pasando las gruesas y crujientes páginas de la Farmacopea, en busca de la poción adecuada.

—Bueno, no me lo creo —dijo www.freelibros.org mientras repasaba cada página de pergamino con escritura apretada, intentando descubrir los símbolos que estaba buscando—. Me refiero a que ¿de dónde lo ha aprendido?

—Marcia dice que el amuleto de volar no existe —dijo Septimus—. Dice que lo lanzó a una caldera el último alquimista. Lo sacrificó para conseguir el oro más puro.

—Tal vez sí —dijo tía Zelda—, o tal vez no.

—¿Cómo es eso? —preguntó Septimus, que siempre estaba interesado en escuchar lo que tía Zelda tuviera que contar sobre Magia.

Su punto de vista era refrescantemente distinto del de Marcia, y a veces tía Zelda sabía cosas que Marcia ignoraba.

Tía Zelda levantó la vista de la Farmacopea y contempló a Septimus con expresión meditabunda.

—Que quede entre tú y yo —dijo en voz baja.

Septimus asintió.

—Según la leyenda —prosiguió tía Zelda—, el último alquimista no sacrificó el amuleto de volar. Se lo guardó para sí. ¿Sabes?, estaba hecho del oro más hermoso, es decir, de hebras de oro puro tejido por las arañas de Aurum. Se prendó de él y no pudo soportar perderlo. Así que lo ocultó.

—¿Dónde? —preguntó Septimus.

Tía Zelda se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? ¿En la copa del árbol más alto del Bosque? ¿Debajo del colchón? ¿En un calcetín?

—¡Oh! —Septimus parecía bastante decepcionado; esperaba saber algo más.

—Pero... —prosiguió tía Zelda.

—¿Sí?

—Siempre he creído que el amuleto de volar estaba aquí.

—¿Aquí? —exclamó Septimus—. ¿En casa de la conservadora?

—Chissst, sí. —Tía Zelda giró otra página y miró la fórmula que estaba escrita al margen—. Naturalmente, lo he buscado por todas partes, pero el problema con estos amuletos antiguos es que provienen de la Edad Oscura de la Magia, y suelen responder a un reclamo de oscuridad, y eso es lo único, Septimus, que yo no poseo ni deseo poseer nunca.

El paño en la frente del Chico Lobo se había calentado. Con la mente puesta en el amuleto de volar, Septimus se levantó y llevó el paño a la pequeña cocina de tía Zelda. Lo hundió en un cubo de agua fría de manantial y lo estrujó, luego se volvió a sentar junto al Chico Lobo y se lo puso cuidadosamente en la frente. El Chico Lobo ni se movió.

—Pero... —dijo Septimus.

—Ya sabía que encontrarías algún pero —dijo tía Zelda sonriendo.

—Pero ¿por qué crees que el amuleto de volar está aquí? Sé que debes de tener un motivo.

—Bueno... ya sabes, Septimus, que una conservadora no puede casarse.

—Sí.

—Y con razón, pues ninguna mujer puede tener secretos para su marido, y una conservadora tiene muchos secretos que guardar. Pero Broda Pye, una de las primeras conservadoras que hubo, se casó en secreto... con el último alquimista. Creo que su marido ocultó el amuleto de volar aquí. También creo que debió de guardarse una parte para ella, si hacemos caso a los diarios de la conservadora... de modo que el amuleto de volar puede que no esté completo.

—Pero...

—¿Sí? ¡Oh, esto promete! —Tía Zelda miraba a través de las gafas una página renegrida de la Farmacopea del brujo y la bruja.

—No entiendo por qué no lo escondió en el Castillo —dijo Septimus—. Tenía que hacer un viaje peligroso con un preciado amuleto. ¿No eran los marjales mucho más peligrosos antiguamente... llenos de peces carnívoros y todo tipo de cosas oscuras? Bueno, no creerás que iba a arriesgarse a perder el amuleto de volar en alguna horrible parte de las arenas movedizas, ¿verdad?

Tía Zelda levantó la vista y miró a Septimus por encima de las gafas.

—Cada maestrillo tiene su librillo —dijo erpípticamente. Y antes de que Septimus pudiera preguntarle qué quería decir con aquello, tía Zelda le puso la pesada Farmacopea sobre el regazo—. Echa un vistazo a esto —añadió, señalándole la página chamuscada—. Creo que podría servirnos. Lleva un auténtico inverso de Herberto Hervor, por lo que contiene algo de oscuridad. ¿Qué opinas?

—«Brebaje negro quemado: preparado de uñas de gato —leyó Septimus—. Para aumentar su eficacia, cuando se sospeche que hay contaminación oscura, recomendamos hacer una mezcla con el remedio inverso de Herberto Hervor número III. Atención: NO DEBE HERVIR. Véase página XXXV para la Fórmula Final. Aplíquese inmediatamente. Manténgase durante trece minutos justos. Retírese con muchísimo cuidado.» —Septimus silbó—. Parece realmente complicado.

—Es realmente complicado —respondió tía Zelda—. Tardaré como mínimo una hora en mezclarlo, pero tengo todos los ingredientes. Siempre guardo una botella de hervor de pesadilla en el armario de las pociones y compré uña de gato en el mercadillo anual el año pasado.

Tía Zelda volvió a desaparecer en el armario de las pociones.

Septimus se quedó con el Chico Lobo, que dormía como un tronco, pálido e inmóvil, quemado por dentro por una fiebre oscura. Septimus observó con nerviosismo la puerta del armario de las pociones cerrada a cal y canto. La recordaba a la perfección de su anterior estancia en casa de tía Zelda. Dentro había un pequeño y oscuro armario lleno a rebosar de todo tipo de pociones valiosas y frágiles de tía Zelda, y una trampilla que conducía al túnel que en otro tiempo llevaba hasta el viejo templo en el que la nave Dragón había descansado bajo tierra durante cientos de años. Pero desde que las paredes del templo habían sido arrastradas por la gran tormenta, ahora el túnel conducía al huerto de coles y tía Zelda se había habituado a usarlo como atajo.

Jenna apareció en la entrada, recortada contra la brillante luz.

—¿Cómo está? —preguntó con voz muy alterada.

—No creo que esté demasiado bien —respondió Septimus tranquilamente—. Tía Zelda está

preparando una poción realmente complicada para él.

Jenna se sentó al lado de Septimus.

—¿Crees que se pondrá bien, Sep? —le preguntó.

—No lo sé... ¡Fue todo tan rápido...!

Tía Zelda salió del armario con aspecto aturullado.

—Beleño de los pantanos. Necesito beleño de los pantanos. ¿Puedes creerlo...?, y fresco. ¡Maldita receta! Ve a pedirselo al Boggart, ¿quieres? Rápido, por favor.

Septimus se levantó de un salto.

—No, Sep. Tú quédate con él. Iré yo —dijo Jenna.

—Dile al Boggart que es urgente —gritó tía Zelda a Jenna, que ya se había puesto en movimiento y estaba de espaldas a ella—. Y no le hagas caso si arma un escándalo.

El Boggart armó un escándalo. Jenna tuvo que llamarlo tres veces antes de que la gran criatura marrón del marjal emergiera de su ciénaga en un mar de burbujas de barro.

—¿Esss que no puede un Boggart echarse una ssiestecita en el día más caluroso del año?

—preguntó, y sus ojos negros parpadearon con enfado en el sol radiante— ¿Qué quieress ahora?

—Lo siento mucho, de veras, Boggart —se disculpó Jenna—, pero tía Zelda necesita urgentemente un poco de beleño de los pantanos fresco, y ella...

—¿Beleño de los pantanos? ¿Tengo que sssalir a buscar beleño de los pantanos?

—Por favor, Boggart —suplicó Jenna—. Es para el chico de las manos quemadas. Está muy enfermo.

—¡Ah, bueno! Lo sssiento mucho, pero también sssiento tener que sssalir otra vez y que me queme el sol y no poder quedarme durmiendo. Y no hablemos de tener que hurgar debajo de todas esas assquerossas babosssas.

El Boggart se estremeció y resopló una gran burbuja por su nariz respingona, como de foca. Jenna percibió un tufillo del legendario aliento del Boggart; retrocedió y se balanceó ligeramente. El aliento del Boggart era aún más fuerte al sol.

—Dile a Zelda que le llevaré beleño de los pantanosss en cuanto lo encuentre —dijo el Boggart, y se hundió en el lodo.

Minutos más tarde, Jenna lo vio salir a la superficie en el Mott, un amplio canal que bordeaba la isla. Miró al Boggart hacer veloces progresos por los canales y acequias que salían del Mott y se adentraban en el marjal hasta que, a lo lejos, llegó al Pozo de los Treinta Metros, donde crecía el beleño de los pantanos. Jenna le vio sacar la cabeza del agua, respirar hondo y desaparecer de la vista.

El Boggart cerró las orejas y la nariz y se hundió como una piedra en el Pozo de los Treinta Metros. Era un buceador experto y podía aguantar la respiración al menos una hora, así que esa parte del trabajo no le preocupaba en absoluto. Sin embargo, lo que le molestaba era lo que sabía que encontraría en el fondo del pozo. El Boggart no era una criatura remilgada, pero las grandes babosas blancas del marjal —que estaban en permanente estado de descomposición— le daban escalofríos. En el fondo del pozo vivían babosas gigantes, y por debajo de ellas florecía el beleño de los pantanos, alimentado por la carne podrida de babosa. El beleño de los pantanos era un poderoso catalizador de cualquier poción, pero el beleño de los pantanos fresco... El Boggart sacudió la cabeza en señal de desaprobación. Esperaba que Zelda supiera lo que estaba haciendo al querer manipular esa hierba fresca.

Jenna se sentó al lado del Mott a esperar a que el Boggart volviera a salir a la superficie. Para pasar el rato cogió unos pequeños guijarros de color gris y los acarició, con la esperanza de que uno de ellos fuera su vieja piedra mascota, Petroc Trelawney. Silas le había regalado a Petroc para su décimo aniversario, pero Petroc se había ido sin despedirse durante la última visita que Jenna realizó durante el solsticio de verano. Jenna aún tenía la esperanza de encontrarlo, pero ninguno de los guijarros que acarició sacó las patitas regordetas como Petroc habría hecho. Suspiró y los arrojó uno tras otro al Mott esperando que el Boggart no tardara mucho.

Jenna no era la única persona que esperaba al Boggart. Junto al Pozo de los Treinta Metros,

tumbado en un prado de hierba blanda, estaba la figura larga y delgada de un niño. Iba vestido con unos pantalones de retales y una túnica suelta de un tosco tejido. A pesar de los esfuerzos que tía Zelda hacía por alimentarle, Merrin Meredith, ex aprendiz de DomDaniel, aun estaba flaco como un palillo. Hacía más de un año que tía Zelda se había encargado de él hasta devolverlo a la vida, después de que su antiguo amo lo consumiera, si bien las secuelas todavía se traslucían en sus intensos ojos grises. Cuando tenía el día bueno, a Merrin no le importaba la compañía de tía Zelda, pero cuando lo tenía malo —y ese día era uno de ellos— no podía soportar estar cerca de ella ni de nadie. En esos días, Merrin se sentía como si estuviera consumido y no existiera en realidad.

Merrin estaba de mal humor. Se había puesto de mal humor desde que llegó una rata charlatana con una petición urgente para que el Boggart acudiera al lado del marjal que daba al Puerto y llevara la canoa para recoger a la horrible princesa. Merrin había estado merodeando por el canal que venía del lado del Puerto, y cuando divisó la canoa aún se puso de peor humor.

Efectivamente, la engreída princesa iba sentada en la proa de la canoa, tal como esperaba, pero, además, iban tres chavales con ella. Tres. Uno de ellos no tenía mala pinta. Era un chico delgado y fibroso que a Merrin le recordaba el cachorro de un lobo que su amo había tenido tiempo atrás. Pero los otros dos eran las últimas personas en el mundo que Merrin hubiese querido ver. Uno era ese horrible Nicko con el que una vez se había enfrentado y le había llamado cerdo y le había retorcido el brazo hasta hacerle mucho daño. Pero, peor aún, el otro era ese Septimus Heap, el que le había robado el nombre. Su propio nombre. No estaba bien que tía Zelda siguiera diciéndole que su verdadero nombre era Merrin Meredith... ¿Qué sabía ella? Le habían llamado Septimus Heap toda su vida. Podía ser un nombre estúpido, pero era el único que había conocido.

Malhumorado, Merrin se había ido a refugiar a su lugar preferido en el Pozo de los Treinta Metros. Sabía que allí no le molestarían hasta que tía Zelda le llamara cuando anocheciera, pero ahora, para su desesperación, le estaba molestando ese apestoso viejo Boggart.

Merrin estaba tumbado, muy enfadado, clavando un palo afilado en el barro, esperando a que el Boggart se fuera y le dejara en paz. Después de lo que le pareció una eternidad, oyó un gorgoteo y un resoplido a su lado y vio la cabeza del Boggart saliendo a la superficie de la espesa agua marrón. Merrin no dijo nada; estaba acostumbrado al Boggart, como a la mayoría de las criaturas. El Boggart sacudió la cabeza y escupió como un surtidor el agua maloliente, una parte de la cual fue a parar encima de Merrin.

—Asssquerossss —le dijo el Boggart a Merrin—. Cosas repugnantesss. Hay más que nunca. He tenido que apartarlas de mi camino a puñadosss. Tardaré díasss en quitarme los trozos de babosssa de las uñasss. Puaj. —El Boggart se estremeció—. Pero tengo el beleño de Zelda. —Levantó un puñado de hebras blancas que de inmediato empezaron a marchitarse a la luz del sol—. ¡Uy! —exclamó el Boggart, hundiéndolas de nuevo en el agua—. No puedo dejar que se sequen. —Y, tras decir eso, nadó por los canales hasta el Mott, donde Jenna lo vio y corrió hasta el puente para encontrarse con él.

Merrin la observaba mientras le clavaba un palo afilado a un desprevenido escarabajo del marjal.

31. DRAGONES.

Se produjeron dos pequeñas explosiones en el armario de las pociones y una gran humareda verde y pestilente salió por debajo de la puerta cuando tía Zelda añadió el beleño de los pantanos fresco; pero, por fin, después de que tía Zelda vertiera trece gotas de mixtura de uña de gato en la lengua del Chico Lobo, el muchacho pudo dormir plácidamente.

El sol del solsticio de verano se acababa de poner. Jenna, Nicko y Septimus estaban sentados en el escalón de la puerta observando cómo desaparecían los últimos rayos rojos y el punto de luz que era Venus se hacía cada vez más brillante en el cielo oscurecido. Merrin se mantenía tan alejado de ellos como le era posible. Estaba ocupado en un rincón de la casa, alimentando y haciendo recuento de su copiosa colección de hormigas, que tía Zelda le dejaba tener en una serie de viejos tarros de pociones.

Al acercarse la medianoche, tía Zelda encendió un farol para el encuentro anual de Jenna con la nave Dragón. Merrin ya estaba arriba, acurrucado debajo de las sábanas. Sin embargo, a pesar de decirse a sí mismo que le importaba un comino lo que esos estúpidos estuvieran haciendo con el extraño barco, Merrin se acercó al ventanuco de la buhardilla que daba al Mott, donde estaba amarrada la nave Dragón.

Lo que Merrin no comprendía —porque, conociendo la pasión de Merrin por torturar seres vivos, tía Zelda se había guardado mucho de contárselo— era que la nave Dragón en realidad era en parte un dragón vivito y coleando. Hacía cientos y cientos de años, la nave Dragón había sido un dragón completo. Había sido incubado, aunque parezca raro, por un humano, Hotep-Ra, el primer mago extraordinario, mucho antes de que soñara siquiera con viajar al Castillo y construir la Torre del Mago. Muchos años más tarde, una noche terrible en la que Hotep-Ra huyó a su país y emprendió el viaje hacia el norte, el dragón se transformó en una hermosa nave, para salvarle de sus perseguidores. Fue un regalo generoso, pues un dragón solo puede experimentar una transformación semejante una vez en la vida; así que el dragón de Hotep-Ra sabía que seguiría siendo una nave hasta el fin de sus días.

En la proa del barco se erguían el cuello y la cabeza del dragón viviente, y la popa era su cola. Las velas eran sus alas, perfectamente plegadas a los costados del gran casco de madera. Cuando se transformó, las costillas del dragón se convirtieron en las cuadernas del casco que soportaban las curvas planchas de madera, y la columna vertebral, que corría a lo largo del casco, se convirtió en la quilla. En lo más recóndito de una bodega cerrada y que nadie, ni siquiera tía Zelda, había abierto nunca, latía su corazón, silencioso y lento.

A la luz que proyectaba el farol, Merrin observó a tía Zelda caminar con Jenna hasta la nave Dragón. Permanecieron un momento quietas ante la proa, contemplando la verde y dorada cabeza del dragón. Entonces, para su sorpresa, Merrin vio que la cabeza del dragón se movía. Jenna se quedó quieta bajo el haz amarillo del farol, mientras la proa del barco se inclinaba para encontrarse con ella, hasta que la cabeza del dragón estuvo a la altura del rostro de Jenna. Los ojos de color verde esmeralda del dragón miraron directamente a los de Jenna y despidieron un intenso fulgor verdoso sobre su cabello oscuro. Era como si estuvieran hablando sin palabras, pensó Merrin. Observó cómo Jenna alargaba la mano para acariciar el hocico del dragón y, de algún modo, Merrin supo que el hocico del dragón era blando y cálido al tacto. A Merrin le entraron ganas de tocarlo también, pero sabía que no era para él. Notó, con una sensación de agrado, que tampoco era para Septimus ni para el cerdo, pues permanecían al margen, en la sombra, observando, lo mismo que él.

Merrin vio a Jenna acercar la oreja a la cabeza del dragón. Le pareció que la sonrisa de Jenna se esfumaba y se convertía en una mueca, y se preguntó qué le habría dicho el dragón. A Merrin le encantaba saber de qué hablaba la gente; había adquirido la mala costumbre de escuchar las intrigas y maquinaciones de los demás en su época de aprendiz de DomDaniel, en buena medida porque nadie quería hablar con él, y era el único modo de poder oír el sonido de una voz humana que no le estuviera pegando gritos. Intrigado por la escena que se desarrollaba junto al Mott, no dejaba de saltar impacientemente ante la ventana, deseoso de oír lo que estaban diciendo.

Lo que Merrin no sabía era que nadie podía oír lo que estaban diciendo. Su primera impresión

era acertada: Jenna y el dragón se comunicaban sin palabras, como habían hecho todas las reinas con la nave Dragón a lo largo de los años. Los días del solsticio de verano, cuando el poder de la nave Dragón estaba en su punto más álgido, la reina del Castillo visitaba el barco. La primera visita de la reina del Castillo había tenido lugar hacía cientos y cientos de años, cuando la nave Dragón estaba siendo reparada por los constructores de barcos de Hotep-Ra, tras naufragar en la boca del río en su travesía hacia el Castillo. Aquellas eran visitas alegres, mientras la nave Dragón reponía fuerzas en el soleado aire de los marjales. Pero cuando Hotep-Ra envejeció y sus poderes comenzaron a mermar y sus planes a torcerse, empezó a temer por la seguridad de la nave Dragón y la encerró entre los muros de un viejo templo subterráneo en la isla donde ahora vivía tía Zelda. Siguiendo las instrucciones de Hotep-Ra, la nave Dragón fue vigilada por una sucesión de conservadoras y visitada por una sucesión de reinas el día del solsticio de verano. Nadie sabía por qué tenía que hacerse, pues los escritos de Hotep-Ra se habían perdido. Lo único que sabían todas las conservadoras y las reinas era que aquella era una de las dos cosas que mantenían el Castillo a salvo; la otra era la presencia de la reina.

Ahora que la visita había concluido, Merrin observó a Jenna rodear con sus brazos el cuello del dragón, como para despedirse, y, mientras ella se alejaba, vio al dragón erguir lentamente la cabeza hasta recuperar su posición habitual y convertirse de nuevo en un hermoso barco. Jenna miró la nave Dragón un momento más antes de que ella y tía Zelda regresaran por el sendero. Al acercarse a la casa, Merrin las perdió de vista. De repente, Merrin sintió que tenía mucho sueño: la lenta y silenciosa escena que se había representado ante él, le había producido un efecto extrañamente soporífero. Por una vez, en lugar de escuchar en lo alto de la escalera como solía hacer, volvió a la cama y se quedó dormido. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, aquella noche Merrin no tuvo las pesadillas habituales.

Abajo, tía Zelda había encendido un pequeño fuego con madera de manzano y estaba sirviendo un poco de zumo de chirivía y col. La noche del solsticio era una noche importante para todas las brujas blancas, pero especialmente para las brujas blancas que hacían de conservadoras de la isla Draggén. Tía Zelda era la última de una larga estirpe de conservadoras, pero la primera en tener la nave Dragón amarrada fuera de su casa, como si fuera un barco más de los marjales. En el pasado, durante la noche del solsticio de verano, sus predecesoras habían guiado a la reina por una trampilla que se abría dentro del armario de las pociones y que daba a un túnel que descendía hasta el viejo templo, donde la nave Dragón había sido depositada por su primer amo, Hotep-Ra.

El segundo amo de la nave Dragón ahora estaba sentado ante el fuego, bebiendo zumo de chirivía y col, jugueteando con el anillo dragón que llevaba en el dedo índice de la mano derecha y preguntándole a Jenna:

—¿Cuál es el problema? ¿Qué te ha dicho? Cuéntanoslo, Jen.

Jenna no respondió. Se quedó mirando el fuego, concentrada en sus pensamientos.

Llegó tía Zelda y se sentó al lado de ellos.

—Nunca debes preguntarle a la reina, o a la futura reina, qué ha dicho el dragón. Incluso antiguamente cuando los magos extraordinarios sabían de la existencia de la nave Dragón, no se atrevían a preguntárselo —le dijo a Septimus con severidad.

—¡Ah! Pero a Jen no le importa contárnoslo, ¿verdad, Jen? Además, si es algo malo, así no tendrá que preocuparse ella sola.

Jenna apartó la mirada del fuego.

—No me importa que Septimus me lo pregunte.

—Estoy segura de que no —dijo tía Zelda—. Pero debes saber cómo tienen que hacerse las cosas, cómo se han hecho siempre. Y sin tu... ¡oh, querida...!, sin que tu querida madre esté aquí para explicártelo... bueno, me parece que debo enseñarte todo lo que pueda.

—¡Ah! —dijo Jenna, para sumirse después en el silencio. Al cabo de un rato, añadió—: Quiero contaros lo que el dragón me ha dicho. Me ha dicho que sabe que se acerca un oscuro. Dice que ya no está a salvo aquí...

—¡Claro que está a salvo aquí! —intervino tía Zelda, indignada—. Está conmigo... yo soy la

conservadora. Yo la conservo a salvo.

Jenna prosiguió hablando en voz grave y firme, sin dejar de contemplar el fuego, incapaz de mirar a tía Zelda mientras le contaba cosas que no iban a ser de su agrado.

—Dice el dragón que desde que el templo fue arrasado por el agua y está en el exterior, ha estado temiendo que un oscuro la encontrara.

—Bueno, ¿por qué no te contó eso cuando viniste el año pasado? —preguntó tía Zelda algo molesta.

—No lo sé —dijo Jenna—. Tal vez no quería que volviéramos a meterla bajo tierra. Es humana... quiero decir, dragona. Ama el sol y el aroma del aire de las marismas.

—Exacto —protestó tía Zelda—. Sería algo terrible volver a esconderla. Y está tan hermosa... Yo le hablo todo el tiempo mientras está ahí fuera.

Jenna buscaba la manera de decirle a tía Zelda lo que la nave Dragón le había pedido que le dijera.

—Dice que tiene que irse —murmuró Jenna.

—¿Que tiene que qué? —exclamó tía Zelda.

—Quiere que le pida a su nuevo amo que la lleve lejos, para su seguridad, para mantenerla a salvo, tal como hizo su último amo cuando la ocultó en el viejo templo. Lo siento de veras, tía Zelda, pero eso es lo que ha dicho. Ha dicho que ha llegado la hora de completar su viaje al Castillo.

—Pero yo soy la conservadora —protestó tía Zelda—. Aquí siempre ha habido conservadoras... he mantenido la promesa de las conservadoras: conservarla a salvo en todo momento. Y la mantendré. No puedo dejar que se vaya. No puedo. —Se levantó del taburete en el que estaba sentada—. Voy a hacer un bocadillo de col. ¿Alguien quiere uno?

Jenna y Nicko sacudieron la cabeza, pero Septimus vaciló un instante. Desde que se había convertido en aprendiz, añoraba los bocadillos de col de tía Zelda, e incluso, aunque Marcia le había hecho uno como regalo de aniversario, no sabía igual. Pero él también sacudió la cabeza, en aquel momento no tenía ni pizca de hambre.

Mientras se sentaba en el suelo junto al fuego, preocupado por lo que se esperaba que hiciera con la nave Dragón —y aún más por lo que tía Zelda iba a decir si lo hacía—, Septimus notó que algo le estaba dando picotazos. Debía de ser Bert, pensó, apartándola con la mano. Bert era la gata de tía Zelda que se había convertido en pato y tenía la manía de picotear a cualquiera que le quitara su sitio delante de la chimenea. Pero no había ni rastro de Bert.

—¿Qué ocurre, Sep? —preguntó Nicko.

—He notado que algo me picoteaba, pero Bert no está aquí... ¡Ay! Aquí está otra vez.

—Septimus dio un brinco—. ¡Aaay! Hay algo en mi bolsillo. ¡Me está mordiendo!

—¡Puaj! —exclamó Jenna—. Apuesto a que es uno de esos mordedores de los pantanos. Estuvieron saltando por todas partes mientras esperaba al Boggart. Líbrate de él, Sep. Abre la puerta y échalo fuera, ¡rápido!

Septimus se encaminó hacia la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó tía Zelda, que regresaba con un inmenso bocadillo de col en la mano.

—Tiene un mordedor de los pantanos en el bolsillo —explicó Jenna—. Le está mordiendo.

—¡Pequeños bichos malos! —dijo tía Zelda—. Asegúrate de que lo lanzas al otro lado del Mott, Septimus. No queremos que vuelva a entrar dentro de casa.

Septimus abrió la puerta a toda prisa, y volvió del revés el bolsillo de la túnica. Para su sorpresa, no había nada. Entonces, mientras acercaba la mano al cinturón, algo asomó la cabeza por un gran agujero que había aparecido en la faltriquera que llevaba en la cintura. Le mordió el dedo... fuerte y esta vez no lo soltaba.

—¡Aaaaaay! —gritó Septimus moviéndose en círculos y sacudiendo frenéticamente la mano para librarse de la cosita verde con dientes afiladísimos, clavados todos ellos en su dedo índice, justo por encima del anillo dragón.

—¡Cielo santo! —exclamó tía Zelda—. ¿Qué tienes ahí?

—¡Quitádmelo! —gritaba Septimus sin atreverse a mirar.

Entonces, la pequeña cosa verde (que aún no había aprendido a respirar y morder al mismo tiempo) respiró hondo. Soltó el dedo de Septimus, y cuando este sacudió fuertemente la mano salió volando describiendo una parábola en el aire y esquivando de milagro la colección de escobas de tía Zelda que colgaban de las vigas. Todos miraron cómo, en el punto más alto de su trayectoria, la criatura abría dos pequeñas alas y las movía sin demasiado éxito mientras se dirigía directamente hacia Jenna, y aterrizaba en su regazo. Jenna se sentó, mientras contemplaba con asombro el pequeño bebé dragón.

32. ESCUPEFUEGO.

—Ahora no te puedes separar de él —le dijo tía Zelda a Septimus mientras le vendaba el dedo sangrante—. Al morderte el dedo, te ha marcado con su impronta. No es más que un mordisco, ¡ya verás cuando crezca! Tienes que agenciarte un manual de adiestramiento de dragones de donde sea. Aunque no sé dónde vas a encontrar uno en los tiempos que corren.

Septimus se sentó mirando los fragmentos rotos de la piedra que Jenna le había dado durante su anterior estancia en casa de tía Zelda. La había encontrado mientras Septimus la ayudaba a escapar del Cazador, estaba en el suelo del túnel que conducía al templo donde se ocultaba la nave Dragón. Septimus la había guardado como un tesoro; era el primer regalo que alguien le hacía en su vida. Mientras contemplaba la gruesa cáscara verde de huevo hecha añicos que tenía en las manos, Septimus no podía creer que su preciosa piedra fuera un huevo de dragón. ¿Cuántas probabilidades había de que ocurriera eso?, se preguntó.

Las probabilidades eran remotas. Septimus ignoraba que solo había unos quinientos huevos de dragón en todo el mundo, y que hacía muchos, muchos años que un humano no ayudaba a incubar un dragón. Los huevos de dragón se hallan en viejas y olvidadas guaridas de dragón, y mucha gente que los encuentra los recoge y se los queda porque tienen un bonito lustre. No todos los huevos de dragón son verdes, hay otros que son azules con alguna que otra rareza roja. Pero, por lo general, se pasan el resto de sus días en vitrinas de exposición o en el fondo de una caja de zapatos viejos, sin ser incubados, pues un huevo de dragón necesita seguir una complicada secuencia de acontecimientos, todos en el orden correcto y todos durante cierta cantidad de tiempo para convertirse en un bebé dragón. La última vez que eso había sucedido había sido hacía quinientos años en una pequeña isla desierta, cuando un solitario marinero náufrago se había despertado una mañana para descubrir que su atesorada piedra azul se había roto y de ella había salido un inesperado y extraordinariamente problemático compañero.

Al igual que el náufrago, Septimus, sin saberlo, había seguido correctamente todos los pasos necesarios para incubar un huevo de dragón en estado latente. Primero había activado la incubación al dejar el huevo cerca del fuego en la casa de tía Zelda durante su última visita. Un huevo de dragón necesita más de veinticinco grados centígrados de calor a una temperatura constante durante un mínimo de veinticuatro horas para poner en marcha el proceso. Luego necesita un año y un día de calor y movimiento constantes.

Tras recoger el huevo de dragón que había dejado al lado de la chimenea, Septimus decidió guardárselo en el bolsillo, lo que le proporcionó no solo el calor que el dragón necesitaba sino también la sensación de movimiento. Un dragón no sale del cascarón solo porque reciba calor; necesita creer que su madre lo lleva consigo y que estará allí para cuidarlo cuando nazca. Para un huevo de dragón, no notar movimiento significa que no hay madre. Sin ser consciente de ello, Septimus le dio al huevo un año y un día del calor y la «marcha» suficiente para convencer al minúsculo dragoncito de que su madre era muy «enrollada». Al cabo de un año y un día, el dragón estaba a punto de nacer, pero incluso en la última fase algo podía salir mal. Necesitaba un golpe seco para despertarlo, de lo contrario, en los siguientes seis meses el dragón moriría sin haber tenido la posibilidad de romper el cascarón. Una madre dragón normalmente usa este tiempo para encontrar un lugar seguro donde el bebé dragón podrá salir del cascarón. Cuando lo ha encontrado, le da un mordisquito al huevo. Por suerte para el huevo de Septimus, los zorros suplantaron perfectamente a la madre dragón al hincar los dientes en la cáscara. En ese momento, el bebé dragón estaba casi incubado, pero no del todo. Se requería un último ingrediente y no fue Septimus quien se lo proporcionó sino su hermano Simon. El huevo de dragón necesitaba un toque de oscuridad.

Todas las madres dragón tenían distintas maneras de cumplir este último requisito. Algunas secuestraban una cosa que pasara por ahí y le mostraban el huevo; otras dejaban el huevo en la puerta de la casa de una bruja negra durante la noche con la esperanza de que aún siguiera allí por la mañana. Algunos dragones tenían bastante con su propia oscuridad y no necesitaban buscar más. Cuando la capa de Simon se convirtió en una serpiente y se enroscó alrededor de Septimus y el huevo, le dio el toque final necesario e inició la cuenta atrás. El bebé dragón

saldría del cascarón dentro de doce horas, que era exactamente lo que había sucedido.

—No sé mucho sobre dragones, y todavía menos sobre dragones recién nacidos —dijo tía Zelda mientras acababa de vendar el dedo de Septimus y daba el último mordisco al bocadillo de col—. Pero sí sé que, cuanto antes le pongas nombre, mejor. Si lo dejas demasiado tiempo será un sin nombre y nunca acudirá a tu llamada. Ya resulta difícil que te hagan caso la mayoría de las veces, por lo que tengo entendido. Durante las primeras veinticuatro horas no debe apartarse de tu lado, así que será mejor que se lo devuelvas a Septimus, Jenna.

—Entonces, tómallo, Sep —dijo Jenna ligeramente apenada. Cogió el pequeño lagarto alado de su regazo y se lo dio a Septimus—. Es monísimo, ¿verdad?

Septimus contemplaba el dragón dormido, enroscado en la palma de su mano. Era sorprendentemente pesado para su tamaño, frío al tacto y liso como el huevo en el que había sido incubado.

Nicko dejó escapar un sonoro bostezo y se desperezó, todavía soñoliento.

—Voy a dormir un poco —dijo. El bostezo era contagioso.

—Primero el nombre, luego a dormir —dijo tía Zelda—. ¿Qué nombre le vas a poner?

Septimus no tenía ni idea. Miró el dragón y se le contagió el bostezo de Nicko. Estaba demasiado cansado para inventar nombres para dragones. De repente, el dragón se sentó y tosió un poco de saco de huevo; dos pequeñas llamas le salieron por las narinas y chamuscaron la mano de Septimus.

—¡Ay! —exclamó—. Me está escupiendo fuego. Eso es: Escupefuego. Ese es su nombre, Escupefuego.

—Sigue —dijo tía Zelda.

—¿Que siga qué? —preguntó Septimus chupándose los dedos quemados.

—Con los dragones, como con todo, deben seguirse las reglas —le explicó tía Zelda—. Tienes que decir... déjame pensar. .. ¡ah, sí!: ¡Oh, fiel compañero e intrépido amigo que estará conmigo hasta el fin, yo te bautizo Escupefuego! O Cara de Caniche o Derek o... bueno, lo que sea que hayas decidido.

www.freelibros.org

Septimus miró el dragón que tenía en la mano y murmuró tímidamente:

—¡Oh, fiel compañero e intrépido amigo que estará conmigo hasta el fin, yo te bautizo Escupefuego!

El dragón le miró con sus ojos verdes sin parpadear y tosió un poco más de saco de huevo.

—¡Puaj! —dijo Septimus.

Septimus no consiguió pegar ojo aquella noche. Escupefuego estaba inquieto; cada vez que Septimus se quedaba dormido, el dragón le mordisqueaba el dedo o le toqueteaba la ropa con sus afiladas zarpas. Al final, malhumorado, Septimus metió de nuevo el dragón en el bolsillo donde había guardado el huevo, y el dragoncito al fin se quedó tranquilo y se durmió.

A la mañana siguiente, Escupefuego despertó a todos muy temprano, revoloteando frenéticamente ante la ventana como una mariposa intentando salir.

—Dile que se esté quieto, Sep —dijo Nicko medio adormilado, tapándose la cabeza con la almohada y tratando de volver a dormirse.

Septimus se levantó, cogió a Escupefuego y lo apartó de la ventana. Empezaba a comprender lo que tía Zelda quería decir cuando le comentó que un bebé dragón es un problema. El dragón le arañaba la mano con sus afiladas garritas, y Septimus lo volvió a meter en el bolsillo.

El sol de la mañana ya estaba alto en el cielo y brillaba a través de la niebla de los marjales. Septimus sabía que estaba demasiado despierto para volver a conciliar el sueño. Miró a Jenna, a Nicko y al Chico Lobo, que apenas se habían movido bajo las mantas y se habían vuelto a dormir. Como no quería que Escupefuego les molestase, Septimus decidió sacar el dragón a tomar el aire de la mañana por primera vez.

Cerró la pesada puerta tras de sí sin hacer ruido y bajó por el camino hacia la nave Dragón. Allí ya había alguien.

—¡Qué preciosa mañana! —dijo tía Zelda pensativa.

Septimus se sentó a su lado sobre el puente de madera que cruzaba el Mott.

—Pensé que quizá la nave Dragón querría conocer a su bebé. Quiero decir, que supongo que Escupefuego es el huevo de la nave Dragón...

—Eso creo —dijo tía Zelda—, aunque nunca se sabe con los dragones. Escupefuego te ha marcado a ti con su impronta, así que yo no complicaría más las cosas. Mira, he encontrado esto para ti. Sabía que tenía uno en algún sitio.

Tía Zelda le dio a Septimus un librito verde encuadernado en lo que sospechosamente parecía piel de dragón. Se titulaba: Cómo sobrevivir a la crianza de un dragón. Guía práctica.

—Claro que lo que en realidad necesitas es el Almanaque de los primeros años del lagarto alado —le dijo tía Zelda—. Pero dudo de que ni siquiera en la biblioteca de la Pirámide tengan uno. Por desgracia, estaban escritos en un pergamino altamente inflamable y ya no se consiguen. Sin embargo, este te puede servir de ayuda.

Septimus cogió el libro que olía a moho y miró divertido los consejos de la cubierta de atrás.

«Este libro me salvó la vida. La tapa es resistente a dentelladas de dragón. Llévelo consigo siempre».

«Solo perdí un dedo mientras crié a Fang, gracias a la práctica sección de consejos de esta valiosa guía».

«Después de que Skippy me marcara con su impronta, todos mis amigos me abandonaron y me estaba volviendo loco hasta que leí este libro. Ahora me dejan salir del manicomio los fines de semana... y además, ¿quién necesita amigos?»

—¡Ah!, gracias, tía Zelda —dijo Septimus abatido.

Septimus y tía Zelda se sentaron en amistoso silencio, cada uno con sus propios pensamientos, oyendo los sonidos de los marjales mientras el caluroso día de verano empezaba a filtrarse a través de la niebla y a despertar a las criaturas más activas de la marisma. Al igual que Jenna, Septimus se había convertido en un experto en identificar los diferentes sonidos, y estaba seguro de que oía el de los chupones, el de un par de peces, seguidos por la brusca zambullida de un mordedor de los pantanos y el ondular de algunas anguilas pequeñas. Pronto el calor del sol quemó los últimos restos de la bruma y el claro cielo azul auguraba un día de calor sofocante.

Tía Zelda levantó la mirada hacia el cielo transparente. Había una tensión en ella que a Septimus le llamó la atención.

Miró a tía Zelda. Su cara redonda, enmarcada por el cabello gris rizado y algo despeinado, mostraba una expresión nerviosa y sus profundos ojos azules de bruja brillaban como si se concentraran en algo allá arriba, en el cielo. De pronto, se levantó del puente y cogió a Septimus de la mano.

—No mires hacia arriba —dijo en voz baja—. No corras. Límitate a caminar lentamente hasta la casa conmigo.

Dentro de la casa, tía Zelda cerró en silencio la pesada puerta principal y se apoyó contra ella. Estaba pálida y tenía una expresión desolada.

—Jenna tenía razón —susurró tía Zelda casi para sí—. La nave Dragón... tendrá que irse.

—¿Por qué? ¿Qué... qué has visto? —preguntó Septimus, aunque ya había adivinado la respuesta.

—Simon está allí arriba, como un buitres, acechando.

Septimus respiró hondo para intentar relajar el nudo que empezaba a notar en el estómago.

—No te preocupes, tía Zelda —le dijo—. La nave Dragón estará a salvo en el Castillo. Yo la llevaré.

Aunque no tenía ni idea de cómo lo haría.

33. EL DESPEGUE.

Merrin observaba la nave Dragón a través de sus anteojos. Había encontrado aquellos anteojos medio enterrados en la madriguera de un Brownie durante una de sus muchas expediciones solitarias por los marjales y había guardado el secreto sin decirle nada a tía Zelda. A Merrin le gustaba tener secretos que no conociera tía Zelda, aunque no duraban mucho, pues ella los descubría todos. Pero estaba seguro de que ese secreto sí había conseguido guardarlo para sí, gracias a que enterró los anteojos debajo de una losa de piedra sobre la loma cubierta de hierba que estaba junto al Pozo de los Treinta Metros. Merrin sabía que mientras tía Zelda no lo viera usando los anteojos estaría a salvo, pues no había modo de que ella pudiera atravesar el cenagal que rodeaba el pozo sin hundirse, solo Merrin era lo bastante ligero y ágil para saltar por encima del pasadero oculto bajo la superficie del lodazal.

Merrin suponía, y con toda la razón, que los anteojos habían pertenecido en otro tiempo a su antiguo maestro DomDaniel. Había cierta oscuridad en ellos que le hacía sentirse cómodo y le recordaba los viejos tiempos. Tal vez no fueron dichosos, pero sí al menos interesantes, y no estaba pegado a un maloliente y viejo marjal rodeado de unas cuantas coles y una entrometida vieja bruja por toda compañía. Se puso los anteojos, con cuidado de que el sol no se reflejara en ellos y delatara su posición, y sonrió para sí al pensar que él seguía aún con vida en la marisma y DomDaniel no era más que una montaña de huesos que los Brownies del pantano habían dejado mondos y lirondos. Lo tenía merecido, pensó alegremente Merrin. Ese viejo nigromante no debió haber sido tan malo con su fiel aprendiz.

La mañana estaba avanzada y la marea alta de primavera —pues el día anterior había habido luna llena— llenaba los canales de las marismas. El tremedal de Merrin estaba ahora rodeado de agua negra y terrosa de la laguna. El marjal estaba tranquilo en el calor amodorrante del mediodía y Merrin estaba tumbado en la loma sin hacer nada. Había estado observando las idas y venidas de la casa a la nave Dragón toda la mañana sin encontrarles ningún sentido. Tía Zelda, que normalmente era bastante mandona, parecía estar perdida, merodeando apenas alrededor de la nave Dragón, mientras la princesa y el cerdo se ocupaban de levantar el mástil y hablaban con tía Zelda. Septimus Heap llevaba una eternidad en el barco, lo cual irritaba a Merrin, pues a él nunca le dejaban subir. Merrin intentó ver qué estaba haciendo Septimus, pero, según parecía, se limitaba a mirar el timón, mientras el cerdo se quedaba de pie junto al Mott, hablando con él. Estúpidos, pensó Merrin.

—Vamos, Sep —decía Nicko—. Ya la has pilotado una vez, así que puedes volver a hacerlo. ¡Está chupado!

—Pero no sabía lo que hacía, Nik; yo no hice nada, el barco lo hizo todo solo. —Septimus siguió mirando el timón sin reaccionar; le daba miedo poner la mano sobre aquel trozo de caoba maciza y curva, pues, la última vez que lo había hecho, la nave Dragón había cobrado vida de súbito y había despegado del agua.

—Bueno, esta vez llevas puesto el anillo dragón, y la otra, no, así que te resultará más fácil —señaló Nicko—. No sé por qué te preocupas, Sep. Los barcos son pan comido.

Septimus miró su anillo dragón. Le encantaba el anillo, pero en ese momento deseó no tenerlo. ¿Por qué había tenido que acabar siendo él el amo del dragón? ¿Por qué no podía haber sido Nicko, que lo sabía todo sobre barcos?

—Vamos, Septimus. —La voz de tía Zelda provenía de una parte del barco—. A veces hay cosas que tenemos que hacer. Yo no quiero que la nave Dragón se vaya, y tú no quieres apartarla de mi lado, pero yo tengo que dejarla ir y tú tienes que llevártela, así son las cosas. Ella debe estar donde quiere estar, y debe estar a salvo. Es por su bien.

Septimus levantó la mirada del timón.

—Pero ¿qué vas a hacer sin ella?

—Curaré las manos del Chico Lobo y vigilaré a ese chaval descarriado que está merodeando junto al Pozo de los Treinta Metros y cree que no puedo verlo con esos condenados anteojos oscuros que ha encontrado.

—¿Cuatro cero nueve se queda? ¿Con ese horrible aprendiz?

—El Chico Lobo está demasiado enfermo para viajar, Septimus. Merrin no estará aquí demasiado tiempo; tengo la intención de devolvérselo pronto a su madre.

—¿Su madre? ¿Tiene una madre? —Septimus parecía sorprendido.

Tía Zelda sonrió.

—Sí, hasta Merrin tiene una madre, y sospecho que es vuestra antigua patrona.

—¿Qué?

—La mujer de la casa donde os alojasteis en el Puerto.

—¿Una de las brujas? ¡Ah, claro, ahora lo entiendo todo! Apuesto a que es la más malvada de todas, Verónica. Ahora que lo pienso, se parecía un poco a él.

Tía Zelda sacudió la cabeza.

—Lo creáis o no, opino que es la enfermera Meredith.

—¡Oh, vaya! Todos esos bebés muertos. Es peor que una bruja. Entonces, ¿cuándo vas a llevarle a la Casa de Muñecas?

—En cuanto pueda dejar solo a Chico Lobo durante un día entero, cuando se le pase la fiebre. Las quemaduras tardarán en curarse, hay mucha oscuridad en ellas. Necesitarán mucho más befeño fresco.

Septimus parecía preocupado.

—Se pondrá bien, ¿verdad?

—Sí, se pondrá bien. Yo misma lo llevaré a su casa cuando mejore.

—¿Irás al Castillo? —Septimus estaba sorprendido.

—Bueno, ahora no hay nada que me ate aquí —dijo tía Zelda con energía—. Y se sabe que algunas conservadoras han hecho alguna visita esporádica al Castillo. Estoy segura de que a Marcia le gustará que me quede, después de todas las semanas que ella pasó aquí.

Septimus sonrió ante la idea de tener a tía Zelda en las habitaciones de Marcia.

—Eso está mucho mejor —dijo tía Zelda al percibir la sonrisa de Septimus.

Al cabo de diez minutos Septimus, tuvo que despedirse del Chico Lobo y le prometió que lo vería pronto. El Chico Lobo le dirigió una débil sonrisa.

—No, si te veo yo antes —dijo, y luego cerró los ojos y se quedó dormido.

Septimus salió de puntillas de la casa, tras abrocharse la bolsa a prueba de dragones que tía Zelda le había buscado para que metiera a Escupefuego. El pequeño dragón se había quedado dormido todo el día, pero lo último que quería era que Escupefuego se levantara y le molestara mientras intentaba hacer volar la nave Dragón.

Ahora Escupefuego estaba guardado en un departamento que se encontraba junto al timón, y Septimus, Jenna y Nicko, a bordo de la nave Dragón, se preparaban para zarpar. Tía Zelda miraba con nerviosismo una nube gris que planeaba sobre la casa, arriba, en el cielo. Había visto la nube planear hacia ellos mientras preparaban la nave Dragón, lo cual le había resultado extraño, pues la nube venía del nordeste y tía Zelda estaba segura de que el viento soplabá del oeste. Ahora estaba preocupada porque la nube no se había movido en la última media hora, lo cual no era normal en una nube.

Pero la nave Dragón estaba lista. Había llegado el momento de partir.

—Jenna —dijo tía Zelda—, tengo algo para ti. —Se puso de puntillas y depositó algo en la mano extendida de Jenna—. Es la llave de la habitación de la reina en el Palacio. La... la puedes necesitar.

Era una pesada llave de oro con una esmeralda redonda en el ojo que a Jenna le recordó los ojos del dragón. Jenna estaba confusa. Había explorado cada rincón del Palacio desde que se mudaron allí con Sarah y Silas, y nunca había visto la habitación de la reina.

—Pero ¿dónde está la habitación de la reina? —preguntó.

—Ejem... no sabría decirlo, Jenna. Pero lo descubrirás cuando llegue el momento. De eso puedes estar segura.

—¿Cuándo... cuándo será eso, tía Zelda? —preguntó Jenna.

—Cuando te conviertas en la joven reina —dijo tía Zelda, lo que no fue de gran ayuda.

—Esto... Vale. Bueno, gracias. Es una llave muy bonita.

Tía Zelda se alejó un paso del barco.

—Debéis marcharos ya —dijo enérgicamente—. No perdáis más tiempo.

Echó un vistazo de nuevo a la nube que proyectaba una pequeña sombra sobre la proa.

—Llévala por el Mott, tan lejos del puente como puedas —gritó tía Zelda—. Necesita tomar mucha carrerilla para echar a volar.

—De acuerdo, tía Zelda —gritó el amo del dragón.

—Recordad que debéis dirigiros hacia el norte, lejos del sol.

—Sí, tía Zelda.

—Y no vayáis muy rápido, por el amor del cielo... a menos que sea necesario.

—No, tía Zelda.

—No vayáis volando todo el camino hasta el Castillo, o la agotaréis. Aseguraos de que aterrizáis al llegar al río.

—No te preocupes, así lo haremos, tía Zelda.

—Y...

—Tía Zelda, todo irá bien. De veras.

—Sí, lo siento. Sé que todo irá bien.

Tía Zelda se alejó del barco y observó el resplandeciente casco dorado y el iridiscente brillo verde de la cabeza y la cola del dragón, embebiéndose de todo ello para poder recordar con exactitud cómo era el dragón en los días vacíos y lentos que la aguardaban.

Septimus respiró hondo y miró a Nicko.

—¿Preparado? —le preguntó.

Nicko le sonrió.

—Sí, mi capitán.

—¿Está preparado el dragón, Jen?

Jenna estaba de pie en la proa con los brazos alrededor del cuello del dragón. Le susurró algo, y luego levantó el pulgar hacia arriba en dirección a Septimus. A Septimus el corazón le latía con fuerza; no podía seguir dilatándolo, había llegado el momento de despegar. Algo nervioso, puso la mano derecha sobre el timón.

El dragón volvió la cabeza y fijó sus ojos de esmeralda en la pequeña figura que sujetaba el timón. Lo reconoció como el que la había liberado de su prisión subterránea. Estaba algo cambiado. Ya no llevaba el sombrero rojo, que le gustaba bastante y estaba más crecido, más sólido y tenía un fuerte aire de Magia. Pero era el mismo muchacho, todavía asustadizo y deseoso de hacerlo lo mejor posible. El dragón lo aprobó. Le llevaría a donde quisiera.

Septimus miró al dragón a los ojos, sin saber que había superado la prueba. Notó la mano sudorosa cuando la cerró sobre el timón, y se preguntó qué tenía que hacer.

—Quiere saber adonde ha de llevarte —gritó de repente Jenna.

—Dile, dile que la llevo a donde ella quiere. La llevo al Castillo —respondió Septimus.

El dragón asintió. Lentamente volvió la cabeza hasta que sus brillantes ojos verdes miraron a tía Zelda; luego bajó el poderoso cuello cada vez más hasta que la cabeza del dragón descansó en la hierba a los pies de tía Zelda. Tía Zelda se arrodilló y se abrazó a la gran cabeza verde y dorada.

—Adiós, mi dama —le susurró tía Zelda con lágrimas en los ojos—. Volveremos a vernos.

Tía Zelda se retiró hacia la puerta de la casa y la nave Dragón empezó a moverse. La marea estaba alta y el Mott lleno a rebosar de agua turbia, oscura y salobre. La nave Dragón flotaba libremente y, con abundantes crujidos y gemidos, la enorme criatura se alejó del puente, apretándose entre las riberas cubiertas de hierba al pasar por el tramo de agua recto que discurría delante de la casa de la conservadora. En la primera curva del Mott, la nave Dragón no pudo continuar y se detuvo. Ante ella solo quedaba un corto trecho para el despegue. El dragón lo miró, dudando; nunca había despegado en un espacio tan corto. Cuando navegaba por los siete mares con Hotep-Ra, despegaba en mitad de los anchos y vacíos océanos, normalmente porque su amo se aburría de pasar largos días en el mar y quería un cambio de ritmo. Nunca antes había hecho aquello.

Con cierta dificultad, el dragón estiró las alas, que tenía plegadas, sobre los extremos de las

orillas del Mott y las levantó por encima del mástil. Los grandes y correosos pliegues verdes que guardó pegados a los lados durante dos cálidos veranos y un invierno helado estaban tiesos y secos, y, cuando el dragón empezó a abrirlos, un crujido terrible y un gemido, seguido de un funesto chasquido, llenaron el aire. Septimus, Nicko y Jenna se taparon los oídos con las manos y observaron cómo los pliegues de cuero de sus alas se abrían dolorosamente como dos grandes manos que se estiraran después de un largo y pesado sueño. Los tres contuvieron la respiración, temerosos de que la piel de las membranas de las alas del dragón se rajase, pero a medida que los pliegues se ablandaban y el sol brillaba sobre las resplandecientes escamas verdes, se fueron dando cuenta de que todo iba bien y que de nuevo la nave Dragón levantaba las alas.

Estaba preparada para partir.

El dragón respiró hondo. Su tripulación notó cómo se estremecía y las grandes alas empezaban a moverse, batiendo el aire caliente alrededor de ellos y haciendo que los cabellos se les metieran en los ojos. La nave dorada se movió un poco hacia delante. Las alas batieron lenta y poderosamente, hundiéndose hacia el suelo y elevándose en el aire, acumulando fuerzas, y, tras un tirón vertiginoso, la nave Dragón salió al fin disparada.

—¡Alto! —gritó tía Zelda con todas sus fuerzas. Nadie la oyó.

Batiendo furiosamente las alas, con la cabeza estirada y los músculos del gran cuello verde en tensión, el barco dorado rozó el Mott levantando una ola de espuma y, en el último momento —acompañado de un fuerte crujido y de un ruido como de madera astillándose—, se levantó en el aire, llevándose consigo buena parte del puente sobre el Mott.

Rápida y casi vertical, la nave Dragón ascendía en el cielo estival. Mientras los restos del puente del Mott caían y aterrizaban cerca del Pozo de los Treinta Metros, para susto de Merrin, la nave viró en redondo y cruzó los marjales Marram rumbo al río.

Por fin, la nave Dragón iba a concluir su viaje en el Castillo.

34. EN EL AIRE.

Con el corazón en un puño, tía Zelda observaba la nave Dragón elevarse en el cielo; era una visión increíble. Aunque tía Zelda ya había visto volar la nave una vez, cuando el dragón luchó contra la nave de DomDaniel, la Venganza, solo la había visto fugazmente entre ráfagas de rayos. Ahora la nave surcaba el radiante cielo de la tarde estival, la luz del sol centelleaba en su casco dorado, arrancando destellos verdiazules de las grandes alas. La visión de la nave Dragón, que había aguardado durante tantísimos años, volando libremente dejó a tía Zelda sin respiración y se le hizo un nudo en el estómago.

Pero había otra razón por la que a tía Zelda se le hizo un nudo en el estómago. Mientras la nave Dragón iniciaba su curso por el Mott, la sospechosa nube negra se precipitó de repente hacia delante y una cegadora bola de luz salió rugiendo de ella en dirección a la nave. Tía Zelda había gritado: «¡Alto!», pero no la habían oído, y además era demasiado tarde para que la nave se detuviera.

Tía Zelda cogió los restos astillados de una plancha del puente, el único pedazo que había caído en la orilla del Mott. Sus peores temores se habían confirmado, la plancha, todavía caliente, estaba chamuscada: había sido alcanzada por un rayocentella.

Tía Zelda contempló el cielo conteniendo la respiración con temor. Aún se podía ver la nave Dragón, pues no volaba rápido; había sido construida para un vuelo de larga distancia, lento y constante, para ahorrar energía. Volaba muy estática por encima de los marjales Marram, batiendo rítmicamente las alas, con la cabeza erguida, perseguida por la pequeña nube negra. A tía Zelda le flaquearon las rodillas. Se hundió en el suelo y empezó a comerse las uñas, algo que no había hecho desde que esperaba los resultados de los exámenes de graduación de bruja.

A bordo de la nave Dragón, todos respiraron tranquilos después del despegue. En realidad, debido al terror que les producía el despegue, ninguno de ellos notó el rayocentella ni tenía la menor idea de que Simon Heap les estaba siguiendo. Jenna estaba arriba en la proa. Septimus sujetaba el timón, y Nicko, que no se sentía cómodo en ningún tipo de barco que navegara por el aire, se limitaba a tener los ojos bien abiertos. Miraba las alas del dragón que batían constantemente. Proyectaban hacia el barco corrientes de aire sorprendentemente fuertes que, combinadas con el movimiento ascendente y descendente, le hacían sentir como si el barco estuviera en alta mar, en lugar de surcar el aire a cientos de metros de altura. Nicko empezó a relajarse y a mirar a su alrededor, cuando de pronto algo llamó su atención.

—Hay una nube muy rara detrás de nosotros, Sep —anunció Nicko.

Septimus, que apenas se atrevía a apartar la mirada de su rumbo y miraba solo hacia delante, al notar preocupación en la voz de Nicko, se dio la vuelta. Una nube gris oscura volaba hacia ellos de un modo claramente impropio en una nube.

—¡Simon! —murmuró Septimus.

—¡Oh, caramba! —dijo Nicko entornando los ojos contra el sol, que estaba bajo en el cielo—.

¿De veras crees que es él?

—Es una nube oscura. Ya me parecía que notaba algo, pero me he dicho a mí mismo que era porque me daba miedo volar. En realidad, es el mismo tipo de sensación.

—¿Qué va a hacer Simon, Sep?

—No lo sé —respondió Septimus volviendo a mirar hacia atrás—, pero supongo que no viene solo a decir «Hola, bonito barco el que os habéis agenciado».

—Hummm... —murmuró Nicko—. Tal vez deberíamos ir un poco más rápido.

—No estoy seguro de cómo se hace eso. Podría preguntárselo a Jenna... —Sin que Septimus pronunciara una sola palabra, el dragón empezó a batir las alas más rápido, y grandes ráfagas de viento azotaron sus caras como si atravesaran un gran vendaval.

Pero la nube les daba alcance con suma facilidad, siguiendo la nave Dragón con tanta certeza como si alguien lo hubiera atado con una cuerda.

—¡Ya está aquí otra vez! —gritó Nicko de repente, por encima del fragor de las alas.

Septimus se dio media vuelta para ver a Simon salir volando de la nube; al cabo de un momento ya estaba detrás de ellos, manteniendo su ritmo sin ninguna dificultad. Septimus miró fijamente a

su hermano: parecía distinto. ¿Qué era? Y entonces se dio cuenta. Simon llevaba un parche sobre el ojo derecho, en el que 409 había acertado con el guijarro del tirachinas. El bueno de 409, pensó Septimus, y sonrió.

—Te borraré esa sonrisa de tu estúpido rostro si no aterrizas ese... ese ridículo mutante —le gritó Simon a Septimus.

—¿Qué ha dicho, Nik? —preguntó Septimus también a gritos.

—No sé. No puedo oírlo. Un montón de bobadas, supongo —le contestó Nicko.

—¡Entregadme la Realicia y os dejaré marchar a los dos! —gritó Simon.

—Sigue gritando —dijo Nicko.

—Sí. No lo pierdas de vista, Nik. Vigila que no nos lance un rayocentella.

—No lo haría... no aquí arriba.

—Ya lo creo que lo haría.

—¡Si no bajáis este artillero a tierra firme ahora mismo, no me dejaréis otra alternativa! —chilló Simon.

Ni Septimus ni Nicko se habían dado cuenta de que Jenna se había trasladado a la popa de la nave Dragón, donde también estaban ellos. Parecía triste.

—Ya estoy harta de que me persiga. —Levantó la voz por encima del ruido zumbante de las alas al bajar, y el viento le despeinaba el cabello sobre la cara y sobre los ojos—. De veras.

Del bolsillo de la túnica sacó la lupa que había cogido de la Cámara Oscura.

—¿Qué es eso, Jen? —preguntaron Septimus y Nicko a la vez.

—Os lo enseñaré. ¡Mirad!

Jenna extendió la lupa para que los rayos de luz se concentraran en un fuerte haz; luego Jenna lo movió lentamente hasta que lo centró en el rostro de Simon. Al principio no hubo ninguna reacción, pero luego, Simon se llevó las manos a la cara. Gritó y se alejó disparado, mirando a su alrededor para ver qué le había quemado; Jenna intentó seguirlo con la luz, pero Simon la esquivó y se apartó, buscando reunir las fuerzas oscuras que le perseguían... pues Simon había notado la oscuridad de la lupa. www.freelibros.org

Pronto adivinó de dónde procedía.

—¡Tú! —gritó Simon hecho una furia cuando vio a Jenna sosteniendo la lupa. Temblando de ira, Simon sacó un rayocentella del cinturón—. Esto será lo último que hagas —chilló desagradablemente.

Esta vez lo oyeron y al cabo de unos segundos también oyeron el rayocentella. Un fuerte trueno sacudió el aire mientras una brillante bola de luz blanca salía de la mano extendida de Simon y rugía hacia la nave Dragón. Instintivamente, Jenna, Nicko y Septimus se arrojaron sobre la cubierta, aunque sabían que cuando el rayocentella les alcanzase, importaría muy poco dónde estuvieran. Al impactar sobre la cubierta, un terrible golpe escoró la nave, el dragón levantó la cabeza conmocionado y la nave viró, la cubierta se inclinó en un ángulo imposible y envió rodando a la tripulación hacia el lado contrario. Un terrorífico ruido de vestiduras rasgadas y huesos aplastados retumbó alrededor de ellos y entonces sucedió lo que más habían temido: la nave Dragón empezó a caer.

Jenna se obligó a mirar hacia arriba. Una nube de humo negro salía del ala derecha del dragón, que colgaba flácida y rota a un costado de la nave, y el olor a carne quemada impregnaba el aire. El ala buena batía frenéticamente intentando enderezar la nave y detener la caída libre sobre el marjal que les aguardaba debajo. Jenna se acurrucó a un costado del barco, intentando contribuir a que el dragón permaneciera en el aire. Vio al dragón desplegar dolorosamente el ala herida hasta ponerla horizontal y, a pesar de tenerla rota y flácida, pudo emplearla como estabilizador. Lentamente, la cubierta se recuperó hasta presentar una leve inclinación en lugar de lo que había sido una abrupta pendiente, pero aun así seguían cayendo. Dejando a los chicos al timón, Jenna avanzó poco a poco por la inclinada cubierta hasta que volvió a abrazarse al cuello del dragón.

La risa de Simon resonaba fantasmagóricamente por toda la nave. Aunque no había asestado el golpe definitivo que esperaba —debido a que solo podía ver por un ojo—, había herido al dragón, y su siguiente golpe remataría el trabajo. Simon sacó su tercer y último rayocentella del

cinturón.

—¡Ahora! —susurró Jenna al dragón.

El dragón dio un coletazo. Cuando Simon se acercaba, el dragón brilló a la luz del sol repentinamente; la punta de la cola dorada azotó el aire y le dio de pleno lanzándolo por los cielos. Como una pelota de críquet dirigiéndose hacia la banda en una tranquila tarde de verano, Simon salió disparado hacia arriba en una curva perfecta hasta llegar a la cima de la parábola, momento en que la gravedad lo reclamó y empezó su descenso, describiendo una curva igualmente perfecta, directo al Pozo de los Treinta Metros.

Merrin estaba en mitad de una discusión a voz en cuello con tía Zelda cuando Simon Heap cayó precipitado en medio del pozo, salpicándolo todo. Empaparse de agua sucia y lodosa no mejoró en absoluto el humor de Merrin. Estaba harto de que tía Zelda le dijera lo que tenía que hacer. ¿Qué le importaba a ella si tenía unos anteojos? ¿Es que no se le permitía tener nada propio? Era tan mala como DomDaniel. No, peor aún. Al menos DomDaniel le dejaba tener cosas; en realidad, cosas que nadie más quería.

La discusión había estallado justo cuando Simon arrojaba su último rayocentella. Cuando el tremendo rugido sacudió la casa, tía Zelda apartó la vista, desesperada, y un resplandor de sol junto al Pozo de los Treinta Metros atrajo su atención. Había visto a Merrin observar alegremente la batalla a través de sus anteojos. Los anteojos oscuros ya eran de por sí bastante malos, pero lo que realmente había impresionado a tía Zelda era la expresión de Merrin; parecía más feliz que nunca. Feliz, pensó tía Zelda, por el hecho de que las tres personas a las que ella más quería en el mundo estuvieran a punto de estrellarse y morir.

—¡Deja esos malditos anteojos! —había gritado tía Zelda enojada.

Merrin había dado un brinco de sorpresa y luego la había ignorado deliberadamente. No iba a perderse lo mejor que había visto desde hacía años.

—¡No voy a tener esa cosa oscura aquí ni un minuto más! —prosiguió tía Zelda—. ¡Tírala al pozo ahora mismo!

Fastidiado, Merrin le respondió. www.freelibros.org

—¡No, no quiero! —Y se perdió el coletazo del dragón.

Pero ni Merrin ni tía Zelda se perdieron la gigantesca salpicadura que Simon provocó al caer y desaparecer en las negras profundidades del Pozo de los Treinta Metros.

Simon Heap cayó hasta el fondo del pozo, donde luchó desesperadamente por salir de un bosque de hebras colgantes de beleño del pantano. Al cabo de cincuenta y cinco segundos, salió a la superficie, ávido de aire y cubierto de babosas en descomposición. Merrin casi vomita del tufo, pero algo le atrajo hacia Simon; el chico le tendió la mano y lo sacó del pozo. Simon se tumbó sobre la hierba verde brillante de la colina, hecho un amasijo balbuciente y viscoso, y escupió unas cuantas babosas. Merrin se sentó a su lado, contemplando a aquel extraño que había caído del cielo. Tal vez fuera una señal. Un salvador. Un medio para evitar que tía Zelda estuviera diciéndole todo el tiempo lo que tenía que hacer. Un modo de dejar de comer col todos los días. Levantó la mirada con un sentimiento de culpabilidad al pensar en tía Zelda, pero ella había corrido a refugiarse dentro de la casa y ya no la veía.

De repente, Simon se sentó, vomitó un cubo entero de agua del marjal y se fijó en Merrin por primera vez.

—¿De dónde los has sacado? —le exigió.

—¿Qué? —preguntó Merrin en tono ofendido.

¿Por qué, se preguntó Merrin, todo el mundo le hablaba como si hubiera hecho algo malo?

—Esos anteojos.

—De ninguna parte. Los... los encontré. Son míos.

Simon examinó al chico, valorándolo. Un chaval fuera de lo corriente, pensó. Podía resultarle útil. Pero ¿qué estaba haciendo allí en el marjal, en medio de ninguna parte?

—Entonces, ¿vives con la vieja bruja? —le preguntó Simon.

—No —dijo Merrin de mal humor, como si Simon le hubiera acusado de algo realmente malo.

—Claro que sí. ¿Dónde si no ibas a vivir en medio de este lugar de mala muerte?

—Sí... —Merrin esbozó media sonrisa—. Es un tugurio, ¿verdad? Una estúpida casa llena de pociones de mierda. Ella no tiene ni idea de cómo son esas cosas en verdad.

Simon miró a Merrin con los ojos entornados.

—¿Y tú sí? —le preguntó con voz grave.

—Sí. Fui el aprendiz del mejor nigromante que ha habido nunca. Confiaba en mí en todo. En todo.

Simon pareció sorprenderse. Así que debía de ser el antiguo aprendiz de DomDaniel, de algún modo había sobrevivido a la consumición; aquel chico debía de ser algo más de lo que parecía a simple vista. Una idea empezó a tomar forma en la mente de Simon.

—Debes de echarle mucho de menos —dijo compadeciéndose de él.

—Sí —murmuró Merrin, convenciéndose de que realmente echaba de menos a DomDaniel—. Sí, le echo de menos.

Simon miró a Merrin de arriba abajo. No era nada del otro mundo, pero sí alguien con el que podía tratar. Y quería echarle el guante a esos anteojos.

—¿Quieres un empleo? —le preguntó Simon.

—¿Un empleo? —preguntó Merrin sorprendido.

—Sí. Ya sabes, algo parecido al que tenías antes.

—¿Cómo de parecido? —preguntó Merrin con suspicacia.

—¿Y cómo voy yo a saberlo —dijo Simon, que empezaba a exasperarse— si no sé exactamente lo que hacías antes? ¿Aceptas el empleo o no?

—¡Merrin! —El grito enojado de tía Zelda desgarró el aire de repente—. ¡Aléjate de ese malvado hombre... y ven aquí ahora mismo!

Pero a continuación, como tenía cosas mucho más urgentes que hacer, corrió hasta la casa.

Merrin observó desaparecer a la enojada figura de tía Zelda. ¿Cómo se atrevía esa vieja bruja a gritarle de aquel modo? ¿Qué le hacía pensar que iba a hacer lo que le ordenaba?

—Bueno —dijo Simon con impaciencia—, ¿vas a aceptar el empleo?

—Sí —respondió por fin Merrin—, www.freelibros.org acepto.

—Venga esa mano —dijo Simon.

Merrin estrechó la mano que Simon le tendía y, antes de que se diera cuenta de lo que sucedía, notó como si le desencajasen el brazo.

—¡Aaay! —Merrin gritó de dolor mientras los pies se le levantaban del suelo y Simon lo arrastraba rudamente por los aires.

Con cierta dificultad, Simon consiguió ganar la altura suficiente para sobrevolar el tejado de la casa de la conservadora, pero los pies colgantes de Merrin se dieron contra la paja y una de las botas del chico cayó. Merrin miró hacia abajo, hacia el tejado, con horror, ya se arrepentía de su precipitada decisión.

—¡Socorro! —gritó.

Su voz se filtró por la chimenea colándose en los sueños febriles del Chico Lobo. Tía Zelda no oyó nada. Estaba demasiado ocupada para notar que el chico al que había salvado de ser consumido, el chico al que había curado con dedicación hasta devolverle la salud, la había dejado para regresar al lugar de donde había salido.

35. EL ATERRIZAJE.

La nave Dragón perdía altura rápidamente. Septimus había conseguido evitar que se estrellaran contra una pequeña isla llena de gallinas, y eso había extenuado a la nave Dragón, que estaba al límite de sus fuerzas. Ahora le colgaba la cabeza, tenía los ojos apagados y el ala buena temblaba de agotamiento.

—Dile que ya no falta nada. Puedo ver el río —le dijo Septimus a Jenna, que murmuraba sin cesar al oído del dragón un torrente de palabras de ánimo—. Dile que aguante solo unos minutos más...

—Estamos peligrosamente cerca del suelo, Sep —murmuró Nicko mirando por encima de la borda del barco.

Estaban rozando una gran zona verde iridiscente, señal inequívoca de que se hallaban sobre las arenas movedizas.

—Tal vez deberíamos buscar otro lugar donde realizar un aterrizaje de emergencia.

—¿Como cuál? —inquirió Septimus. —No lo sé. Un lugar llano, supongo.

—Un lugar llano y precioso como las arenas movedizas, ¿quieres decir? ¿Con un grupo de Brownies dentro?

—Vale, Sep. No te pongas así.

Septimus tenía los ojos fijos en el río.

—Solo... solo quería ponerla a salvo. ¡Uaaaaaa! —La nave dio una terrible sacudida—. Vamos, Vamos —murmuró Septimus entre dientes—. Puedes hacerlo. Sí... sí, puedes.

Nicko animó al dragón. Se sentía impotente, y sentirse impotente a bordo de un barco era para Nicko lo peor del mundo. De repente, la cubierta se inclinó hacia abajo de manera preocupante.

—No vamos a conseguirlo, Nik —dijo Septimus lisa y llanamente.

—Bueno, tal vez no. ¿Puedes realizar un aterrizaje forzoso?

—No puedo decir que lo haya hecho recientemente. Me da mucho miedo.

—Ya lo sé.

www.freelibros.org

La nave Dragón volvió a caer y Septimus sintió como si en la caída hubiera dejado atrás su estómago.

—Estamos cayendo, Sep —dijo Nicko desesperanzado.

—Sí. Nos caemos... Espera... eso es... ¡Oh, eso es todo lo que necesitamos!

Una pequeña nube blanca había aparecido sobre el marjal y se dirigía a toda velocidad hacia ellos.

—Simon no se rinde, ¿verdad? —dijo Nicko—. No creo que venga a ayudarnos. ¡Oh, maldición, qué rápido es!

En breves instantes, la nube estaba encima de ellos. Una densa nube blanca envolvió la nave.

—¿Lo ves, Sep? —dijo la voz de Nicko a través de la nube.

—No... ¿dónde está?

Septimus se agarró al timón y miró con tristeza hacia delante, sin ver nada más que el blanco impenetrable mientras se preparaba para el impacto de un rayocentella o la colisión contra las arenas movedizas.

De repente, la voz de Jenna sonó muy animada a través de la niebla.

—Dice el dragón que la están levantando. La nube la está llevando.

Mientras Jenna pronunciaba esas palabras, Septimus notó que la nave entera se relajaba. Los estremecimientos a cada batir del ala del dragón desaparecieron y se acallaron los terroríficos crujidos y gemidos que acompañaban los desesperados intentos del dragón de permanecer en el aire. El único sonido que se oía era el débil susurro del aire mientras la nave Dragón era transportada.

—No es Simon, ¿verdad, Sep? —susurró Nicko algo intimidado por la nube.

—No... es... bueno, no sé lo que es. Es muy raro —respondió Septimus.

—Hum... Me pregunto adonde vamos —dijo Nicko sobrecogido por la extraña atmósfera de la nube.

Le recordaba a algo o a alguien, pero no sabía qué o quién.

Septimus también sentía cierta aprensión. La sensación de alivio había dado paso a otra de inquietud. No le gustaba que le hubieran arrebatado de las manos el control de la nave Dragón. Cuando movía el timón de un lado a otro, este oscilaba libremente, en balde, sin ejercer ningún efecto sobre el barco.

De nuevo, la voz de Jenna se filtró a través de la niebla.

—¡Deja de fastidiar! —gritó.

—¿Qué? —le contestó Septimus también a gritos.

—Dice el dragón que dejes de molestarle con el timón: vamos a aterrizar —fue la contestación de Jenna.

—¿Dónde? —gritaron Septimus y Nicko a la vez.

—En el río, tontos. ¿Dónde si no? —chilló Jenna.

Septimus notó que el barco se hundía y se inclinaba hacia delante. Sostuvo el timón fuertemente, sin saber muy bien qué más hacer... y de repente pudo oler el río. Se acercaban a tierra y no veía nada. ¿Y si se estrellaban contra otro barco? ¿O aterrizaban demasiado en picado y se hundían? Si al menos la nube se apartase un poco y le dejara ver adonde se dirigían... Como si leyera su mente, la niebla se levantó hasta convertirse en una pequeña nubécula blanca y se alejó precipitada hacia los marjales de donde había salido.

Septimus no prestó atención hacia dónde iba la nube; tenía la mirada fija en el agua oscura del río, que se acercaba rápidamente. Iban demasiado rápido. Demasiado rápido.

—¡Frena! —gritó al dragón.

En el último momento, justo antes de golpear contra el agua, el dragón tensó las alas lo mejor que pudo, levantó la cabeza y bajó la cola. Golpeó el agua con estruendo, se balanceó arriba y abajo y planeó sobre el agua a toda velocidad pasando por delante de un grupo de pescadores ancianos, famosos por los increíbles relatos que contaban sobre sus capturas. Aquella noche en la Taberna de la Vieja Trucha no se sorprendieron demasiado cuando nadie creyó su última historia. Al final de la noche ni siquiera ellos mismos se la creían.

La nave Dragón frenó por fin, tras un kilómetro, justo antes de un meandro. Se asentó en el agua, levantó el ala buena y la extendió para capturar el viento, pero el ala rota se arrastraba inútil junto a la amura y empezó a hacerla virar, hasta que Nicko hundió un remo en la otra para equilibrarla.

Septimus se sentó tímidamente al lado del timón y Jenna se sentó a su lado.

—Ha sido fantástico, Sep.

—Gracias, Jen.

—Esa nube... —dijo Jenna—. ¿Ha evitado que nos estrelláramos?

Septimus asintió.

—Ha sido muy raro —dijo Nicko—. Olía muy raro. Me recordaba algo.

—La casa de tía Zelda —dijo Jenna alegremente.

—¿Qué? ¿Dónde?

—No... digo la nube. Olía a col hervida.

En la casa de la conservadora, el Chico Lobo había despertado de un profundo sueño y, por primera vez desde que cogió a Chucho, no le dolían las manos. Hizo un esfuerzo por sentarse, intentando recordar dónde estaba. Lentamente, todo volvió a su memoria; recordó a 412 diciéndole adiós y recordó la casa, lo que no recordaba era el enorme frasco de cristal que bloqueaba la puerta principal. El Chico Lobo no había visto nunca nada igual. Un enorme tapón de corcho descansaba junto al frasco, y al lado del corcho estaba tía Zelda, mirando nerviosa el cielo profundo de la noche, asomándose por un lado del frasco. El frasco era casi del mismo tamaño que tía Zelda y más o menos de la misma forma.

Tía Zelda se percató de que el Chico Lobo se había despertado y fue a sentarse a su lado mientras daba un suspiro.

El Chico Lobo la miró con ojos soñolientos.

—Cuatro uno dos está bien, ¿verdad? —murmuró.

—Eso espero —dijo tía Zelda sin apartar la vista del frasco—. ¡Ah... aquí viene!

Mientras decía esas palabras, unos pocos filamentos de niebla blanca entraron por la puerta abierta y se metieron en el frasco. Enseguida los filamentos se convirtieron en un largo flujo, que entraba por la puerta y caía en el frasco. Tía Zelda saltaba y corría alrededor del enorme frasco, observando cómo el flujo de niebla entraba en su interior y giraba a gran velocidad.

Durante algunos minutos, la niebla fue introduciéndose, y finalmente el frasco se llenó hasta arriba. Cuando el último filamento de niebla hubo regresado al frasco, tía Zelda sacó una botellita de uno de sus muchos bolsillos de retales. De puntillas, levantó el brazo y vertió una gota de un brillante líquido blanco en la boca del frasco. La niebla empezó a girar en un furioso torbellino y a arremolinarse hasta convertirse en una pequeña gota blanca como una nubécula de dulce.

—Bien —suspiró tía Zelda—. Ya vuelve a ser concentrado de nube.

Cogió el enorme tapón de corcho con ambas manos y lo hundió en la boca del frasco. Luego, con la bola de concentrado de nube rodando alrededor como una canica solitaria, empujó el frasco gigante arrastrándolo por el suelo, abrió una gran puerta oculta entre las estanterías del fondo de la habitación y colocó con dificultad el frasco en un armario.

Tía Zelda cerró la puerta del armario con un silencioso clic y salió de la casa. Caminó lentamente hasta el extremo de la isla y escudriñó los marjales, buscando algún rastro de la nave Dragón. No vio nada, no había ni un indicio de lo que había pasado. Tía Zelda sacudió la cabeza y esperó lo mejor, pues aquello era todo cuanto podía hacer, y volvió sobre sus pasos hasta la casa. Ahora estaba preparada para enfrentarse a Simon Heap. Preparada para enviarle a su oscura senda y rescatar a ese desgraciado de Merrin de sus garras antes de que fuera demasiado tarde.

Pero mientras tía Zelda regresaba por el camino, se tropezó con una bota marrón. La recogió, y vio paja del tejado pegada en los ojales... y supo que para Merrin ya era demasiado tarde.

36. EL REGRESO.

A primera hora de la mañana siguiente, mientras el cansado amo del dragón dormitaba junto al timón, la nave Dragón bordeaba la Roca del Cuervo y negociaba el estrecho viraje a la izquierda donde el foso se abría al río. La nave Dragón avanzaba decididamente por el foso, observada solo por algunas gaviotas indiferentes y por Una Brakket.

El ama de llaves, que aquellos días le costaba conciliar el sueño y no conseguía dormir bien, se acababa de despertar de una pesadilla que, como de costumbre, tenía algo que ver con Marcia Overstrand, aunque no recordaba exactamente qué. Estaba sentada junto a la ventana, aliviada por haberse despertado, pero, cuando Una vio pasar la nave Dragón, se desanimó. Debía de estar aún soñando, pensó. Se asomó para ver si Marcia estaba en el barco, y al que sí vio fue a ese irritante muchacho que era su aprendiz, de modo que ella no podía andar muy lejos. El ama de llaves suspiró y deseó que su sueño acabase, preferiblemente con Marcia Overstrand desapareciendo para siempre. Se sentó y observó la nave Dragón virar por la curva que conducía al astillero y aguardó a que apareciera Marcia.

El astillero estaba desierto cuando la nave Dragón se acercó al pontón. Nicko saltó de la proa con un grueso cabo azul en la mano, con la intención de amarrarlo a un poste tan pronto como se detuviera. Pero la nave Dragón parecía tener otras intenciones.

—¡Alto! —gritó Nicko, corriendo al ritmo de la nave, que seguía avanzando por el pontón—. Detenla, Sep. ¡Va demasiado deprisa!

Septimus se despertó de golpe.

—¡No se detiene, Nik! Jen, dile que pare.

Nicko se vio obligado a soltar el cabo para evitar que lo arrastrase al agua; el cabo cayó con gran estruendo, levantando una columna de agua. A Septimus le entró pánico. ¿Cómo se frenaba un barco, en especial uno que parecía tener ideas propias?

—Dice que aún no ha llegado —gritó Jenna a Septimus.

—¿No ha llegado adonde? —preguntó Septimus mientras la nave Dragón seguía hacia un canal estrecho y desierto en lo más profundo del astillero, un Puerto sin salida al que llamaban el Tajo.

—¡Aún no ha llegado al lugar donde estará segura! —respondió Jenna—. Espera, Sep. ¡Ya está entrando!

La nave Dragón describió un arco en el foso y luego viró, encarándose directamente hacia el Tajo. Nicko la alcanzó y corrió junto a ellos. La nave Dragón avanzaba por el Puerto sin salida del Tajo hacia la inexpugnable muralla del Castillo. Nicko sabía que iba demasiado deprisa para detenerse. Iban a estrellarse contra la muralla.

—¡Alto! ¡Para, Sep! —gritó desesperadamente, pero Septimus no podía hacer nada; la nave Dragón hacía caso omiso del amo del dragón.

En la proa, Jenna vio cómo la gran muralla se levantaba ante ellos y se tiró al suelo de la cubierta a esperar el inevitable impacto.

—¡Alto... alto! —Jenna oyó el grito de sorpresa de Nicko, y de repente notó el aire helado y oscuro.

Un olor a humedad subterránea le entró por la nariz y, cuando se atrevió a levantar la mirada, la nave Dragón se había detenido... dentro de la muralla del Castillo, en una vasta caverna de lapislázuli abovedada.

Jenna se levantó de la cubierta y silbó entre dientes.

—Ya puedes abrir los ojos, Sep —dijo—. La nave Dragón ha llegado a casa.

Al otro lado del astillero, se encendió una vela en la ventana de la pequeña cabaña destartalada. Jannit Maarten se despertó de repente. Al cabo de un momento, la puerta de Jannit se abrió y la parpadeante llama desapareció cuando la vela se le cayó de la mano.

—¡En el nombre de Neptuno!, ¿qué es eso? —exclamó Jannit.

Cruzó el patio como un zorro persiguiendo a un conejo, saltando por encima de los barcos y el desorden del astillero, y en unos segundos estaba al lado de Nicko. Sin palabras, Jannit observaba una increíble nueva dimensión de su querido astillero. Bueno, era un poco ostentoso para los gustos sencillos de Jannit. Ella nunca habría soñado con revestir nada menos que de

lapislázuli un varadero tan gigantesco, y tampoco se habría tomado la molestia de dibujar todas aquellas divertidas imágenes; y en cuanto a las incrustaciones de oro alrededor de la puerta, bueno, aquello era una soberana tontería. Pero Jannit vio que era un espacio realmente asombroso, y dentro había un barco increíble. Jannit, que no era muy dada a emocionarse con nada, estaba un poco sobrecogida y tuvo que sentarse sobre un bote que estaba del revés.

—Nicko —dijo Jannit débilmente—, ¿tiene... tiene esto algo que ver contigo? ¿Lo has descubierto tú?

—No, la... la nave Dragón la descubrió. Ella lo sabía...

Nicko se quedó sin palabras. No podía apartar la imagen de su mente: la nave Dragón, con la cabeza muy erguida, entrando a gran velocidad —a demasiada velocidad— por el Tajo. Y luego, mientras miraba horrorizado los gruesos muros del Castillo que se alzaban ante ella, Nicko advirtió el destello brillante de un disco dorado en lo alto de la muralla que nunca antes había visto. El dragón soltó una llamarada por la nariz, y cuando las llamas tocaron el oro, las rocas aparentemente sólidas se fundieron ante ella y apareció la asombrosa caverna de lapislázuli. Nicko vio cómo la nave Dragón se deslizaba serenamente en su interior y se detenía. Fue la cosa más maravillosa que había visto en su vida. Le habría gustado que Jannit también la hubiera visto.

Septimus y Jenna desembarcaron y avanzaron con cuidado por las pasarelas de mármol que había a cada lado del surtidor del dragón. Se reunieron con Nicko y Jannit y, en silencio, los cuatro observaron cómo se acomodaba la nave Dragón cual un cisne en su nido, en la seguridad de su hogar.

—¿Sabéis? —dijo Jannit al cabo de un rato—, una vez, cuando era niña, leí algo parecido. Yo era una chica muy poco femenina y mi tía me regaló un libro maravilloso. ¿Cómo se llamaba? ¡Ah, sí!, ya me acuerdo: Cien cuentos raros y curiosos para niños aburridos. Despertó mi interés por los barcos, eso hizo. Pero no puede ser el barco sobre el que leí...

—Bueno —se apresuró a decir Septimus—, era solo un cuento.

Jannit le dirigió una mirada y recordó que era el aprendiz de Marcia.

—Sí —dijo ella—, claro.

Jenna y Septimus dejaron a Nicko y a Jannit sentados junto a la nave Dragón y se dirigieron hacia la Torre del Mago. Septimus había comprobado el interior de la bolsa a prueba de dragones y, para su alivio, había visto que Escupefuego estaba profundamente dormido, y así, llevando con cuidado al dragón durmiente, caminaron sin fuerzas a través de las calles desiertas. Había luna nueva y estaba oscuro, pero Jenna y Septimus se sentían a salvo de noche en las calles del Castillo, a diferencia de las del Puerto; conocían los recovecos, los callejones que había que evitar y los atajos. Al acercarse a la Vía del Mago, el fulgor de las antorchas alumbraba la noche y entraron en un camino estrecho. Pronto Septimus empujó la vieja puerta lateral de madera que conducía al patio de la torre.

Habían decidido que Jenna pasara el resto de la noche en la Torre del Mago y regresara al Palacio por la mañana. Jenna siguió a Septimus por los altos escalones de mármol; murmuró la contraseña, y las pesadas puertas de plata se abrieron en silencio.

La pareja atravesó sin hacer ruido el gran vestíbulo. Jenna bajó la mirada para ver las palabras: BIENVENIDOS, PRINCESA Y APRENDIZ, DESPUÉS DE REGRESAR SANOS Y SALVOS. BIENVENIDO, ESCUPEFUEGO, que parpadeaban en apagados colores nocturnos en el suelo. A Jenna, el interior de la torre le parecía tan extraño como siempre; el fuerte olor a Magia en el aire la mareaba un poco, y, aunque era consciente de estar rodeada de sonidos mágicos, no los podía oír claramente, era como si estuvieran fuera de su alcance. Jenna siguió andando por lo que parecía arena, y siguió a Septimus hasta la escalera de caracol plateada. Mientras los escalones empezaron a subir, tanto ella como Septimus se dejaron caer, agotados, en el trayecto hacia el piso más alto de la torre.

La escalera de caracol estaba en «modalidad nocturna», lo que significaba que subía despacio y en silencio. Jenna descansó, soñolienta, la cabeza en el hombro de Septimus y contó los pisos mientras subían. Una mortecina neblina púrpura azulada se encendía en cada piso, y algunos

ronquidos procedentes de las habitaciones de los magos más ancianos llegaron hasta ellos. Al acercarse al vigésimo piso, Jenna y Septimus se levantaron, dispuestos a bajarse, cuando Jenna de repente le cogió del brazo.

—Mira —susurró.

—¿Qué está haciendo él aquí? —murmuró Septimus.

En silencio, él y Jenna bajaron al descansillo y se acercaron de puntillas a la puerta maciza de Marcia. Una delgada figura con las ropas marrones ribeteadas de azul de un submago y una extraña gorra a cuadros con orejeras anudada bajo la barbilla estaba sentada en una silla de madera junto a la puerta. Le colgaba la cabeza, pues estaba dormido.

—¿Quién es? —susurró Jenna.

—Catchpole —dijo Septimus entre dientes.

De repente, la figura se despertó sobresaltada.

—¿Sí? ¿Sí? —dijo mirando a su alrededor, confuso. Vio a Septimus—. ¿Qué quieres, cuatro uno dos? —aulló.

Septimus se puso firme. No podía evitarlo; por un horrible momento era como si otra vez volviera a estar en el ejército joven y el horrible Catchpole le estuviera gritando.

De repente, Catchpole recordó dónde estaba y, con una sensación de horror, quién era Septimus.

—¡Oh... ejem, discúlpeme, aprendiz. Estaba desorientado. Lo siento mucho. No pretendía ofenderle.

Septimus aún estaba impresionado, así que Jenna le dijo educadamente:

—Pasaremos aquí la noche, ¿le importaría dejarnos entrar, por favor?

Catchpole entornó los ojos en la penumbra. Su vista no era demasiado buena (una de las razones por las que no había destacado demasiado como cazador adjunto) y no se había percatado de que Septimus estaba con alguien más. Cuando vio quién era, se levantó de un salto, haciendo caer la silla.

—¡Oh, cielos! Es... Lo siento mucho, princesa. No la había visto.

—No se preocupe, Catchpole —dijo Jenna con una sonrisa, complacida por el efecto que estaba causando—. Déjenos pasar, ¿quiere?

—No, lo siento. Tengo órdenes de que nadie entre por esta puerta. Medidas de seguridad. Lo siento. De veras, lo siento terriblemente —dijo Catchpole visiblemente nervioso.

—¿Por qué? —preguntó Jenna.

—Me limito a cumplir órdenes, princesa. —Catchpole parecía afligido.

Septimus ya había tenido bastante.

—¡Esfúmese, Catchpole! —le dijo—. Vamos a entrar tanto si le gusta como si no.

Septimus se acercó y la pesada puerta púrpura reconoció al aprendiz. Se abrió y Jenna siguió a Septimus, que se internó en las dependencias de Marcia, dejando a Catchpole detrás retorciéndose desesperadamente las manos.

Dentro estaba muy oscuro.

—¿Por qué no nos dejaba entrar Catchpole? —susurró Jenna—. No pensarás que ha ocurrido algo horrible, ¿verdad?

Septimus se quedó quieto un momento mientras el resplandor de su anillo dragón se volvía cada vez más intenso. Estaba aguzando el oído.

—No —respondió—. No noto nada oscuro. Bueno, nada salvo la sombra de costumbre. Y oigo... Sí, estoy seguro de que oigo la respiración de Marcia. Escucha.

—Yo no oigo nada, Sep —susurró Jenna.

—¿No? ¡Ah, bueno!, supongo que no. Estoy aprendiendo a oír la respiración humana desde lejos. Así es como papá te encontró, ya sabes. Y como Marcia me encontró bajo la nieve. Aún no soy bueno en eso, aunque puedo oír a Marcia.

—Pero ¿cómo... cómo sabes que no es la respiración de la sombra?

—¡Eso está chupado! La sombra no respira, tontita. No está viva, y por supuesto no es humana.

Oír aquello no tranquilizó a Jenna en nada.

—Está un poco oscuro todo esto, Sep.

Septimus tocó una vela junto a la gran chimenea de piedra y ésta se encendió, proyectando sombras danzarinas sobre la pared e iluminando el salvasombras, que acechaba en el rincón como una araña gigantesca esperando a su presa. Jenna sintió escalofríos. El salvasombras era espeluznante; había algo en él que le recordaba el Observatorio.

—¿Tienes frío, Jen? —preguntó Septimus.

Chasqueó los dedos y unos pequeños palos para encender el fuego saltaron a la chimenea y se prendieron ellos mismos. Luego, un par de gruesos troncos salieron de la cesta de la leña y cayeron encima de los palos y estallaron amablemente en llamas. El calor de la chimenea llenó enseguida la habitación y Jenna empezó a sentirse menos asustada.

—Vamos —dijo Septimus—, puedes hacer una visita a la habitación de la maga. Es realmente bonita. Te la enseñaré.

Pero Jenna se quedó atrás. Pensaba en la sombra que le aguardaba arriba, pegada a Marcia.

—Gracias, Sep. Pero prefiero quedarme aquí junto al fuego.

Septimus miró la cara pálida de Jenna. Convivir con toda aquella oscuridad en casa de Simon no le había sentado bien.

—De acuerdo, Jen —dijo—. Me quedaré contigo.

Un poco más tarde, una figura alta observó desde el umbral de la puerta las dos formas que dormían bajo una pila de sus mejores mantas de color púrpura. Marcia dudó un momento y sonrió. Esa irritante ex rata mensaje tenía razón: estaban a salvo. En fin, lo había sabido todo ese tiempo, pero era reconfortante volver a verlos.

Marcia se alejó de puntillas. La sombra se entretuvo un instante y dirigió una malévola mirada a las dos figuras durmientes, sus ojos se iluminaron de amarillo mortecino por un instante, y luego dio media vuelta y siguió a Marcia, que subía los helados escalones de piedra.

37. EN BUSCA DEL DRAXX.

—¿Qué demonios es esto? —exigió saber Marcia muy enojada, olvidando enseguida lo aliviada que se había sentido la noche anterior al ver que Septimus y Jenna estaban sanos y salvos.

Pero Marcia no se encontraba muy bien. Se había despertado, y había visto a la sombra repantigada en su almohada. Aquello no era raro, pues durante los últimos meses la sombra se había hecho cada vez más visible, sobre todo en las primeras horas de la mañana. Pero hasta entonces siempre había permanecido callada. Lo que en realidad había despertado a Marcia era el sonido de una voz grave y sepulcral que la llamaba sin cesar.

—Marcia... Marcia... Marcia...

En un arranque de ira, Marcia le había tirado uno de sus mejores zapatos de pitón púrpura a la fantasmagórica cosa, pero el zapato la había traspasado. El zapato había volado por la habitación, rompiendo un frasquito de cristal que Alther le había regalado a Marcia cuando, siendo su aprendiz, finalmente había conseguido dominar una proyección particularmente difícil. El frasco roto había alterado a Marcia más de lo que esperaba, y había bajado las escaleras hecha una furia. Ya no aguantaba más a la sombra, decidió mientras abría la puerta de la cocina y gritaba a la cafetera que se pusiera en marcha. Después del desayuno decidió que iría directamente a ver al viejo Weasal e insistiría en que le diera el tapón, la última pieza del salvasombras, inmediatamente.

—Septimus —dijo Marcia en voz alta.

Septimus se incorporó sobresaltado y durante un momento no conseguía recordar dónde estaba. Marcia se lo recordó de inmediato.

—La Torre del Mago —dijo cruzando los brazos con enojo—, es un lugar de Magia, no una colección de animales.

—¿Qué? —preguntó Septimus.

—Mira mis mejores mantas... están llenas de agujeros. No sé dónde has encontrado esa polilla gigante, pero ya te la puedes estar llevando de aquí.

—¿Qué polilla gigante? —preguntó Septimus, pensando que tal vez se había perdido algo.

—¿Eh? —murmuró Jenna saliendo de la montaña de mantas.

—¡Ah, hola, Jenna! —dijo Marcia—. Me alegra ver que has vuelto. Me lo dijo la rata... bueno, esa desdichada dijo un montón de cosas, la mayoría de ellas necedades a mi juicio, pero me contó que realizaste tu visita del solsticio de verano. Bien hecho.

—Gracias —respondió Jenna algo adormilada.

Se sentó y metió el pie por un gran agujero que había en la manta. Movi6 los dedos sorprendida de verlos y de repente algo verde se lanzó contra ellos.

—¡Aaay! —se quejó Jenna.

—¡Escupefuego! —exclamó Septimus desconcertado.

Tía Zelda le había dicho que el dragón crecería a rachas, pero no se imaginaba aquello. Escupefuego se había comido parte de la bolsa a prueba de dragones y ahora era del tamaño de un perrito. Septimus cogió al dragón y lo apartó del pie de Jenna.

—¿Estás bien, Jenna? —le preguntó.

—Sí, eso creo... aún tengo diez dedos. —Jenna se frotó el pie, que estaba un poco magullado por las garras del dragón—. Sep —añadió mirando a Escupefuego, cuya pequeña lengua verde lamía la mano de Septimus, esperando el desayuno—, anoche no era tan grande, ¿verdad?

—No —murmuró Septimus.

Estaba seguro de que aquello sería un problema y apenas se atrevía a mirar a Marcia. Sabía lo que diría. Y, efectivamente, lo dijo:

—Te lo advertí, Septimus. No quiero mascotas: ni loros, ni iguanas, ni tortugas, ni...

—Pero... pero Escupefuego no es una mascota. Es un instrumento mágico. Como el conejo de prácticas del patio.

—Septimus, un dragón no se parece en nada a un conejo de prácticas. No tienes ni idea de los problemas...

Como si deseara darle la razón a Marcia, Escupefuego se zafó de las manos de Septimus y salió

volando hacia los pies de Marcia. Había divisado los zapatos de pitón púrpura. Algo en el código genético de Escupefuego le dijo que los dragones y las serpientes eran enemigos, y una bonita serpiente púrpura sería un buen aperitivo antes del desayuno. Al dragón de dos días de edad no se le ocurrió que los zapatos de Marcia eran solo la piel de una serpiente, ni que los pies que había dentro pertenecían a una irritable y poderosa maga que sentía especial predilección por los zapatos y ninguna por los bebés dragón. Un destello verde salió disparado por el suelo, aterrizó sobre el pie derecho de Marcia y empezó a morder.

—¡Ay! —gritó Marcia sacudiendo frenéticamente el pie.

Sin embargo, Escupefuego había aprendido la lección desde que Septimus lo sacudió de su dedo dos días antes. Se agarró fuerte y hundió sus afilados dienteillos de dragón en la piel de la serpiente.

—¡Dientes sueltes! —dijo Marcia con dificultad, pero Escupefuego mordió más fuerte.

—¡Dientes sueltes! —gritó Marcia, pero Escupefuego se reafirmó y dio a la piel de serpiente una buena sacudida.

—¡Dientes sueltes! —gritó Marcia, diciéndolo por fin correctamente.

Escupefuego soltó el zapato de pitón púrpura y, como si la piel de serpiente púrpura hubiera dejado de interesarle, el dragón volvió muy contento al lado de Septimus, se sentó y contempló a Marcia con expresión torva.

Marcia se desplomó en una silla cogiéndose el pie y mirando el zapato estropeado. Septimus y Jenna contuvieron la respiración. ¿Qué les diría Marcia?

—Supongo, Septimus —dijo Marcia tras una larga pausa—, supongo que esa... ese bicho te ha marcado con su impronta, ¿no es así?

—Hummm, sí —admitió Septimus.

—Me lo imaginaba. —Marcia suspiró pesadamente—. Como si no tuviera suficientes preocupaciones, Septimus... ¿Sabes lo grandes que se vuelven?

—Lo siento —murmuró Septimus—. Te prometo que lo vigilaré. De veras, lo cuidaré. Lo alimentaré, lo educaré, lo sacaré a hacer ejercicio... y todo lo demás.

Pero Marcia no parecía convencida.

—Yo no quería tener un dragón —dijo Septimus sombríamente—. Salió de la piedra de Jenna.

—¿Sí? —Marcia se calmó un poco—. ¿En serio? Una incubación humana... Bueno, bueno, eso está mejor. Tendrá que quedarse en tu habitación mientras esté aquí. No pienso tenerlo rondando por ahí estropeándolo todo.

Y aunque Marcia no quiso decírselo a Septimus, no quería que el impresionable dragón se contaminara al menor contacto con la sombra. Si tenía que ser el compañero de Septimus, debía mantenerse tan al margen de la magia negra como fuera posible.

Marcia insistió en saber los detalles de cómo Jenna había escapado de Simon, y cuando le contaron lo del vuelo de la nave Dragón al Castillo, puso cara de expresión triunfante.

—Así que ahora yo soy la conservadora —murmuró.

Septimus estaba sorprendido.

—No lo creo —dijo—. Estoy seguro de que tía Zelda sigue siendo la conservadora...

—¡Bobadas! —replicó Marcia—. ¿Cómo puede seguir siendo la conservadora a kilómetros de distancia en los marjales? La nave Dragón está aquí en el Castillo... donde debe estar. Es una nave sensible, ese dragón. Bueno, esta conservadora no la abandonará. ¡Catchpole!

Catchpole abrió la puerta algo nervioso.

—¿Me llamaba, señora Marcia? —Tragó saliva.

—Sí. Lleve trece magos al astillero enseguida. Tienen que defender la nave Dragón con sus vidas. ¿Lo ha entendido?

—Trece magos... nave Dragón... hummm, defenderla con sus vidas. Esto... sí. Gracias, señora Marcia. ¿Eso es todo?

—¡Creo que es suficiente para que lo asimiles todo de una vez, Catchpole!

—¡Esto... sí! Gracias, señora Marcia.

—¡Ah... y Catchpole!

Catchpole frenó su nerviosa retirada.

—Esto... ¿sí, señora Marcia?

—Cuando lo haya hecho puede venir a desayunar con nosotros.

Catchpole puso cara de abatimiento.

—¡Ah! —dijo, y tras recordar sus modales, añadió—: ¡Ah, gracias, señora Marcia, muchas gracias!

Para Catchpole, el desayuno era su cruz. Se sentaba muy cohibido a la mesa porque no sabía cómo debía comportarse con Jenna y Septimus, por no mencionar a Marcia, que le aterrorizaba.

—Te dije que no dejaras entrar a los magos, Catchpole, pero este es mi aprendiz. ¿Entiendes la diferencia? —le preguntó Marcia de malos modos, mientras la cocina dejaba que se saliera el café de la cafetera por segunda vez aquella semana. La cocina nunca funcionaba como era debido a primera hora de la mañana, y siempre estaba tensa y nerviosa en el desayuno. A la cafetera le ofendía que le gritasen y eso no era de mucha ayuda, no podía concentrarse en lo que estaba haciendo.

Y, para colmo, había un dragón mordeándole un pie. Hubo un fuerte siseo cuando el café cayó sobre la plancha caliente de la cocina y se derramó en el suelo.

—Limpia —soltó Marcia.

Un trapo saltó del fregadero y rápidamente enjuagó el desastre.

Catchpole comía muy poco durante el desayuno. Estaba sentado retorciendo el sombrero entre las manos, mirando con aprensión a Escupefuego, que se encontraba en un rincón junto a la cocina, engullendo ruidosamente grandes bocados de avena.

Después del desayuno —que para Escupefuego consistió en dos pollos asados, tres rebanadas de pan, un cubo de avena, una servilleta, cuatro litros de agua y el sombrero de Catchpole—, Septimus, Jenna y Catchpole se sentaron a la mesa y escucharon los ruidos que Marcia hacía para subir al dragón, meterlo a empujones en la habitación de Septimus y bloquear la puerta. Hubo un incómodo silencio alrededor de la mesa. Catchpole se sentaba sosteniendo las orejas extraíbles, que Escupefuego había escupido poco después de robarle el sombrero y tragárselo.

Jenna se levantó.

—Disculpadme —dijo—, pero creo que será mejor que regrese con mamá y papá ahora. ¿Vienes, Sep?

—Quizá más tarde, Jen. Primero veré qué quiere Marcia que haga.

—Te diré lo que quiero que hagas —dijo Marcia, que volvía a la cocina algo despeinada—. Vas a ir directamente al Manuscriptorium y traerás una copia del Manual de entrenamiento del Dragón Draxx. Pide la edición mágica ignífuga original, no dejes que te vendan la barata en papel, no duraría ni cinco minutos.

—Está bien —dijo Septimus con displicencia—. Tengo este.

Le mostró su copia de Cómo sobrevivir a la crianza de un dragón. Guía práctica.

—¡Esa bazofia! —se burló Marcia—. ¿De dónde demonios lo has sacado?

—Me lo dio tía Zelda —murmuró Septimus—, y dijo que debería buscar...

—... El Almanaque de los primeros años de los lagartos alados —acabó la frase por él—. Eso también es una sarta de bobadas. Además, no encontrarás ninguno de esos libros, pues los imprimieron en un papel muy inflamable. Tiene que ser el Draxx, Septimus, no servirá nada más. Al oír unos golpes de mal agüero procedentes del dormitorio de Septimus, Jenna y él salieron rápidamente de las dependencias de la maga extraordinaria en busca del Draxx.

Jenna y Septimus caminaban por la Vía del Mago temiendo que volviera a aparecer un caballo negro con un jinete, pero todo parecía normal. Era ya media mañana, el sol brillaba entre las pocas nubes blancas y la vía estaba llena de empleados que hacían recados importantes —o al menos lo aparentaban— y compradores que rebuscaban entre los montones de libros y pergaminos colocados sobre las mesas apostadas a la puertas de las tiendas.

—¿Qué le pasa a Marcia? —preguntó Jenna cuando se acercaban al Manuscriptorium—. Parece que está más gruñona de lo normal.

—Lo sé —dijo Septimus afligido—. Creo que la sombra está empezando a dominarla... Me

gustaría poder hacer algo.

—Mira, Sep —dijo Jenna preocupada—, tal vez deberías quedarte en Palacio con nosotros durante un tiempo.

—Gracias, Jen —respondió Septimus—, pero no puedo dejar a Marcia sola con esa horrible sombra siguiéndola a todas partes. Me necesita.

Jenna sonrió, sabía que Septimus diría eso.

—Bueno, si las cosas se ponen feas con Marcia, ven directamente al Palacio y cuéntaselo a mamá, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo. —Septimus le dio un abrazo—. Adiós, Jen. Saluda a mamá y a papá de mi parte. Diles que iré a verlos más tarde.

Septimus se quedó mirando cómo Jenna enfilaba la Vía del Mago hacia Palacio hasta que llegó a la verja. Luego abrió la puerta del Manuscriptorium con su familiar sonido metálico y entró en la lúgubre oficina principal.

—¿Qué hay, Sep? —saludó una voz alegre desde detrás del escritorio.

—Hola, Beetle —sonrió Septimus.

—¿Qué puedo hacer por ti, oh, sabio aprendiz? —La cabeza de Beetle asomó por encima del mostrador—. Oye... ¿no podrías hacer un rápido hechizo de encontrar? He perdido la mejor pluma del viejo Foxy. Él está allí atrás, y casi le da un ataque.

—Bueno, en realidad no debería... Mira, usa mi imán. —Septimus sacó un pequeño imán rojo de su cinturón de aprendiz y se lo dio a Beetle—. Sujétalo por el lado abierto y apunta hacia donde crees que puede estar la pluma y luego concéntrate en ella. Tienes que estar muy cerca, pues el imán no es muy magnético. Conseguiré uno mejor cuando acabe mi Proyecto de Buscadores Rastreadores.

—Gracias, Sep. —Beetle cogió el imán y desapareció debajo del mostrador. Al cabo de unos instantes volvió a salir triunfante con una delgada pluma negra pegada al extremo del imán—. Me has salvado el cuello, Sep. Gracias. —Beetle le devolvió el imán a Septimus—. ¿Has venido por algo en concreto? ¿Puedo ayudarte en algo?

—Esto... necesito el Manual de entrenamiento del Dragón Draxx.

—¿La edición sumergible e ignífuga avanzada? ¿Con imágenes impresas que hablen o en movimiento? ¿La edición económica o de lujo? ¿Tapas verdes o rojas? ¿Nuevo o de viejo? ¿Grande o...?

—La edición ignífuga —le interrumpió Septimus—. Por favor.

Beetle chasqueó la lengua.

—Hummm. Está difícil. No sé si tenemos esa edición.

—Pero acabas de decir...

—En teoría la tenemos, pero en la práctica no. El Draxx es un libro muy raro, Sep. La mayoría de ellos son devorados muy rápido, o se queman, salvo los que son ignífugos. —Luego, al ver la expresión de desilusión de Septimus, Beetle le dijo al oído—: Mira, por ser tú, te dejaré entrar en el almacén de libros y amuletos salvajes. Ahí es donde debemos de tenerlo, si es que tenemos alguno. Tú mismo podrás buscarlo. Sígueme.

Septimus se encogió para pasar por el largo mostrador y echó un vistazo a su alrededor para comprobar que nadie le había visto; Beetle abrió una puerta estrecha oculta en un panel de madera que revestía la trastienda. Beetle abrió la puerta revestida de gruesas planchas y se llevó el dedo a los labios.

—No hagas ruido, Sep. No deberías estar aquí. No realices ningún movimiento brusco, ¿de acuerdo?

Septimus asintió y siguió a Beetle al almacén de libros y amuletos salvajes. Beetle cerró la puerta tras de sí, y Septimus contuvo la respiración; se sentía como si volviera a estar en el Bosque, rodeado de zorros por todas partes. El almacén de libros y amuletos salvajes estaba débilmente iluminado y olía a fieras salvajes. Se trataba de dos largas hileras de altas estanterías paralelas cerradas por barrotes de hierro, detrás de los cuales se apiñaban los libros salvajes. Al seguir con cautela a Beetle por el estrecho pasillo, Septimus iba dejando tras de sí una estela de gruñidos

graves, arañazos y murmullos, mientras los libros zarandeaban los barrotes herrumbrosos.

—Disculpa el desorden —susurró Beetle, echando un vistazo a una surtida montaña de amuletos arañados y con marcas de dientes, que tenían masas de pelo pegados y estaban cubiertos de lo que a Septimus le parecieron manchas de sangre—. Anoche hubo una pequeña bronca entre los amuletos de una Guía de encantamientos de Ahuman Osohormiguero y los de un Panfleto de maleficios zorros. Algún idiota que no se sabe el abecedario los puso juntos. No es nada agradable a la vista. Déjame ver... dinosaurios... drososofila... no, eso está muy lejos. ¡Aja!, la sección «dragones» debería de estar aquí, si es que tenemos algo sobre ellos. Echa una mirada a ver si encuentras algo. Ahora tengo que irme para comprobar que nadie me está buscando ahí delante. No quiero que nadie sospeche.

Y, tras decir esto, Beetle se esfumó, dejando a Septimus rodeado de pelo, plumas y escamas.

Tapándose la nariz, en parte para evitar el olor, pero también porque sentía unas intensas ganas de estornudar, Septimus escudriñó la penumbra con la esperanza de ver algo que llevara la palabra «Draxx» escrita. A los libros no parecía gustarles que los observaran. Se cambiaban de posición y uno o dos de los más grandes y más peludos emitieron unos amenazadores gruñidos graves. Pero ni rastro del Draxx, ni nada que tuviera que ver remotamente con dragones.

Septimus estaba mirando a través de los barrotes un libro con escamas sin nombre cuando Beetle le dio unos golpecitos en el hombro.

—¡Aaaaaay! —gritó Septimus.

—¡Chissst! —le instó Beetle—. Tu hermano está aquí.

—¿Y qué es lo que quiere Nicko? ¿Te lo ha dicho?

—No se trata de Nicko, es Simon.

38. LA CÁMARA HERMÉTICA.

—¡Simon! —exclamó Septimus—. ¿Qué está haciendo aquí de nuevo?

—Está entrevistándose con el padre de Foxy, como de costumbre —dijo Beetle con desdén—. Esos dos son uña y carne. Vamos, ven conmigo.

Beetle cogió a Septimus por la manga y tiró de él hasta llevarlo a un extremo de la hilera de jaulas. Beetle se arrodilló debajo de un conducto de ventilación y de inmediato dio un respingo, turbado por un fuerte susurro que procedía de la Fórmula zombi antiveneno de serpiente.

—Arrrg, odio las serpientes. Me ponen enfermo. Ven, Sep, no tengas miedo a las serpientes... Ven por aquí. Oirás mejor lo que está pasando.

—¿Oír qué, Beetle? —preguntó Septimus, apretujándose entre él y la Fórmula zombi antiveneno de serpiente.

Beetle señaló el conducto de ventilación que había en la pared.

—La cámara hermética está al otro lado —explicó—. Ya sabes, la habitación del viejo Foxy, donde se traen entre manos todo ese secreto. Se supone que debo mantener sellado el conducto de ventilación, pero a veces esto apesta y es necesario que entre un poco el aire. Escucha, Sep, desde aquí lo oirás todo.

Septimus se arrodilló junto a Beetle y de repente oyó la voz de Simon con tanta claridad como si estuviera frente a él. Parecía furioso.

—Mira, Hugh, ya te lo he dicho, hay algo que no funciona en este amuleto de volar. Es totalmente impredecible. Francamente, tengo suerte de estar aquí de una pieza. Casi se me cae mi nuevo ayudante en las arenas movedizas... aunque ese ingrato pilludo lo tendría bien merecido. Le ofrezco una oportunidad única, y cambia de opinión a mitad del vuelo.

—Se supone que no puedes llevar pasajeros —oyó decir al jefe de los escribas herméticos con voz desaprobadora—. El arte de volar no es un servicio de taxi.

—¡Bueno, no seas tan quisquilloso, Hugh! Arréglalo, ¿quieres? Estoy seguro de que podrás hacer algo. Refuézalo un poco. www.freelibros.org

—¿Reforzarlo un poco? —El tono de incredulidad de Hugh Fox se colaba a través del conducto de ventilación—. Esto es el arte perdido de volar, el arte más arcano de todos, ¡y tú vienes y me dices que lo refuerce un poco...! Este amuleto es el más antiguo que he visto nunca. Mira el oro, hecho de las hebras de oro tejidas por las arañas de Aurum, ni más ni menos, tan puro y sedoso que uno apenas se atreve a tocarlo.

—¡Pero vamos, Hugh! —Simon parecía exasperado—. Por muy maravilloso que sea, el condenado no sirve de nada si casi mata a la persona que lo está usando. Además, no estoy seguro de que sea en realidad el amuleto de volar, no hace ni la mitad de las cosas que me dijiste que haría.

Hugh Fox replicó escupiendo cada una de sus palabras.

—Te puedo asegurar, Simon, que es el verdadero. Lo he estado buscando durante años y estaba exactamente donde esperaba que estuviese: oculto por un hechizo oscuro de invisibilidad dentro de la tapa de este libro —Septimus oyó cómo Hugh Fox daba unos golpecitos sobre algo—. Tienes que mostrar cierto respeto hacia el amuleto, Simon, no es cuestión de reforzarlo.

—Mira, Fox —la voz de Simon parecía amenazadora—, ya te he dicho que eres tú el que tiene que mostrarme cierto respeto a mí. Hoy es el gran día. Todo está casi preparado. Si todo sale bien, tendrás un nuevo mago extraordinario con quien tratar. Un mago extraordinario como es debido. Y, aunque no está bien que yo lo diga, un aprendiz decente: yo mismo, ni más ni menos, y no un chaval del ejército joven que no conseguiría hacer bien un hechizo por mucho que se esforzara.

—Ya te lo he dicho antes, Simon —dijo Hugh Fox muy seriamente—, yo no me meto en política. Si me preguntas mi opinión, ya hemos tenido bastantes magos extraordinarios. No hay nada malo en la que tenemos. Y el chaval también está bien.

La voz de Simon se volvió fría como el hielo.

—Yo que tú no seguiría diciendo eso, Fox. No querrás verte consumido, ¿verdad?

—¿Qué? —exclamó Hugh Fox, parecía aterrorizado.

—Ya lo has oído. Tú límitate a arreglar el amuleto. Te lo digo en serio. Volveré dentro de una hora y espero que entonces funcione.

—Veré lo que puedo hacer —dijo Hugh Fox abatido.

—¡Hazlo, Fox! Además, te alegrará saber que este es mi último viaje. Tengo la pieza final... ¿la ves?

Al jefe de los escribas herméticos se le escapó una exclamación cuando Simon dio unos golpecitos a algo hueco y luego se echó a reír.

—No hagas eso —le pidió Hugh Fox—. No importa quién fuera, se trata de una falta de respeto.

—No me digas lo que tengo que hacer —se burló Simon—. Además, descubrirás quién era... bueno, quién es... muy pronto. Ahora abre la puerta, ¿quieres?

Hubo un fuerte murmullo y luego silencio.

—Mediocre con ínfulas... —El estruendoso ruido de un gran libro cerrándose ahogó el resto de la opinión que el jefe de los escribas herméticos tenía sobre el hermano mayor de Septimus.

—¿Has oído eso? —susurró Septimus a Beetle mientras se levantaban y regresaban por entre las estanterías llenas de libros y amuletos salvajes—. ¿Qué habrá querido decir con lo de nuevo mago extraordinario?

—Mira, Sep —dijo Beetle mientras llegaban a la puerta de la trastienda—, todo el mundo aquí cree que es un chiflado. Tenemos un montón como él. Cree que va a dominar el mundo con unos cuantos hechizos oscuros.

—Tal vez lo haga —dijo Septimus.

Beetle no respondió. Cuando estuvieron de nuevo en la tienda, se dirigió a Septimus y dijo:

—Te diré qué vamos a hacer: iré y distraeré al viejo Foxy unos minutos para que salga de la cámara. Entonces tú podrás colarte y coger el hechizo de volar. Eso le cortará las alas un poco. ¿Qué te parece?

Beetle desapareció en la penumbra del Manuscriptorium. Y regresó al cabo de un momento, gesticulando frenéticamente ante Septimus.

Vamos, Sep; rápido, estamos de suerte. Al viejo Foxy le ha dado uno de sus ataques y ha tenido que echarse un rato. Sígueme.

Septimus era una figura familiar en el Manuscriptorium y ninguno de los escribas levantó siquiera la cabeza mientras seguía a Beetle por el pasillo que llevaba a la cámara del jefe de los escribas herméticos. El pasillo era estrecho y oscuro como boca de lobo, pues cambiaba de dirección siete veces para evitar cualquier línea de huida directa de la cámara. Al final del pasillo, Beetle y Septimus se encontraron en una pequeña habitación blanca iluminada por una vela solitaria. La habitación era circular, para evitar que ningún hechizo o amuleto perverso se alojara en los rincones, y apenas tenía mobiliario. Una gran mesa redonda ocupaba casi todo el espacio y un espejo viejo, más alto que Septimus, estaba apoyado contra la pared. Pero Septimus no apreció nada de esto cuando entró detrás de Beetle, sus ojos se fijaron de inmediato en lo que había sobre la mesa. No en el amuleto de volar, que aún estaba atado al cinturón de Simon y tirado descuidadamente en un rincón de la mesa, sino en el grueso libro que descansaba a su lado.

—¡Ese es el libro de Marcia! —exclamó Septimus.

—¡Chissst! —susurró Beetle.

—Pero si lo es —susurró Septimus muy alterado—. Lo llevaba consigo cuando DomDaniel la engatusó para que regresara al Castillo durante la Gran Helada. DomDaniel se lo quedó y desde entonces no lo ha vuelto a ver. Lo ha estado buscando por todas partes. —Cogió el libro—. Mira, es este, La destrucción de la oscuridad.

Beetle parecía confundido.

—¿Y cómo es que lo tiene Foxy? —preguntó.

—Bueno, no será por mucho tiempo —declaró Septimus—. Marcia vendrá enseguida a buscar su libro, en cuanto le diga dónde está.

Beetle se anotó mentalmente que tenía que esfumarse cuando viera a Marcia acercarse al Manuscriptorium.

—Tú coge el amuleto, Sep, y salgamos de aquí —dijo Beetle preocupado por que Hugh Fox apareciera de repente.

El amuleto de volar era una sencilla flecha de oro. Era más pequeña de lo que Septimus se imaginaba y más delicada, con intrincados dibujos labrados en oro. Las plumas estaban hechas de oro blanco, curiosamente retorcidas y deformes, y Septimus se preguntó si sería por ello que Simon había tenido problemas. Alargó la mano para cogerla y bajo su mano extendida algo se movió de repente. El cinturón de Simon se retorció, transformado en una pequeña serpiente roja con tres estrellas negras en la cabeza, y se enroscó sobre el amuleto de volar. Silbó y se levantó; tenía todo el aspecto de estar preparándose para atacar.

—¡Arrrg! —gritó Beetle horrorizado, y de inmediato se tapó la boca con la mano para ahogar el grito. Pero era demasiado tarde... Alguien del Manuscriptorium le había oído.

—Holaaa... —dijo una voz vacilante desde el pasillo del séptimo giro—. ¿Hay alguien ahí?

—Sep —dijo Beetle con urgencia—, Sep... tenemos que salir de aquí. Vamos.

—¡Yujuuu! —repitió la voz.

—Todo está bien, Partridge —gritó Beetle—. El aprendiz extraordinario se ha equivocado de pasillo. Le estoy ayudando a salir.

—¡Ah, bueno! Estaba preocupado, Beetle. El señor Fox me ha dicho que vigilara la cámara.

—No te preocupes, Partridge. Saldremos ahora mismo. No es necesario que entres —dijo Beetle alegremente, y luego añadió en voz baja—: Sep, vamos muévete, ¿quieres?

Septimus aún seguía mirando la serpiente, incapaz de dejar escapar el amuleto de volar.

—¡Ah, hola, señor Fox!, señor —La voz aguda de Partridge retumbó de repente en la cámara. Septimus y Beetle se miraron aterrorizados.

—¿Qué estás haciendo? Apártate de mi camino, Partridge —dijo el jefe de los escribas herméticos en tono irritado.

—¡Uy... ejem, lo siento, señor —chilló Partridge—. ¿Era su pie?

—Sí, es mi pie, Partridge. Lárgate, ¿quieres?

—Sí. Sí, claro, me largo, señor Fox, señor. Lo siento. Lo siento.

—Por el amor del cielo, vuelve a tu mesa y deja de decir que lo sientes.

—Lo siento, quiero decir, sí, señor Fox. Si puedo pasar apretándome un poco, si no le importa, señor Fox, lo siento.

—¡Oh, santa paciencia...!

En el tiempo que Partridge tardó en desenredarse de Hugh Fox, volver a disculparse y volver volando a su mesa, Beetle había tirado de una gran palanca de bronce que estaba enclavada en la pared. Un murmullo grave llenó la habitación, y esta vez no era la serpiente. Bajo la mesa, una trampilla redonda y oculta se levantó lentamente del suelo, y una ráfaga de aire frío entró en la habitación.

—¡Métete ahí abajo, Sep, vamos! —le urgió Beetle.

Septimus echó una mirada apesadumbrada a la serpiente, que todavía estaba tensamente enroscada alrededor del hechizo de volar y silbaba aún más furiosa, pues había tomado el ruido de la trampilla por el de una serpiente rival. Pero, al oír las raudas pisadas de Hugh Fox cada vez más cerca, Septimus cogió el libro de Marcia y se escabulló por la trampilla, seguido de cerca por Beetle.

39. EN LOS TÚNELES DE HIELO.

La trampilla se cerró encima de ellos con un leve silbido, convirtiéndose en un sello. Septimus se estremeció. Debajo de la cámara hermética hacía un frío glacial y estaba todo muy oscuro. El anillo dragón de Septimus empezó a refulgir con su habitual luz cálida y amarilla.

—Tienes un anillo muy bonito, ¿verdad, Sep? —dijo Beetle con admiración—. Pero aquí abajo es mejor esta luz.

Beetle abrió con un chasquido una lata pequeña. Dentro había una piedra plana que emitía una brillante luz azul, haciendo que las paredes blancas que los rodeaban reluciesen, y centellearan.

Septimus miró a su alrededor, esperando encontrar una especie de bodega. Le sorprendió ver que en realidad estaban en mitad de un largo túnel blanco, que se alargaba por cada extremo más allá de su vista.

—Este es el primer lugar donde el viejo Foxy va a mirar —susurró Beetle levantando la vista hacia la trampilla muy nervioso—. Será mejor que nos pongamos en marcha.

Beetle sacó de la pared una gran tabla con dos tiras de metal a cada lado de la parte inferior. Beetle puso la tabla en el suelo blanquecino del túnel, se sentó y sonrió.

—Sube a bordo, Sep.

Septimus se disponía a obedecerle cuando resbaló de repente y aterrizó en el suelo dándose un golpe.

—¡Aaay! —exclamó—. Resbala como si fuese hielo. ¿Qué es esto, Beetle?

—Hielo —dijo Beetle—. Vamos, sube, Sep.

—¿Hielo? Pero si estamos en pleno verano. ¿Dónde estamos, Beetle?

—En los Túneles de Hielo —le explicó Beetle—. ¿Dónde creías que estábamos?

—No lo sé. En una habitación secreta debajo de la cámara, supongo. Túneles de Hielo... ¿qué son?

—Pensé que conocías los Túneles de Hielo, ya que eres el aprendiz número uno y todo eso. Vamos, Sep, sube al trineo. www.freelibros.org

Apenas había espacio para Septimus. Se apretujó detrás de Beetle y entonces se percató de que había olvidado La destrucción de la oscuridad en el hielo.

—Espera, Beetle, el libro de Marcia no cabe.

—Entonces, siéntate encima de él —le dijo Beetle, que empezaba a perder los nervios—. Y date prisa. El viejo Foxy asomará su puntiaguda nariz en cualquier momento.

Septimus puso el libro sobre el trineo y se sentó en él. Estaba muy intranquilo, no le gustaban los Túneles de Hielo. Soplaba un viento helado y, mientras le azotaba el rostro, Septimus lo oía gemir y llorar. Le ponía los pelos de punta.

—Muy bien —dijo Beetle alegremente—. Agárrate fuerte, nos vamos.

El trineo salió disparado y Septimus casi se queda en tierra; aún no habían llegado a la primera curva cuando un silbido inconfundible llenó el túnel: se había abierto la trampilla. Beetle se desvió bruscamente hacia la pared y cerró su lata de luz. Septimus metió la mano en el bolsillo para amortiguar la luz del anillo dragón, y se sentaron inmóviles como una piedra en la helada oscuridad, conteniendo la respiración. De repente, un haz de luz cortó la oscuridad proyectándose desde la trampilla abierta, y el jefe de los escribas herméticos asomó la cabeza por la abertura como si fuera la extraña pantalla de una lámpara. Sus rasgos afilados otearon a izquierda y derecha, y luego su voz retumbó a lo largo del túnel, sonando más profunda e impresionante de lo que en realidad era.

—No seas ridículo, Partridge. No veo a Beetle por ningún lado. Por qué demonios querría meterse ahí abajo... no es día de inspección. ¿Y por qué se iba a llevar el libro? No está bien que intentes echar las culpas a otro cuando es totalmente tu responsabilidad... —El resto de la diatriba de Hugh Fox quedó cortada por el ruido de la trampilla al cerrarse.

—¡Vámonos de aquí! —murmuró Septimus entre dientes.

Beetle abrió su lata de luz y el trineo salió disparado por el túnel.

Viajaban a toda velocidad y el pequeño trineo tomaba las curvas con una facilidad sorprendente. Al cabo de unos minutos, Beetle redujo la velocidad del trineo; Septimus se soltó de los costados

—se había agarrado tan fuerte que tenía los nudillos blancos—, y miró hacia atrás.

—No tiene sentido correr tanto, Sep —dijo Beetle—. Nadie nos perseguirá... somos los únicos que tenemos el trineo encantado.

—¿Estás seguro? —preguntó Septimus sin dejar de mirar hacia atrás.

—Claro que estoy seguro. Al fin y al cabo es mi trineo. Yo soy el único que hace las inspecciones.

—Pero ¿qué es lo que inspeccionas, Beetle? —preguntó Septimus mientras el trineo avanzaba lentamente por una subida—. ¿Y por qué?

—No lo sé, Sep. Nadie me dice por qué. Solo que baje cada semana y eche una ojeada en trineo y compruebe si hay alguna fisura en el hielo, algún deshielo o cualquier otra perturbación. .. ya sabes, ese tipo de cosas... y que compruebe si todas las trampillas están selladas.

—¿Qué? ¿Hay más trampillas? —preguntó Septimus.

—Sí, montones de ellas. Todas las viejas casas las tienen en los sótanos. Baja la cabeza y no respirese lo que pase... Ahí está Hilda.

Septimus agachó la cabeza justo cuando una fina hebra de gimiente niebla blanca se acercaba hacia ellos, girando en espiral por las resplandecientes paredes. El espectro del hielo pasó por encima del trineo arremolinándose alrededor de Beetle y Septimus mientras circulaban como un rayo y se quedaban helados hasta los huesos. Cuando Septimus se agachó, notó que su cabello crujía como si fuera hielo; el aire en la nariz y en la boca se congeló y se solidificó, y por un terrible instante pensó que se ahogaría. De repente, el espectro se fue, gimiendo y dando vueltas por las paredes en su interminable recorrido por los Túneles de Hielo.

—¡Ufif! —Beetle respiró pesadamente mientras aceleraba el trineo por una subida con mucha pendiente—. Muy bien, ya se ha ido. No volverá hasta dentro de una hora más o menos. Normalmente, eso es lo que tarda en hacer las rondas. Para entonces, ya habremos llegado a la Torre del Mago.

—¿Este túnel lleva a la Torre del Mago? —exclamó Septimus, debatiéndose por recuperar el aliento.

www.freelibros.org

—Los Túneles de Hielo conducen a todas partes, Sep. Bueno, circulan por debajo de todos los lugares realmente antiguos del Castillo. Comunican entre sí la Torre del Mago, el Palacio, numerosas tiendas de la Vía del Mago y las viejas casas que están abajo, junto al foso. ¡Uy!, se avecina una curva muy cerrada.

—¡Aaaaaah! No vayas tan deprisa, Beetle. Pero ¿cómo pueden seguir helados en mitad del verano? No tiene sentido.

—Bueno, creo que sucedió hace muchos siglos, después de que algo saliera mal por algún motivo —dijo Beetle vagamente—. Ahora nadie quiere librarse del hielo porque prefieren que no salga lo que hay debajo.

—¿Y qué hay debajo, Beetle?

—No lo sé. Agárrate fuerte.

Beetle se escoró bruscamente para esquivar dos pálidas figuras vestidas con unas raídas túnicas grises, y Septimus casi se cae.

—Lo siento, Sep —dijo Beetle enderezando el trineo y prosiguiendo la marcha—. Odio pasar a través de los fantasmas, sobre todo, esos dos. No dejan de preguntarme por dónde se sale. Me sacan de quicio.

El trineo avanzaba lentamente, los patines se deslizaban sin esfuerzo sobre el liso hielo; subía con tanta facilidad las suaves cuestas del túnel como descendía por las bajadas. Septimus se había acostumbrado ya a los vientos gélidos y a los esporádicos fantasmas perdidos, y empezaba a disfrutar del viaje cuando Beetle detuvo bruscamente el trineo y cerró rápidamente la lata de luz. Delante de ellos, un haz de luz amarilla iluminaba hacia abajo como un faro desde el techo del túnel.

—¿Qué es eso? —susurró Septimus.

—Alguien ha desprecintado el sello de una trampilla —le contestó Beetle también en un susurro.

—¿Quién? —preguntó Septimus con el corazón desbocado.

—Es la trampa de Van Klampff —dijo Beetle muy bajito.

—Mira... —exclamó Septimus—. Alguien está bajando.

Unos pies con patines de hielo colgaban de la trampilla. Septimus pensó que debía de ser Una Brakket, pues el corpulento Weasal van Klampff no cabía por la trampilla. Durante un breve instante, los patines colgaron inseguros en el haz iluminado; luego cayó una figura familiar y aterrizó en el hielo como un gato. Agazapado, como si se preparase para saltar, Simon Heap escrutó la oscuridad.

—¿Quién anda ahí? —gritó Simon algo vacilante; sus ojos todavía no se habían acostumbrado a la oscuridad.

—¡Simon! —exclamó Septimus.

—¿Quién me llama? —La voz de Simon resonó con un eco fantasmal en el túnel—. ¿Quién eres?

—Beetle... ¡sácanos de aquí! —exclamó Septimus en un apremiante suspiro.

No había nada que Beetle desease más. Giró el trineo y salió disparado arrancando del suelo una lluvia de hielo.

—¡Oye! —gritó Simon mientras, con la sensación de no entender nada, reconocía la odiada túnica verde del aprendiz de Marcia—. ¿Qué estás haciendo aquí, mocososo?

—¡Nos persigue, Beetle! —gritó Septimus mirando por encima del hombro, mientras Simon, experto patinador, tomaba velocidad y se lanzaba a la persecución del trineo.

—Nosotros correremos más, Sep —dijo Beetle con seguridad, conduciendo el trineo por otra curva y directamente a través de los dos fantasmas que había esquivado antes.

—Perdone... ¿La salida, por favor...? Podría decirnos... ¿dónde está la salida la salida la salida...?

—replicó el eco a lo largo del túnel.

—¿Lo hemos perdido ya? —gritó Beetle.

—¡No! —le respondió Septimus también a gritos.

—¡Muy bien, pues ahí vamos! —Beetle descendió a toda velocidad por un túnel más pequeño, frenó el trineo hasta detenerlo y saltó.

En un santiamén había empujado a Septimus y el trineo a través de una puerta abierta en la pared de hielo y la había cerrado. Respirando fuerte, Beetle se resbaló hasta el suelo helado.

—La puerta de servicio —sonrió Beetle—. Él ni se imagina que existe.

Septimus bajó del trineo y se tumbó en el suelo, levantando la mirada al techo de lo que era un pequeño espacio excavado en el hielo duro. La puerta también era un bloque de hielo y ahora que estaba cerrada, Septimus no distinguía ni rastro de ella. Supuso que por el otro lado era lo mismo.

—Beetle —dijo—, eres asombroso.

—No tiene importancia, Sep. ¿Quieres un palote crepitante?

—¿Un qué?

—Son buenos y calientes. Llevo algunos por si me entra frío de verdad. —Beetle sacó una cajita de detrás de un par de palas y una manta. La abrió y miró en su interior—. Los hay con sabor a plátano y abadejo y... remolacha. Lo siento, Sep, me parece que me he comido todos los buenos.

—¿El de sabor a remolacha qué tal, Beetle?

—Masticable. ¿Cuál quieres?

—El de plátano, por favor.

—¿Te refieres al de plátano y abadejo?

—¡Sí, por favor! Tía Zelda solía hacer un magnífico pastel de plátano y abadejo. Es buenísimo.

—¿En serio? Puedes cogerlos todos si te gustan, Sep.

Al cabo de diez minutos, Beetle abrió con cautela la puerta de hielo y asomó la cabeza. El único rastro de Simon eran dos huellas de hielo, una que iba hacia el túnel y pasaba por delante de la puerta de servicio, y la otra que volvía, pero, para alivio de Beetle, no había ninguna señal de que Simon se hubiera detenido e investigado el escondrijo. Enseguida, Beetle y Septimus estaban de nuevo en el trineo de vuelta sobre sus pasos hacia el túnel principal.

—Te diré qué vamos a hacer, Sep —dijo Beetle—. Cogeremos el atajo rápido hasta la Torre del

Mago. No será como hasta ahora, tiene algunas subidas y bajadas más pronunciadas, pero creo que cuanto antes salgamos de aquí, mejor, ¿verdad?

—Por supuesto, Beetle.

Al cabo de unos minutos y numerosos giros después, Beetle detuvo el trineo y señaló un indicador tallado en el hielo. En letras hechas de hielo negro destacaban las palabras: A LA TORRE DEL MAGO, escritas en una caligrafía pasada de moda, y una flecha muy ampulosa señalaba hacia un túnel de hielo mucho más pequeño y estrecho que descendía y desaparecía en la oscuridad.

—Muy bien —dijo Beetle—. Ahora tienes que agarrarte fuerte, Sep. Aquí es donde se pone peliagudo.

El trineo tomó la curva cerrada que se metía en el túnel de la Torre del Mago. Esperó un momento para reunir valor, y luego, para horror de Septimus, el hielo de debajo de ellos pareció desvanecerse y empezaron a caer como una piedra.

—¡Yuuujuuu! —El grito emocionado de Beetle le seguía como una estela mientras el trineo caía en picado por una pendiente casi vertical, golpeaba el hielo al final de la misma, levantaba el vuelo por una inclinación igual de pronunciada, llegaba a la cima y aterrizaba con un fuerte golpe sobre el suelo que empezaba a nivelarse.

Septimus acababa de recuperar el resuello cuando Beetle tomó una curva cerrada hacia la izquierda y de inmediato dirigió el trineo hacia una curva aún más cerrada hacia la derecha, momento en que Septimus y el trineo se separaron. Beetle derrapó hasta detener el trineo despidiendo una lluvia de hielo, giró el trineo en un ángulo de ciento ochenta grados y regresó despacio a buscar a Septimus.

—Está bien, ¿eh? —sonrió Beetle—. Deberías ver mis triples saltos... son los mejores.

—Ahora no, gracias, Beetle —dijo Septimus levantándose totalmente dolorido por el hielo.

—Sí, vale. Bueno, ya estamos aquí. Servicio de taxi de puerta a puerta, Sep. No está mal, ¿eh?

Beetle señaló un arco alto que, por supuesto, estaba hecho de hielo macizo. Debajo del arco había dos elaboradas letras talladas en hielo: P. M.

—Ya has llegado. Aquí es —dijo Beetle.

—¡Ah...! —exclamó Septimus mirando el arco con recelo. Cogió la destrucción de la oscuridad—. Vamos, pues, Beetle.

—¿Quién... yo? —Beetle parecía sorprendido.

—Bueno, no puedes volver, ¿no? ¿Qué vas a contarle a Foxy?

—¡Oh, caramba! No había pensado en eso. —Beetle bajó del trineo y lo ató a una anilla de plata que estaba encastada en el hielo—. Tienes que atarlos, si no, desaparecen —añadió Beetle al ver que Septimus miraba sorprendido la anilla—. Antiguamente todo el mundo tenía su propio trineo, Sep... y el trineo de la Torre del Mago era algo especial, al menos eso dicen. Pero como este es el último trineo encantado que queda, no quiero que desaparezca.

—No —coincidió Septimus—. Entonces, ¿vienes, Beetle?

Beetle siguió a Septimus un poco reticente a través del arco de hielo. Una figura casi transparente con el atuendo púrpura de un mago extraordinario estaba sentada en la base de unas escaleras de hielo. Estaba profundamente dormida.

Septimus se detuvo cerca de la figura y Beetle pasó a través de ella, haciendo que Septimus resbalara y pasara también a través del fantasma.

—¡Ohhh... aaarg...! —gimió el fantasma despertándose sobresaltado—. ¿Qué pasa aquí?

—Soy... soy yo —tartamudeó Septimus—. Soy el aprendiz.

—¿Aprendiz? ¿Cuál de ellos? —preguntó el fantasma con suspicacia.

—El aprendiz de la maga extraordinaria —le dijo Septimus.

—No, tú no eres. No te pareces a mi aprendiz.

Septimus se preguntó cómo darle la noticia al viejo mago que estaba en los escalones.

—Mire, siento tener que decirle esto —dijo con amabilidad—, pero usted ya no es el mago extraordinario. Usted es un fantasma. Usted está... muerto.

—¡Je, je! ¿Ahora te enteras, chico? Claro que estoy muerto. No estaría aquí sentado, aburrido

como una ostra, si estuviera vivo. ¿Cómo te llamas, hijito?

—Septimus Heap.

—¿En serio? Bueno, bueno, bueno. Será mejor que subas.

—¿Y mi amigo puede subir también?

—Sí, subid los dos. Girad a la izquierda arriba y decid la contraseña. Saldréis al armario de las escobas que está justo fuera del gran vestíbulo.

—Muchas gracias —sonrió Septimus.

El viejo mago extraordinario se acomodó y cerró los ojos.

—Ha sido un placer —dijo—, y buena suerte, hijo. Vas a necesitarla.

40. BEETLE EN LA TORRE.

Septimus abrió la puerta del armario de las escobas y miró con cautela en su interior. Esperó hasta que hubo pasado un pequeño grupo de magos ordinarios que hablaban del tiempo, y luego él y Beetle salieron. Como aprendiz de Marcia, Septimus sabía que tenía todo el derecho del mundo a estar dentro del armario de las escobas de la Torre del Mago si le apetecía, pero no quería que un grupo de magos curiosos discutiera las razones por las que el aprendiz de la maga extraordinaria estaba allí dentro.

—Vamos, Beetle —dijo Septimus.

Beetle no respondió. Estaba como petrificado, contemplando el suelo multicolor.

—¡Está escribiendo mi nombre! —Su voz perdió el habitual tono grave y adquirió un matiz agudo—. El suelo ha escrito mi nombre... ha dicho: BIENVENIDO, BEETLE. Es muy extraño.

—¡Ah, siempre lo hace! —dijo Septimus con cierta displicencia, pues ya había olvidado cuánto le había sorprendido cuando le pasó a él por primera vez.

—Y ahora dice: BIENVENIDA, PRINCESA. ¿Va a venir ella, Sep? ¿En serio? —Beetle había visto varias veces a Jenna caminando por la Vía del Mago, pero nunca soñó con que la conocería en persona.

—¿Quién? ¿Jenna? No creo, Beetle. Acaba de irse a casa.

Las puertas de plata de la torre empezaron a abrirse y, para sorpresa de Beetle, allí estaba Jenna. Su silueta se recortaba contra la brillante luz del sol. Por un momento, Septimus también se sorprendió, no por el hecho de ver a Jenna —que ahora tenía la contraseña para entrar y salir de la torre cuando le apeteciera—, sino por el día tan caluroso de verano que hacía en el exterior. Había olvidado que el cielo era azul y el sol brillaba con fuerza fuera de los Túneles de Hielo.

—Hola, Sep —dijo Jenna—. ¿Puedes ir a ver a mamá? Le dije que habías vuelto sano y salvo, pero ella quiere comprobarlo con sus propios ojos.

—Claro que puedo, Jen. Pero antes tengo que hacer algunas cosas. Simon está aquí.

—Simon... ¿está aquí? www.freelibros.org

—Bueno, aquí mismo no. Está... está allí abajo. —Septimus señaló hacia abajo.

Jenna parecía perpleja.

—¿Dónde? ¿Debajo del suelo?

Septimus bajó la voz.

—Hay unos Túneles de Hielo debajo del Castillo, Jen. Simon está allí patinando.

Jenna estalló en carcajadas.

—No seas bobo, Sep. Estamos en verano; no hay hielo en verano.

—¡Chissst! —le instó Septimus—. No queremos que nadie más se entere. —Sonrió a los magos que volvían sobre sus pasos—. Buenos días, Pascalle. Buenos días, Thomasinn. Buenos días, buenos días.

—Buenos días, aprendiz —respondieron a coro.

Septimus aguardó a que los magos hubieran salido.

—Y eso no es todo, Jen —dijo—. Es cierto, Simon tiene el amuleto de volar... yo mismo lo he visto. Lo dejó en la cámara hermética. Lo habría cogido, pero su cinturón se transformó en una serpiente y...

—¿Túneles de Hielo... la cámara hermética... una serpiente? —dijo Jenna abriendo los ojos con incredulidad—. Sep, ¿qué demonios has estado haciendo? Solo fuiste a buscar una copia del Draxx.

—Sí, bueno, me encontré con Beetle y las cosas simplemente ocurrieron.

Beetle cambió de postura, se sentía algo incómodo, se sentía como un pez fuera del agua allí plantado en la Torre del Mago junto a la princesa. Y ella ni siquiera había reparado en él. Su mejor amigo, Sep, de repente era otra persona, ya no era alguien con quien pudiera hacer el tonto ni sacar Fizz Froot por la nariz.

—¡Ah, hola, Beetle! —dijo Jenna para sorpresa de Beetle.

—¿Qué...? ¿Cómo sabes mi nombre? —tartamudeó Beetle.

—Lo leí en el suelo —sonrió Jenna—. Supongo que eres tú. Eres tal como Sep te ha descrito.

—¿Se... Sep te ha hablado de mí? —Beetle se sonrojó.

—Claro que me ha hablado de ti; eres su mejor amigo.

—¡Ah...! —A Beetle no se le ocurrió nada más que decir.

Siguió a Septimus y a Jenna por la escalera y casi se cae sorprendido cuando la espiral plateada empezó a girar. Al llegar arriba, Beetle se sentía terriblemente mareado. «A mí dadme los Túneles de Hielo», pensó mientras caminaba con paso tambaleante detrás de Septimus y Jenna. Y entonces Beetle tragó saliva: acababa de ver la puerta púrpura maciza que conducía a las dependencias de Marcia y no daba crédito a sus ojos: se encontraba en el piso más alto de la Torre del Mago, al otro lado de las habitaciones de la maga extraordinaria. Nadie, ni tan siquiera el viejo Foxy, había subido al piso de arriba. Si necesitaban ver a la maga extraordinaria, siempre se reunían con ella en el gran vestíbulo. Nunca subían.

Catchpole estaba dormitando tranquilamente en su silla. Septimus pasó con sigilo su lado y, como de costumbre, la maciza puerta púrpura reconoció al aprendiz. Esta se abrió, y Septimus dio un cariñoso empujón a Beetle para que traspasara el umbral.

—Vamos, Beetle —sonrió—. No es muy inteligente quedarse ahí en medio.

Ciertamente, no lo era. La habitación, normalmente pulcra y cuidada de Marcia, estaba hecha un desastre. Por el suelo había una hilera de muebles rotos y, encima de ellos, diversos tarros, bandejas y jarrones hechos añicos.

Beetle no dijo nada. Por lo que sabía, la casa de la maga extraordinaria siempre tenía ese aspecto, había oído unas cuantas historias de su tío, que hacía mudanzas en los Dédalos, sobre el modo en que vivían los magos.

—¿Qué ha pasado aquí? —exclamó Jenna.

Septimus tragó saliva. Faltaba algo, algo que había dominado la estancia durante casi un año. Y entonces, Septimus se percató de que aún estaba allí, pero hecho añicos.

—El salvasombras —exclamó— está destrozado. Y... y... ¿dónde está Marcia?

—Tal vez la sombra se la ha llevado, Sep... —susurró Jenna. De repente se cogió al brazo de Septimus—. Mira... —exclamó señalando algo que se movía bajo una montaña de cortinas de color púrpura que habían sido arrancadas de la ventana—. La... la sombra. Está ahí debajo.

—Rápido, salgamos de aquí —dijo Septimus.

Pero mientras Septimus, Jenna y Beetle retrocedían hacia la puerta, la cosa que se movía debajo del montón de cortinas de color púrpura se acercó corriendo a ellos. Por el camino tropezó con unos cojines de terciopelo hechos jirones y chocó contra una mesa, que acabó por derribar. Luego una larga cola verde empezó a moverse y volcó el último jarrón que quedaba intacto.

—¡Oh, Escupezfuego, eres un dragón muy malo! —le regañó Septimus con una mezcla de abatimiento y alivio—. ¡Pero mira lo que has hecho!

Al oír su nombre, Escupezfuego salió de debajo de las cortinas. El dragón, que ahora era del tamaño de un pequeño poni, galopó por la habitación para saludar a Septimus, moviendo la cola de un lado a otro alegremente al ver al portador de su impronta.

—¡Siéntate, Escupezfuego! ¡Siéntate! —dijo Septimus sin ningún éxito.

Escupezfuego se frotó la cabeza contra la túnica de Septimus y dejó caer la cola en el suelo con un estruendo que retumbó en toda la torre e hizo que se desprendiera una cascada de hollín de la chimenea.

—¿Es tu nueva mascota, Septimus? —preguntó una voz familiar desde el montón de hollín. Alther salió flotando de la chimenea—. Me sorprende que hayas convencido a Marcia para que te deje tener un dragón aquí. Me descubro ante ti... Bueno, lo haría si tuviera un sombrero. ¡Ah, hola, princesa! Y saludos al chico del Manuscriptorium también.

—Hola, Alther —dijo Jenna, agradecida de que Alther apareciera, como solía hacer, justo cuando lo necesitaban. Beetle se quedó sin habla, y solo consiguió esbozar una débil sonrisa.

Septimus no dijo nada. Estaba ocupado peleándose con Escupezfuego por una pieza del salvasombras que el dragón estaba decidido a masticar. Septimus quitó una larga barra negra de la boca de Escupezfuego, pero el dragón la volvió a coger y movía la cola a la altura de las rodillas de Alther.

A Alther no le gustaba que pasaran a través de él. Le ponía enfermo.

—Debes encontrar una copia del Draxx —dijo enfadado.

—Lo sé —respondió Septimus distraído.

Él y Escupefuego llegaron a un compromiso; el dragón se quedó con la mitad de la barra y Septimus con la otra, que miró con expresión consternada.

—Alther —dijo Septimus—, esto tiene algo dentro... parece un hueso.

41. LA COLOCACIÓN.

Escupecfuego roncaba ruidosamente junto a la chimenea. Alther había tratado de meter al dragón en la habitación de Septimus, pero después del último estirón que Escupecfuego había pegado no cabía por la escalera. Por suerte, Septimus había encontrado los restos de Cómo sobrevivir a la crianza de un dragón. Guía práctica mediocomido, y había conseguido descifrar una empapada inducción al sueño que, para su sorpresa, funcionó.

Ahora, Jenna, Septimus y Beetle se hallaban en mitad de una macabra tarea. Estaban recogiendo el destruido salvasombras y sacando de cada pieza una colección de huesos humanos.

—Pensé que en el Número Trece hacíamos cosas raras, Sep, pero esto es lo nunca visto. ¿Haces esto todos los días? —Beetle estaba separando minuciosamente algunas piezas curvas que estaban en la parte superior del salvasombras y que resultaron ser huesos de costillas.

—No, todos los días no —respondió Septimus con una mueca, mientras sacaba un hueso largo y fino de una sección estrecha que antes había formado una de las esquinas—. Pero este es el último martes del mes, Beetle, ¿qué esperabas?

Beetle le dio otra costilla a Jenna, que iba dejando los huesos en el suelo.

—¿Haces esto cada último martes del...? —Sorprendió una sonrisa de Septimus—. ¡Ah, ja, ja, ja, ja, Sep! Casi caigo como un tonto. Con esto hacen catorce, señora.

—Jenna —le corrigió la muchacha—. Llámame Jenna, Beetle.

—¡Oh, lo siento... Jenna! Bueno, con esto hacen catorce costillas y aún hay más dentro. Mirad qué pulcramente las han metido ahí. Están tan bien escondidas que no las habrían descubierto ni en un millón de años. ¡Ah, aquí hay otra... quince!

—Hummm, perfecto. Gracias, Beetle.

—No se merecen, señora... digo, Jenna.

Jenna supervisó la macabra colección que habían ido colocando como un extraño rompecabezas gigante. Allí, sobre la mejor alfombra china de Marcia, se estaba formando un esqueleto humano, mientras Septimus y Beetle le daban a Jenna un montón de huesos.

—¿Cómo va, Jen? —preguntó Septimus al cabo de un rato.

—Bueno... —Jenna intentó recordar lo que sabía de las lecciones de anatomía que había recibido en la escuela—, hay casi dos brazos y, hummm, ocho dedos y aún no tiene pulgares. Hay un montón de huesecillos, pero no sé dónde van, quizá en la muñeca... falta una pierna entera y aún no está la calavera, gracias a Dios.

—¡Aja! —dijo Septimus muy serio mientras sacaba una sección larga y fina de debajo del sofá que estaba patas arriba—. Creo que tengo la pierna número dos.

—Esto es muy raro —murmuró Beetle mientras entregaba a Jenna una serie de huesecillos.

Jenna los colocó cuidadosamente donde creía que iban, luego se levantó y supervisó su creación. Ahora tenía lo que parecía un esqueleto completo menos la cabeza. Alther flotaba junto a ella algo resplandeciente y más transparente de lo normal. Jenna sabía que eso era una señal inequívoca de que Alther estaba preocupado.

—¿Qué ocurre, tío Alther? —preguntó Jenna.

—Creo, princesa, que se trata de una colocación. Obviamente, es una colocación incompleta, pero me gustaría saber cuan incompleta.

—Supongo que podríamos contar los huesos —sugirió Jenna—. Y luego, si supiéramos cuántos hay en un esqueleto, sabríamos lo que falta.

—Pero no sabemos cuántos huesos hay en un esqueleto —dijo Septimus—. Bueno, al menos yo no lo sé.

—Ni yo tampoco —dijo Jenna.

—Doscientos seis —dijo Beetle.

—Beetle, ¡eres increíble! ¿Estás seguro? —preguntó Septimus.

—Ep, una vez los conté. Era una parte de la prueba que tuve que superar para conseguir el trabajo en el Manuscriptorium. Tenía un minuto para mirar el esqueleto del armario. Luego lo desarmaron y yo tuve que recomponerlo y contar los huesos. Conté doscientos y el viejo Foxy me dijo que añadiera seis, porque hay tres minúsculos en cada oreja que no se ven. Así que son

doscientos seis.

—Bueno, entonces eres tú el que debería hacer esto, Beetle —dijo Jenna—. Lo harías mucho mejor que yo.

—Puuaj, no, gracias —se estremeció Beetle—. No me gustan los huesos. Me dan miedo.

Jenna parecía tan decepcionada que Beetle cedió inmediatamente a su petición.

—Bueno, vale —se ofreció—. Los contaré si tú quieres que lo haga.

Beetle empezó su macabro recuento. Después de cinco intentos, se sentó sobre sus talones y anunció con alivio:

—Ya está. Me salen los mismos que la última vez. Están todos los huesos menos la calavera, claro.

—Que completaría la colocación —dijo Alther.

—Pero ¿por qué una colocación con un esqueleto humano? —preguntó Septimus—. ¿No suelen hacerse con esqueletos de ratas o serpientes?

—Normalmente —estuvo de acuerdo Alther—, pero esto parece una horrible colocación personal... y estas son letales.

—Disculpadme, pero... —murmuró Beetle—, ¿qué es una colocación?

—Me alegro de que lo preguntes, Beetle —intervino Jenna—, porque yo tampoco tengo ni idea de lo que es.

Beetle se sonrojó.

—Es una artimaña oscura —murmuró Alther flotando por encima del esqueleto y examinándolo de cerca—. Una colocación es un modo de conseguir entrar en algún lugar en el que de otro modo te sería imposible entrar. El mago, y normalmente es un mago, pues estas cosas pueden ser peligrosas, consigue, mediante artimañas no muy honestas, que los huesos de una criatura crucen el umbral del lugar en el que desea entrar. La persona a la que quieres afectar debe llevarlos voluntariamente, no puedes tirárselos por la ventana y ya está. Deben ser llevados poco a poco, y cuando el último hueso, que siempre es la calavera, cruza el umbral, la criatura se recompone y entonces hace la tarea que se le ha encomendado. Es prácticamente imposible detenerla. Pero una colocación personal, que tiene que realizarse con huesos humanos, es una de las artimañas oscuras más perversas de todas. Si toca la colocación, el buscado muere, y todavía peor, se pasa un año y un día sumido en una confusión. Al menos cuando yo me convertí en fantasma lo único que tuve que hacer fue sentarme en esa lúgubre Sala del Trono durante un año y un día... , pero sumirse en una confusión tanto tiempo... eso es terrible... ¡Terrible!

Alther sacudió la cabeza. Septimus se sentía mareado.

—El buscado es Marcia, ¿no es cierto, Alther? —susurró.

—Eso diría yo, aprendiz. ¿Y sabes?, no entiendo cómo Weasal ha podido hacer esto...

—¿Hacer qué, Alther? —La puerta púrpura se abrió de repente sorprendiendo a todos y Marcia entró tan campante, seguida por su sombra. Marcia llevaba lo que parecía una gran caja de sombreros—. ¡Aaaaaah! —gritó—. Ese condenado dragón. ¡Oh, no puedo creerlo!

—Marcia —dijo Alther con mucha calma—, esto de aquí es una colocación. Necesito saber lo que llevas en esa caja.

—¿De qué estás hablando, Alther? Septimus, llévate a este bicho al patio ahora mismo. ¡No lo quiero aquí dentro ni un minuto más!

Pero Septimus no respondió. Corrió hacia Marcia empujándola hacia la puerta.

—Vete, Marcia. Tienes que salir de aquí.

—Septimus, pero ¿qué haces? —dijo Marcia apartando a Septimus.

Septimus dio a Marcia un violento empujón y la última pieza del salvasombras —el gran tapón redondo— se cayó al suelo y se rompió. Todo el mundo contempló horrorizado cómo una calavera blanca salía de los añicos y rodaba hacia los huesos que yacían en el suelo. La cabeza no tardó más de unos segundos en reunirse con el cuerpo.

La colocación se había completado.

42. IDENTIFICACIÓN.

El esqueleto se levantó un poco inseguro, oscilando ligeramente como si intentara mantener el equilibrio y, como una marioneta fantasmagórica, avanzó tambaleándose hacia Marcia.

Marcia estaba pálida pero conservaba la entereza. Retrocedió despacio alejándose del esqueleto y pensando rápidamente qué podía hacer.

Alther observó a la sombra seguir a Marcia y lo que vio no le gustó nada. La sombra ya no era la criatura jorobada e informe que Alther había visto siguiendo a Marcia por sus aposentos durante el último año. Ahora era un ser casi sólido, estaba de pie muy erguida y alta, con sus mortecinos ojos amarillos brillando de excitación mientras se asomaba por encima del hombro de Marcia, expectante.

—¡Ellis Crackle! —exclamó Alther. La sombra levantó la vista cuando mencionaron su nombre.

—¿Te estás haciendo el gracioso, Alther? —le soltó Marcia.

—Tu sombra, Marcia. Es Ellis Crackle.

—Muy bien, Alther. Me importa un comino quién sea mi sombra.

Marcia retrocedió detrás de un cojín hecho jirones; su movimiento fue imitado por el esqueleto que avanzaba haciendo un chirrido muy desagradable. Marcia retrocedió un paso y el esqueleto avanzó otro.

—Por el amor del cielo, Alther, esto es grave —dijo Marcia dejando traslucir el pánico en la voz.

—Lo sé —dijo Alther tranquilamente—. Solo hay un modo de salir de esta situación.

Marcia retrocedió un paso y el esqueleto avanzó otro paso.

—Tienes que identificarlo —dijo Alther flotando a unos centímetros del suelo siguiendo el paso de Marcia.

—Alther, no puedo. No sé quién es.

Pero Jenna sí sabía quién era. Todo el tiempo que estuvo recomponiendo el esqueleto, había estado pensando en ello.

—Es DomDaniel —afirmó Jenna—. Tiene que ser él.

Marcia miró a Jenna, apartando los ojos de los huesos andantes por un momento.

—Jenna, ¿qué quieres decir? —preguntó.

Jenna miró directamente a los ojos de Marcia y no a los huesos... Apenas podía soportar la mirada de la misma calavera sonriente y las cuencas de los ojos vacíos que habían seguido sus movimientos en el Observatorio.

—Quiero decir... quiero decir que es DomDaniel. Simon tenía su calavera, pero no sus huesos. Pero me dijo que había encontrado todos los huesos en el marjal. Me pregunté dónde estarían...

—¿Estás segura, princesa? —preguntó Alther sin perder la serenidad.

—Sí —dijo Jenna—. Sí, sí, estoy segura.

Marcia estaba indecisa y murmuraba entre dientes.

—Pero, entonces, podría no ser él... podría ser un farol... En realidad, apuesto a que es un farol... este es el tipo de cosas que él haría: colocar a algún pobre marino de ese barco fantasmal... pero, entonces, tal vez sea un doble farol y realmente se trate de él... esta es la clase de cosas que le encantaría hacer él mismo... ¡Oh, Alther!

—Debes confiar en Jenna. Identifícalo, Marcia. Ya —dijo Alther con voz grave y prudente, dando instrucciones a Marcia como si esta aún fuera su aprendiz.

El esqueleto casi tenía a Marcia a su alcance y empezaba a levantar el brazo derecho hacia ella. Con el rostro totalmente demudado, Marcia susurró:

—Si la identificación es errónea, Alther, entonces... entonces yo... estoy acabada.

—Marcia, no tienes nada que perder. Si te toca, estás acabada.

El esqueleto dio un gran paso adelante.

Marcia dio el correspondiente paso atrás y no pudo seguir retrocediendo; había topado con la puerta. Chasqueó los dedos y se oyó un fuerte sonido metálico: dos barras de plata salieron de la pared y bloquearon la puerta. Le siguió un zumbido, mientras la gruesa puerta púrpura se cerraba con cerrazón segura. Marcia sonrió sin ganas; al menos el resto de la Torre del Mago estaría protegida del desastre que el éxito de una colocación provocaría. Se inclinó contra una puerta en

busca de apoyo y empezó lo que tenía que hacer. Una neblina púrpura de Magia poderosa empezó a flotar alrededor de la maga extraordinaria, iluminando sus profundos ojos verdes y arrancando destellos de su larga capa púrpura.

De repente, el esqueleto se abalanzó sobre ella... Marcia levantó la mano y gritó:

—Yo te identifico.

El esqueleto se detuvo en seco. Miró a Marcia con la mirada más provocadora con la que una calavera hueca podía mirar, se cruzó de brazos y dio golpecitos de impaciencia con el pie en el suelo. «Vamos —parecía decir—, sorpréndeme, venga, atrévete».

Marcia estaba desconcertada.

—Alther, sabe lo que voy a hacer y ni siquiera le importa —dijo alarmada—. Jenna debe de estar equivocada.

—Se está marcando un farol —dijo Alther con más seguridad de la que sentía.

Sin estar convencida, Marcia dirigió a Alther una débil sonrisa.

—Cuida de Septimus, Alther —dijo—. Volveré dentro de un año y un día para controlarte.

—Sí, lo cuidaré. Ahora, ¡identifícalo!

Marcia levantó la mano hacia el esqueleto. Respiró hondo y dijo con voz grave y cantarína:

Con la mano en el corazón,

ojo por ojo, yo te identifico como...

A Marcia le tembló la voz. Miró con cariño a Septimus, a Jenna, a Alther e incluso a Beetle, pues era muy probable que no los volviera a ver como ser humano.

...DomDaniel.

Un terrible alarido rasgó el aire.

Jenna lanzó una exclamación de horror, convencida de que el chirrido procedía de Marcia. Como un alma en pena gimiente, el alarido se extendió por toda la habitación. Incapaz de soportarlo, Beetle se tiró al suelo y se tapó la cabeza con un almohadón. Jenna se metió los dedos en los oídos, pero Septimus lo escuchó. Escuchó y observó con los oídos y los ojos bien abiertos, pues quería oír el sonido de la Magia más poderosa que había visto en su vida, quería saber cómo era, pero, sobre todo, quería formar parte de ella.

Septimus dio un paso hacia Marcia.

Envuelta en su capa púrpura mágica para protegerse, Marcia fue presionada contra la inflexible puerta. Delante de ella estaba el esqueleto, con los brazos extendidos para intentar arrebatar el amuleto Akhu del cuello de Marcia. Septimus observó cómo la niebla alrededor de Marcia se hacía cada vez más densa y oscura y las formas de Marcia y el esqueleto quedaban desdibujadas en ella.

Alther sacudió la cabeza preocupado por el alarido prolongado. Algo no iba bien. La identificación no había salido como debía.

Septimus tocó el filo de la neblina púrpura.

—¡No! —gritó Alther intentando hacerse oír por encima del terrible alarido—. Atrás, Septimus. Esto es Magia peligrosa.

Septimus no le hizo caso. El alarido subió, formando unos agudos insoportables y Septimus se introdujo en la Magia. Entró en un denso silencio donde todo era lento y tranquilo, y sabía que Marcia lo había visto. Marcia movió los labios, pero no salió ningún sonido, y luego levantó la mano como para evitar que se acercara más.

Septimus se quedó paralizado dentro de la Magia, intentando comprender lo que estaba sucediendo. Ahora podía ver la forma inconfundible de DomDaniel apareciendo alrededor de los huesos —reconoció el sombrero cilíndrico y bajo del nigromante, su pelo desgredado y su capa larga y negra— y sus manos regordetas intentando coger el amuleto. Marcia lo había identificado correctamente, pero ¿qué era lo que no funcionaba? Y de repente se dio cuenta del motivo: Marcia estaba en inferioridad numérica.

Septimus vio entonces lo que Alther había visto; la sombra ya no era una forma indistinta, sino un joven de aspecto salvaje con ojos amarillos, que mostraba los dientes en un rictus sonriente. Ellis Crackle, antaño aprendiz de DomDaniel, estaba de pie junto a Marcia, contrarrestando la

identificación.

Caminando como si estuviera debajo del agua, Septimus avanzó por la neblina mágica hacia Marcia. Vio cómo Ellis Crackle intentaba apartarlo y supo que sería una lucha entre aprendices. Septimus levantó la mano; sus palmas se tocaron y Septimus sintió la frialdad del tacto de la sombra. Miró a Ellis Crackle a los ojos y Ellis Crackle le devolvió la mirada, de amarillo a verde. Septimus se concentró y, lenta pero inexorablemente, paralizó al desventurado Ellis.

De repente, Alther, Jenna y Beetle vieron a Ellis Crackle salir disparado de la niebla púrpura; como un espectro de humo negro, la sombra empezó girar y dar vueltas alrededor de la habitación buscando desesperadamente un modo de escapar. No había nada que Alther deseara más que la sombra abandonara por fin a Marcia, de modo que hizo algo que solía hacer a menudo: provocar que sucediera un acontecimiento. Una corriente de aire abrió el ventanal más grande de la habitación y la sombra de Ellis Crackle salió volando y se evaporó en el aire del verano.

El brillo de la luz sorprendió a Jenna después de la oscuridad que reinaba en la habitación y tardó unos momentos en notar que, recortado contra el sol, había alguien, humano, al otro lado de la ventana. Haciendo equilibrios a duras penas sobre una plataforma de madera sorprendentemente grande que salía del alféizar, estaba Simon Heap.

Alther provocó que el ventanal se cerrara de golpe, pero Simon lo abrió de un empujón y saltó dentro de la estancia. Jenna retrocedió y Beetle, que acababa de salir de debajo del almohadón, la abrazó para protegerla. Pero esta vez Simon no estaba interesado en ella, sino en el esqueleto.

Con la marcha de Ellis Crackle, la niebla mágica se estaba disipando, dejando al descubierto las tres figuras, una de las cuales, con el brazo estirado hacia la garganta de Marcia, se estaba desintegrando rápidamente.

Simon corrió hacia la forma en descomposición.

—¡Estoy aquí, maestro! —gritó—. ¡Tu nuevo aprendiz está aquí!

Tan ansioso estaba Simon de reclamar su lugar como aprendiz de DomDaniel, que al principio ni se detuvo a pensar que Marcia aún estaba viva, lo cual significaba que algo había fallado en la colocación. Pero al llegar hasta las últimas volutas de Magia púrpura, Simon se detuvo con expresión abatida.

DomDaniel no tenía buen aspecto. En realidad, DomDaniel estaba peor de lo que Simon lo había visto nunca, y eso incluía el momento en que encontró por primera vez el enlodado conjunto de huesos que sobresalían de la zanja. Al menos los huesos rebañados por los Brownies estaban relativamente mondos y lironados. No se habían fundido y reblandecido en una asquerosa masa líquida, y tampoco hacían aquel repugnante ruido.

—Tu... tu nuevo aprendiz está aquí... maestro —tartamudeó Simon, de pronto, consciente de que Marcia y Septimus estaban delante de él. Marcia apretaba fuerte el brazo de Septimus y sus caras estaban lívidas con la misma expresión de revulsión mezclada con alivio, mientras miraban cómo DomDaniel se degradaba y empezaba a formar un charco en el suelo. La identificación estaba funcionando por fin.

Simon empezó a comprender que las cosas no iban bien.

Una risa estentórea y sobrenatural llenó la habitación.

—Tú no eres mi aprendiz, idiota. Te pedí que te deshicieras de la Realicia, una tarea sencilla, ¿y qué ha ocurrido? No solo se te escapó en tres ocasiones, sino que ha regresado aquí y ha estado jugueteando con mis huesos. Reconviniéndome sobre la alfombra como si yo fuera un rompecabezas para niños. Y todo por tu culpa, condenado Heap. Ni por un segundo pensé que podrías ser mi aprendiz... No eras más que el chico de los recados. Mi aprendiz ha estado aquí todo el tiempo: siguiéndola de cerca como una sombra... sombra... sombra... —La voz de DomDaniel se extinguió. Una fétida asquerosidad negra se esparció por todas partes formando un charco alrededor de las botas de Simon.

—¡Demonio traidor! —gritó Simon—. Después de todo lo que he hecho por ti y tus asquerosos huesos... ¡Me lo prometiste! —Como un niño que da patadas a un montón de hojas secas, Simon pateaba en el charco de plasta, que era todo lo que quedaba de DomDaniel, esparciéndolo

violentamente por toda la habitación.

—¡No hagas eso! —gritó Marcia—. Fuera de aquí, Simon, vete... o tendré que sacarte de aquí yo misma.

Simon se echó atrás.

—No te preocupes, me voy. No me gustaría quedarme aquí con todos estos impostores ni en pintura. —Se quedó callado y miró furioso a Septimus a los ojos—. Pero no te librarás de mí tan fácilmente. Me prometieron que sería el aprendiz y lo seré. Lo seré.

Simon corrió hasta la ventana, la abrió y se encaramó al amplio alféizar. Se quedó allí un momento, haciendo acopio de valor, y luego se arrojó, sin preocuparse de si el amuleto de volar iba a funcionar... todos sus planes se habían truncado, destruido. Pero mientras Simon caía en el aire, el amuleto de volar se puso en funcionamiento y, mientras planeaba de manera temeraria sobre el patio de la Torre del Mago (y para asombro de un grupo de magos ordinarios que volvían de hacer sus compras), supo que solo le quedaba una cosa: la venganza.

De nuevo en la habitación de Marcia, las dos gruesas barras de plata se retiraron con un ruido metálico y desatrancaron la enorme puerta púrpura, mientras la cerradura se abría con un suave ronroneo... y se oyeron unos débiles golpes en la puerta. —Disculpen —dijo la voz indecisa de Catchpole al otro lado de la puerta—. Esto... ¿Están todos bien ahí adentro? ¿Necesitan ayuda?

43. EL PRIMER VUELO.

Marcia estaba sentada en la silla que Catchpole tenía en el descansillo, sosteniendo firmemente la destrucción de la oscuridad. La puerta púrpura de sus dependencias volvía a estar Moqueada, pero esta vez, todos, salvo Escupefuego, estaban al otro lado, oyendo los hechizos de limpieza profunda, reparación y antioscuridad que estaban actuando dentro de los aposentos de Marcia. Preocupada por un gran manchón de DomDaniel que Simon había salpicado sobre el joven dragón, había dejado a Escupefuego dentro para que el hechizo antioscuridad lo limpiase. Catchpole se sentía como una especie de invitado a una extraña fiesta, y con mucha prudencia intentaba entablar una conversación educada.

—¿Será una limpieza de cinco minutos, señora Marcia? —preguntó, tratando de recordar los horarios de limpieza que había aprendido la semana anterior.

—¡Cinco minutos! —resopló Marcia con sorna—. Tardaremos más de cinco minutos en librarnos de ese limo oscuro salpicado por todas partes. Por no hablar del caos provocado por un dragón que yo me sé. No, es un hechizo infinito.

—Infinito. ¡Dios mío! —Catchpole se quedó sin palabras.

Ya se imaginaba pasando el resto de su vida allí colgado en el descansillo, intentando mantener una conversación educada con Marcia Overstrand. No fue un pensamiento demasiado relajante.

—Un hechizo infinito tarda lo que tarda —le informó Marcia—. No se acaba hasta que el trabajo está terminado. Algo que quizá ya deberías saber, Catchpole, pues me parece recordar que la sección de hechizos infinitos estaba en la última página del horario de limpieza.

—¡Ah, sí! Ahora me acuerdo, sí, me acabo de acordar, señora Marcia. —Catchpole tragó saliva algo nervioso, pero Marcia no parecía prestarle atención. Tenía cosas más acuciantes en mente.

—Alther, quiero que vayas a buscar a Weasal y a su horrorosa ama de llaves. Los quiero aquí ahora mismo. Tengo muchas ganas de escuchar lo que tienen que decir en su defensa.

—Nada me gustaría más, pero me devolvieron de la casa —dijo Alther sacudiendo la cabeza con pesar—. Marcia, siento haberte aconsejado tan mal. No puedo creer que después de todo lo que Otto van Klampff hizo por mí, su hijo se haya vuelto tan malvado.

—No te culpes, Alther —dijo Marcia—. Culpa a Una Brakket y a Hugh Fox. Ya me advertiste contra Hugh Fox, pero no te hice caso.

—Estabas afectada por la sombra —respondió Alther—. No eras tú.

—Y tampoco escuché a Septimus cuando Simon se llevó a Jenna. Tenía todos los indicios delante de mis narices, pero no los veía.

—No es que no los vieras, Marcia, es que no los podías ver —replicó Alther—. Estar ensombrecido es algo terrible.

Marcia se levantó de repente y Catchpole se apresuró a coger la silla, pues se caía hacia atrás.

—Bueno, Alther la sombra se ha ido, y ahora veo las cosas con más claridad. Incluso cuando estaba ensombrecida, sabía muy bien que debía vigilar el lugar donde se estaba construyendo mi salvasombra. Y una cosa sabía seguro, aunque Simon debió de estar entregando todos esos huesos a lo largo del año, no los llevó por la puerta principal de la casa de Weasal. Ninguno de mis observadores lo vio nunca...

—¿Tus observadores? —preguntó Alther.

—Los chavales del antiguo ejército joven. Los del Hogar de Reasentamiento. Hay unos cuantos chicos muy majos que quieren ser magos...

—¡Majos! —refunfuñó Septimus—. Son horribles. Cada vez que paso por allí me insultan.

—Bueno, les dije que tenían que hacer que pareciera realista. No quería que nadie sospechara. Son muy buenos. Allí fuera en el muelle día y noche, al pie del cañón aunque lloviera o tronara... son muy esforzados. Serán buenos magos cuando sean mayores.

De repente, a Septimus se le ocurrió algo.

—Simon iba por los Túneles de Hielo, ¡claro! Por allí es por donde entró durante todo ese tiempo.

—¡Chissst! —Marcia parecía muy afectada—. No hables de esto delante de... —Y dirigiéndose a Catchpole añadió—: Catchpole, baja por la Grada de la Serpiente y tráeme a Weasal van

Klampff y a Una Brakket. Llévalos a la Sala Fuerte, que está al lado del Gran Vestíbulo, hasta que esté preparada para verlos. Luego puedes ir y hacer lo mismo con Hugh Fox. ¿Lo has entendido?

Catchpole inclinó la cabeza y se dirigió hacia la escalera de caracol, agradecido de que le librarán de hacer de convidado de piedra.

Pocos minutos después, un suave ronroneo anunció que la puerta estaba desatracada. Se abrió y todos entraron en una habitación inmaculada, reparada, limpia y libre de cualquier oscuridad. Incluso Marcia parecía complacida —durante un breve instante—, hasta que vio a Escupefuego sentado en su mejor alfombra china.

—Ya se le han caído las plumas —gritó Marcia con incredulidad—, todas encima de mi alfombra china. ¡Maldita criatura!

A Escupefuego parecía no importarle; estaba ocupado desplegando las alas por primera vez. La suave pelusilla que las recubría se había caído, y había dejado un espeso manto verde en la alfombra de Marcia. Ahora Escupefuego sentía unas ganas irreprimibles de volar... y Marcia sabía lo bastante sobre dragones como para estar segura de que nada podía detenerlos en su empeño.

—Tendremos que llevarlo a su rampa de lanzamiento —dijo Marcia—. No voy a permitir que intente su primer vuelo aquí mismo.

—¿Qué rampa de lanzamiento? —preguntó Septimus confuso y sorprendido.

—¡Ah!, la vieja que está fuera de la ventana del dragón —dijo Marcia moviendo la mano hacia la ventana que Simon había provocado que se abriese.

—No te preocupes —le tranquilizó Marcia—, es bastante segura. Todos los magos extraordinarios hemos conservado la plataforma de lanzamiento, nunca se sabe cuando puedes necesitarla, aunque, por desgracia, eso proporciona a algunos idiotas, como Simon Heap, un lugar donde aterrizar.

Engatusaron a Escupefuego para que fuera a la plataforma de lanzamiento con una caja de galletas que Septimus encontró debajo del fregadero. Estaban un poco húmedas y reblandecidas, pero al dragón no pareció importarle. Estaba felizmente sentado sobre la plataforma de madera, comiéndose las galletas y supervisando todo el Castillo, que se extendía debajo de él como un gigantesco tablero de Patifichas.

Dentro de la Torre del Mago estaba teniendo lugar una discusión.

—Septimus —dijo Marcia—, no quiero que hagas nada complicado en tu primer vuelo. Da una vuelta alrededor de la torre y aterriza en el patio. ¿Quieres un copiloto?

—¿Un qué? —preguntó Septimus asomándose a la ventana y notando que le flaqueaban las piernas.

—Draxx, regla 16b, subsección VIH dice: «Solo se podrá usar un copiloto si ha participado en el primer vuelo». Así que si quieres un copiloto, tiene que ser ahora o nunca.

—No tiene sentido que me lo pidas a mí, Sep —dijo Beetle disculpándose, mientras ayudaba a Marcia a empujar la cola del dragón por la ventana—. Yo estoy comprometido con el Manuscriptorium durante cinco años más. Solo tengo un día libre de cada quince... y eso con un poco de suerte. No creo que te sirva de copiloto. Aunque supongo que, después de todo, tal vez me haya quedado sin trabajo...

—Claro que tendrás trabajo —le dijo Marcia a Beetle—. Que es más de lo que puedo decir de Hugh Fox. —Gracias —tartamudeó Beetle.

—Yo lo haré —se ofreció Jenna—. Seré tu copiloto. Bueno, si tú quieres, claro.

—¿De verdad, Jen? —preguntó Septimus alegrándose ante la idea de que al menos tendría compañía cuando estuviera a varios metros del suelo.

—Sí, claro que lo haré. Será un honor para mí. En la plataforma de lanzamiento, Escupefuego se acabó la última galleta y luego, para no desperdiciar ni una miga, el dragón se tragó también la caja. Olisqueó el aire. Le sacudió la corriente eléctrica que los dragones sienten justo antes de su primer vuelo. Resopló fuerte y movió la cola de emoción. Marcia y Beetle se apartaron justo a tiempo.

—Será mejor que te des prisa y subas, Septimus —dijo Marcia—. No querrás que despegue sin ti... No queremos que el Castillo sufra la desgracia de tener un dragón sin jinete sobrevolándolo durante años.

Septimus se obligó a bajar por la ventana y subir a la plataforma de lanzamiento. «Puedes hacerlo —se dijo—. Has estado encaramado a un árbol de treinta metros, has caminado por un puente destartalado en lo alto de una casa de brujas y has pilotado un barco volador... No te dan miedo las alturas. Está claro que no.» Pero por mucho que se repitiera todas esas cosas, las piernas parecían no responderle y las sentía como si fueran de mantequilla a punto de derretirse en aquel caluroso día de verano.

—Vamos, Sep —dijo Jenna, subiendo a la plataforma de lanzamiento detrás de él. Le puso el brazo sobre los hombros y lo guió por la amplia pasarela de madera. Septimus se balanceó durante un momento cuando notó que el viento que soplaba en lo alto de la Torre del Mago le despeinaba el cabello—. ¿Estás bien? —le susurró Jenna—. Mira, Escupefuego está esperando a que subas.

Septimus no tenía ni idea de cómo se las arreglaría, pero en pocos segundos ya estaba sentado en el cuello del dragón, en una hondonada que se formaba justo a la altura de los hombros. Parecía el lugar natural donde debía sentarse y se sintió sorprendentemente seguro. Las escamas del dragón, aunque lisas, tenían bordes ligeramente rugosos que evitaban que se resbalara, y las amplias púas, que parecían una crin en la nuca musculosa de Escupefuego, encajaban perfectamente en las manos de Septimus.

Jenna estaba más incómoda.

—Córrete un poco, Sep —dijo—. Estoy encima de las alas.

Septimus se corrió hacia delante hasta donde fue capaz, y Jenna se sentó en el espacio que quedaba detrás de él.

—Muy bien —dijo Alther, que flotaba a su lado—. Recordad tres cosas. Primera: despegue. Cuando el dragón salte, caerá como una piedra. Pero, confiad en mí, solo será un segundo o dos. Así es como empieza siempre el primer vuelo. Luego estaréis en el aire. Segundo: pilotar. Un golpecito con el talón a la izquierda para girar a la izquierda, y otro a la derecha para girar a la derecha. Dos golpecitos a la izquierda para bajar, dos golpecitos a la derecha para subir. O, si no, basta con decírselo. Es un dragón muy listo, lo entenderá. Tercero: estoy aquí con vosotros. No os pasará nada.

Septimus asintió, ansioso por empezar.

Marcia y Beetle los miraban con cierta aprensión.

—¿Preparado? —preguntó Marcia.

Septimus hizo un gesto con el pulgar hacia arriba.

—¡Adelante! —gritó Marcia—. ¡Adelante! ¡Vamos, Beetle, empuja con fuerza!

Marcia y Beetle juntos propinaron un fuerte empujón al dragón. Por desgracia, no surtió el menor efecto: Escupefuego seguía firmemente sentado en la plataforma de lanzamiento.

—¡Oh, por el amor del cielo! —exclamó Marcia, dando al dragón otro empujón—. ¡Muévete, zoquete perezoso!

Como el saltador de trampolín que se arrepiente de su decisión de subir a la palanca más elevada y sabe que solo hay un modo de bajar, Escupefuego avanzó un poco y clavó las uñas en el borde de la plataforma de lanzamiento. Con vacilación, el dragón echó una ojeada a la escarpada caída y vio el patio abajo, mucho más abajo. Septimus cerró los ojos y se agarró fuerte. Detrás de ella, Jenna notaba que las novatas alas temblaban, pero no ocurrió nada.

—¡Mira, dragón bobalicón, no creas que puedes volver aquí arrastrándote, porque no puedes hacerlo! —gritó Marcia—. ¡Y si sabes lo que te conviene, será mejor que te pongas en marcha ahora mismo! —Con todas sus fuerzas, Marcia y Beetle empujaron el resto de la cola del dragón hasta la plataforma de lanzamiento.

Escupefuego puso expresión de pánico. Marcia tal vez no fuera una auténtica madre dragón, pero tenía muchas de las cualidades por las que son famosas las madres dragón, y Escupefuego no veía la diferencia.

—¡Haz lo que te digo y vuela! —gritó Marcia, y cerró la ventana de un fuerte golpe. Escupefuego hizo lo que le decían. Se lanzó desde la plataforma de lanzamiento y... cayó como una piedra. Caía, caía y caía desde los pisos decimonoveno, decimoctavo, decimoséptimo. Después del decimosexto, el decimoquinto y el decimocuarto caían en picado. En el decimotercero, Escupefuego cayó en la cuenta de lo que tenía que hacer. En el duodécimo se le ocurrió cómo hacerlo. En el undécimo aún tenía las alas pegadas. En el octavo piso las desplegó por fin, y en un séptimo piso de infarto Escupefuego extendió las alas formando una gran cúpula verde, que se llenó de aire y voló en una hermosa curva hasta que de nuevo estuvo en lo alto de la Torre del Mago. Asomada a la torre, la cara pálida de Marcia dibujó una amplia sonrisa y Beetle lanzó un grito de ánimo.

—¡Oh, gracias a Dios! —murmuró Alther, casi transparente de miedo, subiendo casi en vertical para encontrarse con el dragón y sus conmocionados pasajeros—. ¿Todo bien? —gritó Alther siguiendo el ritmo con cierta dificultad, pues ahora que Escupefuego había descubierto sus alas, el dragón se deleitaba con la sensación de volar, y lo hacía rápido. Septimus asintió.

—Una vuelta alrededor de la torre y aterrizas en el patio —gritó Alther.

Septimus sacudió la cabeza. A lo lejos pudo ver la forma negra y descoordinada de Simon Heap. Simon se había llevado por delante los tejados de la hilera de casas que lindaban con la pared del astillero y estaba cayéndose al otro lado. —Vamos, Escupefuego. Ve por él —le gritó Septimus.

44. EL ÚLTIMO VUELO.

Abajo, en el astillero de Jannit, habían comenzado los trabajos de reconstrucción de la nave Dragón. Jannit la había sacado de la casa del dragón, le había dado la vuelta y estaba a punto de volver a dársela para que pudiera encarar el mundo. Era algo que Jenna le había pedido a Nicko que hiciera la noche anterior, diciéndole que el propio dragón se lo había pedido. Nicko, que aún tenía problemas con la idea de que la nave Dragón era una criatura viva, no veía qué importancia tenía hacia dónde mirara el barco, pero Jenna había insistido mucho.

Desde su pequeño remolcador, Jannit examinaba la nave Dragón con ojo crítico. Ella y Nicko habían arrancado con cuidado el ala rota y la habían fijado al casco, pero el ala estaba tan hecha añicos... y un extraño líquido verde manaba de ella y caía al agua. El dragón no tenía buen aspecto. Tenía las escamas apagadas, le pesaban los ojos, y la cabeza y la cola le colgaban un poco.

—No está bien —gritó Jannit a Rupert Gringe, que, con Nicko, dirigía las operaciones en la cubierta de la nave Dragón.

Rupert asintió.

—No sé qué podemos hacer —gruñó—. En mi opinión, lo que necesita es un poco de esa bazofia de «magia potagia».

Tres magos, elegidos por Jannit por ser los menos pesados de los trece que Marcia le había enviado para guardar el barco, soltaron al unísono exclamaciones de desaprobación. ¡Magia potagia!

Nicko no dijo nada. No le gustaba el modo en que lo había dicho Rupert, pero sabía que tenía razón. ¿Qué podía hacer un astillero normal y corriente por una nave Dragón vivita y coleando?

—¡Qué demonios...! —exclamó Rupert de repente, al ver un movimiento por encima de él—. Algún idiota se ha tirado desde el tejado. No, no se ha tirado... ¡Por mil millones de percebes!, ¡está... está volando!

Con abatimiento, Nicko levantó la mirada.

—Simon —murmuró—. Es Simon.

—¿Qué...? ¿Tu Simon?

—No es mi Simon —dijo Nicko indignado—. Rápido, Rupert, es peligroso. Vuelve a guardar la nave Dragón dentro.

Sin embargo, Rupert Gringe miraba como hipnotizado la figura negra que había caído en las murallas del Castillo y movía los brazos como un cuervo herido, volando lentamente hacia ellos.

—Lo es. Es el maldito Simon Heap. —Rupert le mostró el puño cerrado y gritó hacia arriba—. Vete de aquí, Heap, o tendré que echarte yo mismo.

—Rupert —le susurró Nicko—. No le provoques.

—¿Provocarle? Le provocaré todo lo que me dé la gana. —Rupert levantó la voz en dirección a Simon—. ¡Heap! Deja de dar saltos como si fueras una nena en la fiesta del solsticio de invierno. Baja aquí y lucha como un hombre.

—Rupert, no lo hagas —le suplicó Nicko—. Apártate de su camino. Tiene un rayocentella.

—¡Ah, sí, y mi tía Gertie es la reina de Saba! Bien, está acercándose. Ven, Heap. No seas tímido. ¡Ja!

Simon Heap tenía un montón de problemas con el amuleto de volar. Solo cuando ya estaba en el aire, y de camino hacia la Torre del Mago, Simon se dio cuenta de que el jefe de los escribas herméticos no había hecho nada por arreglar el amuleto. No se había atrevido a regresar y a insistir en que Hugh Fox lo reparase, pues no podía llegar tarde a su cita con DomDaniel y con el inicio de su aprendizaje. Poco sabía Simon que aunque hubiera regresado, Hugh Fox no podía hacer nada por arreglar el amuleto de volar, pues todos los códigos y encriptaciones estaban en el libro, La destrucción de la oscuridad.

Simon acababa de cruzar las murallas del Castillo y estaba usando toda su fuerza de voluntad para permanecer en el aire. La nave Dragón se encontraba al descubierto, y esta vez Simon sabía que no fallaría: a la tercera va la vencida, pensó para sus adentros, sobre todo si eres un mutante, mezcla de barco y dragón. Mientras Simon sobrevolaba torpemente el astillero, sacó del cinturón

el último rayocentella que le quedaba. Había gastado muchos rayocentellas y Merrin no le había servido de ninguna ayuda en la preparación de los nuevos, pero eso no importaba. El barco estaba agachado; esta vez no había modo de que fallara. Eso le enseñaría al palurdo de Rupert a no gritarle. Así mataría dos pájaros de un tiro...

Simon preparó el rayocentella.

Se oyó un grito, seguido de dos fuertes salpicaduras. Nicko había empujado a Rupert Gringe al foso y había saltado después de él. Maldiciendo por haber perdido la oportunidad de acabar incluso con Rupert Gringe, Simon lanzó el rayocentella. Salió volando con un rugido, surcando el aire. Con sorprendente velocidad, los tres magos también se arrojaron al foso.

El rayocentella alcanzó de pleno la nave Dragón en la popa, atravesando la madera dorada del casco como un cuchillo la mantequilla y llegó hasta el fondo del foso, donde explotó, proyectando un chorro de agua hacia el cielo. En una masa bullente de burbujas y vapor, la nave Dragón desapareció lentamente bajo el agua y se hundió en el lecho del foso.

Jannit Maarten se quedó en el remolcador, horrorizada de lo que había ocurrido. Nadie arremetía contra ninguno de los barcos que estaban al cuidado de Jannit. Cogió el arma que tenía más a mano, un gran martillo, y se lo tiró a Simon. Jannit tenía un brazo muy fuerte y el martillo voló por los aires, fallando por muy poco. Voló curvándose hacia arriba y el dragón que llegaba en su primer vuelo a duras penas consiguió evitar el que sería su primer misil aéreo (pero no el último), gracias a un oportuno grito de su copiloto.

Simon acababa de ver a Escupefuego. No podía dar crédito a lo que veían sus ojos, o, mejor dicho, su ojo, pues se cubría el otro con un parche después del guijarro que le había lanzado el Chico Lobo. ¿Qué pretendía hacer aquel impostor que se hacía pasar por su hermano? ¿Por qué siempre aparecía como una falsa moneda, justo cuando menos le apetecía verlo? ¿Y qué estaba haciendo encima de un dragón?

El éxito de Simon con la nave Dragón le había vuelto arrogante. Incluso aunque no le quedaran rayocentellas y tuviera un amuleto de volar un poco tocado con el que luchar, Simon se sentía invencible. Era fácil: primero tiraría a uno del dragón y luego tiraría al otro, y eso sería todo.

Adiós aprendiz entrometido y adiós señoritinga princesa.

Simon se lanzó al aire, en dirección a Septimus.

La copiloto lo vio venir y gritó.

—¡Abajo, Sep, abajo!

Septimus le dio al dragón dos golpecitos con el talón izquierdo y Escupefuego empezó a caer hacia un espinoso bosque de mástiles.

—¡A la izquierda! —gritó Jenna—. ¡Aterrizo en el pontón!

Septimus le dio un golpecito en el flanco derecho seguido de dos en el izquierdo y Escupefuego se dirigió hacia el pontón, adonde Jannit estaba arrastrando el remolcador más el séquito de tres magos que llevaba consigo.

Simon no se rendiría. Se arrojó hacia Septimus, descubriendo que el amuleto de volar tenía una alarmante tendencia a desviarse a la derecha, y ahora se dirigía directamente hacia la nariz de Escupefuego. La nariz de un dragón es un punto sensible, sobre todo para un dragón joven, y Escupefuego no se tomó demasiado bien que le golpearan fuerte en ella. Instintivamente, el dragón abrió la boca para morder a Simon, cuando le sobrevino un gran estornudo.

—¡Aaaaaa... aaaaaaaa... achís!

Como un tapón de una botella de champán que alguien hubiera agitado con entusiasmo antes de abrirlo, una gran baba de dragón impactó contra Simon y lo despidió dando volteretas por el aire. La baba de dragón es una sustancia corrosiva; cayó en el estómago de Simon, le hizo dar vueltas, y en cuestión de segundos le fue corroyendo, a través de la capa, la túnica y el cinturón rojo con las tres estrellas negras de DomDaniel. Simon iba por su tercera voltereta cuando el amuleto de volar se separó de su cinturón y cayó al suelo, aterrizando en una caja de herramientas que Jannit había estado usando hacía un rato.

Simon empezó a descender en picado. Sin pensarlo dos veces, Septimus le dio la primera orden a su dragón: —¡Sálvalo!

Escupezfuego sabía lo que tenía que hacer. Se dejó caer como una piedra, se lanzó hacia delante y recogió a Simon apenas unos segundos antes de que se estrellara contra el suelo. Luego aterrizó con gran estruendo sobre el pontón, en el lugar donde el ala de la nave Dragón había descansado hacía escasos minutos. La copiloto cayó al suelo y se puso en pie muy furiosa.

—¿Por qué demonios haces esto, Sep? —exigió apartándose de Simon, que estaba despatarrado sobre la grupa de Escupezfuego.

Septimus no respondió. Estaba mirando a Simon. —Él... él no está muerto, ¿verdad? —preguntó Septimus a Tannit, que había agarrado a Simon, lo había bajado de Escupezfuego y estaba intentando obtener alguna respuesta de él. Simon estaba tumbado, muy pálido e inmóvil, sobre el pontón, con las ropas negras agujereadas por la corrosiva baba de dragón, con el cabello claro y rizado característico de los Heap empapado en sudor y los ojos cerrados. Jannit se arrodilló y acercó la oreja a su pecho.

—No —murmuró—. Oigo un latido. Solo está inconsciente. Al oír la voz de Jannit, Simon parpadeó y gimió.

—¡Eh, vosotros, venid! —gritó Jannit a los magos—, venid, y demostrad que servís para algo, para variar.

Los empapados magos llegaron prestos al lado de Jannit.

—Ayudadme a llevarlo al cobertizo —les dijo Jannit.

Jenna y Septimus observaron a Jannit y a los tres magos coger a Simon cada uno de un brazo o de una pierna y llevarlo por el astillero hasta el cobertizo: un edificio pequeño, sin ventanas, junto al muro del Castillo, que tenía una gruesa puerta de hierro con tres pesados cerrojos bien engrasados.

—Sigo sin saber por qué lo has hecho, Sep —dijo Jenna enfadada.

—¿Por qué he hecho qué? —preguntó Septimus acariciando la magullada nariz de Escupezfuego.

—Salvar a Simon.

Septimus levantó la mirada hacia Jenna, confundido por su tono enojado.

—¿Qué otra cosa podía hacer, Jen? —le preguntó.

—Dejarlo caer. Yo lo habría hecho. —Furiosa, Jenna envió un guijarro al foso de un puntapié.

Septimus sacudió la cabeza.

—Pero es mi hermano —dijo con tristeza.

45. LA ATALAYA.

Nicko insistió en ponerse la máscara; no permitiría de ningún modo que Rupert se sumergiera hasta donde yacía la nave Dragón sin él, aunque Jannit había intentado convencerlo, pues Nicko no había usado nunca la máscara. Jannit había inventado lo que llamaba «máscara de inspección», para poder inspeccionar los barcos por debajo de la línea de flotación. Se trataba de un trozo de cristal ovalado enmarcado en cuero, para que se adaptara perfectamente a la cara, que se ataba en la parte posterior de la cabeza con una tira de piel. Era un cristal duro y grueso, de un intenso color verdoso que no favorecía la visibilidad, pero sin duda era mejor que intentar mantener los ojos abiertos en el agua legamosa del foso.

Nicko era un buen nadador. Cuando los chicos eran más jóvenes, Silas solía sacarlos del Castillo y llevarlos a una pequeña playa de arena, un poco más allá del Puente de Dirección Única; allí era donde Nicko había aprendido a nadar. Pero Nicko nunca había buceado, y ahora, mientras él y Rupert se esforzaban en sacar la pesada cabeza de la nave Dragón fuera del barro que cubría el fondo del foso, Nicko deseaba desesperadamente salir a tomar aire.

Rupert le hizo una señal con el pulgar hacia arriba y nadaron hacia la superficie, subiendo la cabeza del dragón para sacarla fuera del agua. Jannit les esperaba con un cabestrillo de lona, que rápidamente puso bajo la cabeza para soportar el peso.

—Bien hecho, muchachos —dijo Jannit depositando con cuidado la cabeza y el cuello inerte a un lado del Tajo, donde había tendido su única alfombra persa para que descansara en ella la cabeza del dragón.

Jenna estaba observando. Septimus se había llevado a Escupefuego a la Torre del Mago, pero Jenna no había querido ir con él. De modo que Septimus —que no tenía ningún deseo de volar sin su copiloto— se había llevado a Escupefuego caminando por las calles, despertando el interés de todo el que se cruzaba en su camino.

Jenna se arrodilló junto a la enlodada cabeza del dragón, buscando algún signo de vida, pero no encontró ninguno. La cabeza yacía inmóvil y tenía los ojos muy cerrados bajo los pesados párpados verdes. Con cuidado, Jenna le limpió el barro de las orejas doradas y, con el doblez del vestido, limpió el légamo de los párpados suaves y escamosos del dragón. Habló al dragón como siempre había hecho, pero no obtuvo respuesta, solo silencio.

Jannit se acuclilló y examinó la cabeza con ojo clínico. No había ningún signo de que estuviera dañada, pero ¿qué sabía ella? ¿Era un barco o una criatura viva? Si estaba viva, ¿podía respirar bajo el agua? Y si no podía, ¿la criatura se había ahogado o la había matado el rayocentella? Jannit Maarten sacudió la cabeza; todo aquello estaba más allá de su alcance.

—¿Está... muerta? —susurró Jenna.

—N... no lo sé, mi dama —respondió Jannit algo incómoda por tener a la princesa arrodillada a su lado, llena de barro y con lágrimas resbalándole por las mejillas—. Pero la sacaremos enseguida del agua, cuando los muchachos consigan pasar esa cincha por debajo del casco. Veremos qué reparaciones necesita, y las haremos. Podemos dejar su casco como nuevo.

—Pero ¿puedes hacer que abra los ojos? —preguntó Jenna.

—¡Ay... me temo que eso no puedo decirlo! —respondió Jannit, que nunca había hecho ninguna promesa que no estuviera segura de poder cumplir.

De repente hubo algo de lo que Jenna estuvo segura. No sabía cómo lo sabía, pero sabía que era cierto... El dragón se estaba muriendo y solo tía Zelda podía salvarlo.

Jenna se puso en pie.

—Tengo que hacer una cosa —dijo—. ¿Puedes quedarte aquí con ella hasta que vuelva?

Jannit asintió y Jenna se marchó, cruzando el astillero a toda velocidad. Atravesó corriendo el húmedo y frío túnel y salió al otro lado, a las soleadas calles del Castillo. Subió muy deprisa los escalones, que la llevaron hasta la cornisa interior de las murallas del Castillo y se dirigió hacia la Atalaya de la Puerta Este. Era su última oportunidad, pensó mientras corría por la amplia cornisa, ajena a la gran altura que la separaba del suelo. La piedra seca de la cornisa estaba gastada y lisa bajo sus pies, y con las prisas estuvo a punto de resbalar y caerse más de una vez. Frena —se dijo Jenna, no le serás de ninguna utilidad a la nave Dragón si te caes.

La muralla del Castillo serpenteaba y se curvaba a lo largo de las desordenadas casas que se apiñaban a su alrededor. Jenna mantuvo los ojos muy fijos en la Atalaya, que se levantaba a lo lejos, en la muralla, y miraba hacia el Bosque. A buen ritmo, llegó enseguida a los pies de la torre, acalorada, nerviosa y sin aliento.

Jenna tardó unos segundos en recuperar el aliento, respiró los olores acres de unos cubos de basura desbordados que estaban alineados junto a la pequeña puerta de madera que conducía a la Atalaya. En la puerta colgaba un desvaído letrero:

INFORMACIÓN SERVICIO DE RATICORREOS.

COLEGIADO, CONFIDENCIAL, RATAS DE LARGA DISTANCIA ABIERTO LAS VEINTICUATRO HORAS.

Bajo el anuncio colgaba un letrero más reciente:

CERRADO.

Jenna no pensaba abandonar, le dio un empujón a la puerta de madera y casi se cae en el cuartucho oscuro.

—¿Es que no sabe leer? Está cerrado —le saludó una voz antipática desde la oscuridad.

—El letrero dice: abierto las veinticuatro horas —observó Jenna.

—Y el otro letrero dice: cerrado —replicó la voz—. Ahora, si me disculpa, estoy a punto de cerrar.

—Me da igual —dijo Jenna—. Quiero una rata mensaje y la quiero ahora. Es urgente. Es cuestión de vida o muerte.

—¡Ya, todos dicen lo mismo! —respondió la rata con displicencia, mientras cogía el maletín y se encaminaba hacia la puerta.

Jenna se plantó delante de la rata, una criatura marrón bastante corpulenta. La rata levantó la mirada y por primera vez vio a su interlocutora y tragó saliva.

—¡Ah! —exclamó—. Yo... Ejem... No me había dado cuenta de que era usted, majestad. Lo siento mucho.

—No importa. Usted envíe el mensaje, ¿quiere?

Jenna le bloqueaba la puerta, así que la rata volvió a su mesa y abrió el maletín. Se puso a buscar una lista de nombres al tiempo que movía la cabeza mientras los iba repasando.

—Majestad —dijo la rata con pesar—, nada me gustaría más que cumplir sus deseos, pero no hay ninguna rata mensaje disponible. Por eso he cerrado. Lo antes que puedo conseguirle una es mañana por la mañana...

—Mañana será demasiado tarde —interrumpió Jenna.

La rata parecía preocupada.

—Lo siento mucho, majestad. Hemos atravesado una mala época recientemente, con esa epidemia que estalló en las cañerías del alcantarillado y se llevó a mis mejores ratas jóvenes y ahora la mitad del personal está de vacaciones. Y luego ha habido tantas llamadas de larga distancia que he perdido la cuenta.

—Entonces quiero un agente del Servicio Ratisecreto —dijo Jenna—. ¿Está disponible Stanley?

La rata parecía fingir perplejidad.

—¿Agente del Servicio Ratisecreto? —preguntó—. Lo siento mucho, pero no existe tal cosa.

—¡Venga, no sea estúpido! —le espetó Jenna perdiendo la paciencia—. Claro que existe. Si lo sabré yo.

La rata era muy obstinada.

—Realmente no sé de qué me habla. Ahora tengo que irme, majestad. Le enviaré una rata mensaje a Palacio a primera hora de la mañana, si eso le sirve de ayuda.

A Jenna se le agotó la paciencia.

—Mire —dijo muy seria—, quiero un agente del Servicio Ratisecreto y lo quiero ya. Es una orden. Y si no me trae uno ahora mismo, no habrá más Servicio Ratisecreto y váyase olvidando del Servicio de Raticorreos. ¿Lo entiende?

La rata tragó saliva y ordenó los papeles.

—Ha... haré una llamadita —dijo. Luego, para sorpresa de Jenna, se asomó por una ventanilla

que había junto a su mesa y gritó—: ¡Stanley! ¡Oye, Stanley! ¡Mueve la cola y baja aquí ahora mismo! ¡Vamos!

Al cabo de un momento, Stanley apareció por la ventana.

—No pierdas los nervios, Humphrey, ¿qué es tan importante? —Y al ver a Jenna añadió— ¡Oh!

—Alguien pide especialmente por ti, Stanley —dijo la rata como disculpándose.

—¡Ah! —dijo Stanley con poco entusiasmo.

Jenna no perdió el tiempo.

—Stanley —dijo—, quiero que lleves un mensaje urgente a tía Zelda. Tiene que venir aquí lo antes posible. Ella es mi única esperanza...

En un gesto familiar, Stanley levantó una pata.

—No —dijo con firmeza.

—¿Qué? —dijo Jenna. Incluso Humphrey estaba impresionado.

—Lo siento —dijo Stanley entrando en el despacho por la ventana—. Esta noche no estoy disponible.

—Sí, si lo estás —dijo Humphrey.

—No, no lo estoy —replicó Stanley—. Dawnie me ha pedido que salgamos a cenar. Tengo entendido que ella y su hermana han tenido una pelea. He aprendido la lección. En el pasado antepuse mi trabajo a Dawnie, pero eso se acabó.

—Pero... —protestó Jenna.

—Ya sé lo que va a decir, majestad, y sí, lo siento mucho... pero esta noche Dawnie va primero, aunque pierda mi empleo. Ahora, si me disculpan, quiero coger algunas flores del cubo de la basura de la florista antes de que lo vacíen.

Y tras decir esto, Stanley hizo una pequeña reverencia y pasó junto a Jenna, con la cabeza muy erguida. Atónita, Jenna le abrió la puerta y observó cómo bajaba por la cornisa y desaparecía en un tejado.

—Bueno —dijo Humphrey—, en serio, no sé qué decir...

—No. Ni yo tampoco. Era mi última esperanza, pero supongo que tía Zelda tampoco habría llegado a tiempo. No creo que quede mucho tiempo. Buenas noches.

—Buenas noches, majestad —dijo Humphrey mientras Jenna cerraba en silencio la puerta y volvía al astillero.

46. EL COBERTIZO.

Dentro del cobertizo, Simon Heap abrió los ojos y rezongó. Por un momento pensó que se encontraba en la mazmorra número uno, pero luego se dio cuenta de que había una pequeña rendija de luz que entraba por un minúsculo ventanuco con barrotes y se relajó. La mazmorra número uno estaba sellada en absoluta oscuridad, y aunque donde estaba ahora olía bastante mal, no olía tan mal como la mazmorra. Una vez, el custodio supremo enseñó a Simon la mazmorra número uno y nunca la olvidó. Muy despacio, Simon se sentó. Le dolía la cabeza y tenía una horrible quemadura en el estómago, aunque ningún hueso roto. Estaba un poco aturdido por los inmensos agujeros de su túnica hasta que, de repente, lo recordó todo. El dragón... el mocososo... y el amuleto de volar... lo había perdido. Simon volvió a rezongar. Era un fracaso. Un terrible fracaso. No solo Marcia jamás le había pedido que fuera su aprendiz, sino que ahora resultaba que DomDaniel tampoco lo quería, ¡después de todo lo que Simon había hecho por él! Había recogido sus horribles huesos pegajosos, había realizado interminables viajes al Manuscriptorium con ellos, había tratado con ese estirado de Hugh Fox, que siempre lo miraba por encima del hombro con su alargada y puntiaguda nariz, y, lo peor, todos aquellos deprimentes viajes por los Túneles de Hielo para entregar los huesos a aquella espeluznante mujer, Una Brakket, cuidándose de que el viejo Weasal no lo descubriera. A veces, incluso la había ayudado a meter los condenados huesos en la amalgama para que Una pudiera llegar a tiempo a su baile de country. ¡Qué idiota había sido! Y luego, para colmo de males, aparece su hermano impostor a lomos de un dragón. El chico tenía solo once años y allí estaba, no solo era el aprendiz extraordinario, sino que ahora tenía su propio dragón. ¿Cómo lo había conseguido? Simon se sentó en el suelo del cobertizo, envuelto en una nube de autocompasión. Nadie lo quería. Nunca le salía nada bien. La vida era un asco, y eso no era justo.

Al cabo de un rato, le asaltó un sentimiento familiar de rabia. Se levantó y empezó a examinar su prisión. Él les enseñaría que no podían dominar a Simon Heap... Tenía que salir de allí enseguida. Furioso, Simon empujó la puerta, pero no consiguió nada, salvo oír ciertos susurros asustados.

—Intenta escapar...

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Es muy peligroso?

—¡Oh, no seas crío, Brian!

—Vosotros dos dejad de discutir. La maga extraordinaria llegará enseguida.

Simon sonrió. Bueno, que viniera si quería, pero él ya no estaría allí para recibirla. Pues Simon Heap se acababa de dar cuenta de dónde estaba.

Hacia muchos años, Jannit había ampliado su astillero y había incorporado el viejo muelle abandonado de aduanas del Castillo. El cobertizo de ladrillo, que se había usado para encerrar a los marinos borrachos y personajes sospechosos que iban a parar al Castillo, era la única parte de la aduana que quedaba en pie, y Jannit lo empleaba para guardar sus herramientas más preciadas. Todavía tenía su puerta de hierro maciza con sus tres sólidos pestillos fuera y la enorme llave de bronce en la cerradura. Simon apostaba a que también tenía su trampilla que llevaba a los Túneles de Hielo.

Simon se arrodilló y se puso rápidamente manos a la obra levantando del suelo la tierra que se había ido acumulando a lo largo de los años. Por suerte, Jannit le había dejado una pala bastante buena, y Simon no tardó en golpear con la pala el metal que se encontraba varios centímetros por debajo de la superficie.

La trampilla sellada se abrió con suma facilidad en las manos expertas de Simon. Una corriente de aire frío ascendió por ella y le golpeó en la cara, y Simon se metió por la trampilla y bajó al frío familiar de los Túneles de Hielo.

La dotación completa de trece magos —pues Jannit había recuperado con premura a los otros diez del embarcadero de pescadores— rodeaba obedientemente el cobertizo cuando Marcia entró en el astillero, acompañada de Sarah y Silas Heap.

Sarah y Silas habían insistido en ver a su hijo mayor. Incapaces de creer lo que Marcia les había

contado, habían decidido tener una conversación cara a cara con su hijo.

—Al menos —había dicho Sarah— esta vez tendrá que sentarse y escucharnos. No podrá salir corriendo como suele hacer.

Jannit escoltó al grupo hasta el cobertizo; su pequeña figura despeinada parecía diminuta al lado de Marcia, con sus ropas de seda púrpura que revoloteaban a su alrededor con la brisa nocturna del verano.

—Ya estamos, señora Marcia —dijo Jannit cuando se detuvieron fuera del círculo de magos—. Está ahí dentro. Lo encerramos hace un par de horas y ahora ya debe de haber recuperado la conciencia. Tenía un feo golpe en la cabeza, propinado por ese dragón al que atacó.

—¡Oh, querido! —dijo Sarah preocupada—, me gustaría que no hubiera hecho todas esas tonterías.

—Estoy segura de que a todos nos gustaría, Sarah —dijo Marcia en tono severo—. Pero, por desgracia, ahora se ha pasado de la raya con las tonterías y ha cruzado al otro lado; ha hecho cosas propias de una mente perversa y calculadora, diría yo.

—¡Oh, Silas! —gimió Sarah—. ¿Qué vamos a hacer?

—Tendremos que hablar con él, Sarah —opinó Silas intentando calmarla—, y escuchar todo lo que tenga que decirnos. Ahora deja de preocuparte; no podemos hacer nada. Simon ya es mayor. Los dos magos que estaban de pie custodiando la puerta se apartaron respetuosamente para que pasara la maga extraordinaria. Jannit corrió los pestillos, giró la pesada llave de bronce en la cerradura y abrió la pesada puerta de hierro.

—¡Simon! —dijo Sarah, entrando como una exhalación en el cobertizo antes de que nadie pudiera detenerla—. Simon... ¿Simon?

—¿Sabías esto? —preguntó Marcia mientras Jannit Maarten contemplaba la brillante trampilla metálica que había en mitad del suelo de tierra del cobertizo sin entender nada.

—No —dijo Jannit tajante.

No le gustó el modo en que le habló Marcia, y ciertamente no le gustaba que su astillero guardara secretos para ella. www.freelibros.org

—¿Qué... qué es esto? —preguntó Sarah apoyándose en Silas en busca de consuelo, afligida porque Simon se había escapado una vez más.

—No es nada —dijo Marcia un tanto desagradable—. Nada que necesitéis saber. Quiero esta trampilla sellada ahora mismo. ¿Dónde está Alther?

Alther Mella llegó por el aire.

—Alther, ¿queda algún Antiguo que conozca los túneles? Quiero que vigilen todas las trampillas hasta que comprueben todos los sellos.

—El único Antiguo que no está completamente chiflado está en la trampilla de la Torre del Mago, Marcia —dijo Alther—. Yo nunca bajé a los túneles. Nadie bajaba en aquellos tiempos.

—Ni nadie debería bajar en estos tampoco, Alther. Salvo el encargado de la inspección. Ese Hugh Fox tendrá que responder un montón de preguntas. —Marcia pensó unos segundos—. Alther, por favor, ¿podrías llevar a un mago al Manuscriptorium y traer un poco de cera selladora? Al menos sellaremos esta trampilla.

—Disculpen —interrumpió Jannit—, la gabarra del Puerto ha llegado. Estoy esperando material. Y tras decir esto, Jannit salió al Puerto a recibir una amplia barcaza llena de cajas y cestas.

Jenna, que no tenía ningún deseo de acercarse a Simon Heap, estaba de nuevo con la nave Dragón, le acariciaba cariñosamente la cabeza y le murmuraba al oído palabras de ánimo, buscando desesperadamente algún signo de vida, mientras Nicko y Rupert se esforzaban en colocar las cinchas de lona por debajo del casco dañado. Cuando la gabarra del Puerto se acercó al Puerto, Jenna levantó la vista y vio a Jannit coger la amarra y sujetar la barcaza a un par de grandes bolardos. Luego, para su horror, vio algo, o, mejor dicho, a alguien: el oscuro extranjero del Puerto.

Un hombre alto estaba en la cubierta, alerta y esperando saltar a tierra. Una cinta de plata le ceñía el cabello oscuro y su túnica de seda roja parecía arrugada y manchada del viaje. Jenna se agachó junto a la cabeza de la nave Dragón y oyó la voz baja y con acento extraño del extranjero

preguntarle a Jannit:

—Disculpe, señora, pero tengo entendido que la princesa anda por aquí cerca. ¿Es eso cierto?

—¿Quién lo quiere saber? —preguntó Jannit con suspicacia.

El extranjero se mostró evasivo.

—Solo alguien que busca a la princesa —respondió sin más. De repente se fijó en la actividad que reinaba alrededor del cobertizo—. ¿Ese de allí es el mago extraordinario, señora? —preguntó.

—Tal vez —dijo Jannit, ocupada en hacer un nudo.

—Disculpe, debo ir a verlo.

—A verla —corrigió Jannit, pero el extranjero, que había echado a andar, no la oyó.

—Disculpe. —El extranjero levantó la voz al acercarse al grupo que estaba congregado junto al cobertizo—. Me pregunto si podría hablar con el mago extraordinario.

Marcia se volvió y el extranjero pareció confundido. Se detuvo un momento y hurgó en el bolsillo de la túnica en busca de algo.

—¿Alther? —dijo—. Alther, ¿eres tú?

Marcia no respondió. Estaba pálida.

—¡Aja, los encontré!

Con un aire triunfante, el extranjero sacó unos anteojos de oro del bolsillo y se los puso con delicadeza. La expresión de su rostro se trocó en sorpresa.

—Marcia Overstrand —respondió el extranjero—. ¡La maga extraordinaria! Bien, bien, bien.

—¿Milo? —preguntó Marcia débilmente—. ¿Milo Banda? Eres tú, ¿verdad?

El extranjero parecía un poco abrumado. Asintió sin palabras y, para disgusto de Jenna, Marcia lo abrazó con fuerza.

—¿Dónde te has metido todo este tiempo? —le preguntó—. Te dábamos por muerto.

Cuando Marcia soltó al extranjero, en el Tajo se oyó un fuerte grito; Nicko acababa de dejar caer una de las cinchas al agua.

Por primera vez, Marcia se fijó en el terrible estado de la nave Dragón.

—¡Jannit! —gritó—. Jannit... ¿qué ha pasado?

Jannit no estaba de humor para responder. Estaba decidida a sacar la nave del agua Dragón antes de que cayera la noche y ya tenía bastantes magos incordiando por el astillero para mantenerla ocupada una eternidad.

—Ve a buscar otra cincha, ¿quieres, Nicko? —dijo cansada—. Volveremos a intentarlo.

Jenna había estado observando cómo Marcia saludaba al oscuro extranjero con creciente incredulidad. Luego, mientras Marcia atravesaba el astillero para acercarse a la nave Dragón, acompañada del extranjero, Jenna se puso en pie de un salto. Antes de que nadie pudiera detenerla, se dirigió al túnel que salía del embarcadero.

47. LA HABITACIÓN DE LA REINA.

Jenna se dirigió a Palacio a toda velocidad a través de callejones y pasadizos. En la mano cerrada llevaba la llave de oro que tía Zelda le había dado, la llave de la Habitación de la Reina. Ya era malo no tener ni idea de dónde podía estar la Habitación de la Reina, pero aún era peor que probablemente no se pudiera hacer nada por salvar la nave Dragón. De todos modos, era su única oportunidad, pues Marcia estaba confabulada con el extranjero y no se podía confiar en ella.

Ahora Jenna sabía en carne propia cómo se había sentido Septimus cuando Marcia no había creído que Simon la había secuestrado. Al doblar la esquina a toda prisa, se topó de bruces con Escudefuego. —¡Aaay!

—¡Jen! —dijo Septimus sorprendido—. Pensé que estarías con la nave Dragón. Iba a verte, pero Escudefuego no se ha querido quedar en el patio. Bueno, se ha comido buena parte de la caseta para dragones que los submagos habían hecho para él y... —Septimus se calló al notar la expresión de consternación de Jenna—. Oye, Jen, ¿qué ocurre?

—¡Oh, Sep!, el dragón... se está muriendo. Y ahora el extranjero del Puerto está aquí. ¡Ha venido a buscarme!

—¿Qué?

—Y lo que es peor, ¡Marcia lo conoce! Se alegró mucho de verlo. Lo abrazó con fuerza.

Septimus estaba impresionado. Marcia nunca abrazaba a nadie. Nunca.

—Sep, ven conmigo. Voy al Palacio. Voy a buscar la Habitación de la Reina. Tal vez haya algo allí que pueda salvar la nave Dragón. Un... una poción, o algo... no sé.

—Muy bien, vale la pena intentarlo. Vamos, Escudefuego. Por aquí. No, por allí. Espera, Jen, tú no sabes dónde está la Habitación de la Reina.

—Claro que no, pero tía Zelda dijo que la encontraría cuando llegara el momento. Así que tal vez haya llegado el momento.

Jenna y Septimus habían caminado un buen trecho y se encontraban en mitad de la Vía del Mago cuando Septimus se quedó rezagado para atender a Escudefuego, que le estaba haciendo pasar un mal rato. Jenna se detuvo para comprobar qué era lo que estaba retrasando a Septimus y lo sorprendió ante una gran montaña de boñiga de dragón en mitad de la Vía del Mago, sin saber muy bien qué hacer. Decidió que lo mejor era ignorar el asunto y seguir su camino.

—¡Eh, tú, el del dragón! —gritó una voz.

Septimus se volvió y vio a un hombre delgado, con expresión muy seria, vestido con una túnica de rayas tejida a mano, que le perseguía con un saco y una pala. El hombre le dio alcance y le ofreció a Septimus las dos cosas.

—Sociedad para la Conservación de la Vía del Mago... Oficial antiboñigas en la calle —le dijo resoplando—. Es una infracción ensuciar la vía. Por favor, recoja la porquería del animal y llévesela.

Septimus miró dubitativo el gran saco que el hombre le había puesto en la mano.

—De acuerdo —respondió—, pero no sé si va a caber todo eso aquí.

Septimus cogió la pala y empezó a recoger la porquería, mientras Jenna le sostenía el saco abierto con impaciencia.

El sol se estaba poniendo y Billy Pot conducía su artilugio al final de un día particularmente delirante; las lagartijas habían estado dándole guerra de nuevo. Al ver a Jenna, a Septimus y a Escudefuego cruzando por el césped, se le iluminó el rostro. Una vez Billy Pot había oído cacacas de dragón cuando estaba obteniendo su diploma de cuidador de lagartijas y nunca lo había olvidado; de hecho, a la mayoría de las personas les pasa lo mismo: cuando huelen boñiga de dragón, nunca lo olvidan.

—Perdonadme, joven señor —dijo Billy Pot corriendo hasta Septimus—. Por favor, perdonadme por ser tan presuntuoso, pero me pregunto... bueno, me pregunto si compartiríais conmigo el contenido del saco. Os estaría eternamente agradecido. No hay nada como unas boñigas de dragón estratégicamente colocadas para mantener a raya a las lagartijas. Y yo estoy desesperado; desde que ese caballo pasó por encima del artilugio están incontrolables y...

—Sí —dijo Septimus—. Quédesela. Por favor...

—¿Sabe?, señor, he soñado con tener en mis manos un poco de boñiga de dragón. Lo he soñado, sí. Pero ¿dónde se encuentran boñigas de dragón en estos tiempos? Es una pesadilla para un cuidador de lagartijas como yo. Una pesadilla. —Billy Pot sacudió la cabeza abatido—. Pero, claro, usted no querrá separarse de ella, lo comprendo.

—No... por favor, por favor, quédese la —dijo Septimus endilgándole el abultado saco a Billy Pot, que sonrió por primera vez en aquel día.

Cuando Jenna, Septimus y Escupefuego llegaron a la puerta del Palacio, la fina voz de Godric se elevó en el aire vespertino.

—¡Ah, buenas tardes, princesa! Me alegro de verla. Y buenas tardes, aprendiz. ¿Cómo marcha la transformación? ¿Ha conseguido ya la transustanciación triple?

—Casi —dijo Septimus arrastrando a Escupefuego.

—Buen chico —dijo Godric, y acto seguido volvió a dormirse.

En la torreta del extremo oriental del Palacio, Escupefuego se sentaba gimoteando ansiosamente y arañaba el escalón más bajo de la escalera de caracol. Septimus había atado el dragón a una anilla que había en la pared y le había dicho que se quedara allí quieto.

—Estoy segura de que está aquí —dijo Jenna concentrándose en la llave de la Habitación de la Reina mientras subían la escalera. Al llegar al pequeño descansillo de lo alto de la torreta, Jenna lanzó un grito triunfal—: ¡Sí! ¡Oye, Sep, mira esto... la he encontrado!

—¿Dónde? —Septimus miró a Jenna perplejo.

Jenna lanzó a Septimus una mirada burlona.

—Muy gracioso, Sep —dijo—. ¿No te parece que esa puerta de oro con todos esos dibujos y el gran ojo de la cerradura central con una esmeralda encastada encima... es igual que la llave?

—¿Qué puerta de oro? —preguntó Septimus.

De repente, Jenna comprendió lo que ocurría y se estremeció de emoción.

—No puedes verla, ¿verdad? —susurró.

—No —respondió Septimus un tanto sobrecogido—. No puedo. Lo único que veo es una pared blanca con pedazos de yeso descascarillados.

—Bueno, está aquí, Sep. Yo sí puedo verla, en serio. Voy a introducir la llave en la cerradura —anunció Jenna, vacilante—. ¿Puedes esperarme aquí?

—Claro que sí.

—Es extraño. Entonces probaré la llave, ¿de acuerdo?

—Sí, vamos, Jen. ¡Eh, espera...! ¿Has dicho que la cerradura estaba en mitad de la puerta?

—Sí, ¿Por qué? —Jenna parecía preocupada.

—Bien, apártate a un lado en cuanto hayas girado la llave. La puerta bajará como un puente levadizo... de lo contrario, te aplastaría.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo lo sabes?

—¡Bueno, yo sé ese tipo de cosas, Jen —dijo Septimus dándose ínfulas.

—¡Tonto! —dijo Jenna con cariño.

Septimus dio un paso atrás y vivió la extraña experiencia de ver a Jenna meter la llave hasta el fondo y desaparecer. De repente, ella saltó hacia atrás y le sonrió. Septimus le devolvió la sonrisa; luego la vio caminar hacia delante y desvanecerse a través de la pared maciza.

La puerta de oro se cerró en silencio detrás de Jenna, y esta se encontró en una habitación pequeña y sorprendentemente acogedora. En la chimenea ardía un fuego y alguien había arrimado un cómodo sillón al calor del hogar. Sentada en la silla, ensimismada ante el fuego, había una mujer joven, con una pesada túnica de seda roja y un manto dorado sobre los hombros. Llevaba el largo cabello negro recogido en una diadema de oro como la que usaba la propia Jenna. Ante la repentina llegada de Jenna, la mujer se puso en pie de un salto, y sus ojos violetas brillaron de emoción. Avanzó rápido hacia ella y, en su prisa por llegar hasta Jenna, atravesó el sillón como si no estuviera allí.

Pero Jenna no veía nada, y tal vez fuera mejor así. Pues mientras el fantasma de la reina se hallaba de pie ante ella, mirando a su hija a la que no había visto desde que era un bebé, Jenna no habría podido pasar por alto la gran mancha de sangre que se extendía por el lado izquierdo del

manto de su madre, aunque quizá no habría notado el desgarrón del agujero de bala, que quedaba oculto entre los pliegues de la túnica de un rojo intenso.

La reina retrocedió para dejar que su hija merodeara por la habitación. Observó la expresión perpleja de Jenna ante el fuego chispeante y el sillón vacío. Vio a Jenna abrazarse, frotarse los brazos y temblar ligeramente mientras caminaba por la habitación, mirando a su alrededor como si hubiera sorprendido alguna cosa con el rabillo del ojo, buscando algo desesperadamente, cualquier cosa que pudiera salvar la nave Dragón.

Sabiendo que no debía aparecerse a su hija, la reina observaba, deseosa de que Jenna descubriera por sí misma lo que tenía que descubrir. Pero Jenna casi había perdido toda esperanza, pues la habitación no era el lugar mágico que esperaba encontrarse; no había más que un pequeño salón vacío con una chimenea, una alfombra, una mesita y un sillón y —Jenna sonrió de repente— un armario, y no solo un viejo armario, pues en la puerta estaba escrito: POCIONES INESTABLES Y VENENOS PARTICULARES.

Jenna abrió la puerta y se metió dentro.

El armario estaba tan vacío como la habitación. Cuatro estanterías laboriosamente labradas pero vacías ocupaban la pared del fondo, sin ningún rastro de las botellas de pociones, ni las hierbas o medicinas, ni los libros de hechizos ni los secretos sobre la nave Dragón que Jenna anhelaba ver. Desesperadamente, pasó las manos sobre las estanterías por si se le escapaba algo, pero no había nada, nada más que polvo. Entonces Jenna se fijó en una hilera de cajoncitos casi ocultos en los paneles de caoba oscura, debajo de los estantes, y recuperó la esperanza. Asió el pequeño pomo de oro del primer cajón y tiró con fuerza. El cajón se abrió con suavidad y Jenna olió una mohosa combinación de chocolate de menta viejo y polvo; tanteó con la mano el interior del cajón, pero estaba tan vacío como los estantes. Abrió frenéticamente todos los cajones, uno detrás de otro, pero no había nada que encontrar.

Cuando Jenna llegó al último cajón, le invadió la desesperación; sabía que era su última oportunidad, pues no había ningún otro lugar donde buscar. Mientras lo abría, Jenna notó que algo dentro del cajón se movía, como si hubiera accionado algún tipo de palanca al tiempo que oía un ruidito debajo de ella, y la puerta del armario se cerró de golpe. Estaba sumida en la oscuridad.

Jenna empujó la puerta, pero no se movió. Cada vez más presa del pánico, intentó abrirla aplicando más fuerza, pero la puerta ni siquiera se movió; algo le decía que estaba cerrada con llave. ¿Qué podía hacer? Estaba atrapada. Nadie, salvo Septimus, sabía que estaba allí, y por mucho que quisiera, él no podía ayudarla. Se quedaría allí para siempre, sumida en la oscuridad...

Fué entonces cuando Jenna se dio cuenta de que el armario no estaba tan oscuro como antes: podía ver una rendija de luz por debajo de la puerta. Jenna intentó abrir la puerta de otro empujón y, para su alivio, la puerta se abrió.

Y Jenna accedió a las pulidas losas de la casa de tía Zelda.

48. LA JOVEN REINA.

Septimus estaba sentado en el descansillo observando los desconchones de la pared, preguntándose cuándo volvería a aparecer Jenna. Intentó imaginar qué estaría haciendo dentro de la Habitación de la Reina y por qué tardaba tanto, pero no le importaba esperar. Había algo a lo que Septimus tenía ganas de echar un vistazo a fondo desde que Jannit lo había sacado de su caja de herramientas y se lo había ofrecido diciéndole: «Esto parece hecho para ti, maese Septimus». Metió la mano en el bolsillo de la túnica y sacó el amuleto de volar.

El amuleto le resultaba extrañamente familiar, como si lo hubiera conocido desde siempre. Era un amuleto sorprendentemente sencillo, teniendo en cuenta el poder que poseía, el viejo oro amarillento estaba lleno de arañazos y sus plumas estaban abolladas y dobladas. Mientras la flecha descansaba tranquilamente en su palma, Septimus notó un hormigueo en la mano y algo le hizo buscar en su cinturón de aprendiz y sacar su propio amuleto de plata alado, el que Marcia le había dado cuando le había pedido que fuera su aprendiz. A Septimus le encantaba ese amuleto. Con él, y grandes dosis de concentración, podía flotar a tres metros del suelo, pero no podía volar, no como Simon había volado. Septimus soñaba a menudo con volar y, de hecho, a menudo se despertaba convencido de que podía hacerlo, solo para descubrir luego que no era así.

Sentado en el frío suelo de piedra, sin ningún signo de que Jenna estuviera a punto de regresar, Septimus estiró las manos abiertas con un amuleto en cada una. Pensó que los dos eran hermosos, cada uno a su modo: en la mano izquierda podía notar el poderoso espíritu de la antigua flecha de oro, y en la derecha la delicada ligereza de las alas de plata. Mientras los miraba, notaba la sensación de Magia de ambos amuletos recorriéndole la piel y perturbando el aire a su alrededor.

Y entonces... algo cambió, algo se movió.

De repente, las alas se irguieron en mitad de la palma de su mano, moviéndose hacia delante y hacia atrás como una mariposilla calentándose a la luz del sol. Embelesado, Septimus las observaba, revolotear de su mano derecha a la izquierda, donde se posaron delicadamente sobre el amuleto de volar. En medio de un mágico haz de luz, la plata y el oro de los dos amuletos se fundieron y las alas se colocaron en el lugar que les correspondía por ser las plumas originales del amuleto de volar.

Septimus levantó el amuleto de volar completo y lo sostuvo entre el pulgar y el índice. Estaba caliente, incluso demasiado caliente. Un zumbido recorrió sus dedos y de repente Septimus sintió que le dominaba un irreprímible deseo de volar. Se puso en pie de un salto y se asomó al ventanuco de la torreta que daba sobre los jardines de Palacio. Vio las alargadas sombras de la tarde de mitad del verano y oyó los grajos graznando en los árboles, y le asaltaron los viejos sueños de volar: se imaginaba sobrevolando los prados, espantando a los grajos y pasando rozando el río...

Con gran esfuerzo, Septimus salió de su honda ensoñación. Estaba guardando el amuleto de volar en su cinturón de aprendiz, para apartar la tentación, cuando Jenna atravesó la pared.

Septimus se puso en pie inmediatamente. —Jen... —empezó a decir, y luego se detuvo sorprendido cuando vio que tía Zelda y el Chico Lobo la seguían.

—¡Oh, Septimus! —dijo tía Zelda, mientras Septimus la miraba boquiabierto—. ¡Me alegro mucho de ver que estás a salvo!... Pero no hay tiempo que perder. Seguidme. Debemos ir directamente hasta la nave Dragón.

Tía Zelda bajó traqueteando por la estrecha escalera y Septimus oyó una exclamación de sorpresa cuando tía Zelda se topó con Escupefuego.

—Baja, Escupefuego. Sí, yo también me alegro mucho de verte. Ahora deja de pisarme, por favor.

Septimus no tuvo necesidad de desatar a Escupefuego, pues el dragón ya se había comido la cuerda. Siguieron a tía Zelda y a Jenna por la puerta lateral que estaba al pie de la torreta y bajaron hasta la verja de Palacio. Tía Zelda caminaba con paso decidido y rápido. Demostrando un sorprendente conocimiento de los estrechos pasadizos y atajos del Castillo, avanzaba a una velocidad sorprendente. Los paseantes se quedaban asombrados al ver una gran tienda de retales

acercándose a toda velocidad. Se apartaban y se pegaban a las paredes y, cuando la tienda pasaba por su lado seguida de la princesa, el aprendiz extraordinario y un chico con aspecto de fiera y las manos vendadas, por no hablar del dragón, la gente se frotaba los ojos con incredulidad.

Pronto tía Zelda y su séquito salieron del túnel que conducía hasta el astillero por debajo de los muros del Castillo. Les recibió el sonido de la voz de Jannit que resonaba entre los barcos vueltos boca abajo. —Arriba... arriba... arriba...

Tía Zelda lanzó un grito de consternación cuando vio el panorama; lenta, muy lentamente, izado por un grupo de marineros que tiraban rítmicamente de una cuerda, el casco de la nave Dragón, empapado y lleno de barro, iba emergiendo del agua. La verde cola con su púa dorada colgaba mustia, mientras la cabeza de la nave Dragón yacía inerte sobre el lado del Tajo. Nicko se sentaba con las piernas cruzadas, acariciando despacio las apagadas escamas verdes de la larga nariz del dragón.

Rupert Gringe estaba en la cubierta de la nave Dragón, lleno de barro y empapado, pues acababa de bucear en el foso y por fin había conseguido pasar las enormes cinchas de lona por debajo de la quilla. Con la máscara sujeta por encima de los ojos, Rupert corría de un lado a otro supervisando continuamente los cabos.

—¿Tía Zelda? —dijo Nicko sin dar crédito a sus ojos.

—Sí, soy yo, querido —respondió tía Zelda sin aliento, tocando la cabeza inmóvil del dragón. Dejó la mano allí durante un momento y sacudió la cabeza con incredulidad—. Jenna, Septimus... rápido. Venid y sentaos a mi lado. Nosotros tres, la conservadora, la joven reina y el amo del dragón, debemos hacerlo.

—¿Hacer qué? —preguntó Jenna.

—La triple transubstanciación —dijo tía Zelda mientras hurgaba en sus múltiples bolsillos hechos de retazos.

—Oye... Sep puede hacerlo —exclamó Jenna emocionada.

—No, no puedo —dijo Septimus.

—Sí puedes. Bueno, casi lo has conseguido. He oído que se lo decías a Godric.

—Solo porque cuando me lo preguntó por primera vez le contesté que no, y pareció tan desilusionado que empezó a gemir. Luego, todos los demás Antiguos del Palacio empezaron a gemir también. Fue horrible... y no había modo de que se callaran. Tuve que ir a buscar a Marcia, y ella me dijo que dejara de ser tan perfeccionista y les siguiera la corriente a esos viejos locos, por el amor de Dios. Pero empecé a leer sobre ello, por si Godric me hacía preguntas. Se trata de los cuatro elementos, ¿verdad, tía Zelda?

—Sí, Septimus —respondió tía Zelda mientras sacaba de uno de sus bolsillos una bolsita de cuero que parecía antigua—. Esto ha pasado de conservadora a conservadora durante más siglos de los que nadie puede recordar. La guardamos en una caja cerrada llamada «el último recurso». Todas las conservadoras albergan la esperanza de no tener que usarla, pero todas saben que un día ese momento llegará. Hay una profecía escrita en la caja:

Llegará el momento, pues así debe ser,

en que ella vuela con dos o tres.

Preparada para ello siempre debes estar,

y el triple muy cerca de ti has de guardar.

—Nadie sabe lo que significa realmente, pero cuando Septimus encontró el anillo dragón me di cuenta de que de nuevo, por primera vez desde Hotep-Ra, éramos tres: el amo del dragón, la reina y la conservadora. Y luego, cuando tú y Jenna os fuisteis volando en la nave Dragón, supe que la primera parte de la profecía se había cumplido, y había llegado el momento. Así que me preparé para lo que pudiera ocurrir; pero cuando Jenna salió del armario de las pociones, tal como su querida madre solía hacer el día del solsticio, yo... bueno, casi se me sale el bocado de col por la nariz. Ahora veamos qué tenemos aquí...

Tía Zelda dio unos golpecitos a la bolsa de cuero, y tres pequeños cuencos de oro repujado, con el borde de esmalte azul, cayeron en la alfombra manchada de barro de Jannit. Sacudió la bolsa de cuero, pero no salió nada más. Metió la mano dentro de la bolsa y palpó, pero estaba vacía.

Tía Zelda no pudo reprimir una expresión de abatimiento.

—Debe de haber algo más que esto... —dijo—. No hay instrucciones... Nada. Seguro que la culpa es de la malvada de Betty Crackle. Era tan descuidada... ¿Qué podemos hacer con tres cuencos vacíos?

—Creo que sé lo que hay que hacer con ellos —dijo Septimus lentamente.

Tía Zelda le miró con renovado respeto.

—¿En serio? ¿Lo sabes? —insistió.

Septimus asintió.

—Coloca los cuencos delante del ser que desees restaurar... —dijo pensando muy deprisa.

Septimus había leído todo lo que había podido encontrar sobre la triple transubstanciación, pero cuando preguntó a Marcia sobre el paradero de los cuencos triples, le dijo que habían desaparecido hacía muchos años.

—Hazlo tú, Septimus —dijo tía Zelda—. Como amo del dragón, solo tú tienes derecho a hacerlo. Los ojos del dragón no parpadearon cuando Septimus, Jenna y tía Zelda se colocaron en semicírculo alrededor de su cabeza. Nicko se levantó sin hacer ruido y se apartó, llevándose al Chico Lobo consigo. Nicko notaba la fuerte Magia que flotaba en el aire y prefería mantenerse a distancia. El Chico Lobo parecía asustado; tenía los ojos muy abiertos y enseñaba los dientes amarillentos mientras observaba a su antiguo camarada del ejército joven en su nuevo y extraño papel de hacedor de Magia poderosa.

—Los cuatro elementos de este conjuro —dijo Septimus en voz baja— son: Tierra, Aire, Fuego y Agua. Pero solo elegiremos uno para restaurar al dragón. Creo que será el Fuego.

Tía Zelda asintió; estaba de acuerdo.

—Ya ha tenido bastante de los otros —murmuró.

—¿Jen? —preguntó Septimus.

Jenna asintió.

—Sí —susurró—. Fuego.

—Bien —prosiguió Septimus—. Ahora cada uno de nosotros debe elegir un elemento de los tres restantes.

—Tierra —dijo tía Zelda—. La buena y honrada tierra en la que crecen las coles.

—Agua —añadió Jenna—. Porque está muy hermosa en el agua.

—Y yo elijo Aire —anunció Septimus—, porque hoy he volado en la nave Dragón. Y porque puedo volar.

Tía Zelda dirigió a Septimus una mirada burlona, pero él estaba demasiado ocupado disponiendo los cuencos para notarlos.

—Ahora —dijo—, cada uno cogerá un cuenco y colocará su elemento en él.

Jenna se levantó rápidamente y hundió su cuenco en el foso. Desde el puerto, tía Zelda alargó la mano y cogió un poco de tierra seca. Septimus miró su cuenco y se preguntó qué podía hacer. Mientras lo contemplaba formulándose la pregunta, en el fondo del cuenco dorado apareció una neblina púrpura. Tía Zelda lanzó una exclamación, podía ver los signos de la Magia apareciendo alrededor de Septimus; su cabello claro y rizado estaba recubierto de una brillante luz púrpura y la atmósfera estaba cargada, como el aire antes de una tormenta.

Consciente de que tía Zelda y Jenna lo estaban observando de cerca, Septimus levantó los tres cuencos y, sosteniéndolos juntos, los volcó con un gesto rápido. La tierra y el agua cayeron directamente sobre la alfombra, pero la neblina púrpura fue cayendo despacio —vigilada por unos ojos verdes, otros violetas y otros azules de bruja— hasta que llegó a la enlodada alfombra y estalló en llamas. Septimus tragó saliva; aquello era lo que había estado temiendo. Se disponía a coger la llama cuando el Chico Lobo, que lo había estado observando todo con temor desde detrás de un barco, lanzó un grito.

—¡Cuatro uno dos... no! —gritó el Chico Lobo, notando que las manos le quemaban de nuevo. Pero Septimus no notó ningún dolor al recoger el fuego y colocarlo en el hocico del dragón.

De repente el dragón inhaló aire y las llamas fueron absorbidas hacia el interior de la nariz desde lo más profundo de su ser. Instantes después, el dragón levantó la cabeza resoplando, tosiendo y

despidiendo una brillante lengua de llamas anaranjadas, que prendió fuego a la alfombra de Jannit e hizo que tía Zelda, Jenna y Septimus se levantaran tratando de ponerse a salvo. Nicko arrojó un cubo de agua para apagar el fuego de la alfombra. El dragón abrió los ojos durante un breve instante y luego, con gran estrépito, la gran cabeza verde volvió a chocar contra la chamuscada alfombra y a caer inerte.

Todo el astillero guardó silencio. Incluso Jannit dejó de descargar y se quedó esperando, llena de incertidumbre.

Jenna parecía consternada. Miró a Septimus buscando consuelo, pero Septimus miraba tristemente la nave Dragón, convencido de que su triple transubstanciación había fallado. Tía Zelda tosió y estaba a punto de decir algo cuando la voz de Marcia atravesó el astillero.

—¿Puede alguien quitar este maldito cubo de mis pies?

Un marinero corrió a ayudarla y le quitó el balde en el que Marcia había metido el pie sin darse cuenta, en su prisa por volver con la nave Dragón. Con el ropaje al viento, Marcia continuó cruzando el astillero y, al acercarse al dragón, Jenna, tía Zelda y Septimus pudieron observar que llevaba una gran botella verde en la mano.

Marcia llegó casi sin resuello al puerto y destapó la botella.

—Marcia, ¿qué haces? —preguntó algo enojada tía Zelda.

—Salvar la nave Dragón. Sabía que lo tenía en alguna parte. Es un antiguo reanimador a base de lagarto. Lo tenía bajo las tablas del suelo de la biblioteca.

—Apártalo —exigió tía Zelda—. No le acerques eso. La matará.

—No seas ridícula, Zelda —replicó Marcia—. Ya no te corresponde a ti decidir lo que hay que hacerle a la nave Dragón. Ahora soy yo la conservadora.

Las miradas de Jenna y Septimus se cruzaron. Se avecinaban problemas.

—Tú... —balbució tía Zelda con incredulidad—. Tú... ¿la conservadora?

—Claro —dijo Marcia—. Ahora la nave Dragón está bajo mi cuidado. Tú estás demasiado lejos para proseguir con tus obligaciones de... ¿Cómo has llegado hasta aquí tan rápido?

Tía Zelda se puso de pie cuan larga era, no mucho en comparación con Marcia, pero eso la hizo sentirse mejor. Sus ojos azules de bruja centelleaban triunfales.

—Los secretos de las conservadoras no se divulgan a cualquiera, Marcia, y no estoy autorizada a decirte cómo he llegado hasta aquí. Lo único que puedo decirte es que, mientras viva, yo soy la conservadora de la nave Dragón y seguiré siéndolo, y estaré disponible para cuidar de la nave Dragón en todo momento. Ahora, Marcia, esto es un asunto de vida o muerte. La triple transubstanciación tardará algún tiempo en surtir efecto, y nada, y menos un antiguo reanimador de lagartos, debe interferir. Como conservadora te digo que apartes ese reanimador ahora mismo. Por primera vez, desde que Septimus recordaba, Marcia se quedó sin habla. Con mucha parsimonia, volvió a meter el corcho en la botella del reanimador y, lo más dignamente que pudo, avanzó por el astillero, evitando con cuidado el balde al salir. No mejoró su mal humor descubrir que Milo Banda, junto con Sarah y Silas Heap, habían sido testigos del episodio desde la sombra del cobertizo abandonado.

49. VOLAR.

Marcia caminaba a grandes zancadas por el foso de Palacio y sus pisadas resonaban sobre las recalentadas planchas del viejo puente de madera. A su lado estaba Milo Banda, que, en el apresurado paseo desde el astillero al Palacio, había ido calmando a Marcia tras su encuentro con tía Zelda. De pie en la puerta de Palacio, junto a una pequeña silla dorada en la que dormitaba el fantasma Godric, se encontraba una submaga, una joven espabilada de brillantes ojos verdes.

—Buenas tardes, bienvenidos a Palacio —sonrió la submaga.

—Buenas tardes, Hildegarde —respondió Marcia.

Milo Banda se quedó atrás, plantado en el umbral sin saber qué hacer. Marcia notó que empezaba a temblar ligeramente y que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¡Ah! —dijo con delicadeza—. Lo siento, Milo. No había pensado en ello. ¿Quieres que te deje solo unos momentos?

Milo Banda asintió. Deambuló por el Largo Paseo, contemplando las murallas desnudas y sacudiendo la cabeza con abatimiento.

De repente, Marcia se sintió cansada; había sido un día muy largo. Curiosamente, la identificación la había dejado vacía y, para colmo, le dolían mucho los pies tras su encuentro matutino con Escupefuego. Con un suspiro de alivio, se dejó caer pesadamente en la silla de Godric y se quitó el zapato. El fantasma se levantó de la silla de un salto, alarmado, y cayó al suelo hecho un guiñapo.

—Alther —dijo Marcia con enojo—, creía que te había dicho que te deshicieras de los Antiguos. No los necesitamos ahora que tenemos submagos custodiando la puerta.

—Godric se disgustó mucho cuando le pedí que se fuera, así que le dije que podía quedarse. Además —dijo Alther con desaprobación—, deberías mostrar más respeto por los Antiguos. Un día tú serás uno de ellos.

Alther le sacudió el polvo a Godric y lo llevó por el aire hasta un cómodo sillón que había en un rincón tranquilo y oscuro del vestíbulo. El viejo fantasma se quedó profundamente dormido enseguida, y no se despertó hasta muchos años después, cuando la hija de Jenna pasó a través de él con una moto.

Fue mala suerte que cuando Jenna regresó a Palacio no viera a Alther y a Marcia tranquilamente sentados en la sombra que proyectaban las hileras de velas parpadeantes colocadas en el vestíbulo. La primera persona a la que vio, mientras salía de la penumbra del Largo Paseo, fue al extranjero del Puerto. Al ver a Jenna, lanzó una exclamación y se detuvo en seco. Jenna gritó.

Marcia se puso de pie como accionada por un resorte.

—Jenna, ¿qué ocurre? —preguntó mirando preocupada a su alrededor.

Jenna no respondió. Salió corriendo del Palacio y buscó la seguridad que le proporcionaba la compañía de Septimus, Nicko, tía Zelda y el Chico Lobo, que se acercaban lentamente por los prados de Palacio mientras Escupefuego insistía en cazar una lagartija.

—¡Está aquí! —gritó Jenna mientras alcanzaba a tía Zelda—. ¡Ese hombre... está aquí!

—¿Qué hombre? —preguntó tía Zelda algo desconcertada y divertida a la vez, al ver a Marcia corriendo por los prados hacia ellos con un solo zapato.

—Jenna —dijo Marcia casi sin resuello cuando por fin la alcanzó—. Jenna, ¿algo va mal?

—Ese hombre... el extranjero del Puerto. El que cogió a Trueno, el que me siguió, el que está conchabado con Simon. . . tú le has pedido que vaya a mi Palacio. ¡Eso es lo que va mal!

—Pero, Jenna —protestó Marcia—, ese hombre tiene todo el derecho del mundo a estar en Palacio. Es Milo Banda. Es...

—¡No me importa quién sea! —gritó Jenna.

—Pero, Jenna, Jenna, escúchame... es tu padre.

Todo el mundo se quedó mirando a Marcia en estado de conmoción.

—No... no lo es —tartamudeó Jenna—. Papá está en el astillero... con mamá.

—Sí, Silas está en el astillero —dijo Marcia con voz cariñosa—. Y Milo está aquí. Milo es tu padre, Jenna. Ha venido a verte.

Jenna permaneció en silencio durante largo rato. Luego, dijo de repente:

—¿Y por qué no ha venido a verme antes... cuando era pequeña?

Y echó a andar por el césped, y luego por el camino que conducía a la parte trasera de Palacio.

—¡Oh, querida! —exclamó Marcia.

A Silas Heap tampoco le sentó bien la llegada de Milo Banda, sobre todo cuando Sarah insistió en celebrar una cena en la terraza de Palacio para darle la bienvenida.

—No sé cómo puedes pensar en celebraciones cuando tu hijo mayor está encerrado en esos horribles Túneles de Hielo —había objetado Silas.

Sarah estaba poniendo la mesa cuando Silas se dejó caer en una de las sillas de oro de Palacio y se puso a contemplar con melancolía el crepuscular cielo estival.

—No quiero ni pensar en Simon —dijo Sarah enérgicamente—. La brigada de búsqueda pronto lo encontrará y por fin estará sano y salvo en algún lugar, y caliente.

—Sí, sano y salvo y muy calentito en la cárcel del Castillo... Eso no es lo que quiero para él, Sarah —murmuró Silas. Sarah sacudió la cabeza.

—Silas, si no recuerdas mal, ayer no teníamos la menor idea de dónde estaba ninguno de nuestros hijos. Hoy han regresado tres (cuatro, si contamos a Simon) y podemos considerarnos muy afortunados. Así es como voy a sentirme a partir de ahora. —Alisó el mantel y dijo al criado encargado de las cenas que fuera a ver cómo le iba al cocinero—. Además, Silas, debemos dar la bienvenida a Milo Banda. Al fin y al cabo, es el padre de Jenna.

—¡Ja! —dijo Silas de mal humor.

Sarah puso con cuidado su candelabro favorito en mitad de la larga mesa.

—Sabíamos que esto ocurriría un día u otro. No es bueno hacerse el gracioso.

—No me estoy haciendo el gracioso —protestó Silas—. Solo creo que es raro que vuelva después de todos estos años. Quiero decir: ¿dónde ha estado todo ese tiempo? A mí me parece muy sospechoso. ¡Ja!

—No sigas diciendo «¡ja!», Silas. Pareces un cascarrabias.

—Bueno quizá es que soy un cascarrabias. Y seguiré diciendo «¡ja!» cuando me dé la gana, Sarah. ¡Ja!

www.freelibros.org

La cena estaba programada para bien entrada la noche. Sarah había puesto a Milo Banda a la cabeza de la mesa, cubierta por un sencillo mantel blanco. A Jenna le recordó la mañana de su décimo aniversario, del que ahora le parecía que había pasado una eternidad. Jenna se había querido sentar tan lejos de Milo Banda como le fuera posible, en el otro extremo de la mesa, pero hasta que no se sentó no se percató de que estaba frente a él, y cada vez que levantaba la vista lo veía intentando sonreír o buscando su mirada. Jenna se pasó la mayor parte de la cena mirando el plato o manteniendo una mordaz conversación con tía Zelda, que estaba sentada a su lado.

A medida que ardían las antorchas y se acercaba la medianoche, el aire estival se fue enfriando y la gente empezó a bostezar. Tía Zelda se inclinó sobre Jenna y le dijo en voz baja:

—Tu padre es un buen hombre, Jenna. Deberías oír lo que tiene que decirte.

—No me importa lo que tenga que decirme —respondió Jenna.

—Una reina sabia primero escucha y luego juzga.

Se acabó la cena. Marcia, Septimus y Escupefuego regresaron a la Torre del Mago. Nicko se fue con Silas, que quería enseñarle una nueva colonia de fichas que había encontrado detrás de una tubería en el desván de Palacio. Sarah estaba atendiendo a Chico Lobo, que se había quedado dormido al principio de la cena, y tía Zelda estaba abajo, en la cocina, intentando darle un hervor nocturno a una col para el desayuno de la mañana siguiente. Alther Mella estaba sentado tranquilamente en la sombra, recapacitando sobre los acontecimientos del día.

Y Jenna estaba escuchando a Milo Banda.

—¿Sabes? —decía Milo—, tu madre y yo nos alegramos tanto cuando supimos que íbamos a tener un hijo... Ambos queríamos que fuera niña para que pudiera ser reina. Claro que yo nunca fui rey; aquí no hacéis así las cosas, a diferencia de muchos de los Países Lejanos. Allí, créeme, la línea sucesoria recae en el hijo varón... es muy extraño. Pero yo me alegré de no ser rey, pues, aunque era solo un mercader normal y corriente, me encantaba mi trabajo. Me encantaba la emoción de viajar y la posibilidad de que un día ganase mi propia fortuna. Seis meses antes de

que nacieras, llegó a mis oídos una buena oportunidad de negocio. Con el consentimiento de tu madre, fleté un barco en el Puerto y zarpé. La suerte me favoreció y muy pronto tuve un tesoro para llevároslo a ti y a tu madre. Todo iba bien, tenía una buena tripulación, los vientos me fueron favorables durante todo el viaje de regreso a casa y llegué al Puerto el mismo día que tú tenías que nacer. Todo era perfecto, pensé. Pero entonces... cuando atracamos en el puerto... —A Milo le tembló la voz—. Lo... lo recuerdo como si fuera ayer... un marinero me dio la noticia, la terrible noticia que en el Puerto corría de boca en boca... habían asesinado a mi querida Cerys, tu madre. Y a mi hijita también.

—Pero a mí no me asesinaron —suspiró Jenna.

—No. Ahora lo sé, pero entonces... no lo sabía. Creí lo que todo el mundo me dijo.

—Bueno, estaban equivocados. ¿Por qué no fuiste al Castillo a comprobar si era verdad? ¿Por qué no fuiste a buscarme? Huiste.

—Sí. Supongo que parece una huida. Pero en aquel momento no podía soportar la idea de quedarme aquí. Zarpé con la siguiente marea y navegué errante hacia donde los vientos me llevaron... hasta que Deakin Lee me capturó.

—¡Deakin Lee! —exclamó Jenna. Incluso ella, a quien no le interesaban para nada los piratas, había oído hablar del temible Deakin Lee.

Milo se arriesgó a dirigirle a Jenna una sonrisa compungida. Ella le devolvió una débil sonrisa.

—Nunca olvidaré aquellos siete largos años en poder de Deakin Lee —dijo con voz grave—. Todo el tiempo pensaba en las cosas terribles que os habían pasado a ti y a tu querida madre...

—¿Cómo conseguiste escapar? —preguntó Jenna.

—Una noche, en la primavera del último año, el barco se vio a merced de unas olas embravecidas. Había oído decir que era la marejada de una tormenta oscura que sucedía a muchas millas de allí, pero para mí fueron una bendición. Una ola tiró al mar a Deakin Lee y su tripulación me liberó. Me hice con el barco. Unas semanas más tarde, entramos en un pequeño puerto y oí el rumor de que estabas viva. Desplegamos velas inmediatamente y los vientos soplaron favorables hasta llegar al Puerto. Anclamos fuera y levantamos la bandera amarilla para alertar a los de aduanas, y a la mañana siguiente trajeron en un bote a la jefa de aduanas. Echó un vistazo al tesoro que llevábamos a bordo y nos dijo que teníamos que esperar hasta que estuviera libre el depósito aduanero principal... Es una mujer dura de pelar, esa Nettles. Pero le estoy agradecido porque, de no ser por ella, aquella noche no te habría visto.

Jenna recordó la escena en el depósito. Ahora todo tenía sentido.

Milo prosiguió:

—Cuando levanté la mirada y te vi a lomos de aquel caballo, en la misma pose que tu madre, y luego vi la diadema en torno a tu frente, supe que eras mi hija. Pero lo siento, Jenna, creo que aquella noche te asusté. No era mi intención... Solo quería hablar contigo. Jenna... ¿Jenna?

Jenna se había dado media vuelta y contemplaba las sombras que proyectaban las antorchas que ardían con luz parpadeante en la terraza del Palacio.

—¿Jenna? —repitió Milo.

—Siento como si alguien me estuviera mirando —dijo ella.

Milo se revolvió incómodo.

—Yo también —dijo Milo Banda.

Y su hija escudriñó la oscuridad, pero no vio al fantasma de la reina que observaba cómo su marido y su hija hablaban por primera vez en sus vidas.

Alther fue flotando hasta la reina.

—Me alegro de ver que por fin se atreve a salir de la Habitación de la Reina —dijo.

La reina sonrió con nostalgia.

—Debo regresar enseguida, Alther, pero no he podido resistir la tentación de ver a mi querido Milo una vez más... con nuestra hija.

—Desde luego, es evidente que son padre e hija —observó Alther.

—Sí, es cierto —asintió la reina despacio—. Hay algo en su porte, ¿verdad?

—Sin embargo se parece a usted... se parece mucho a usted.

—Lo sé —suspiró la reina—. Buenas noches, Alther.

Alther observó a la reina pasar en silencio junto a Jenna y a Milo Banda, mientras ambos miraban directamente hacia ella, pero sin verla. Pronto la reina llegó a la torreta y atravesó delicadamente su gruesa muralla de piedra. Dentro de la Habitación de la Reina el fuego ardía con la misma intensidad que siempre, y la reina se sentó tranquilamente en su sillón, recordando los acontecimientos del día... el día que había esperado desde hacía tantos años.

Septimus, Marcia y Escupefuego caminaban lentamente por la Vía del Mago. Las antorchas ardían en sus almenares de plata, y Escupefuego seguía saltando sobre las sombras parpadeantes que se dibujaban sobre el pavimento. Era ya más de medianoche y todas las tiendas estaban cerradas y oscuras, pero, al pasar por delante del Manuscriptorium, Septimus creyó ver una luz detrás de las grandes montañas de libros y papeles. Sin embargo, cuando se fijó con atención, no vio nada.

Marcia subía renqueando dolorosamente los escalones de mármol de la Torre del Mago. Septimus acomodó a Escupefuego para que pasara la noche en la caseta para dragones.

—Asegúrate de que no se escapa, Septimus —le dijo Marcia mientras las grandes puertas de plata de la torre se abrían para la maga extraordinaria—. Y no olvides cerrar la puerta con los dos pestillos.

—De acuerdo —le respondió.

Por fin, Marcia entró tambaleándose, agradecida de estar en casa.

Escupefuego se durmió con sorprendente facilidad. Septimus cerró los dos pestillos de la puerta y se alejó de puntillas mientras los ronquidos del dragón sacudían la dragonera.

Era una noche preciosa. El patio de la Torre del Mago estaba desierto; las antorchas mágicas colocadas en lo alto de las paredes del patio arrojaban una tenue luz púrpura sobre las viejas baldosas, pero había la suficiente oscuridad para que Septimus pudiera ver una miríada de estrellas en el cielo nocturno.

Septimus no tenía ganas de entrar. Levantó la vista hacia las estrellas y volvieron a asaltarle sus viejos sueños de volar. Sabía que no podía resistirse por más tiempo; sacó el amuleto de volar. La flecha de oro con sus nuevas plumas de plata descansaba emitiendo un ligero zumbido en su mano, y Septimus notó que le recorría el escalofrío de la Magia. Cuando las plumas empezaban a aletear, Septimus notó que se levantaba del suelo, hasta la altura del Gran Arco. Sujetando la flecha entre el pulgar y el índice, señaló hacia el Palacio, luego extendió los brazos, como había visto hacer a Alther, y voló.

Planeó por la Vía del Mago, volando bajo y deprisa como a Alther le gustaba, aceleró sobre la verja de Palacio y luego ascendió por la terraza de Palacio, tal como había hecho en sus sueños. Debajo de él, vio a Jenna y a su padre, inclinados sobre las almenas, hablando tranquilamente. Como no sabía si debía interrumpirles o no, pero tenía ganas de darle una sorpresa a Jenna y mostrarle lo bien que volaba, Septimus se detuvo un momento en el aire, esperando que Milo hiciera una pausa. Entonces algo le llamó la atención.

Al otro lado del río, un caballo galopaba a través de los Labrantíos. El caballo, recién robado del exterior de la Taberna del Rodaballo Agradecido, lo montaba una persona conocida: Simon.

Septimus apuntó el amuleto de volar hacia la sombría figura de su hermano mayor.

—Síguelo —susurró al amuleto.

Al cabo de un momento, volaba a toda velocidad alejándose de Palacio y planeando sobre los prados que conducían hasta el río. Pronto los olores húmedos del río llegaron hasta él, mientras rozaba la fría agua nocturna, asustando a unos patos a su paso. Cuando el ruido de los patos enojados se apagó, Septimus llegó a la otra orilla; voló por encima del tejado de paja de una solitaria granja y se detuvo un momento, para buscar a su hermano. A lo lejos, en el camino polvoriento que serpenteaba a través de los Labrantíos, Septimus vio con toda claridad a un jinete que espoleaba a su caballo en la noche. Un último e imponente cambio de velocidad le llevó hasta Simon, y Septimus voló, al principio sin ser visto, a su lado siguiendo el ritmo del sudoroso caballo.

Al final, Simon fue consciente de que algo no iba bien.

—¡Tú! —gritó derrapando hasta frenar el caballo en una nube de polvo.

Septimus aterrizó un poco por delante del caballo.

—Tú... tú tienes mi amuleto de volar —farfulló Simon, al ver la flecha de oro en la mano de Septimus.

—Tengo el amuleto de volar —reconoció Septimus, retirándose volando fuera del alcance, cuando Simon intentó cogérselo—. Pero el amuleto de volar no es mío. El amuleto de volar no es, de nadie, Simon. Deberías saber que un amuleto antiguo es su propio amo.

—Mocoso petulante —murmuró Simon entre dientes.

—¿Qué has dicho? —preguntó Septimus, que lo había oído perfectamente.

—Nada. Apártate de mi camino, mocoso, y no creas que esta vez puedes intentar otro truco paralizante.

—No pensaba hacerlo —respondió Septimus posado encima del caballo—. Solo he venido a decirte que te largues de aquí.

—Eso es exactamente lo que estaba haciendo —gruñó Simon.

Septimus mantuvo la posición, bloqueando el paso a Simon.

—También he venido a decirte que si intentas volver a hacerle daño a Jenna, te las verás conmigo. ¿Lo entiendes?

Simon miró fijamente a su hermano menor. Septimus le aguantó la mirada, con los brillantes ojos verdes centelleando de furia. Simon no dijo nada, pues reconoció la sensación de poder que emanaba Septimus, el poder del séptimo hijo del séptimo hijo.

—¿Lo entiendes? —repitió Septimus.

—Sí —murmuró Simon.

—Ahora puedes irte —dijo Septimus fríamente; bajó al suelo y se hizo a un lado para que pasara Simon.

Simon miró hacia abajo, al indefenso muchachito vestido de verde que estaba en los Labrantíos oscuros y desiertos, más allá de la medianoche. Durante un breve momento pensó en lo fácil que le resultaría hacer desaparecer a Septimus, nadie sabría nunca lo que había ocurrido. Nadie sospecharía jamás... pero Simon no hizo nada. De repente, espoleó el caballo y se puso a galopar, gritando por encima del hombro:

—¡Habría preferido que hubieras estado muerto cuando la comadrona se te llevó!

Septimus voló lentamente hasta la Torre del Mago con las palabras de Simon resonándole en la cabeza.

Sonrió. El último de sus hermanos lo había aceptado.

LO QUE OCURRIÓ ANTES.

BILLY POT.

Billy Pot tuvo una vez una tienda de animales especializada en reptiles. A Billy le encantaban los lagartos y las serpientes, y se especializó en la cría de pitones púrpura. La mayor pitón que Billy Pot había criado nunca vivía en el jardín de la zapatería de Terry Tarsal. Terry, al que no le gustaban las serpientes, usó a regañadientes la muda de la serpiente para hacer los puntiagudos zapatos de piel de serpiente de Marcia.

Cuando el custodio supremo le compró a Billy una colonia de tortugas mordedoras y luego le ordenó que se trasladara a Palacio para cuidarlas, Billy no se atrevió a negarse. La sobrina de Billy, Sandra, se hizo cargo de la tienda de animales y, pese a la desaprobación de Billy, empezó a vender hámsteres monísimos y conejos sedosos. La nueva línea de animales adorables de Sandra demostró ser muy popular, y pronto le ofrecieron a Billy comprarle la tienda.

Con el dinero que Sandra le dio por la tienda de animales, Billy hizo las madrigueras de lagartijas junto al río, construyó el artilugio y se embarcó en la búsqueda interminable del césped perfecto. Cuando los Heap se mudaron al Palacio con Jenna, Silas le pidió a Billy que se quedara y le ayudara a desembarazarse de las tortugas mordedoras. Billy consintió, pero el trabajo demostró ser imposible y se rindió, después de estar a punto de perder un dedo con una tortuga particularmente agresiva.

UNA BRAKKET.

Una Brakket era el ama de llaves de los cuarteles del ejército joven cuando Septimus era pequeño. A Una no le gustaban los niños, ni siquiera los niños sometidos y asustados del ejército joven; pronto consiguió el traslado y se convirtió en el ama de llaves del Cazador y su cuadrilla. Una admiraba mucho al Cazador, aunque es dudoso que el Cazador lo notara. Una vez él le preguntó dónde estaban sus calcetines, y Una estuvo embobada durante una semana entera. Después de eso, se encargó de esconderle los calcetines al Cazador para que se lo volviera a preguntar, pero nunca lo hizo. www.freelibros.org

Cuando el custodio supremo huyó y Jenna regresó para vivir en el Palacio como princesa, Una se aprovechó del Programa para una Segunda Oportunidad de Marcia y Alther. Se presentó al puesto de ama de llaves de Palacio, que no consiguió, pues Sarah Heap pensó que daba grima. El Programa finalmente la colocó con el profesor Weasal van Klampff, que la contrató porque estaba demasiado asustado para rechazarla.

Sin embargo, las simpatías de Una estaban del lado de DomDaniel, y se unió a la Unidad de Restauración, una red secreta de personas que deseaban que regresase. Se reunían todos los sábados por la noche con el pretexto de acudir a clases de baile country. A través de ellas, Una se puso en contacto con Simon Heap.

PROFESOR WEASAL VAN KLAMPFF.

Weasal van Klampff descendía de un antiguo linaje de profesores. Algunos siglos atrás, la profesora Doris van Klampff descubrió una fórmula secreta y muy complicada para desembarazarse de los encantamientos. Estos incluían sombras, como la de Marcia, y espectros, como el que esperaba a Alther cuando era aprendiz de DomDaniel. Aunque los Van Klampff tenían una gran capacidad para las matemáticas, solían ser muy ingenuos y extraordinariamente olvidadizos; Weasal no era la excepción.

Después de que el padre de Weasal, Otto, volara por los aires —junto con el primer laboratorio Van Klampff—, mientras mezclaba cierta amalgama volátil, Weasal decidió dejar la experimentación y vivir una vida tranquila junto al foso. Al trasladarse a la casa de la Grada de la Serpiente, le consternó descubrir un antiguo laboratorio escondido al fondo de una maraña de túneles. Weasal se pasó varios días intentando ignorarlo, pero al final la tentación fue demasiado grande y decidió proseguir el trabajo de su padre. Perfeccionó la amalgama de Otto tanto que actuó como una pantalla altamente eficaz contra la energía oscura, proporcionando involuntariamente el escondite ideal para ocultar los huesos de DomDaniel.

Weasal van Klampff era un hombre digno de confianza y no tenía ni idea de que Una Brakket pertenecía a la Unidad de Restauración.

BEETLE.

Beetle era hijo único. Había crecido en los Dédalos, sus padres tenían dos grandes habitaciones en la planta de abajo de la familia Heap. Uno de los primeros recuerdos de Beetle era el de su madre aporreando el techo con el mango de una escoba y gritando: «¡Por Dios bendito, callaos!». Sus padres no dejaban a Beetle que se relacionara con los Heap, lo que les hacía aún más atractivos a sus ojos, y pronto se hizo muy amigo de Jo-Jo Heap, que era de su misma edad.

Cuando cumplió once años, Beetle pasó el difícilísimo y competitivo examen de entrada en el Manuscriptorium, para alegría de su madre. Empezó como botones general y después de que el encargado de la inspección se cayera del trineo y se rompiera el tobillo, a Beetle se le encomendó las inspecciones semanales de los Túneles de Hielo.

A Beetle le gustaba mucho Septimus; le recordaba a Jo-Jo, pero aquel también compartía el interés de Beetle por la Magia y su gusto por las bebidas efervescentes, pues, como un día le había dicho a Septimus con un vaso de Fízz Froot en la mano: «Toda esa porquería oscura es deprimente. Cuando ese tipo horrible y viejo regresó a la Torre del Mago, mi hámster se murió, a mi madre le salió un enorme forúnculo en la punta de la nariz y el gato se escapó. Todo porque la oscuridad se me pega en el trabajo y luego me la llevo a casa sin querer. Es horrible».

A Septimus también le gustaba mucho Beetle. Confiaba plenamente en él.

BORIS CATCHPOLE.

Desde que tenía uso de razón, a Boris Catchpole le llamaban por el apellido. Su madre había intentado llamarle Boris, pero, en cuanto aprendió a andar, ella, al igual que el resto de la gente, habían desistido y lo llamaban sencillamente Catchpole... De algún modo, Boris les parecía demasiado familiar.

La ambición de Catchpole era ser cazador. Se había escapado de casa y se había unido a la cuadrilla del Cazador en las Malas Tierras, mientras DomDaniel preparaba el asesinato de la reina. Catchpole se había entrenado duro con la cuadrilla, pero no era demasiado popular. Había dejado de cepillarse los dientes cuando era niño y no tenía intención de volver a limpiárselos ahora que su madre no se lo ordenaba. Tenía el tic nervioso de chasquear la lengua contra el paladar, lo que a la gente le sacaba de quicio, y, para colmo de males, estaba creciendo mucho y pronto fue demasiado alto para ser un buen cazador.

Haciendo honor a su nombre, Catchpole se convirtió en cazador suplente y no progresó más. Cuando el custodio supremo fue derrocado, se incorporó al Programa para una Segunda Oportunidad y fue aceptado como submago, un puesto de aprendiz de mago para aquellos más entrados en años y sin experiencia mágica.

La ambición de Catchpole era convertirse en un mago como es debido. Al menos quería ser mago ordinario, pero decidió que no rechazaría el empleo de mago extraordinario si se lo ofrecían. Nunca se lo ofrecieron.

JANNIT MAARTEN.

Si le pidieras a Jannit Maarten que se describiera a sí misma, te diría: «Constructora de barcos». Y eso es todo lo que te diría. Jannit tenía poco tiempo para la política y menos aún para los magos. Lo que ocurriera en el Castillo no era de la incumbencia de Jannit, para la que el mundo se reducía a su astillero del otro lado de las murallas del Castillo. Por la noche dormía profundamente en su hamaca, se levantaba al alba y se pasaba todas las horas de luz construyendo, remendando, lijando... y haciendo el resto de los trabajos maravillosamente complicados (y que requerían mucho tiempo) que los barcos necesitaban.

Aunque a Nicko le costaba creerlo, Jannit había sido niña en otro tiempo, pero lo había olvidado, posiblemente porque había crecido en una pequeña granja en mitad de los Labrantíos, y no le gustaban las gallinas, odiaba las vacas y aborrecía los cerdos. Sus padres nunca entendieron por qué, a los catorce años, Jannit se había vestido de chico y se había escapado hasta el mar. A los diecinueve regresó con un barco propio y fundó el astillero de Jannit Maarten junto al antiguo muelle de aduanas del Castillo. Jannit era completamente feliz con su vida y rara vez ponía el pie fuera de su astillero.

CHUCHO.

Chucho fue una vez una pelota de tenis. Se pasó dos años en una zanja húmeda que había al lado del Real Club de Tenis Municipal del Puerto después de que alguien lo tirara por la ventana en un arranque de ira; los ratones la habían mordisqueado seriamente y se estaba deshaciendo poco a poco, hasta que un día Simon Heap la recogió, se la guardó en el bolsillo y se la llevó al Observatorio.

Durante los meses siguientes, Chucho estuvo en una caja sellada, que Simon Heap cuidaba con esmero. Regularmente llenaba y rellenaba la caja con gases y pociones, salmodiaba durante largas horas y la rodeaba de amuletos inversos.

Chucho se volvía cada vez más consciente; oía los encantamientos que murmuraba incesantemente a medianoche y olía los oscuros vapores que Simon metía en la caja. Permaneció allí confusa, pero emocionada, esperando ver qué iba a ocurrir.

Luego, una noche sin luna, sacaron a Chucho de su caja y vio el mundo por primera vez. Le gustaba lo que veía y Simon Heap estaba igualmente complacido con su creación. Chucho refulgía brillantemente y parecía inteligente; era obediente y aprendía rápido. Pronto siguió a su amo a todas partes y se convirtió en el más leal y fiel servidor de Simon Heap.

LA ENFERMERA MEREDITH.

La enfermera Agnes Meredith, ex comadrona y ex secuestradora de bebés, llegó al Puerto después de salir del Manicomio para Personas Ilusas y Afligidas del Castillo. Caminaba por las calles buscando a su hijo Merrin, sin suerte. Con el tiempo se gastó la pensión que le dio el manicomio y encontró trabajo como limpiadora de una pensión de mala muerte en el Paseo de la Soga, cerca del Aquelarre de las Brujas del Puerto.

La propietaria de la pensión era la señora Florrie Bundy, una mujer grande, con mal genio y buena memoria. Florrie tenía siempre un montón de trifulcas con sus vecinas, las brujas del Puerto, y fue una acalorada discusión por culpa de una bolsita de té usada —que Florrie aseguraba que le habían lanzado deliberadamente a su cabeza— la que ocasionó su muerte. Linda, que un día no tenía nada mejor que hacer, (en realidad fue ella quien arrojó la bolsita de té a la cabeza de Florrie), se cansó de que le gritase y le hizo un hechizo menguante. En unas pocas semanas, el hechizo menguante redujo gradualmente a Florrie al tamaño de una bolsita de té. Una helada mañana resbaló en un trozo de hielo, se cayó por la alcantarilla de la puerta de atrás y se ahogó.

Agnes Meredith había observado con gran interés cómo Florrie menguaba. Un día, cuando ya no pudo encontrar a la diminuta patrona, la enfermera Meredith se hizo cargo de la pensión como si no hubiera ocurrido nada. Pronto la hizo suya: revistiéndola de papel pintado con relieve de terciopelo, escribiendo enigmáticos mensajes que colgaba en las paredes y llenado la casa de flores secas y muñecas. Disfrutaba de la compañía de las muñecas, y al cabo de un tiempo dejó de buscar a Merrin. «Al menos, las muñecas sabes dónde están», solía decirse.

MAUREEN.

Maureen se escapó al Puerto con el pelapatatas jefe después de un incidente en la cocina de Palacio. Maureen y el pelapatatas jefe, Kevin, estaban ahorrando para comprarse su propio café. Cuando contrataron a Kevin como cocinero en un gran barco mercante que viajaba alrededor del mundo, Maureen aceptó el único empleo que en ese momento pudo encontrar y entró a trabajar en la Casa de Muñecas. No era gran cosa, pero se las arreglaba para ahorrar las propinas que le daban los agradecidos huéspedes, y al menos vivir en el armario de debajo de la escalera significaba que no tenía que pagar alojamiento. Soñaba con el día que Kevin regresara y encontrarán una casita propia junto al puerto.

EL AQUELARRE DE LAS BRUJAS DEL PUERTO:

VERÓNICA.

Verónica llevaba en el Aquelarre más tiempo que ninguna otra bruja, pero no ostentaba el título de bruja madre debido a su falta de memoria y a su tendencia a salir caminando dormida fuera del Aquelarre y perderse durante días enteros. A Verónica le encantaban las ratas, una afición que había heredado de su padre, Jack, que vivía en los juncales junto a los marjales Marram. Al igual que su padre, Verónica conservaba una gran colección de ratas enjauladas en diversas fases

de descomposición.

LINDA.

Linda era la más joven de las brujas y estaba, como ella misma decía, «dispuesta a todo». Las otras brujas disfrutaban de su compañía, pero no de sus bromas. Linda tenía un humor de perros y tendencia a echar un mal augurio a quien le llevara la contraria. Pero después del incidente de las orejas de elefante de Dorinda, ninguna de las brujas lo hizo. Pamela, la bruja madre, veía que Linda tenía madera y la preparaba secretamente para ser su sucesora.

DAPHNE.

Daphne era la más callada del Aquelarre. Caminaba a trompicones, afablemente, y era feliz alimentando a una colonia de carcomas gigantes, que se estaban comiendo la casa lentamente. Daphne adoraba a sus carcomas y reservaba para ellas toda su conversación.

PAMELA.

Pamela era la bruja madre y la oscura del Aquelarre. Claro que todas las brujas creían que eran brujas negras, pero Pamela era auténticamente negra. Había pasado unos años con DomDaniel en el Observatorio y había regresado con muchos cuentos oscuros para contar, que habían aterrorizado al resto de los miembros del Aquelarre, aunque hubieran preferido beber zumo de rana podrido a admitirlo. Pamela tenía su propia habitación cerrada, de que se mantenían alejadas las otras brujas, y de noche, cuando los gritos aterradores resonaban desde su habitación, el resto del Aquelarre se tapaba los oídos e intentaba dormir.

DORINDA.

A Dorinda no le preocupaba especialmente su aspecto, hasta la noche terrible de las orejas de elefante. Sabía que no era particularmente agraciada, pues tenía la nariz algo ganchuda después de pelearse con una escalera de incendios, y nunca le había gustado su pelo. Pero Dorinda abandonó cualquier interés por su cuidado personal después de que Linda la acusara de espiar una conversación privada que estaba manteniendo con un joven brujo al que ella había llevado a casa. Dorinda lo negó con denuedo, aunque todo el Aquelarre sabía que ella se dedicaba a andar con sigilo y a escuchar por el ojo de las cerraduras. Linda estaba furiosa y le concedió unas orejas de elefante (de elefante africano; las grandes de verdad), diciendo que «si tenía que andar aguzando las orejas por ahí, al menos que tuviera unas decentes». Desde aquella noche, Dorinda llevaba siempre una gran toalla enrollada alrededor de la cabeza y simulaba ante el resto del Aquelarre que se acababa de lavar el pelo, aunque el resto sabía —y Dorinda sabía que lo sabían— que debajo de la enorme toalla había un par de orejas de elefante africano pulcramente plegadas. Era un hechizo permanente y ni siquiera Pamela podía librarla de él.

HUGH FOX, JEFE DE LOS ESCRIBAS HERMÉTICOS.

Hugh Fox llevaba veinticinco años siendo un humilde escriba del Manuscriptorium cuando le eligieron para convertirse en el jefe de los escribas herméticos.

Cuando DomDaniel engatusó a Marcia para que regresara desde los marjales Marram, él se quedó con el libro que Marcia llevaba, La destrucción de la oscuridad. El nigromante había llevado el libro a Waldo Watkins, que era el jefe de los escribas herméticos, y le había dicho que usara los poderes herméticos oscuros de los que siempre disponía el jefe de los escribas para desvelar sus secretos. Watkins se había negado y esa noche, de camino a casa, Waldo Watkins se esfumó y nunca más lo volvieron a ver.

DomDaniel insistió en que se efectuara una sustitución inmediata y se celebró un sorteo. El sorteo era una ceremonia: cada escriba colocaba su pluma en un gran tarro esmaltado. El tarro se llevaba a la cámara hermética y se dejaba allí toda la noche. A la mañana siguiente, se encontraba una pluma sobre la mesa, mientras que el resto permanecía en el tarro. Tradicionalmente, el escriba más joven era el enviado a buscar la pluma elegida.

Sin embargo, cuando Hugh Fox fue elegido, DomDaniel insistió en entrar él mismo en la cámara hermética a buscar la pluma. Cuando sacó una pluma negra muy mordisqueada que pertenecía a Hugh Fox, nadie se lo podía creer. Ni siquiera Hugh Fox. Corrieron rumores de que la elección había sido amañada, pero no se pudo demostrar nada.

Lo cierto es que DomDaniel había vuelto a meter una pluma que pertenecía a Jillie Djinn, un

escriba con mucho talento y cultura, y sacó la pluma de Hugh Fox, porque calculaba que Hugh Fox sería pan comido.

Y de este modo Hugh Fox fue instruido en el Codex críptico, le entregaron los sellos oficiales y se instaló debidamente como jefe de los escribas herméticos. Para disgusto de DomDaniel, a Hugh Fox le costaba mucho revelar los secretos del libro de Marcia, pero consiguió encontrar el amuleto de volar, oculto en la cubierta, justo cuando DomDaniel se convirtió en un puñado de huesos en los marjales Marram.

Cuando DomDaniel falleció y Marcia regresó a la Torre del Mago con Septimus, la Unidad de Restauración amenazó a Hugh Fox con el mismo destino que había corrido el pobre Watkins si no facilitaba a Simon Heap el acceso a los Túneles de Hielo. Hugh Fox consintió. Y cuando Simon Heap exigió el amuleto de volar, se lo entregó sin rechistar. DomDaniel tenía razón: Hugh Fox era realmente pan comido.

PARTRIDGE.

Colin Partridge había sido en otro tiempo guarda custodio. Fue reclutado en un pequeño pueblo en la linde de la Dehesa. Partridge era un niño soñador que pasaba los días cuidando de las ovejas de su padre. Partridge había perdido más ovejas de las que su padre podía contar, y su padre desistió de hacer de él un buen pastor. Así que cuando el destacamento de reclutamiento del guarda custodio le prometió «hacer de él un hombre», el padre de Partridge le dijo al joven Colin que hiciera las maletas y estuviera preparado en unos minutos, para horror de su madre, que lo adoraba.

Por suerte para Partridge, llegó justo al final del régimen del custodio supremo, y al cabo de un mes se había inscrito en el Programa para una Segunda Oportunidad y lo habían empleado en el Manuscriptorium. Partridge nunca había sido más feliz.

LOS FANTASMAS DE LOS TÚNELES DE HIELO.

Eldred y Alfred Stone eran hermanos. Al igual que muchos otros picapedreros, en la época de la gran catástrofe los llevaron a los subterráneos del Castillo. Trabajaron largas y duras horas para intentar reparar la brecha de los túneles sin ningún éxito. Estaban entre las treinta y nueve personas que quedaron atrapadas en la congelación de emergencia y nunca volvieron a ver la luz del día. Junto con sus compañeros, continuaron caminando por los túneles, sin percatarse de que habían pasado muchos cientos de años desde que los congelaron. Ambos hermanos estaban convencidos de que aún les aguardaban sus vidas, si alguien les decía dónde estaba la salida.

ELLIS CRACKLE.

Ellis Crackle había sido el aprendiz de DomDaniel cuando el nigromante era mago extraordinario del Castillo, hacía muchos años. Ellis era un joven lento y torpe con pocas aptitudes para la Magia, pero a DomDaniel no le importaba. Eligió a Ellis porque era el hermano de Betty Crackle. En aquel tiempo, Betty Crackle era la conservadora de la nave Dragón. Era una bruja blanca desorganizada, aunque con buena voluntad, que siempre dejaba un reguero de problemas tras de sí, debido a su despiste y a su desorden. Tía Zelda sucedió a Betty en el puesto, después de que vagando por el Puerto una noche de invierno la sorprendiera la Gran Helada.

Ellis Crackle era aún más olvidadizo que Betty, pero DomDaniel supuso que debía de haber algo muy importante en la casa de la conservadora —algo que le impedía tener el control absoluto del Castillo— y quería descubrir qué era. Emplear al hermano de Betty Crackle le pareció un buen modo de abrirse paso hasta el secreto.

Por desgracia para DomDaniel, justo después de que Ellis se convirtiera en su aprendiz, Betty y Ellis tuvieron una gran pelea. Ellis se jactaba a menudo de su importante cargo y Betty, que estaba muy celosa, no pudo soportarlo más. Hizo un encantamiento en la casa de la conservadora para mantener alejado a Ellis y no volvió a hablar con su hermano nunca más. Y así fue como DomDaniel nunca descubrió la nave Dragón en casa de la conservadora; ni siquiera supo dónde estaba la casa.

Cuando tía Zelda ocupó el puesto de Betty Crackle, Ellis ya no le era de ninguna utilidad a DomDaniel. Tomó a Alther Mella como nuevo aprendiz y Ellis fue suspendido, que consiste en

someter a alguien a un largo y feo proceso oscuro para reducirlo a una sombra. Entonces DomDaniel conservó al infortunado Ellis por si lo podía utilizar en el futuro. Más tarde fue muy oportuno como sombra de Marcia.

HILDEGARDE.

Hildegarde había trabajado para el consejo de los custodios en el departamento de contabilidad, que se ocupaba sobre todo de intentar frenar el gasto derrochador del custodio supremo.

Fue una tarea imposible. Más tarde, Hildegarde fue trasladada al departamento de ventas, puesto que le obligó a vender todos los tesoros de Palacio. A Hildegarde cada vez le gustaban más los viejos cuadros y muebles que tenía que vender, pero negoció muy bien y obtuvo una buena suma por ellos.

Hildegarde se puso muy contenta cuando el Programa para una Segunda Oportunidad hizo que la aceptaran como submaga. Le inquietaba un poco estar de guardia en el Palacio, y cuando miraba los lugares vacíos donde en otro tiempo habían estado los tesoros, le remordía la conciencia. Estaba decidida a convertirse en maga ordinaria y enmendar sus acciones pasadas en la medida que le fuera posible.